

5/3,00 c/u

33-4
D
4631

ANALES
DE LA
UNIVERSIDAD DE CUENCA



Tomo XIV

No. 4

OCTUBRE - DICIEMBRE DE 1958

CUENCA — ECUADOR

25633

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA

Publicación Trimestral

TOMO XIV

OCTUBRE - DICIEMBRE DE 1958

Nº 4

SUMARIO:

	Págs.
Editorial: La Ciudad Universitaria	321
Páginas de Honor: Homenaje al Dr. Carlos Cueva Tamariz:	
Acuerdos varios	326
Discurso del Dr. Francisco Alvarado Cobos	344
Discurso del Dr. Luis Monsalve Pozo	348
Discurso del Dr. Carlos Cueva Tamariz	355
Carlos Cueva Tamariz: Panorama de la Educación en el Ecuador	359
Agustín Cueva Tamariz: Literatura y Psiquiatría de Profundidad	375
Francisco Alvarez González: Introducción a una Metafísica de la Contingencia	421
César Hermida Piedra: A propósito de Electroencefalograma	457
Rigoberto Cordero y León: El Poema de Schubert.	467
CRONICA UNIVERSITARIA	485

25633
050
(4)

8624

8356

Editorial

LA CIUDAD UNIVERSITARIA

El ritmo económico que caracteriza al Estado ecuatoriano en su empresa oficial para dotar a la Universidad de Cuenca —en el sentido cuantitativo— de los elementos materiales para que ella alcance la meta señalada por el espíritu renovador de la época, resulta todavía tan lento que no podría esperarse, ni en devenir de algunas generaciones, la solución de sus angustiosas realidades.

Mientras en los pueblos más avanzados y en las naciones más económicamente privilegiadas, las Universidades son tenidas como las máximas instituciones de la cultura y depositarias de la ciencia, cuyas finalidades se tornan cada día más amplias y más vastas merced a los poderosos recursos económicos de que disponen, a fin de afrontar la creación de laboratorios, gabinetes, museos, bibliotecas, seminarios, teatros, campos deportivos, etc., la débil y estrecha asignación presupuestaria que favorece a nuestra Universidad apenas si le ha permitido mantener modestamente y con las más heroica de las economías sus seis Facultades y sus Escuelas anexas, con el dolor de su gobierno directivo de no poder colocar sus jalones en las metas más distantes en que los han fijado otras Universidades, a las cuales se las ha otorgado —en reconocimiento a su dignidad suprema— la posesión de una doble autonomía: la que les permite hacer frente al mundo real de los valores económicos y la que les impulsa al libre vuelo hacia el mundo ideal de los valores del espíritu.

Sabido es que la misión fundamental de la Universidad moderna es la de ofrecer una imagen real del mundo, porque en sus aulas y al influjo de esa comunión intelectual entre maestros y discípulos y al través del diálogo y del estudio se aprende un modelo de vida en la que ha de forjarse la conducta moral, base de toda cultura. Pero para llegar a esa aspiración, a fuerza de estudios integrales y profundos, o sea rectitud de rasocinio, a ese discrimen en la estimativa de los valores, es preciso llenar, ante todo, ese vacío imperdonable que nos lo legó la Universidad colonial, construida a la altura de su tiempo y limitada por su época: la vieja casona, materialmente estrecha e insuficiente, limitada y pobre, en cuyos angostos claustros nunca tuvieron cabida los laboratorios y los seminarios, las bibliotecas y los museos.

Adentro y más allá de las virtuosas proyecciones espirituales, de sus programas y métodos pedagógicos, tiene, fatalmente, la Universidad sus problemas de orden material: son sus edificios, planeados por la técnica moderna, rodeados de todos los campamentos del saber y que forman la constelación de lo que debe ser una Ciudad Universitaria. Porque en esta hora del mundo y de su cultura ya no es posible mantener el divorcio entre lo que es material y lo que es espiritual, en los casos y en los hombres; son los dos polos de una misma realidad cosmológica y humana, diferentes en su naturaleza pero armónicos en sus fines absolutos.

Se diría que el mismo espíritu de la Universidad se objetiva en lo material —“el espíritu objetivo”, que decía el filósofo Nicolai Hartmann— que entraña posibilidades y necesidades reales, porque el conjunto heterogéneo de la cultura no es sólo una generalidad abstracta sino también una trascendencia objetiva y un conjunto animado de forma y de materia, que une y mueve a los hombres en la vida y en la continuidad colectiva. Es preciso abandonar la forma simplista —que nos dejó la Universidad del pasado— de interpretar lo espiritual sólo por las meras abstracciones a priori, que tuvieron la virtud de man-

tenernos en las regiones de lo imaginativo, a las que hemos sido tan inclinados por falta de evolución o por rutina.

Un edificio único e inadecuado, en el que se alojaban, con graves interferencias, todas las Facultades y Escuelas universitarias, adelgaza y estrecha el mismo espíritu de la juventud que en él se educa; pone limitaciones al vuelo de la mente, que se malogra para toda creación; hay pérdida de energías y capacidades que se entregan, maniatadas, a las fuerzas oscuras del pasado. Sin un ambiente generosamente apropiado y acogedor, el proceso educacional, complejo en sus raíces, experimenta bruscas interrupciones y violentas inhibiciones mentales y afectivas porque se sofocan maestros y discípulos, y, suprimiendo sus esfuerzos creadores, se limitan a un mísero rendimiento, superficial y artificioso.

Y es por eso que hoy, con un amplio criterio comprensivo, los dirigentes de la Universidad de Cuenca han emprendido en la heroica y sacrificada tarea de poner en función de presente un futuro grávido de sugerencias y de nobles anhelos: así nació la CIUDAD UNIVERSITARIA, ubicada —para descanso y deleite del espíritu— en uno de los más bellos y sugestivos sectores de la ciudad, en los márgenes de su río Tomebamba.

Para cristalizar en la realidad esta alta empresa, superior a sus capacidades económicas, el gobierno universitario ha meditado, con hondura, que en la ordenación de los problemas de la enseñanza y de la investigación científica hay que ubicarlos a cada uno de ellos en su misión trascendente, sin omitir ninguno, sin olvidar la interdependencia que existe entre ellos, dándoles a cada cual la estatura y el valor que le corresponde.

De la misma manera que cuando miramos el semblante de una persona aprehendemos la expresión de su alma, cuando admiremos la majestad, severa y sobria, de nuestra ya casi concluida CIUDAD UNIVERSITARIA, —en sus etapas más urgentes—, planificada por la técnica y

embellecida por el arte, será captada por nuestra retina y por nuestra mente junto con la imagen espiritual que se transpercibe en ella.

La vieja casona universitaria del pasado ha perdido ya para nosotros su investidura moral y su pretérito sentido, para dar paso a la actual y futura Ciudad Universitaria, con la que se enorgullecerá Cuenca del Ecuador y su Universidad, que siempre supo imprimir, al través de los ya dilatados límites de su historia, nuevos rumbos a la Cultura.

A. C. T.



SR. DR. DN. CARLOS CUEVA TAMARIZ

La Provincia del Azuay, la Ciudad de Cuenca y sus principales instituciones públicas y privadas le han tributado cálido homenaje de admiración, simpatía y reconocimiento a sus excepcionales virtudes y a su obra constructiva y grande.

Páginas de Honor

HOMENAJE AL DOCTOR CARLOS CUEVA TAMARIZ

(28 de noviembre de 1958)

En cumplimiento de las prescripciones de la correspondiente Ordenanza, el H. Consejo Provincial del Azuay, por voto unánime de sus miembros, resolvió declarar Primer Ciudadano de la Provincia y hacer solemne entrega de la presea que lleva el nombre de la Corporación, al señor doctor don Carlos Cueva Tamariz.

Para ello, el H. Consejo Provincial tomó en cuenta las relevantes virtudes ciudadanas de que está adornada la personalidad del doctor Cueva Tamariz y su obra fecunda, desarrollada al través de los mejores años de su vida, en bien de la Patria, de la cultura y, especialmente, de la educación de la juventud, a la que ha dedicado todo su espíritu y todo el acervo de su sapiencia.

Tan justiciera decisión fue generalmente aplaudida porque constituía espontáneo reconocimiento y pública exaltación de una vida impoluta, de una labor silenciosa pero fructífera, de una constante y tesonera dedicación al servicio de las más nobles causas.

Fue recibida con singular beneplácito porque significaba el pago de una deuda que muchos años hace, tenía la ciudad para con varón tan esclarecido como es el doctor Cueva Tamariz.

En las páginas de honor de esta Revista, la Comisión Redactora, sumándose al homenaje que en forma colectiva se ha tributado al eminente Rector de la Universidad de Cuenca, doctor Carlos Cueva Tamariz, publica una breve reseña del acto en que fue proclamado Primer Ciudadano del Azuay y las adhesiones del H. Consejo Universitario, de las diferentes Facultades del Plantel, de la Federación de Estudiantes Universitarios y de algunas de las principales Entidades públicas y privadas, en espera de que todas las demás, expresadas fervorosamente por numerosas instituciones científicas, jurídicas, educativas, culturales y políticas, las de la prensa nacional y las de la ciudadanía en general, sean incluidas en la Memoria que para perpetuar este singular acontecimiento, seguramente ha de escribirse.

La declaratoria del H. Consejo Provincial, dice así:

EL HONORABLE CONSEJO PROVINCIAL DEL AZUAY,

En uso de las atribuciones que le concede la Ordenanza dictada el 13 de Octubre de 1948, y

Considerando:

Que el meritisimo Rector de la Universidad de Cuenca y Presidente del Núcleo del Azuay de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, señor doctor don CARLOS CUEVA TAMARIZ, ha servido de manera singular a la Ciudad y a la Provincia;

Que a la actividad de este dignísimo ciudadano se debe el rango que, en la actualidad, ha llegado a adquirir la Universidad de Cuenca entre las similares del Ecuador;

Que el Doctor Cueva Tamariz, desde los diversos puestos que en su vida pública ha desempeñado, mostró siempre un sostenido afán por resolver los problemas de la cultura en el Azuay;

Que al empeño del mismo ciudadano se debe la edificación de la ciudad universitaria y la fundación de nuevas Facultades en el Instituto máximo de la formación intelectual cuencana;

Acuerda:

Declarar, en el presente año de 1958, de modo unánime, al Doctor CARLOS CUEVA TAMARIZ como el ciudadano que ha prestado relevantes servicios a la Provincia del Azuay;

Otorgarle, en sesión pública y solemne, la Insignia CONSEJO PROVINCIAL DEL AZUAY, como testimonio de esta declaratoria; y

Entregarle, así mismo, en sesión pública, un pergamino autografiado, en el que conste el presente Acuerdo.

Dado en el seno del H. Consejo Provincial del Azuay, a los diez días del mes de Noviembre del año de mil novecientos cincuenta y ocho.

SEVERO ESPINOSA VALDIVIESO,
PRESIDENTE.

CORNELIO MALO CRESPO,
VICEPRESIDENTE.

CONSEJEROS PROVINCIALES:

Arturo Camacho Vélez, Julio Torres Linares, Luis Guillermo Moreno Peña, Julio Abad Chica, Francisco Alvarado Cobos, Gerardo Serrano Ledesma, Luis Manzano Brito.

JUAN ANTONIO NEIRA CARRION,
SECRETARIO.

La Universidad de Cuenca, representada por su más alta Corporación Dirigente, por sus Facultades y por sus estudiantes, así que tuvo conocimiento oficial de la declaratoria, expidió los siguientes acuerdos:

EL CONSEJO UNIVERSITARIO DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA,

Considerando:

Que el H. Consejo Provincial del Azuay, en homenaje a la Justicia, ha acordado discernir la Condecoración CONSEJO PROVIN-

CIAL DEL AZUAY, declarándole Primer Ciudadano de la Provincia, al Sr. Dr. Dn. CARLOS CUEVA TAMARIZ;

Que el H. Consejo Provincial, con esta resolución, ha reconocido publicamente las relevantes virtudes de Hombre y de Ciudadano, que adornan al señor doctor Cueva Tamariz, en altísimo testimonio de la sapiente labor de cultura y de patriotismo que ha realizado y realiza el ilustre Rector de la Universidad de Cuenca;

Que el Dr. Cueva Tamariz, como Rector de nuestra Universidad, la ha enaltecido y engrandecido, conduciéndola por senderos de efectivo progreso y colocándola en un alto plano de prosperidad, organización, eficiencia y prestigio;

Que a iniciativa del Dr. Cueva Tamariz se debe la construcción de la Ciudad Universitaria, en cuyas amplias y claras aulas el Alma Mater del Azuay, a tono con las imperiosas necesidades de la técnica y de la ciencia, formará a los futuros conductores de la Patria;

Acuerda:

Adherirse con fervor y entusiasmo al voto unánime del H. Consejo Provincial en homenaje al Sr. Dr. Carlos Cueva Tamariz;

Reconocer en esta oportunidad, una vez más, que la Universidad de Cuenca debe su actual grado de progreso y elevación, a la obra de sacrificado esfuerzo y de servicio de su Rector, Sr. Dr. Cueva Tamariz;

Recomendar el nombre del Dr. Carlos Cueva Tamariz a las actuales y futuras generaciones como el de consagrado Maestro de la juventud, a cuya formación espiritual ha dedicado, con amor y ahinco, largos años de su vida, en la enseñanza primaria, secundaria y superior;

Concurrir al acto en el cual el H. Consejo Provincial del Azuay otorgue al Sr. Dr. Cueva Tamariz la presea correspondiente;

Delegar al señor Vicerrector de la Universidad, Dr. Luis Monsalve Pozo, para que en el acto antes indicado, entregue al Sr. Dr.

Cueva Tamariz un autógrafo de este Acuerdo a nombre de la Universidad de Cuenca; y,

Publicarlo por la prensa diaria y en los Anales de la Universidad.

Dado en Cuenca, a veinte de Noviembre de mil novecientos cincuenta y ocho.

EL VICERRECTOR DE LA UNIVERSIDAD,
LUIS MONSALVE POZO.

LOS DECANOS DE LAS FACULTADES DEL PLANTEL:

César Astudillo, Leoncio Cordero Jaramillo, Ulises Sotomayor Villegas, Gabriel Cevallos García, Alejandro Onitchenko, Ricardo Muñoz Dávila.

El Representante del Ministerio de
Educación Pública,
MANUEL A. CORRAL JAUREGUI.

El Representante del
Profesorado,
MARCO TULIO ERAZO VALLEJO.

LOS DELEGADOS ESTUDIANTILES:

Jorge Galarza Sánchez, Marco Barzallo, Raúl Carrasco Zamora, Homero Pozo Vélez, Efrén Sarmiento Alvarado, Eduardo Calle Aguilar.

EL SECRETARIO GENERAL,
VICTOR LLORE MOSQUERA.

LA FACULTAD DE JURISPRUDENCIA Y CIENCIAS SOCIALES
DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA,

Considerando:

Que el SEÑOR DOCTOR DON CARLOS CUEVA TAMARIZ, eminente Rector de la Universidad y catedrático meritisimo de la Facultad, ha sido exaltado justicieramente a la dignidad de Primer Ciudadano de la Provincia y condecorado con la insignia CONSEJO PROVINCIAL DEL AZUAY;

Que este acto de justo reconocimiento de las relevantes prendas que adornan la personalidad del doctor Cueva Tamariz, honra al Consejo Provincial del Azuay y a la Facultad de Jurisprudencia a la cual el doctor Cueva la ha engrandecido con el aporte valiosísimo de sus sabias lecciones, con la atinada dirección de la misma cuando Decano de ella y con su especial celo por dotarla de un hogar propio y adecuado a sus funciones, desde el primer puesto de conducción del Instituto, que ahora desempeña lucidamente;

Que a sus singulares dotes de Maestro y Mecenaz de la juventud, une sus atributos de jurista, parlamentario, propulsor de la cultura y trabajador decidido por el bienestar material de la comarca, en forma tal que sus obras le han conquistado el sitio que ahora oficialmente se le ha reconocido,

Acuerda:

Adherirse de manera especial y entusiasta al público reconocimiento de sus méritos que hará en ceremonia solemne el H. Consejo Provincial del Azuay, asistiendo en corporación al acto;

Recomendar a la juventud que se educa en las aulas de la Facultad el nombre del doctor Cueva Tamariz como el de un esforzado paladín de la cultura, el de un sapiente Maestro y el de un infatigable luchador por el progreso material y espiritual de la Universidad de Cuenca y de su Facultad de Derecho;

Entregarle autógrafo de este Acuerdo que se publicará también en los Anales de la Universidad y en la Revista de la Facultad.

Dado en Cuenca, a los veinte días de noviembre de mil novecientos cincuenta y ocho.

EL DECANO,
CESAR ASTUDILLO.

EL SUBDECANO,
RAFAEL CHICO PEÑAHERRERA.

LOS PROFESORES:

Luis Monsalve Pozo, Alejandro Peralta Molina, Manuel A. Corral Jáuregui, Agustín Cueva Tamariz, Virgilio Astudillo, Tarquino

Martínez Borrero, Gerardo Cordero León, Reinaldo Chico Peñaherrera, Roberto Aguilar Arévalo, César Fernández Márquez, César Andrade y Cordero, Víctor Lloré Mosquera.

LOS DELEGADOS ESTUDIANTILES:

Rodrigo Vázquez Andrade, Claudio Neira Garzón, Vinicio Andrade Alava, Hugo Gallegos Hermida, Nelson Serrano Reyes.

EL SECRETARIO DE LA FACULTAD,
ALFREDO ABAD GOMEZ.

LA FACULTAD DE CIENCIAS MEDICAS DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA,

Considerando:

Que el Honorable Consejo Provincial del Azuay, en acto de justicia, ha reconocido las relevantes prendas que adornan al Señor Doctor CARLOS CUEVA TAMARIZ, meritisimo Rector de la Universidad de Cuenca, al concederle la dignidad de Primer Ciudadano de la Provincia y galardónarle con la presea CONSEJO PROVINCIAL DEL AZUAY;

Que el Dr. Cueva Tamariz como Rector de la Universidad ha contribuido en forma efectiva al progreso y prestigio de nuestro Plantel Máximo,

Acuerda:

Adherirse cordialmente a la resolución tomada por el Honorable Consejo Provincial del Azuay;

Reconocer con este motivo la labor desarrollada por el Dr. Cueva Tamariz en beneficio de la Universidad;

Enviar autógrafo del presente acuerdo al Sr. Dr. Carlos Cueva Tamariz y publicarlo por la Prensa y en las Revistas de la Universidad y de la Facultad de Ciencias Médicas.

Dado en el Salón de Actos de la Escuela de Medicina, a 27 de Noviembre de 1958.

EL DECANO,
LEONCIO CORDERO JARAMILLO.

EL SUBDECANO,
ALBERTO ALVARADO COBOS.

LOS PROFESORES:

Miguel Alberto Toral L., José Carrasco Arteaga, Víctor Barrera Vélez, Luis Alberto Sojos J., Julio E. Toral Vega, Timoleón Carrera Cobos, Juan Idrovo Aguilar, César Hermida Piedra, José Joaquín Ortiz Tamariz, Ricardo Barzallo Calderón, Honorato Carvallo Valdivieso, Vicente Corral Moscoso, Ricardo Montesinos González, Orlando Regalado Abad, Jaime Vintimilla Albornoz, Modesto Tamariz Arteaga, Nicanor Corral Moscoso, Luis Guillermo Moreno Peña.

LOS DELEGADOS ESTUDIANTES:

Miguel Márquez, Manuel Massa, Teodoro Pesántez, Hernán Valdivieso.

EL SECRETARIO,
GERARDO SOJOS J.

**LA FACULTAD DE CIENCIAS MATEMATICAS Y FISICAS
DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA,**

Considerando:

Que el señor doctor don CARLOS CUEVA TAMARIZ, dignísimo Rector de la Universidad, ha sido con todo merecimiento declarado por el Honorable Consejo Provincial del Azuay como el MEJOR CIUDADANO DEL AZUAY en 1958, y se le ha galardonado con este justo motivo con la Presea de dicha Institución;

Que el H. Consejo Provincial ha reconocido con este acto la robusta personalidad del doctor CUEVA TAMARIZ, como intelectual, maestro, dirigente universitario y hombre público;

Que el doctor CUEVA TAMARIZ, desde el Rectorado de la Universidad, ha impulsado con talento y sagacidad la cultura universi-

taria, muy especialmente en lo que se refiere a esta Facultad, pues, a su iniciativa se debe el funcionamiento de la ESCUELA DE ARQUITECTURA que abre nuevos rumbos a la juventud estudiosa;

Acuerda:

Asociarse con justo entusiasmo y cordialidad al merecido homenaje rendido al DOCTOR CUEVA TAMARIZ, expresándole a la vez el aplauso de la Facultad y su ferviente adhesión;

Enviar autógrafo de este acuerdo al Dr. CUEVA TAMARIZ; y,

Publicarlo por la Prensa y ANALES DE LA UNIVERSIDAD.

Dado en Cuenca, a 28 de Noviembre de 1958.

EL DECANO,
ULISES SOTOMAYOR VILLEGAS.

EL SUBDECANO,
MARCO TULIO ERAZO VALLEJO.

LOS PROFESORES:

Virgilio Salazar Orrego, Arturo Ramírez Aguilar, Armando Navarrete de la Torre, Enrique Hinojosa Cobos, Luis E. Loaiza Jaramillo, Rafael y Jorge Vélez Jaramillo, Medardo A. Torres Ochoa, Gustavo Castro Pozo, Carlos Heredia Carrión, Jorge Burbano Moscoso, Jorge Roura Cevallos, César Burbano Moscoso, Vladimiro Cordero Ordóñez y Raúl Carrasco Zamora.

EL SECRETARIO,
RUBEN MOSCOSO D.

**LA FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD
DE CUENCA Y EL COLEGIO "FRAY VICENTE SOLANO",**

Habida consideración de la merecida y alta honra que el Consejo Provincial del Azuay acaba de conferir al Ilustre Rector de la Universidad, Señor Doctor Don Carlos Cueva Tamariz, en quien señala al ciudadano egregio y al patriota consagrado al servicio público y al bien de nuestra comarca; y

Habida consideración de que la Facultad y el Colegio prenombrados, son creaciones de este asiduo mantenedor del alto espíritu,

Acuerda:

Unirse con toda cordialidad y entusiasmo al merecido tributo que la ciudadanía de la Provincia paga a la sostenida y eficaz tarea desempeñada en la vida pública y en la vida social de nuestra tierra, por el Doctor Carlos Cueva Tamariz;

Expresar ante la ciudad el aplauso que una vida tan abnegada merece y recibe desde todos los sectores de la opinión, especialmente desde los universitarios, donde los últimos lustros, el egregio homenajeado sembró y siembra copiosas simientes del fruto más promisorio y verdadero;

Envíar autógrafo este testimonio al sereno mentor de la vida universitaria, en testimonio de lealtad y agradecimiento; y

Darlo a la publicidad por la prensa y por medio de Anales de nuestro Instituto Máximo.

Dado en Cuenca, a veinte y siete de noviembre de mil novecientos cincuenta y ocho.

EL DECANO DE LA FACULTAD,
RECTOR DEL COLEGIO,
GABRIEL CEVALLOS GARCIA.

EL SUBDECANO DE LA FACULTAD,
FRANCISCO ALVAREZ GONZALEZ.

EL VICERRECTOR DEL COLEGIO,
FRANCISCO ESTRELLA CARRION.

LOS PROFESORES DE LA FACULTAD:

Luis Fradejas Sánchez, Hugo Ordóñez Espinosa, Silvino González Fontaneda, José López Rueda, Alejandro Serrano Aguilar.

LOS PROFESORES DEL COLEGIO:

Jaime Villar Chao, Manuel García Caridad, Efraín Jara Idrovo, Fausto Sánchez Valdivieso, Antonio Lloret Bastidas, Segundo Es-

pinoza Calle, Luis Monsalve Ortiz, Homero Pozo Vélez, Gorky Abad Granda, Carlos Darquea López, Gustavo Ortiz Arellano, Eugenio Castro Ledesma.

EL SECRETARIO DE LA FACULTAD,
ALFREDO ABAD GOMEZ.

LA SECRETARIA DEL COLEGIO,
LYA SALAZAR GONZALEZ.

**LA FACULTAD DE CIENCIAS QUIMICAS
DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA,**

Considerando:

Que el señor doctor CARLOS CUEVA TAMARIZ, dignísimo Rector de la Universidad, con sobra de merecimientos ha sido declarado por el H. Consejo Provincial del Azuay, EL MEJOR CIUDADANO DE 1958, y se le ha otorgado la Presea de la Institución;

Que el H. Consejo Provincial del Azuay ha demostrado su justa posición al reconocer en el doctor Cueva Tamariz al hombre que durante varias décadas ha servido con entusiasmo y abnegación a la sociedad, ya como maestro, conductor de la juventud universitaria y estadista;

Que el doctor Cueva Tamariz, en su condición de Rector de nuestro Máximo Plantel, ha guiado con talento y acierto la cultura universitaria en este sector importante de la Patria, y ha laborado decididamente en pro de esta Facultad, pues es su creador;

Acuerda:

Expresar su entusiasta y cordial adhesión al justísimo homenaje rendido en la persona del doctor Cueva Tamariz;

Enviar autógrafo de este acuerdo al Dr. Cueva Tamariz; y

Publicarlo por la Prensa y en Anales de la Universidad.

Dado en Cuenca, a 28 de Noviembre de 1958.

EL DECANO,
ALEJANDRO ONITCHENKO.

EL SUBDECANO,
GIL FLORES GARCIA.

LOS PROFESORES:

Rodrigo Cordero Crespo, Carlos Donoso Montesinos, José Orellana Solano, Jaime Villar Chao, Manuel García Caridad, Marcelo González Moscoso, Luis Monsalve Ortiz.

EL SECRETARIO,
RUBEN MOSCOSO DAVILA.

LA FACULTAD DE ODONTOLOGIA
DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA,

Considerando:

Que el Señor Doctor Don CARLOS CUEVA TAMARIZ, merísimo Rector de esta Universidad, va a ser condecorado por el Honorable Consejo Provincial del Azuay como MEJOR CIUDADANO DE LA PROVINCIA, en atención a su intensa y proficua labor cultural desarrollada como Maestro de Juventudes, Rector de este Plantel y Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay,

Acuerda:

Adherirse a tan justo homenaje, que relieves, una vez más, la personalidad de nuestro ilustre Rector;

Expresar públicamente la más efusiva felicitación de la Facultad de Odontología al Señor Doctor Cueva Tamariz, por la singular distinción con la que el Honorable Consejo Provincial ha sabido reconocer sus ejemplares méritos y virtudes;

Aplaudir al H. Consejo Provincial del Azuay por su acertada decisión de galardonar con la primera insignia provincial a uno de los más esclarecidos ciudadanos; y

Publicar este acuerdo por la prensa.

Dado y firmado en Cuenca, a los veintiocho días del mes de Noviembre de mil novecientos cincuenta y ocho.

EL DECANO,
RICARDO MUÑOZ DAVILA.

EL SUBDECANO,
JOSE GABRIEL MOSCOSO E.

LOS PROFESORES:

Hernando Acosta Crespo, Eduardo Neira Carrión, José Serrano Vega.

EL REPRESENTANTE ESTUDIANTIL,
MARCELO LEON BUSTOS.

EL SECRETARIO,
RODRIGO SOLIS SERRANO.

EL COMITE EJECUTIVO DE LA FEDERACION DE ESTUDIANTES
UNIVERSITARIOS DEL ECUADOR,
SEDE NACIONAL,

Considerando:

Que el H. Consejo Provincial del Azuay en su sesión del día 10 de los corrientes ha resuelto, por unanimidad, conceder insignia y pergamino al señor doctor don Carlos Cueva Tamariz, Rector de la Universidad de Cuenca, como el MEJOR CIUDADANO DE LA PROVINCIA;

Que es obligación de la juventud y, en particular, de los Estudiantes Universitarios, el reconocer la invalorable estela de bien que dejan los hombres ilustres; y,

Que el señor doctor Carlos Cueva Tamariz es uno de aquellos que desde la cátedra diaria, Rectorado y vida ciudadana, han servido y dado ejemplo al estudiantado y la colectividad;

Acuerda:

Adherirse al justiciero homenaje que el H. Consejo Provincial tributará al señor doctor don Carlos Cueva Tamariz, digno Rector de la Universidad de Cuenca;

Recomendar el nombre del homenajeado a las generaciones venideras como uno de los más gratos para los Universitarios; y,

Entregar el presente acuerdo en la Sesión Inaugural del XV CONGRESO NACIONAL DE LA FEDERACION DE ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS DEL ECUADOR, a reunirse en esta ciudad.

Dado y firmado en Cuenca, a los diez días del mes de noviembre del año de mil novecientos cincuenta y ocho.

JORGE GALARZA S.,

Presidente de la FEUE., Sede Nacional.

R. VINTIMILLA FLORES.

Secretario.

Entre las más representativas Entidades que expresaron su adhesión al doctor Cueva Tamariz constan las siguientes:

LA CORTE SUPERIOR DE JUSTICIA DE CUENCA,

Considerando:

Que el H. Consejo Provincial del Azuay, en gesto que le honra sobremanera por encarnar un acto de toda justicia, ha designado al señor doctor don CARLOS CUEVA TAMARIZ como Primer Ciudadano del Azuay y, por lo mismo, le ha concedido la condecoración creada al efecto;

Que es deber de las Entidades públicas sumarse a este acto que consagra gratitud para quien ha puesto siempre su talento y notables capacidades al servicio del mayor progreso y cultura, no solamente de esta región, sino de la Patria,

Acuerda:

Adherirse a la resolución tan acertada y justa del H. Consejo Provincial del Azuay;

Presentar al Señor Doctor Carlos Cueva Tamariz, hombre público y distinguidísimo miembro del Foro Azuayo, la nota de su más sincera congratulación, reafirmandole su solidaridad y rindiéndole el aplauso que su talento y múltiples capacidades merecen; y,

Hacer entrega de un original de este acuerdo.

Dado en el Salón de Sesiones de la Corte Superior de Justicia, en Cuenca, a diez y nueve de noviembre de mil novecientos cincuenta y ocho.

EL MINISTRO PRESIDENTE,
CARLOS ENRIQUE VINTIMILLA V.

LOS MINISTROS JUECES:

Luis Ricardo García, César González Cazorla, Antonio Borrero Vega, Luis Alejandrino Martínez Borrero, Alberto Astudillo Montesinos.

EL MINISTRO FISCAL,

MANUEL COELLO NORISTZ.

EL SECRETARIO RELATOR,

RIGOBERTO CORDERO Y LEON.

LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA,

NUCLEO DEL AZUAY,

Considerando:

Que el H. Consejo Provincial del Azuay ha otorgado la Insignia que lleva el nombre de esa Institución al señor doctor CARLOS CUEVA TAMARIZ al declararlo PRIMER CIUDADANO DEL AZUAY EN EL AÑO DE 1958, en razón de los méritos que adornan a tan preclaro ciudadano;

Que resolución tan justiciera es motivo de íntima satisfacción para la Casa de la Cultura Ecuatoriana, por cuanto el señor doctor Cueva Tamariz desempeña desde la fundación de ella el cargo de Presidente de este Núcleo, en beneficio del cual ha desarrollado, con inteligencia y sagacidad singulares, eficiente y progresista labor,

Acuerda:

Adherirse a la resolución tomada por el H. Consejo Provincial, acordando que el Directorio en pleno asista a la sesión en que le será entregada al señor doctor Cueva Tamariz la Insignia de PRIMER CIUDADANO DEL AZUAY EN EL AÑO DE 1958;

Organizar un acto público en que el Núcleo rinda homenaje al señor doctor CARLOS CUEVA TAMARIZ y durante el cual se procederá a la colocación de su retrato en la Galería del Núcleo de Hombres Representativos de Cuenca, expresando, por medio del Miembro señor don Víctor Albornoz, sus grandes merecimientos como dirigente y propulsor de la cultura nacional, los que le han hecho acreedor de modo especial a la gratitud que para él guarda el Núcleo del Azuay por la forma entusiasta, tinsa y elevada con que lo ha conducido durante su fructífera Presidencia; y

Publicar este Acuerdo por la prensa y entregárselo autógrafo al señor doctor Carlos Cueva Tamariz en el acto dedicado a su ilustre personalidad.

Cuenca, a 28 de Noviembre de 1958.

EL VICEPRESIDENTE,
MANUEL M. PALACIOS BRAVO.

LOS VOCALES DEL DIRECTORIO:

Víctor Manuel Alborno, César Andrade y Cordero, Roberto Crespo Ordóñez, Agustín Cueva Tamariz, Gabriel Cevallos García, Luis Monsalve Pozo, Luis Moscoso Vega.

EL SECRETARIO,
JACINTO CORDERO ESPINOSA.

LA ACADEMIA DE ABOGADOS DEL AZUAY,

Considerando:

Que el señor doctor don CARLOS CUEVA TAMARIZ, meritisimo ex-Presidente efectivo, Presidente Honorario y miembro de la Directiva de la Entidad, ha sido galardonado con la presea CONSEJO PROVINCIAL DEL AZUAY, que se le va a otorgar juntamente con la declaratoria hecha por la indicada Corporación en 1958 como PRIMER CIUDADANO DE LA PROVINCIA, en reconocimiento de la valiosa obra cultural por él cumplida;

Que este acto de justiciero reconocimiento de su intensa y fecunda labor enorgullece justamente a la Academia y en general a Cuenca, al Azuay y a cuantas Entidades cuentan con el invalorable concurso y prestancia del señor doctor Cueva Tamariz,

Acuerda:

Manifestar la adhesión de la Academia a este reconocimiento público hecho por el H. Consejo Provincial del Azuay en la persona de su dignísimo miembro, señor doctor CARLOS CUEVA TAMARIZ,

expresando al distinguido jurisconsulto la complacencia de la Institución por tan merecida presea con la que se premia su vida intelectual al servicio de la colectividad;

Concurrir en corporación al acto de entrega de la condecoración; y,

Publicar este acuerdo y entregarle autógrafo del mismo en sesión especial y solemne que la Academia celebrará en honor del doctor Cueva Tamariz.

Dado en Cuenca, a 20 de Noviembre de 1958.

ANTONIO BORRERO VEGA,
PRESIDENTE DE LA ACADEMIA.

CARLOS ENRIQUE VINTIMILLA V.,
VICEPRESIDENTE.

LOS VOCALES:

Lucas S. Vázquez, Antonio G. Serrano, Gerardo García Cuesta, José Alberto Aguilar, César Fernández Márquez, Francisco Alvarado Cobos, Enrique Neira Carrión, Tarquino Vázquez Peña, Carlos Coellar Espinoza, Carlos Farfán Prieto.

VÍCTOR LLORE MOSQUERA,
VOCAL-SECRETARIO.

MEDARDO NEIRA GARZON,
VOCAL-TESORERO.

VOTO DE FELICITACION DEL I. CONCEJO MUNICIPAL

29 de Noviembre de 1958

Señor Doctor
CARLOS CUEVA TAMARIZ
Ciudad

Ilustre Ciudadano:

El I. Concejo Municipal de Cuenca, en sesión del día 28 de Noviembre en curso, dispuso por unanimidad, que se exprese a Ud. el más elevado voto de felicitación, por cuanto el Honorable Consejo Provincial del Azuay ha concedido a Ud. la Insignia de su nom-

bre, reconociendo los merecimientos que adornan la persona de Ud., y declarando, en el presente año de 1958 que Ud., como ciudadano ha prestado relevantes servicios a la Provincia.

Me place llevar a su conocimiento este homenaje de adhesión a lo resuelto por el honorable Consejo Provincial, tanto más cuanto que Ud. integró por varias ocasiones, el Ayuntamiento de Cuenca y lo presidió, con altura, con patriotismo, conduciéndolo hacia etapas de servicio público que se tradujeron en obras de eficiente progreso urbano.

Reciba Ud., Señor Doctor Cueva Tamariz, juntamente con el homenaje municipal, el testimonio de mis consideraciones.

DIOS PATRIA Y LIBERTAD,

(f) LUIS CORDERO CRESPO,
ALCALDE DE SANTA ANA DE CUENCA.

ADHESION DE LA H. ACADEMIA DE ABOGADOS DE QUITO

REPÚBLICA DEL ECUADOR, ACADEMIA DE ABOGADOS, PRESIDENCIA.

Quito, a 23 de Noviembre de 1958.

Señor

Presidente del H. Consejo Provincial del Azuay,
Cuenca,

Distinguido Señor:

Informado por la prensa que la H. Corporación que Ud. dignamente preside, ha tomado la acertada resolución de conferir una merecida preseña al señor doctor don CARLOS CUEVA TAMARIZ, ilustre Rector de la Universidad de Cuenca, declarándole "PRIMER CIUDADANO DE LA PROVINCIA EN 1958", en reconocimiento a sus grandes virtudes públicas y privadas, considero como un imperioso deber exteriorizar mi congratulación y sinceras felicitaciones a la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Santa Ana de los Ríos que se honra a sí misma otorgando aquella designación honorífica, que es, al mismo tiempo, un especial homenaje a la docta Universidad de Cuenca, en la que se destacan las eficaces labores de tan pulcro

y conspicuo compatriota, cuyas ejecutorias son suficientemente conocidas en toda la República.

Quiero dejar constancia, a la vez, en nombre de la H. Academia de Abogados de Quito, de la que es Miembro prestigioso el señor doctor Carlos Cueva Tamariz, de la adhesión de esta Entidad al homenaje que se le tributará en la Sesión Solemne de 28 del mes en curso.

Me es muy honroso suscribirme de Ud., muy atento y seguro servidor,

ALFONSO M. MORA,
Presidente de la Academia de Abogados en Quito.

El veinte y ocho de noviembre de mil novecientos cincuenta y ocho, en el Teatro Universitario, el H. Consejo Provincial del Azuay celebró sesión especial y solemne para realizar la entrega de la preseña al doctor Cueva Tamariz. El acto revistió caracteres de esplendor y solemnidad y constituyó una verdadera apoteosis al ilustre Mecenas de la juventud azuaya.

La mesa directiva estaba integrada por el Consejo Provincial en pleno, por las autoridades civiles y militares de la Ciudad, por el Vicerrector de la Universidad y los Decanos de las Facultades del Plantel, los Ministros de la Corte Superior de Justicia y el Presidente de la Academia de Abogados del Azuay. El doctor Cueva Tamariz y su señora esposa ocupaban puestos de preferencia, junto al Presidente del Consejo Provincial. La amplia sala del Teatro estaba totalmente llena por todos los catedráticos de la Universidad, el alumnado de la misma, profesores de los diferentes establecimientos de educación secundaria y primaria de la ciudad, miembros del Foro, del Cuerpo Médico, de las demás asociaciones profesionales y de un numerosísimo y selecto público que había acudido a aplaudir la decisión del Consejo Provincial y al doctor Cueva Tamariz por la merecida exaltación de su persona.

El acto se inició con los acordes del Himno de Cuenca ejecutado por la orquesta del Conservatorio de Música.

Inmediatamente el Presidente del Consejo Provincial, doctor Severo Espinoza Valdivieso, pronunció el discurso de estilo para la apertura de la ceremonia y luego de que se cumplieron algunos números del programa especial que se había formulado, el Consejero Provincial doctor Francisco Alvarado Cobos, por mandato de esta Corporación, hizo el ofrecimiento de la preseña y expuso los motivos que el Consejo había tenido para discernirla a favor del doctor Cueva Tamariz, en los términos siguientes:

"Señor Presidente del H. Consejo Provincial del Azuay,
Señor Gobernador del Azuay,
Señor Alcalde de la Ciudad,
Señor Rector de la Universidad,
Señor Presidente de la Exma. Corte Superior de Justicia,
Señor Presidente de la Academia de Abogados,
Señor Vicerrector y Decanos de las Facultades Universitarias,
Señores Consejeros Provinciales,
Señores, señoras y estudiantes.

Debo comenzar, necesariamente, expresando en este breve discurso de circunstancias, la íntima satisfacción que siento ante este como respaldo popular multánime demostrado por medio del innumerable conjunto de instituciones —todas ellas de alta posición en el campo de la opinión ciudadana— al mensaje de justicia y reconocimiento que el Consejo Provincial quiso hacer llegar al meritisimo y eminente Rector de la Universidad de Cuenca y a la vez Presidente del Núcleo del Azuay de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, declarándole el ciudadano que mejores servicios ha prestado al Azuay, en 1958.

Este respaldo y beneplácito brindado a una resolución del Consejo Provincial del Azuay tiene el hondo y neto significado de que la corporación representativa de la Provincia ha acertado en su decisión. De que no se ha discutido o dudado en ningún sector de la ciudadanía del Azuay que haya sido el señor doctor Carlos Cueva Tamariz el acreedor, sin disputa, de semejante galardón, establecido para premiar los servicios relevantes que se le presten a ella, en cualquier campo o actividad que beneficie e interese a la colectividad.



Instante en que el Presidente del Consejo Provincial del Azuay, doctor Severo Espinoza Valdivieso, imponía al doctor Carlos Cueva Tamariz la condecoración que lleva el nombre de la Entidad, en la ceremonia especial desarrollada en el Teatro Universitario.

Más todavía, si es en un campo en el que, por ser de suyo elevado, irradia su influjo a todos los demás estadios de la vida de una colectividad: el de la cultura, el de la formación y preparación de su juventud para llevarla siempre en ascenso, a punto de dominar todas las oquedades y depresiones que en la estructura de la sociedad existan.

Porque, ciertamente, difícil es acertar. Pues, para conseguir el acierto es imprescindible otear y escrutar el horizonte y dar con el blanco que se persigue y anhela, sin desviación y soslayamiento. Y, para obtener el acierto es preciso tener el ojo claro y perspicaz y la intención pura; y, para contar con estos instrumentos de discernimiento es necesario poseer el ánimo sin prejuicio y sin complejo algunos; libre de cualquier incitación al desvío.

Para hallarnos en condiciones de visión clara y espíritu recto hay que estar poseídos de pasión por la justicia que es, en suma, la determinante de los aciertos y del camino sin desviaciones, atajos y aventuras.

Esa pasión por la justicia que nos conduce a decisiones certeras la conseguimos en ambientes y estadios iluminados por la verdad y amplificados por el desprendimiento de pequeños o grandes intereses transitorios que al cabo no cuentan y asoman en las definitivas liquidaciones de las dípticas de la sociedad.

Para mí, señores y señoras, y seguramente para quienes formamos hoy el Consejo Provincial del Azuay, esa invencible inclinación por la justicia, porque conocemos con precisión en lo que ella consiste, la hemos adquirido en el ambiente austero, despacioso de esta ciudad, cabeza, centro, cifra y signo de la comarca; la hemos asimilado del espíritu de esta "ciudad universitaria", "cargada de alma", de esta "ciudad de la paz" que ilustres ecuatorianos así la han bautizado, acaso por haber sido mejor captada y justificada por ellos en un improntu breve y sutil de su entealequia, que por nosotros mismos, beneficiarios rutinarios de sus esencias de ciudad y pueblo. Y, la hemos conseguido en las aulas de su Universidad, perfilada en el decurso de cerca de un siglo, con las indudables excelencias de la Universidad medieval, de la transición renacentista y los fuertes vientos renovadores de la moderna concepción de Universidad tecnifi-

cada, especializada y estilizada en su enseñanza humanística, artística y literaria.

De esta nuestra Universidad creada, formada, modelada y enaltecida por selectos espíritus cuencanos y azuayos, presentes en los dorados lienzos de su Aula Máxima. De esta que la llamábamos Casona y que ha poco más dejará de serlo para transformarse en la cifra y símbolo de la Universidad de hoy y de mañana, la Ciudad Universitaria, obra vuestra, señor doctor Cueva Tamariz; que no solo en su estructura arquitectónica amplia, aireada e iluminada, sino en su entraña, va a ser el símbolo de la nueva Universidad que deberá a vuestro afán, empeño y tesón singulares, su transformación definitiva.

Esta Universidad obra exclusiva de nuestros próceres civiles más caracterizados, desde Benigno Malo el Rector Fundador hasta los que me fue dado en suerte conocer y tratar: Honorato Vázquez, José Peralta, Remigio Crespo Toral y Octavio Díaz, el anciano venerable a quien le ha tocado presenciar, con honda amargura para él, cómo ha defeccionado la arquitectura casi perfecta del Estado —tema de sus Libros de Ciencia Política y Derecho Constitucional— con la confusión de linderos entre los tres clásicos Poderes de la Soberanía popular, por los Decretos-Leyes y las Instituciones autonómicas; y hasta Vos, señor doctor Cueva Tamariz, que habeis puesto el guión trascendental de la vieja casona que decíamos, con un dejo devoto y romántico, a la Ciudad Universitaria de contenido y sabor positivista y ultraista, si se quiere, de ahora. Os ha sido dable a la vez crear y establecer nuevas Facultades y Escuelas, cumpliendo recién el postulado de la universalidad de conocimientos que dijieran el primer Rector doctor Benigno Malo y uno de los primeros alumnos en el tiempo y en la nombradía, don Federico Proaño.

La voz casona que trae inevitable la idea de claustro de estudios, de jardín cercado para los escogidos del talento y la dedicación a las más gentiles disciplinas espirituales, solamente, ha cedido su vigencia a la Ciudad Universitaria de sendas de tránsito libre para quienes quieran recorrerlas; de ágora para las reuniones de la inquieta e iconoclasta juventud y de amplias aulas y galerías para quienes anhelan recibir el influjo viviente y tonificante de la ciencia, la cultura y el profesionalismo.

Esta transformación y transustanciación se deberá a Vos, señor doctor Cueva Tamariz. El tránsito de la vieja Universidad de los textos y teorías a veces inasibles para los no iniciados, a la nueva Universidad actual de Bibliotecas y Seminarios, Gabinetes y Laboratorios y Museos, realística y positivista. Por eso, especialmente, se os ha conferido la distinción y sello de Primer Ciudadano de la Provincia, quizá no en el momento preciso y oportuno, porque, a decir verdad, vuestra obra no es de uno u otro año, sino de varios, de muchos años e incontables horas de afán ininterrumpido, de indeclinable actividad, exenta de jadeos y fatiga acesante, de gestos vehementes e inelegantes, sino, como corresponde a un vigoroso espíritu, bien estructurado y grávido de esperanza y fe en los claros y altos destinos de la Patria. De esta Patria que en mucho deberá su fisonomía futura a la tarea que os ha tocado desenvolver en una etapa universitaria, por Vos vuelta decisiva.

Junto a la labor de maestro universitario —antes lo fuisteis de educación primaria y tengo la seguridad que en vuestra mente bullirá el recuerdo de la argentina algarabía de los niños y la endiablada travesura de los rapazuelos—; junto a la faena de Rector Universitario habeis desplagado y llevado a cabo una labor afín:— la de organizar e impulsar la esclarecida trayectoria del Núcleo del Azuay de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, presidiendo un cenáculo de valores de estirpe letrada de esta ciudad de dilatado abolengo intelectual.

Por todo ésto; por vuestra obra realizada sin pausa y sin desmayo, en el campo más fecundo y válido del ámbito humano; a nombre del H. Consejo Provincial del Azuay, va a colocar su Presidente sobre vuestro pecho que alienta y anima grandes empresas, que en suma y en resultado son de libertad y justicia, claridad y altruismo para las almas y mentes de la colectividad, esta insignia que quiere ser el reconocimiento y aplauso por una buena e ingente labor realizada hasta hoy y un augurio cierto de que podeis continuarla en el mismo sentido en que se dirige vuestra vida, siempre en trance de realizaciones”.

El Presidente del Consejo Provincial, doctor Espinoza Valdivieso, impuso entonces la áurea condecoración al doctor Cueva Tamariz. Un prolongado aplauso de la concu-

rencia, puesta de pie en momento tan solemne, constituyó la pública ratificación de la justicia y el acierto con que había procedido la Entidad representativa de la Provincia.

Para cumplir la resolución del Consejo Universitario, de otorgar a su Rector un acuerdo en que conste el testimonio de adhesión de la Universidad de Cuenca, el Vicerrector doctor Luis Monsalve Pozo pronunció en seguida un hermoso y académico discurso en el que resaltaba la polifacética personalidad del doctor Cueva Tamariz, al que entregó a la conclusión de la pieza literaria un artístico pergamino con el texto del acuerdo y las firmas autógrafas de los miembros del Consejo Universitario. Las palabras del doctor Monsalve Pozo constituyen el mejor elogio de la vida y la obra de Carlos Cueva Tamariz, sintetizadas en estas frases:

"Señor Presidente del H. Consejo Provincial,
Señor Gobernador,
Señor Alcalde de la Ciudad,
Señor Presidente de la Exma. Corte Superior de Justicia,
Señores Decanos,
Señores Profesores,
Universitarios,
Conciudadanos todos:

Por uno de esos amables minutos que para todos los hombres guarda celosamente la vida; por una de esas horas, llenas de cosas gratas, empapadas de esperanza, que, morosamente, alguna vez, a todos nos regala la existencia; por uno de esos momentos, en fin, llenos de unción y recogimiento, que aun para las almas mordidas por el desencanto, guarda el tiempo en su clepsidra, me ha tocado que sea yo el portavoz de la más alta Casa de Estudios —la Universidad de Cuenca—, para rendir pleito homenaje a quien, con sobra de derecho, a quien por su espíritu impar y por su vida im-poluta, es su guía y abanderado, el Sr. Dr. Dn. Carlos Cueva Tamariz.

La Universidad de Cuenca, distinguidos señores, al sumarse al Voto Unánime del H. Consejo Provincial del Azuay, que declara al Sr. Dr. Dn. Carlos Cueva Tamariz, merecedor de la presea "Consejo

Provincial del Azuay", como el mejor ciudadano de la provincia en 1958, lo hace, no simplemente porque el Dr. Cueva Tamariz sea su Rector, sino porque élla conoce de cerca, como nadie, paso a paso, minuto a minuto, de su obra; porque élla —la Universidad—, sabe de su labor ponderada; porque a élla le consta de cerca, tan de cerca, que Cueva Tamariz es un conductor de almas, un creador de valores, un forjador de espíritus, un pastor de la cultura....

Yo, en verdad, señores, estoy muy cerca de Cueva Tamariz por la amistad, por el afecto, por el compañerismo, por las ideas, por las luchas libradas, por las victorias obtenidas, por las derrotas sufridas y por la vida misma. Pero estas cosas consubstanciadas en mi mismo, con mis propias esencias, no pueden obstar, no obstan de ninguna manera, para que mi lengua sin amarras, para que mi corazón a todo impulso, para que mi alma con todas sus potencias, expresen que la Universidad de Cuenca, al aplaudir a Cueva Tamariz, no está sino reconociendo un hecho claro, como claro y esplendoroso es el sol que se extiende y que se remansa en estas claras cuencas de los Andes.... Lejos de mi, señores, esa muletilla pequeña que, a pretexto de amistad, con enferma y dolosa trapacería, cierra la boca y ciega los ojos ante el triunfo y la victoria de quienes marchan en el mismo sendero.... Nó. Esa muletilla está bien para caricaturas de hombres, para seres sin la propia fe y sin la propia esperanza.

De ser posible para mi y si yo tuviera para ello aptitudes suficientes, trazaria en este instante la silueta de Carlos Cueva Tamariz, para ejemplo objetivado de lo que puede y de lo que alcanza el ser humano cuando camina por los buenos caminos, cuando con el corazón en alto hace de la existencia paradigma de virtudes excelsas.

En realidad, no es sólo la figura externa de Carlos Cueva Tamariz, alta y señera; sus ojos iluminados con una intensa luz de guía, de luz de pionero; su cabeza encendida, que ya se está trocando en cima nevada, desde donde se otean todos los horizontes apacibles.... En verdad, no es sólo su voz cordial, su palabra emocionada; sus manos, sus manos blancas de sembrador de buenas semillas, las características que relieves su personalidad. No. Es su alma bondadosa, su sencillez, su espíritu limpio de reveses, llano y claro; su corazón siempre abierto, libre de egoismos, robusto, y su inteligencia, y su educación, y su ilustración, y su cultura, los fac-

tores que, naturalmente, en cualquier sentido que gire la rosa de los vientos, nos dicen que Carlos Cueva Tamariz es el Maestro.

De otra parte, la vida del Dr. Cueva, ella sola, alejada de todo oropel externo, es el ejemplo, la enseñanza y la lección que con más pasión y energía debe ser aprendida y repetida.... Desde sus inicios, desde sus primeros pasos, hasta hoy en que su ciudad y su provincia, aplauden esa vida, es una marcha imperturbable por el sendero del bien y de la virtud, de la honestidad y del trabajo: es una suerte de línea recta trazada de la tierra al infinito.... Cueva Tamariz, buen hijo, buen hermano, buen esposo, buen padre de familia, buen amigo, como no podía ser de otra manera, es también sobresaliente ciudadano, dechado de funcionarios, un hombre a carta cabal, y todo en grado superlativo, como ya se dijera alguna vez de otro de nuestros más distinguidos hombres de bien.... Carlos Cueva Tamariz, que por el estrato social de su cuna, pudo quedarse en las nubes y ser un fetiche con el látigo en las manos, prefirió bajar a la tierra, caminar con "los de abajo"; sentir las angustias de todos los desheredados, comprender sus problemas, hacer suya su amargura y tomar su bandera.... Cueva Tamariz, que de nacer con un corazón pequeño, pudo ser flor de un día, cacique providencial y divino, prefirió por su ancho corazón, ser soldado del inmenso mundo de los pobres.... Y él, en el Ecuador y en su ciudad natal, fue el pionero indiscutido de la democracia, hecha carne y sangre y espíritu en el Partido Socialista Ecuatoriano!....

La vida pública de Carlos Cueva Tamariz, es una vida de servicio, de exclusivo servicio a su provincia y a su país. Fue él el gallardo Presidente de la Federación de Estudiantes Universitarios del Ecuador, Núcleo del Azuay, que, con ese otro espíritu, suma de inteligencia y de delicadezas, Antonio J. Quevedo, Presidente de la Federación Nacional, emproara a las juventudes universitarias, dentro de las huestes de la Federación, hacia la defensa del Derecho y de la Democracia, infundiéndola el espíritu de sana rebeldía y de amor hacia las causas buenas que, hasta ahora, ha sido su guía, su meta y su destino y que, en no lejano día, con clara comprensión, será vendimia millonaria de Justicia y de Libertad!....

Después, en medio del fragor de las contiendas cívicas, Cueva Tamariz ha sido siempre el indeclinable paladín de la Verticalidad. Cuando la verdad y la democracia, cuando el derecho y el deber,

han necesitado de un soldado, ahí ha estado Carlos Cueva, armado de todas las armas, como gladiador sin miedo y sin mancilla. Su conducta y su actitud en este plano, siempre han sido sin medias tintes, sin esguinces, con la dureza y la impenetrabilidad del diamante de purísimas aguas.... Cuando ese gran repúblico, Isidro Ayora, ejercía la Presidencia del país, se presentó en la legislatura un problema que no aparecía del todo claro —el relacionado con el empréstito sueco para el Estanco de Fósforos— el voto de Carlos Cueva, como legislador por el Azuay, a pesar de su parentesco y de su amistad con el Presidente, fue contra el Presidente.... Y en la Asamblea Nacional de 1938, cuando en el preciso momento de la elección de Presidente de la República, el Bloque Democrático de Guayaquil y las fuerzas de Izquierda, por mi medio y por el del ilustre escritor Alfredo Pareja Diez Canseco, le ofrecían sus votos, lo que era lo mismo que ofrecerle el Poder en bandeja de plata, Cueva Tamariz, se negó rotundamente, tercamente a ello, sólo por no romper la palabra empeñada momentos antes con el Jefe Liberal, quien, pocos días después, respondía al desinterés y a la pulcritud de Cueva Tamariz con las celdas del "García Moreno".... He ahí, señores, dos hechos, dos actitudes, dos lecciones de civismo, que no se producen ni se escriben todos los días y que, casi siempre, se califican como incomprensibles y como absurdos, pero que, especialmente, en estas horas que vive el pueblo ecuatoriano, merecen ser recordados....

Si prescindimos del ingrato campo de la política, de ese campo en verdad tan lleno de pequeñas cosas, tan lleno de piedresillas, de pasos vacilantes, de curvas oscuras y de pasiones enfermas, para entrarnos en los surcos fecundos de la cultura, contemplaremos en su plenitud la existencia llena de creaciones del Rector de la Universidad de Cuenca.... Desde la regencia de una humilde escuela primaria, la "Luis Cordero", creada por Daniel Córdova Toral —al hablar de Carlos Cueva es preciso recordar la gallarda, la esbelta, la romántica figura de Córdova Toral—; desde la Dirección de Estudios del Azuay y el Profesorado y Rectorado del Colegio Nacional "Benigno Malo"; desde el Ministerio de Educación, hasta el Rectorado de nuestra Alma Mater y la Presidencia de la Casa de la Cultura, Núcleo del Azuay, la vida de Carlos Cueva Tamariz, ha sido una especie de lámpara votiva encendida para la marcha segura del cerebro y del corazón....

Y en todas estas instituciones y organismos, hemos de encontrar la obra positiva, de profundas raíces, realizada por el Dr. Cueva. La escuela "Luis Cordero", formó su prestigio y tomó su arranque, desde que su Director, el Dr. Cueva, con un elenco de profesores de la talla de Manuel Muñoz, de Alberto Moreno Mora, de Virgilio Salazar Orrego, la formó con amor y una esperanza enorme en los principios másculos de esa escuela: en su respeto al niño, en su profundo respeto a ese pequeño retoño del espíritu, que se modela y santifica tan sólo en los crisoles eternos del laicismo.... El Colegio "Benigno Malo", que comenzó con Andrés F. Córdova, una etapa nueva de progreso, tuvo en Cueva Tamariz un conductor y un guía seguro para su siembra. Asimismo, el maestro primario, ese paria de todos los siglos, ese signo sacrificado en todas las latitudes, encontró en el Dr. Cueva, a su amigo, a su consejero y a su defensor. Por fin, el Ministerio de Educación, a pesar de los escasos meses de ser dirigido por el Rector de la Universidad de Cuenca, se encontró con un enérgico impulsor, con un imponderable administrador y con una mano segura que le guió sano y salvo en medio de sus escollos y en medio de sus oleajes.... Sabido es que, de las Secretarías de Estado, la más difícil y arisca, la más complicada y llena de problemas, es la de Educación; pues bien, el Dr. Cueva Tamariz, con enérgica suavidad, si se me permite la paradoja, la condujo con acierto singular a pesar de los embates de todos los lados: del lado propio y de la orilla opuesta....

En verdad, no quisiera yo referirme a su obra universitaria ni a su labor en la Casa de la Cultura, Núcleo del Azuay. Pero ahí están los hechos, claros, elocuentes, precisos, con la fría precisión de los números y con la llamarada esplendorosa de la vida.... De una Universidad marchita, anquilosada, manca, con dos viejas Facultades enfermas de hastío —la de Jurisprudencia y la de Medicina—, y un remedo de Ingeniería; sin laboratorios, sin bibliotecas, sin gabinetes, sin seminarios, con una casa si de fachada impresionante, hueca de servicios por dentro, destartalada, un kalamaso de marmol, como alguien la llamó, se ha convertido en una Universidad moderna, con seis brillantes Facultades, con laboratorios, con gabinetes, con bibliotecas especializadas, con seminarios de investigación; y, por fin, después de pocos días, la Ciudad Universitaria, que se levanta airosa y bella, junto a las aguas puras de nuestro Tomebamba, constituirá la prueba elocuente de que Cuenca es ciudad universitaria, que pue-

de marchar hombro con hombro con las más prestigiosas del Continente.

De otra parte, es necesario recordar, que la Universidad de Cuenca, con una escasa población escolar, que no llegaba a doscientos estudiantes, cuenta hoy con más de mil, que vienen a su Casa desde los Cuatro Horizontes del país y aun de más allá de sus linderos, diciéndonos de esta manera, para honra y prez de Cuenca, que su Alma Mater es el Alma Mater de la Patria....

Y en esta obra dura y difícil, de sacrificio de todos los días, de no pocas amarguras y desfallecimientos, ante todo y sobre todo, se encuentran la mente, el corazón y el brazo de Carlos Cueva Tamariz: sin su labor benedictina, sin su apostolado, sin su energía al propio tiempo, la Universidad acaso no hubiera rebasado de las corrientes rutinarias, sin espíritu y sin vida.

Pero, en verdad, la obra de Cueva Tamariz en la Universidad, se sale de estas cosas materiales, para traducirse en acción laboriosa y paciente de conductor espiritual de la juventud universitaria: la palabra, el consejo oportuno, la regla pedagógica, la insinuación didáctica, listos y a flor de labios para alumnos y profesores, hacen del Rector de la Universidad de Cuenca, el leal y cariñoso mentor de todos.... Yo mismo, concurre a la clásica sesión solemne de Apertura de Cursos, que año tras año realiza la Universidad, entre otros motivos, para escuchar devotamente el discurso del Rector, porque sé que en ese discurso, como múltiples arenitas de oro fino, como perlas, como esmeraldas llenas de esperanza, encontraré elevadas enseñanzas, profundos principios y normas indispensables para la Cátedra y para la Vida.... Es que Carlos Cueva Tamariz, no solamente que es un admirable organizador, sino que, esencialmente, es un altísimo literato, un estilista purísimo y un profundo pensador. No se puede, en verdad, ser conductor y maestro de juventudes, si no se tiene poesía en el corazón, si no se posee arte en las manos y si no se es dueño de una luz siempre encendida en la mente....

Mas, la obra y la labor de Cueva Tamariz, ha trascendido también a otros terrenos. El Concejo Municipal de Cuenca y el Consejo Provincial del Azuay, le han contado muchas veces en sus filas. Y en estos altos organismos, unas veces presidiéndolos, y otras, con

un admirable sentido democrático, como simple soldado, presidido aun por sus propios alumnos, ha prestado su inteligente y patriótica colaboración.

Luego, en el campo duro y áspero de la vida profesional, cuando un trabajador, cuando un obrero, han necesitado de su asesoría y patrocinio jurídicos, Cueva Tamariz, lanza en ristre, caballero de las justas nobles, ha salido en defensa del débil y explotado: Cueva ha sido y es el ABOGADO DE LOS TRABAJADORES.

Por todo esto, señores, qué bien, qué admirablemente bien, que el Honorable Consejo Provincial, presidido en esta vez por uno de los más distinguidos discípulos de Cueva Tamariz y formado por un selecto grupo de ciudadanos, haya seleccionado su nombre, como signo de quien se ha dado en forma total y completa a su ciudad natal, a su provincia y a su patria, para conferirle la presea CONSEJO PROVINCIAL DEL AZUAY.... Era hora, en verdad, de romper pequeños apriscos, de dar al traste con pasioncillas que no pueden medrar en las almas generosas; era hora llegada de matar esos gusanillos que agostan las vidas fecundas, para realizar a la Virtud, a la Verdad, a la Justicia y al Derecho.... Y esta es vuestra obra, vuestra lección elocuentísima y vuestro triunfo, honorables ciudadanos que representáis a la provincia en el seno de su Consejo. Habéis encontrado la virtud en un hombre que no forma filas en las filas de vuestra mayoría; que no es del pensamiento, que no es de la doctrina, que no es del Partido de vuestra mayoría; y, sin embargo, noblemente, habéis reconocido esa virtud y la habéis proclamado.... Es que por algo somos hijos de Cuenca. Es que por algo respiramos su aire, nos abrigamos con su sol, batimos sus vientos, bebemos de sus aguas y los ojos llenamos de su paisaje... Para ser como Cuenca, como su aire, como su sol, como sus aguas, como sus vientos, como su paisaje, buenos, justos, verdaderos, completos....

Por lo que a vos os toca, señor doctor Carlos Cueva Tamariz, estoy seguro que he herido vuestra modestia, vuestra natural y sana pulcritud. Pero, perdonadme. He dicho algo que tenía que decir, algo que necesitaba liberarse de las cercadas prisiones de mi pecho y de mi espíritu.... Ahora, señor Rector, recibid la adhesión cariñosa y total de la Ilustre Universidad de Cuenca, que ve en vuestra per-

sona a su máximo conductor y que sabe, para su ventura y la de la patria, que tenéis por delante muchos años de vida y de gloria!..."

El doctor Cueva Tamariz, con honda emoción, agradeció el homenaje con sentidas y sinceras palabras, de esta manera:

Jamás imaginé ser objeto de tanta distinción y de tanto honor de parte de mis compatriotas y de instituciones representativas de la provincia y de la ciudad. Y ello me confunde y me abruma, de tal manera que temo no encontrar las frases justas para expresar mis profundos sentimientos en esta solemne y para mí inolvidable oportunidad.

Hombre modesto siempre, sin pretensiones de prevalencia o de dominio, consciente de mis propias limitaciones, recibí muchas veces el mandato de mis compatriotas o el mandato inexorable de mi conciencia para servir los intereses colectivos en diferentes planos de actividad y me esforcé, ciertamente, para cumplirlos, poniendo en la obra mi flaca voluntad y mis parvas dotes personales. Por ello, ¡cuántas deficiencias encontré yo mismo, con sereno examen de conciencia, en la realización de aquellos mandatos, cuántos anhelos se frustraron y cuántas esperanzas cayeron en los abismos del fracaso!

¿Cómo había de imaginar que un día, una institución representativa de la provincia, creada para recoger las aspiraciones del Azuay y para promover su progreso moral, material e intelectual, me singularice y eleve concediéndome en este año de 1958 la Insignia CONSEJO PROVINCIAL DEL AZUAY, creada para premiar altos merecimientos?

¿Cómo no había de sorprenderme tanta generosidad y tanta nobleza de alma? Acaso faltan comprovincianos cuajados de méritos sobresalientes y dueños de obra fecunda a los que habría correspondido tan singular homenaje?

Es muy difícil encontrar una explicación satisfactoria de tan honrosa distinción en mi favor. Sin embargo, quizá la he encontrado, no desde un punto de vista de justicia, pero sí de psicología.

Entre mis modestas actividades, y dominándolas, por inclinación espiritual y vocacional, está la de maestro, de educador, que en la escuela, en el colegio y en la universidad tuve contacto con innumerables niños, adolescentes y jóvenes, muchos de los cuales ocupan hoy, con derecho y justicia, puestos de dirección y de comando público y social. Esos antiguos alumnos, de noble y generoso espíritu, han contribuido, directa o indirectamente, a la exaltación inmerecida de su ya viejo maestro de otros días, pagándole con excesiva largueza sus lecciones y sus preocupaciones por su formación. Pertenecen a mi larga familia del espíritu y por ello no han podido ser jueces imparciales y severos sino más bien apasionados defensores de una causa propia, vinculada a sus mejores años de niñez y juventud.

Para justificar su decisión, el Consejo Provincial invoca mis preocupaciones educativas y culturales en la dirección de la Universidad y del Núcleo de la Casa de la Cultura; mas, si ellas han realizado obra de cimentación y de progreso, débese a la acción conjunta, colectiva, de su benemérito cuerpo de dirigentes y catedráticos, eficaces colaboradores de una empresa de enormes magnitud y trascendencia, pues se dirige a robustecer las bases espirituales de la patria. Como un personero de ellos y como representante de tan ilustres instituciones, que tanta honra me dan brindándome su confianza, recibo esta insignia de oro, en que brillan, señor Presidente y señores Consejeros, las virtudes de nobleza y generosidad ilimitadas de ustedes, que son reflejo de la nobleza y generosidad del Azuay y de Cuenca, de cuya filiación me siento orgulloso.

La conservaré como una prenda invalorable de la benevolencia con que mis conciudadanos han querido estimular mis modestísimas, aunque sí fervientes, preocupaciones por el bien público y mi consagración de toda la vida a la causa de la educación y de la cultura.

Premio desproporcionado, ciertamente, a tan pequeños servicios, y que me deja en deuda impagable con el H. Consejo Provincial y con todos sus miembros y con mi ciudad toda que con magnanimidad suma y por órgano de sus calificados centros de la inteligencia y de la acción me ha abrumado con su adhesión y su voz estimuladora. La de la gratitud es pobre y feble moneda que nunca puede

saldar tan ingente deuda. También lo es la de mi promesa firme de servirla incansablemente hasta el fin de mis días, con filial amor y voluntad tenaz.

Mi deuda es de aquellas que nunca podrá ser pagada porque he recibido mucho más de lo que yo puedo dar. La transmitiré, como sacra herencia, a los hijos de mi carne y a los hijos de mi espíritu para que ellos procuren pagarla con su consagración al bien común y a la grandeza de la patria chica, de la dulce patria.

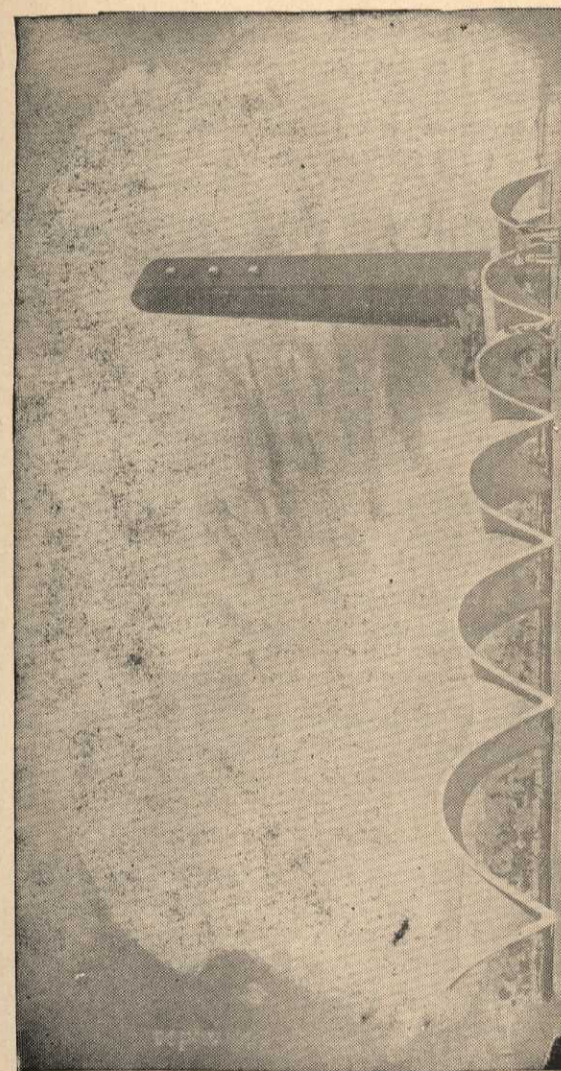
Permitidme que singularice mi gratitud para Usted, señor Vicerrector de la Universidad, y para ustedes, señores Decanos, y para ustedes, señores catedráticos y estudiantes que integráis el Honorable Consejo Universitario, que han llevado su generosidad hasta el punto de participar, en pleno, en este acto público para entregarme un testimonio, para mí tan caro, de su nobilísima adhesión al amigo y al Rector, y de haberme enaltecido con las expresiones, tan cordiales y tan benévolas, del señor Vicerrector.

Cohibido por la emoción de estos momentos, debería aquí dar paso a mi silencio, más expresivo quizá que mis palabras para traducir con fidelidad mi situación espiritual frente a tanta bondad y a tanta nobleza.

Mas, dominando por breves minutos más esa emoción que casi me anuda la garganta, quiero dar públicamente mi voz de gratitud al I. Concejo Municipal de Cuenca, a la Exma. Corte Superior de Justicia de este Distrito, a la Academia de Abogados del Azuay, a la Facultad de Jurisprudencia, a la Facultad de Ciencias Médicas, a la Facultad de Ciencias Matemáticas y Físicas, a la Facultad de Filosofía y Letras y al Colegio "Fray Vicente Solano", a la Facultad de Ciencias Químicas, a la Facultad de Odontología, al Colegio Nacional "Benigno Malo", a la Federación de Estudiantes Universitarios Ecuatorianos, a la Asociación Escuela de Medicina, a la Asociación Escuela de Odontología, al Nucleo de Cuenca de la Liga Ecuatoriana Antituberculosa, al Consejo Provincial del Partido Socialista Ecuatoriano, al Partido Liberal-Radical del Azuay, al Club de Leones de Cuenca, a la Federación Provincial de Trabajadores del Azuay, a la Asociación de Profesores Jubilados del Azuay, al Conservatorio de Música, al Sindicato de Trabajadores de Higiene Municipal, a la

Asociación de Empleados y Trabajadores del Instituto de Recuperación Económica, a la Asociación de Empleados Privados de L.E.A., a la Asociación de Joyeros del Azuay, a la Academia de Abogados de Quito y a su benemérito Presidente Dr. Alfonso M. Mora, al Partido Socialista Ecuatoriano y a su jefe nacional Dr. Ricardo Cornejo Rosales, a la Federación Químico-Farmacéutica Nacional, al ilustre Rector de la Universidad Central Dr. Alfredo Pérez Guerrero, al Coronel Jefe de la Zona Militar y Jefe de Estado Mayor de Zona, a los valiosos órganos de la prensa local y Nacional, "El Mercurio", "El Tiempo", "El Universo", "El Comercio", "La Calle", "La Prensa", a las Radiodifusoras "Ondas Azuayas", "La Voz del Tomebamba", y Radio Popular Independiente, a los brillantes periodistas Alejandro Carrión (Juan sin Cielo), Hugo Ordóñez Espinosa (Diego Pérez), Víctor Gerardo Aguilar (Iván Cantando), Saúl T. Mora (Jorge Sierra) y a todos los numerosos amigos de esta ciudad y de todo el país que se han dignado, con bondad y delicadeza que no olvidaré nunca, expresarme su voz de felicitación y de estímulo.

A todos, con el corazón a flor de labios, MUCHAS GRACIAS!



A la entrada de la Ciudad Universitaria se erguirá su torre, signo y símbolo de ella, como se puede observar en esta gráfica.

Panorama de la Educación en el Ecuador

Conferencia sustentada en la Universidad de San
Marcos de Lima, durante el desarrollo de la "Sema-
na de la Cultura Ecuatoriana".

Dentro de las actividades artísticas, científicas, literarias e intelectuales de esta Semana organizada por feliz iniciativa del señor Alcalde de San Isidro, me ha correspondido, en mi condición de Miembro Titular de la Casa de la Cultura Ecuatoriana por las Ciencias de la Educación, hablar a este ilustrado auditorio sobre la educación en el Ecuador.

Intentaré trazar un panorama general de la educación ecuatoriana, una visión de conjunto sobre los antecedentes históricos, la organización y las realizaciones educativas de mi país en los diferentes planos de su acción.

Este proceso de formación y dirección conscientes del hombre para el cabal cumplimiento de sus fines, de su misión terrestre, que es en definitiva la educación, está intimamente vinculado con los más hondos y trascendentales problemas de la vida y del hombre, su origen, su desenvolvimiento, sus fines, la acción de la Naturaleza sobre el hombre y de éste sobre aquella; problemas todos de una complejidad y de una extensión enormes que desvelan a los filósofos y a los hombres de ciencia de nuestro tiempo y que desvelaron siempre a quienes se han enfrentado con el enigma de nuestro destino humano, y que no han encontrado en miles de años respuestas

concluyentes y definitivas, sino apenas respuestas provisionales, parciales, relativas a cada época, a cada pueblo, a cada orientación filosófica o científica.

Pese a los inconvenientes de toda concepción esquemática, la división comptiana de la marcha del hombre en tres etapas, la teológica, la metafísica y la positiva, nos servirá de ayuda para precisar los fines actuales de la educación del hombre que ningún pueblo, ninguna raza, ninguna filosofía política o religiosa pueden desconocer, menos contrariar, si han de ser fieles a la historia.

La etapa **teológica**, según el creador del positivismo y de la sociología, corresponde a la actitud de temor, de sumisión, de encojimiento del hombre frente a la Naturaleza, poblada de seres invisibles o de espíritus, buenos y malos, a los que era preciso atraer o alejar mediante ceremonias y sacrificios. Es la etapa en que la Naturaleza domina al hombre ennegrecido por su gradiosidad e incapaz de interpretarla con exactitud.

La etapa **metafísica** es aquella en que el hombre sustituye los espíritus por creaciones de su mente, por ideas que las combina y entrelaza para formar un mundo abstracto, ideal y aparente, diverso del mundo real o fenoménico. El hombre crea su Dios, como ser distinto del mundo, y busca la manera de relacionarse con él. Crea la **mística**. Menosprecia todo lo material como inferior, de baja categoría. El mundo del espíritu es el único digno del hombre. El cuerpo es la cárcel del alma.

La etapa **positiva** es la de la liberación de los dioses y de las ideas metafísicas. El hombre se enfrenta directamente con la Naturaleza, la observa sin temor y sin prejuicios y la domina. Con su trabajo y su esfuerzo crea instrumentos materiales y les obliga a servirle. Observa, cuenta, mide, compara y deduce. Nace, entonces la Ciencia, como algo poderoso, con virtualidades para transformar el mundo. El hombre pone en ella su fe plena, como antes la puso en los dioses y en las ideas abstractas y metafísicas.

En líneas generales, con las necesarias salvedades que hay que hacer a toda generalización sistemática, la concepción del ilustre pensador francés corresponde con bastante exactitud a la realidad sociológica e histórica.

No hay duda de que el mundo actual, con el inmenso desarrollo de los medios de producción y con los más desconcertantes inventos y descubrimientos de la ciencia y de la técnica, con la radio-difusión, la televisión, la aviación, los rayos cósmicos, el dominio del espacio celeste, la Física Nuclear, la fisura del átomo y con ello la liberación de la energía incomensurable, la creación infernal de la bomba atómica y de la bomba de hidrógeno, el descubrimiento de los antibióticos, etc., etc., ha sufrido una tan profunda transformación que desconcierta y empavorece al hombre actual, tan orgulloso de su Ciencia y de su Técnica dominadoras de la Naturaleza.

Mas, la Ciencia y la Técnica, que el hombre creyó topoderosas, no han podido resolver todavía el problema fundamental de la humanidad: el de la felicidad del hombre. Ha dominado a la Naturaleza, pero ha sido incapaz de dominar sus propios impulsos destructivos y sus pasiones primitivas de destrucción y muerte. Presa del terror de sus propias creaciones y de la angustia de un porvenir oscuro que acaso puede terminar en la autodestrucción, el hombre contemporáneo busca un nuevo camino para salir de esta encrucijada, y continuar su marcha progresiva sobre la tierra.

Se vislumbra ya una nueva etapa. Una etapa que podríamos llamar **humana** por excelencia, porque su centro de acción será el perfeccionamiento integral del hombre. Una vez dominada en buena parte la Naturaleza y puesta al servicio del hombre, es preciso que éste se domine a sí mismo, se despoje de sus pasiones primitivas y de sus instintos de canibal, cree los instrumentos morales indispensables para una convivencia pacífica con los demás hombres, exaltando los valores vitales y constructivos, esforzándose por realizar el milenario ideal de la felicidad sobre la tierra.

Esta nueva etapa humanística, centrada en el perfeccionamiento físico, moral y espiritual del hombre y, por consecuencia, en la eliminación de todos los factores negativos, destructores, de la convivencia humana, exige un nuevo espíritu, una adecuación psíquica al ideal de un mundo liberado del dolor, de la miseria, de la injusticia, de la violencia y del odio, en el que se realice la concepción verdaderamente cristiana de la vida que Jesús predicó hacen más de dos mil años en el Asia Menor, precisamente en el centro del actual peligro pavoroso de un incendio universal.

Tal es, en resumidas cuentas, el gran problema contemporáneo y el problema central de la educación: transformar al ser humano en todos los órdenes, convertirlo en una personalidad plena de valores positivos integrada en una comunidad igualmente plena de valores.

Para ello la educación tiene que valerse de la Filosofía, de la Ciencia y de la Técnica.

De la Filosofía, que es una ardiente sed de saber, de explicarse el enigma del mundo y de la vida, que aviva la pasión de la curiosidad, que es la madre de la Ciencia, aunque no es la ciencia misma. Será la filosofía la que nos ayude a precisar los fines trascendentes de la educación y a interpretarla dentro de una concepción total del mundo, de la vida y del hombre. Así la Filosofía de la Educación nos alumbrará el camino a recorrer para formar un hombre nuevo, y dentro de ella la Axiología nos dará a conocer los valores morales que han de infundirse para formar su personalidad.

De la Ciencia, que es el conjunto ordenado y sistemático de los conocimientos, para que ordene, clasifique e interprete la Ciencia de la Educación o Agología, cuyos sectores principales son la Pedagogía, o ciencia de la educación del niño, la Efebagogía, o ciencia de la educación del adolescente o joven, y la Androgogía, o ciencia de la educación del adulto, según la terminología de un notable educador mexicano.

Y por fin de la Técnica, que nos enseña la aplicación concreta de los principios y de las experiencias de la Ciencia de la Educación a la obra educativa, la Agotecnia o arte de educar, que es el que necesita dominar el maestro, el educador, que es el realizador de los principios de la filosofía y de la ciencia educativas.

El maestro, nombre nobilísimo a la par que modesto con el cual designamos a quien toma sobre sí la responsabilidad de educar al hombre y que, como dice Unamuno, "no implica nada de petulancia sino que es, por el contrario, el más sencillo y el más humilde, pudiendo a la vez llegar a ser el más sublime. Maestro es el que enseña las primeras letras, y ni él las inventó, ni para transmitir su enseñanza hace falta ni una inteligencia poderosa ni menos

conocimientos extraordinarios. Pero puede enseñar a leer con tal espíritu y poniendo en ello tanta alma y tanto amor y tanta dedicación religiosa que llegue a verdadera sublimidad de magisterio la enseñanza de las primeras letras".

*
* *

Y vamos ya, terminada esta introducción, al tema central de mi conferencia: el panorama educativo del Ecuador.

La Historia es un proceso unitario que no puede escindirse sino únicamente por razones metódicas. En la historia del Ecuador, como en el de la América, hay un hecho capital que corta bruscamente la continuidad de la cultura autóctona de nuestros pueblos en el siglo XVI: la Conquista. A partir de ella, y durante casi cuatro siglos, vivimos culturalmente como colonia de España.

La educación no podía apartarse de este colonaje, que trasladó a la Presidencia de Quito los valores de la educación peninsular: teologismo, abstracción, menosprecio de las ciencias de la naturaleza y de las actividades manuales, discriminación social, formalismo.

Por otra parte, los beneficios de la educación se limitaban a las clases dirigentes, compuestas de españoles y de criollos, con abandono de las clases productoras y, especialmente, de los indígenas conquistados, relegados a la condición de siervos de la tierra, **encomendados** a los grandes terratenientes, cuyos intereses no eran precisamente los de educar a las mayorías de nativos americanos sino los de servirse de ellos y de explotarlos.

Muy pocos fueron los establecimientos de educación fundados durante la época colonial. Solamente al finalizar el siglo XVI se estableció el primero digno de este nombre, el Colegio Seminario de San Luis, fundado por el Obispo Solís, en el cual se educaban no solamente los jóvenes que seguirían la carrera eclesiástica, sino los que no pensaban abrazarla. "En él, por ley especial, estaba prohibido recibir a los hijos de los artesanos; y quienes aspiraban a ser admitidos como alumnos habían de acreditar primero, mediante una prolija información judicial, su limpieza de sangre, para lo cual era

necesario probar que ninguno de sus mayores había ejercido oficio alguno; pues según las preocupaciones coloniales, el trabajo era deshonesto y la holganza muy honorable", como refiere el señor González Suárez en su Historia del Ecuador, en la que anota, además, que no debe sorprendernos lo pobre, lo limitado y lo rutinario de la enseñanza que en aquel establecimiento se daba, pues era la misma que se impartía en los colegios y seminarios de la Metrópoli.

Más de un siglo después se fundó otro colegio, con el nombre de Convictorio de San Fernando, a cargo de los padres dominicanos, rivales de los jesuitas que dirigían el Seminario de San Luis. Los dos colegios fueron el germen de las dos Universidades coloniales quiteñas, llamadas así pomposamente: la Universidad de San Gregorio Magno y la Universidad de Santo Tomás de Aquino, con la facultad de conferir grados académicos de Bachiller y Maestro en Filosofía y los de Licenciado y Doctor en Teología.

Se enseñaba latín, filosofía, teología, derecho canónico y jurisprudencia civil. Mucho tiempo después se enseñó álgebra y geometría en forma muy rudimentaria y con el nombre de física lo que acerca de ella se encuentra en los libros de los filósofos escolásticos, expositores de las doctrinas de Aristóteles. En cuanto a la astronomía, todos los filósofos coloniales profesaban y sostenían el sistema de Tolomeo, como el único aceptable.

Según González Suárez, solamente a fines del siglo XVIII tuvo Quito una Universidad propiamente dicha, pues las anteriores no fueron sino Facultades con el privilegio de conferir grados en Filosofía y en Teología. Expulsados los jesuitas y secularizada la que dirigían los dominicanos, se constituyó la nueva Universidad, que continuó llamándose de Santo Tomás de Aquino. Su primer Rector, elegido por el claustro universitario, fue Don Nicolás Vaca y Carrión, seglar nativo de Loja.

"En la vanidosa ostentación de un mero título, al cual no correspondía saber alguno, debemos reconocer una de las flaquezas de la sociedad colonial, tan prendada de la apariencia de las cosas: en religión, el culto externo, sin la sólida virtud cristiana; en las letras un título huero de Doctor!.... anota, incisivamente, el mismo ilustre y severo historiador.

Y esto ocurría solamente en Quito, la capital de la Real Audiencia, que en cuanto a las demás ciudades casi todas carecían hasta de escuelas de primeras letras.

Si la educación de los varones era tan deficiente y descuidada, la de las niñas casi no existía. Hubo la preocupación de que a las mujeres les era nocivo aprender a leer y escribir. Las primeras escuelas de niñas se establecieron en Quito solamente al finalizar el siglo XVIII por un privilegio pontificio.

Y esta herencia colonial recibió la República. A poco de establecida llegó a la Presidencia Don Vicente Rocafuerte y dió el primer gran impulso a la educación pública. Modernizó la enseñanza universitaria, creó varios establecimientos de educación para las mujeres, fundó el Colegio San Vicente en Guayaquil, que justicieramente lleva ahora su nombre ilustre.

Para la orientación y supervigilancia de la enseñanza expidió el primer **Decreto Orgánico de Enseñanza Pública** y estableció la **Dirección General de Estudios** y puso al frente de ella a uno de los ecuatorianos más eminentes de esa época, el Doctor José Fernández Salvador.

La turbulencia de su gobierno, la oposición que desataron contra sus iniciativas los intereses creados y los escasos medios materiales de que pudo disponer no le permitieron a Rocafuerte una obra educativa de mayor envergadura. Pero el Ecuador le debe a él el primer impulso vigoroso dado a la educación en los albores de la República y, sobre todo, el espíritu secularizador, laico, moderno de la enseñanza pública.

Después de Rocafuerte, solamente García Moreno es el gobernante que vuelve a dar un nuevo impulso a la enseñanza, aunque con un criterio diferente al de aquel.

Funda la **Escuela Politécnica** trayendo Profesores especializados de primera categoría para sus cátedras: geógrafos y geólogos como Teodoro Wolf; botánicos como Luis Sodiro; matemáticos como Kolberg y Menten.

necesario probar que ninguno de sus mayores había ejercido oficio alguno; pues según las preocupaciones coloniales, el trabajo era deshonoroso y la holganza muy honorable", como refiere el señor González Suárez en su Historia del Ecuador, en la que anota, además, que no debe sorprendernos lo pobre, lo limitado y lo rutinario de la enseñanza que en aquel establecimiento se daba, pues era la misma que se impartía en los colegios y seminarios de la Metrópoli.

Más de un siglo después se fundó otro colegio, con el nombre de Convictorio de San Fernando, a cargo de los padres dominicanos, rivales de los jesuitas que dirigían el Seminario de San Luis. Los dos colegios fueron el germen de las dos Universidades coloniales quiteñas, llamadas así pomposamente: la Universidad de San Gregorio Magno y la Universidad de Santo Tomás de Aquino, con la facultad de conferir grados académicos de Bachiller y Maestro en Filosofía y los de Licenciado y Doctor en Teología.

Se enseñaba latín, filosofía, teología, derecho canónico y jurisprudencia civil. Mucho tiempo después se enseñó álgebra y geometría en forma muy rudimentaria y con el nombre de física lo que acerca de ella se encuentra en los libros de los filósofos escolásticos, expositores de las doctrinas de Aristóteles. En cuanto a la astronomía, todos los filósofos coloniales profesaban y sostenían el sistema de Tolomeo, como el único aceptable.

Según González Suárez, solamente a fines del siglo XVIII tuvo Quito una Universidad propiamente dicha, pues las anteriores no fueron sino Facultades con el privilegio de conferir grados en Filosofía y en Teología. Expulsados los jesuitas y secularizada la que dirigían los dominicanos, se constituyó la nueva Universidad, que continuó llamándose de Santo Tomás de Aquino. Su primer Rector, elegido por el claustro universitario, fué Don Nicolás Vaca y Carrión, seglar nativo de Loja.

"En la vanidosa ostentación de un mero título, al cual no correspondía saber alguno, debemos reconocer una de las flaquezas de la sociedad colonial, tan prendada de la apariencia de las cosas: en religión, el culto externo, sin la sólida virtud cristiana; en las letras un título huero de Doctor!... anota, incisivamente, el mismo ilustre y severo historiador.

Y esto ocurría solamente en Quito, la capital de la Real Audiencia, que en cuanto a las demás ciudades casi todas carecían hasta de escuelas de primeras letras.

Si la educación de los varones era tan deficiente y descuidada, la de las niñas casi no existía. Hubo la preocupación de que a las mujeres les era nocivo aprender a leer y escribir. Las primeras escuelas de niñas se establecieron en Quito solamente al finalizar el siglo XVIII por un privilegio pontificio.

Y esta herencia colonial recibió la República. A poco de establecida llegó a la Presidencia Don Vicente Rocafuerte y dió el primer gran impulso a la educación pública. Modernizó la enseñanza universitaria, creó varios establecimientos de educación para las mujeres, fundó el Colegio San Vicente en Guayaquil, que justicieramente lleva ahora su nombre ilustre.

Para la orientación y supervigilancia de la enseñanza expidió el primer **Decreto Orgánico de Enseñanza Pública** y estableció la **Dirección General de Estudios** y puso al frente de ella a uno de los ecuatorianos más eminentes de esa época, el Doctor José Fernández Salvador.

La turbulencia de su gobierno, la oposición que desataron contra sus iniciativas los intereses creados y los escasos medios materiales de que pudo disponer no le permitieron a Rocafuerte una obra educativa de mayor envergadura. Pero el Ecuador le debe a él el primer impulso vigoroso dado a la educación en los albores de la República y, sobre todo, el espíritu secularizador, laico, moderno de la enseñanza pública.

Después de Rocafuerte, solamente García Moreno es el gobernante que vuelve a dar un nuevo impulso a la enseñanza, aunque con un criterio diferente al de aquel.

Funda la **Escuela Politécnica** trayendo Profesores especializados de primera categoría para sus cátedras: geógrafos y geólogos como Teodoro Wolf; botánicos como Luis Sodiro; matemáticos como Kolberg y Menten.

Introdujo importantes reformas en la Universidad de Quito, contratando en Europa nuevos Profesores para las Facultades de Medicina y Jurisprudencia.

Trajo a los Hermanos Cristianos de La Salle para dirigir las escuelas primarias, y a las Religiosas de los Sagrados Corazones para las de niñas. Mejoró notablemente los sueldos de los maestros y consiguió duplicar el número de escolares.

Se preocupó de la formación artesanal adecuada y para ello estableció una Escuela de Artes y Oficios. Para el cultivo de las bellas artes fundó el Conservatorio Nacional de Música y la Escuela de Pintura y Escultura.

García Moreno, que asentó su gobierno autoritario y tiránico sobre la base de la unidad religiosa del país y de la sumisión del Estado a la Iglesia, no continuó la inspiración laicista y racionalista de Rocafuerte en la educación ecuatoriana, pero de todas maneras contribuyó, en considerable dimensión, al progreso de la enseñanza y a su organización.

Mas, la transformación de mayor profundidad y extensión de la vida de la República en todos sus órdenes, y por ende en el de la educación, es la que trajo consigo la Revolución Liberal de 1895 y su abanderado máximo Eloy Alfaro.

Junto con la implantación del Estado Laico, desligado de la Iglesia, Alfaro y la Revolución Liberal realizaron en el Ecuador una obra educacional de inmensas proporciones.

Primeramente la creación de la educación estatal y municipal laicas, tolerantes, abiertas a todos los vientos de la cultura, respetuosas de la personalidad del educando.

Y luego una poderosa acción creadora de nuevos institutos de educación con espíritu moderno, de renovación y multiplicación de estudios científicos y técnicos, de información múltiple sobre todas las disciplinas del conocimiento, de incorporación cada vez más numerosa de las clases medias a los beneficios de la cultura y de la técnica.

Una de las primeras realizaciones de Alfaro fué el **Instituto Nacional Mejía**, avanzada de la educación secundaria laica en el país, que ha crecido en terreno fértil y constituye hasta hoy uno de los más poderosos baluartes de la libertad espiritual del Ecuador.

Hasta entonces se carecía de establecimientos educacionales para la formación del magisterio primario masculino y femenino. Alfaro llenó este vacío y fundó los Institutos Normales "Juan Montalvo" y "Manuela Cañizares" con profesores extranjeros especializados. De estos dos planteles han salido una brillante pléyade de maestros y maestras que en más de cincuenta años han extendido por todo el país la educación laica, popular, con renovación de métodos, formas y procedimientos de enseñanza.

Se fundaron las primeras escuelas nocturnas para obreros; se restablecieron el Conservatorio Nacional de Música y la Escuela de Bellas Artes; se estableció el Colegio Militar.

Y desde entonces hasta nuestros días, ese formidable impulso de la revolución liberal no se ha detenido. Se han multiplicado las escuelas primarias y se las ha extendido por todos los ámbitos del país; los colegios secundarios en todas las provincias y aún en muchos cantones forman a la juventud de ambos sexos infundiéndoles sed de cultura y de libertad; las Universidades han ampliado los horizontes del conocimiento al amparo de la autonomía funcional y administrativa; la educación técnica va abriéndose campo.

Naturalmente, queda todavía mucho por hacer, puesto que la obra educacional que corresponde a nuestro tiempo es enorme. Mas, lo creado en los últimos cincuenta años representa un esfuerzo colosal si se tiene en cuenta los numerosos factores negativos que lo han opuesto resistencia.

*
* *

El actual panorama de la educación ecuatoriana puede sintetizarse así:

Esta organizada en tres grandes etapas: primera educación; se-

gunda educación y educación superior. La primera se subdivide en dos niveles: educación preescolar y escolar. La segunda se subdivide en educación general, educación profesional y educación normal o de maestros. Y la educación superior se subdivide en educación universitaria y educación politécnica.

Los establecimientos educativos son estatales o fiscales, municipales y particulares.

Reciben la educación preescolar 9.000 párvulos en jardines de infantes, de los cuales 48 son fiscales, 8 municipales y 12 particulares.

500.000 niños y niñas concurren a 4.500 escuelas primarias, de las cuales son fiscales 3.000, municipales 900 y particulares 600. Estas escuelas están atendidas por 10.800 maestros y maestras.

La educación secundaria general o de bachillerato se imparte en 200 Colegios, a los que concurren 42.000 adolescentes de ambos sexos. 85 son Colegios fiscales, 22 municipales y 93 particulares.

La educación secundaria profesional o técnica dispone de 58 Colegios, en los que se forman 11.500 alumnos. Hay 32 Colegios fiscales, 13 municipales y 23 particulares.

La segunda educación normal o para maestros la reciben 4.500 alumnos en 19 Colegios o Institutos Normales, de los que 12 son fiscales y 7 particulares.

En 6 Universidades y 1 Escuela Politécnica reciben educación superior 6.000 estudiantes. Existe una sola Universidad particular, la Universidad Católica de Quito.

La primera educación estatal y municipal es gratuita y obligatoria, segrar y laica, según nuestro régimen constitucional.

Puede afirmarse que el progreso científico y técnico de la educación primaria ecuatoriana es notable, debido en buena parte a la obra tenaz y vigorosa de los Institutos Normales, de los cuales han salido maestros de verdad que han dado un considerable impulso a la escuela y a la educación en general en el país.

La segunda educación, más compleja que la primera por los delicados problemas que presenta la formación del adolescente, si bien ha progresado en proporción no pequeña, está menos tecnificada que la primaria y confronta la necesidad imprescindible de la formación sistemática de su profesorado en las facultades universitarias de humanidades o de educación, labor que se ha comenzado ya.

El Estado ampara a los maestros primarios y secundarios respetando su estabilidad en el servicio educativo, asignándoles una remuneración que cubra sus necesidades y estableciendo un sistema de promociones y ascensos que estimulen la constante superación de sus trabajos.

Ellos, a su vez, han creado organizaciones profesionales que contribuyen al mejoramiento de sus condiciones socio-económicas y al progreso de la educación, como la UNION NACIONAL DE EDUCADORES, que agrupa a la mayor parte de los maestros primarios y secundarios del país.

La educación superior está a cargo de las Universidades y de la Escuela Politécnica Nacional. Tenemos cinco universidades estatales y una privada o particular. La más antigua de ellas es la Universidad Central de Quito, heredera de las Universidades coloniales a que me referí antes. Es la mayor, tanto en edad como tamaño. Tiene ocho Facultades y cuatro Institutos anexos. Se halla en pleno periodo de crecimiento y de consolidación. Como base material de su nueva etapa, ha emprendido en la construcción de una ciudad universitaria, de edificios amplios, llenos de luz y de comodidades para el funcionamiento de las diferentes escuelas y facultades, muchos de los cuales están ya terminados y en servicio.

Sus dirigentes, de gran capacidad y dinamismo, llevan el timón de la Universidad con mano experta y firme. Sus dos últimos Rectores, el Dr. Julio Enrique Paredes, Médico prestigioso que la dirigió por caminos de superación durante cosa de tres lustros, y el actual Dr. Alfredo Pérez Guerrero, jurista y educador de fuste, son los que le han impreso principalmente el firme y acelerado ritmo de progreso actual.

Las Universidades de Guayaquil y Cuenca nacieron juntas, en la segunda mitad del siglo pasado. Son casi centenarias.

La de Guayaquil cuenta en la actualidad con ocho Facultades y tres Institutos anexos. Ha emprendido también en la construcción de una ciudad universitaria, varios de cuyos edificios se hallan ya en servicio. La dirige al presente el notable internacionalista y brillante intelectual Dr. Antonio Parra Velasco, bajo cuya regencia continúa su marcha ascensional con paso firme y seguro.

La Universidad de Cuenca, con cuya Rectoría me ha honrado el Claustro universitario desde el año de 1944, tiene ahora seis Facultades y dos Institutos anexos, la Escuela de Bellas Artes y el Conservatorio de Música. Le presta especial y adecuado escenario la brillante tradición intelectual de la ciudad en que se asienta, la tercera de la República. En proporciones menores que las Universidades de Quito y Guayaquil, está construyendo su ciudad universitaria.

La Universidad de Loja, fundada como tal en el año de 1943, aunque organizada sobre la base de su antigua Facultad o Junta Universitaria anexa al Colegio Secundario "Bernardo Valdivieso", tiene dos Facultades y un Instituto anexo. Ha realizado una intensa labor educativa bajo la regencia de prestantes hombres de pensamiento y de acción formados en sus ilustres claustros. Su actual Rector es el Dr. Juan Ontaneda, prestigioso abogado, que continúa la meritoria obra de sus antepasados, entre los cuales debo citar al Dr. José Miguel Carrión.

La más joven de todas es la Universidad de Manabí, fundada hacen cuatro años solamente, como Universidad Técnica, con una Facultad de Agronomía y una Escuela de Mecánica Agrícola, destinadas a preparar los científicos y los técnicos que requiere la condición preponderante agrícola de tan extensa y rica provincia ecuatoriana.

La Universidad Católica, de sostenimiento privado aunque auxiliada también por el Estado, tiene por ahora dos Facultades en funcionamiento. La regenta el insigne humanista Padre Aurelio Espinoza Pólit desde su fundación, con notable capacidad y acierto.

La Escuela Politécnica, fundada por García Moreno y restablecida contemporáneamente por el Presidente Velasco Ibarra en 1934, está destinada a la formación de científicos y técnicos en nivel superior. Forman parte de su cuerpo de catedráticos notables científicos especialmente contratados en Europa. Realiza una magnífica labor en el campo de la educación científica.

Todas las Universidades desenvuelven su actividad bajo un régimen de completa autonomía funcional y administrativa, garantizada por la Constitución de la República, dentro de las normas de la Ley de Educación Superior. Se gobiernan por un Consejo Universitario, presidido por el Rector e integrado por los Decanos de las Facultades, representantes del Ministerio de Educación Pública, del Profesorado y de los estudiantes. Reciben una subvención del Presupuesto Nacional para su sostenimiento.

*
* *

Por mucho que el Ecuador haya avanzado en organización, planificación y realización de su educación pública y privada en proporción halagadora, por lo general, confronta, sin embargo un conjunto de grandes problemas relacionados con ella, cuya solución constituye el empeño de sus actuales generaciones y constituirá el de unas cuantas generaciones futuras, dadas la magnitud y la complejidad de aquellos problemas.

Sin agotarlos, ni mucho menos, en su simple enunciación, anotaré esquemáticamente algunos de tales problemas educativos:

A) EDUCACION ADECUADA DEL INDIO.—Las dos terceras partes de nuestra población está formada por indígenas, cuyas condiciones económicas, culturales y sociales acusan un nivel bajísimo. Su educación adecuada, sistemática, encaminada a incorporarles a la cultura general es uno de los mayores problemas de nuestro país, como lo es del de ustedes. Comporta nada menos que la verdadera integración de nuestras nacionalidades, sobre el doble basamento cultural indígena y español. Naturalmente éste no es solamente un problema educativo, sino principalmente un problema económico-social, y sus soluciones tienen que comprender estos diferentes campos de

la actividad estatal. Pero la educación tiene un papel muy valioso en su estudio y en su planteamiento. Ya notables educadores ecuatorianos se han ocupado de él.

B) EXTENSION DE LA PRIMERA EDUCACION A TODOS LOS NIÑOS EN EDAD DE RECIBIRLA.—Medio millón de escolares, en cifra redonda, asisten a las escuelas primarias, y se calcula que al margen de ellas quedan docientos mil niños sin educación alguna. Extender la primera educación por todos los ámbitos del país y dotar a las escuelas de los elementos materiales y docentes capaces de absorber totalmente esa alta cifra de creciente analfabetismo es otro gran problema de la educación ecuatoriana. Este es, en buena parte, un problema financiero, o de cómo obtener los fondos nacionales cuantiosos que esta extensión educativa demanda. Es también un problema de preparación de los nuevos cuadros de maestros que será preciso poner al frente de las nuevas escuelas a establecerse.

C) ELIMINACION PROGRESIVA DEL ANALFABETISMO DE LOS ADULTOS.—Se ha calculado en un millón el número de analfabetos adultos, o sea alrededor del 30% de la población total del Ecuador, cifra altísima que es preciso ir disminuyendo aceleradamente hasta llegar a su anulación.

Actualmente se ha confiado, por ley, a la UNION NACIONAL DE PERIODISTAS una campaña de alfabetización nacional, técnicamente realizada por maestros a base de la aplicación del método de Lauback. En trece años de labor se ha enseñado a leer y escribir a cosa de 200.000 adultos. Pero es preciso intensificar la obra de alfabetización a fin de llegar, en plazo no lejano, a eliminar totalmente esta mancha denigrante de nuestra organización social y cultural. Este es también, en gran parte, un problema financiero.

D) ORIENTACION VOCACIONAL.—La utilización racional de las capacidades y facultades del adolescente para orientarle hacia el campo de actividad más en consonancia con ellas es un aspecto de la educación que todavía no ha tenido entre nosotros una solución conveniente. Los progresos de la psicología aplicada a la educación ofrecen medios seguros para afrontar victoriosamente este delicado problema, de cuya resolución depende, en buena parte,

la orientación de la juventud por los caminos del profesionalismo y de la técnica.

E) LA UNIDAD Y CONTINUIDAD DEL PROCESO EDUCATIVO.—La conexión de las diferentes etapas del proceso único que es la educación ofrece siempre problemas de complicada resolución. El tránsito de la primera a la segunda educación y de ésta a la superior debe efectuarse sin ocasionar al educando desajustes psicológicos por el desnivel de conocimientos. Escuela, Colegio y Universidad deben organizarse de tal manera que la continuidad del proceso formativo del niño, del adolescente y del hombre adulto se realice sin saltos bruscos.

Actualmente ocurre que el Colegio desconfía de la escuela primaria y la Universidad desconfía del Colegio y por ello demandan pruebas de que los aspirantes a ingresar en ellos poseen los mínimos conocimientos indispensables para la continuidad de la enseñanza. Especialmente la conexión entre la segunda educación y la superior ofrece múltiples y complejos problemas, derivados de los defectuosos planes de estudios y de su aplicación, de la desigual preparación que dan los variados tipos de Colegios secundarios y de la falta de orientación vocacional.

Hace falta una revisión general del problema en todas sus derivaciones y detalles, que no son pocos ni sencillos, y un ajuste adecuado que elimine las serias dificultades para la unidad y la continuidad del proceso formativo.

F) LA INVESTIGACION CIENTIFICA.—La orientación profesionalista de nuestras Universidades, denunciada ya por sus principales dirigentes, y en vía de rectificación por medio, principalmente, de sus Facultades de Filosofía y Letras o de Humanidades; la escasez de elementos de trabajo científico como gabinetes, seminarios y laboratorios por el alto costo que su organización y mantenimiento representa, y otras causas cuya enunciación es por este momento innecesaria, han impedido que la investigación científica, que es uno de los fines de la educación universitaria, ocupe el lugar preferente que le corresponde entre las actividades de la educación superior.

Necesitamos organizar las investigaciones científicas, proveernos

de los medios materiales que para ello se requieren, formar investigadores y estimularles en su trabajo. Así podremos contribuir al progreso de las ciencias y, sobre todo conocer mejor nuestra realidad nacional para transformarla en beneficio del hombre ecuatoriano.

*
* *

Muchos problemas más inquietan en mi patria a estadistas y educadores y su sola enumeración prolongaría excesivamente esta modesta charla, mas no quiero fatigar la atención de tan amable y culto auditorio.

Estimo como los principales y de más urgente solución los que he anotado brevemente. A estudiarlos, plantearlos en sus precisos términos y contribuir a su resolución están dedicados los maestros ecuatorianos más eminentes, tanto en el plano de la teoría como en el de la acción.

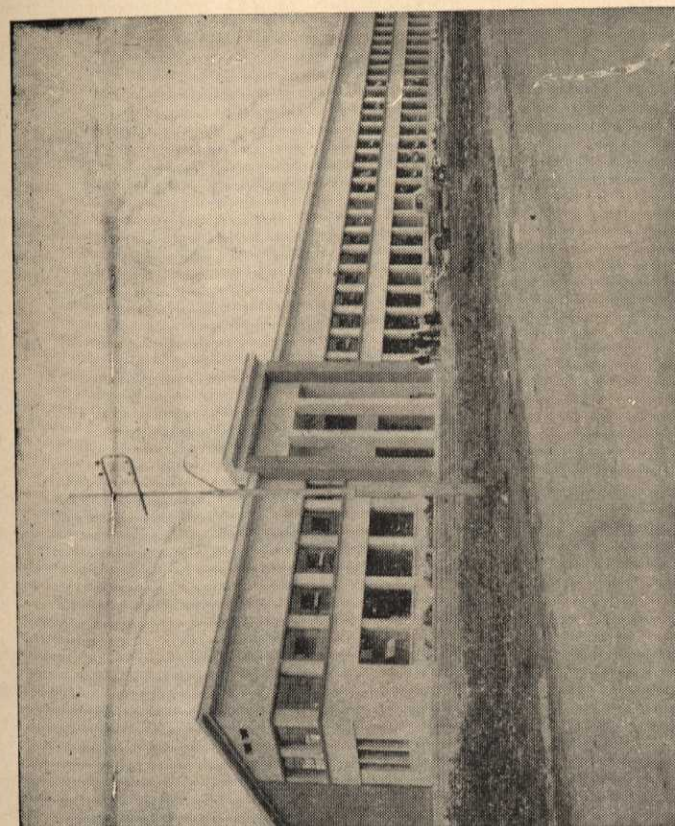
*
* *

Educar al soberano, que gritaba el gran Sarmiento, es la más grande y la más reproductiva tarea de los Estados, si queremos fundar, sobre cimientos firmes, nuestras actualmente débiles democracias americanas.

Para ello hay que destinar a la educación de las nuevas generaciones los más altos porcentajes del esfuerzo nacional, traducido en recursos financieros del presupuesto estatal.

El día en que logremos invertir la tercera parte del presupuesto nacional en la educación pública habremos efectuado una revolución de proyecciones incalculables en el futuro de nuestros pueblos.

He terminado.



La Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales, el primer edificio de la Ciudad Universitaria que está totalmente concluido y en actual servicio.

Literatura y Psiquiatría de Profundidad

Al margen del libro del Profesor Antonio Vallejo Nágera.

LITERATURA Y PSICOLOGIA

Al psicoanálisis —uno de los más importantes sistemas del pensamiento contemporáneo— débese el haber podido descubrir y sacar a la superficie los estratos del espíritu, mediante una compleja exploración del inconsciente.

La aplicación profunda de este método al fenómeno del arte es empresa tentadora y, sin duda, arriesgada. Las teorías freudianas fueron rápidamente difundidas en los medios artísticos, singularmente en la novela y en el teatro; pero, a su vez, aquéllas han extraído de éstos buena parte de sus argumentos, ya que hay que reconocer que el arte, muchas veces, se ha anticipado a la ciencia en el descubrimiento de las realidades psicológicas. Y el psicoanálisis ha podido demostrar cómo las obras maestras de la literatura son simples resultantes de la proyección de los propios conflictos y frustraciones afectivas de sus autores.

En un ensayo nuestro —“Psicoanálisis y Literatura”—, habíamos hecho notar que, sobre todo, los poetas han sido los precursores de la psicología abisal, sin haberse dado cuenta de ello. Y así lo reconoció Thomas Mann al glosar la significación de su propia

ción de Segismund Freud", cumpliendo, desde la pura región del arte, al acto de admiración, de agradecimiento y de espantado asombro, ante el heroico caso científico de Freud, el hombre que se atrevió con el misterio del Yo hasta donde nadie, antes de él. García Lorca, con "La Casa de Bernardo Alba", sus "Bodas de Sangre", "Yerma" y "Don Perlimplín", piezas teatrales que, sin ser freudianas, están indirectamente relacionadas con el teatro de hoy, que dramatiza lo instintivo. Y en este último aspecto, hacemos también una interpretación del **tenorismo** y, finalmente, como una interpretación psicoanalítica de los sueños, la obra inmortal de Calderón de la Barca, "La Vida es Sueño", en la que Segismundo cree vivir en un sueño irreal del que teme despertar.

LITERATURA Y MEDICINA

Así como es empresa tentadora la interpretación abisal de las obras literarias de los grandes autores, es también tema seductor y cautivante el de la psiquiatría o de la psicopatología circunscrito al terreno novelístico. El eminente científico español, doctor Antonio Vallejo Nágera ha querido desarrollar esta interpretación y la ha conseguido, en forma magnífica, en su libro "Literatura y Psiquiatría", en el que abraza múltiples aspectos dignos de la más profunda meditación, en el doble plano de la ciencia y del arte. El ilustre psiquiatra español procede al análisis científico de las novelas de tema psiquiátrico, limitándose a la observación técnica para constatar si es que la realidad clínica y la ciencia autorizan las ideas vertidas por el novelista.

Impulsado por la inspiración artística, el literato filósofo y re-trata la locura, generalmente ayuno de conocimientos científicos, engendrando personalidades psicopatológicas privadas de toda verosimilitud. Alguna ocasión ya dijo el alienista Profesor Simarro que, por lo general, la patología literaria carece de valor científico y que sólo representa elementos de composición artística; pero este concepto no puede ser absoluto, ya que muchas intuiciones literarias anticipan nociones científicas, hoy generalmente admitidas. Muchos literatos vislumbraron, antes que los psicólogos, las íntimas relaciones entre el temperamento y la morfología corporal —genio y figura—, fundamento básico de la doctrina constitucionalista psiquiátrica.

Así mismo, se adelantaron los literatos en descripciones de cuadros clínicos de la insania, posteriormente aceptados por la ciencia. Así Cervantes con su anticipación a la moderna biotipología y a la constitucionalología, no sólo logró una de las más geniales conquistas en el conocimiento del hombre, sino que acertó en una concepción radicalmente nueva y que no tiene precursores ni continuación en los tres siglos que la siguieron, porque ha sido preciso llegar a nuestra época para continuar el camino que el autor de "El Quijote" inició. El tema de la locura no fué incidental en las obras cervantinas; fué insistente preocupación, que se expresó en múltiples observaciones de casos concretos en los que, así en los síntomas generales como en la psicopatología del pensamiento, descubrió valiosos detalles expresados en un modelo de exposición, que sólo es superada hoy por los modernos historiales y descripciones clínicas de los enfermos mentales. Por eso, el ilustre psicólogo argentino, José Ingenieros, dijo alguna vez: "A poco de iniciar mis estudios de medicina, dos libros decidieron mi vocación por la patología mental: "El Elogio de la Locura" de Erasmo y "El Quijote" de Cervantes". Y el gran psiquiatra Pinel reconocía en Cervantes una autoridad y aconsejaba a los médicos la lectura de "El Quijote", libro inmortal en donde ha de encontrar el psiquiatra una fuente de enseñanza incomparable.

La locura ha sido y es motivo artístico en el teatro y en la novela, en donde se crean casos —algunas veces— que son agudas caracterizaciones de las observaciones de la vida humana cotidiana, simbolizaciones de virtudes y de vicios, cuyas universales síntesis están representadas por Otelo y por Don Juan Tenorio, ficticios personajes que parecen arrancados de la realidad clínica. Pero, lamentablemente, la mayoría de las novelas de este género nos ofrecen bocetos o cuadros desdibujados de caracteres humanos, meras descripciones arbitrarias limitadas a la conducta externa y aparentes motivaciones de las reacciones psicopatológicas. Por ello, el Profesor Vallejo Nágera dice que "cuando la literatura falsea la vida, sus creaciones psiquiátricas se hunden en el olvido, mientras que el tipo se universaliza y hasta adquiere carácter mítico cuando la refleja exactamente...." Es indudable que escritores antiguos y modernos —Shakespeare, Strindberg, Conrad, Lawrence— atribuyeron a sus personajes diversos rasgos psicopáticos con propósitos de simple técnica literaria; en cambio en otros, como Proust, por ejemplo, o en Dostowieski, la introspección adquiere caracteris-

ticas de método científico y la creación de sus personajes equivale a un descubrimiento psicopatológico.

El campo de investigación elegido por el Profesor Vallejo Nágera se limita a unas pocas de las muchas obras en las que desfilan casos de anormalidad mental, deteniéndose a considerar si es que sus autores pretenden defender determinadas tesis científicas de trascendencia social. ¿Compagínanse la realidad clínica y el relato literario, la verdad científica y la creación artística? La respuesta nos va a dar en las interesantes, aunque discutibles páginas de su libro, el destacado psiquiatra español, de quien habríamos querido un análisis más extensivo de obras y de autores que, nitidamente, se destacan en la literatura universal cuando se pretende hacer una interpretación valorativa en este aspecto. En nueve capítulos ha dividido su obra el referido Profesor: "Cervantes y la Psiquiatría", "La Llamada Novela experimental", "La Realidad Clínica de Dostoiévski", "El Manicomio" de Hernández Catá, "La Famosa Novela Cuerpos y Almas", "La Paranoia en la Novela Española", "La Locura en el Romanticismo", "La Diosa Razón" de Joaquín Belda y "Novelistas Españoles Contemporáneos".

Pero antes de penetrar en la hondura de esos capítulos en los que ha dividido su libro el doctor Vallejo Nágera, tendremos, forzosamente, que referirnos a un aspecto que expone al comienzo de la obra y sobre el cual estamos en franco desacuerdo con el autor. Y es cuando al hablar del tema **Literatura y Medicina**, sostiene la incompatibilidad del simultáneo cultivo de la medicina y de la literatura, "pues, aquella —dice— ciencia natural pragmática, persigue la verdad de las causas de los hechos patológicos a los fines de la devolución de la salud perdida; en cambio la literatura pretende, sobre todo, la realización de la belleza, que ha de resplandecer en la producción literaria, como la verdad brillará en el comentario científico". Y más adelante: "La medicina es un sistema de conocimiento de las leyes y propiedades biológicas del cuerpo humano, mientras que la literatura se nutre del mundo ficticio creado por la imaginación del artista, si bien inspirado en la observación de la naturaleza". Creemos, sinceramente, en oposición a estas ideas, que la clase médica ha dado más escritores que ninguna otra profesión, incluyendo todas las llamadas liberales. Ya el famoso dramaturgo y novelista —médico también— de nuestros días Somerset Maugham nos ha

explicado el por qué un médico llega a ser un literato y un escritor. La literatura, las bellas artes, en general, cultivadas por el médico despiertan en él preciosas virtualidades soterradas y le incitan a las acciones insignes. El numen del artista —si además es médico— entraña un ilimitado poder de metamorfosis del alma, en virtud de encender en ella inextinguibles anhelos e ideales. Ya en otra ocasión, en un libro nuestro —"Semblanzas Biotipológicas"— sosteníamos estos puntos de vista, refiriéndonos a esta aparente y falsa oposición entre la medicina y la literatura. Decíamos que constituye un prejuicio bastante arraigado la idea de que las profesiones de carácter científico excluyan las ornamentaciones propias del espíritu, de aquellas que forman, por decirlo así, la sensibilidad artística y la emotividad creadora; que la ciencia, con su agresividad, aparte de su lado las voluptuosidades del espíritu y a sus escogidos les reviste de una austeridad cavernaria, propia del laboratorio, de la clínica o de la mesa de cirugía. Basta oponer a esta crítica, bastante negativa, los nombres de un Ramón y Cajal que al mismo tiempo que asombraba al mundo científico con sus descubrimientos histológicos, deleitaba al mundo de las Letras con la preciosidad literaria de sus "Charlas de Café", de un Gregorio Marañón, uno de los más grandes ensayistas y literatos que tiene hoy España, en el que hay que admirar su elevación intelectual, su grandeza moral, la nobleza de su espíritu áureo y creador y su verbo trepidante y maravilloso: allí están, para prueba, su "Don Juan", su "Amiel", su "Enrique IV de Castilla", sus "Ideas Biológicas del P. Feijóo", exquisitas obras de historia y de literatura por la belleza de su estilo, por lo movido de su narración y por la manera deliciosa de reconstruir el pasado; de un Ramos Mejía, con sus magistrales estudios sobre Rosas o el Doctor Francia, de un Pío Baroja, el mejor novelista español, como lo fueron antes Vital Aza y Armando Palacio Valdés. En Francia, la tradición de médicos literatos iniciada por Rabelais, ha continuado con figuras como la de George Duhamel; en Alemania, la gloria de Shiller, cirujano y dramaturgo, ha renacido en varias figuras médicas contemporáneas, como Alber Schweitzer, literato, musicólogo y fisiólogo; en Inglaterra, médicos fueron Tobias Smollet, Oliver Wendell Holmes, Oliver Goldsmith, Coman Doyle, Robert Brides. Y, entre nosotros —para referirnos sólo al pasado— ¿no fué la primera figura médica de la Colonia Eugenio de Santa Cruz y Espejo, el escritor y el literato dueño de exelencias espirituales?

Si bien el sentido estético no tiene significación instrumental en medicina, de ningún modo es vano ni ajeno al médico, sino más bien apto para despertar en él un gozo espiritual de superior calidad, para dar esplendor y hasta significado trascendente a su vida de observador de la personalidad humana. Somerset Maugham escribió hace algunos años la famosa sentencia de que "no hay educación más útil para el escritor que un curriculum de estudios médicos; el escritor no solamente conocerá la humana naturaleza en su esencia, sino que adquirirá suficientes conocimientos científicos para su objetivo como escritor, de manera que no parezca que ignora por completo un lado de la vida, que es el más importante en esta época..." Y el mismo Profesor Vallejo Nágera —que también es científico y literato al mismo tiempo— reconoce que la psiquiatría es la más literaria de las ciencias médicas y el alienista el que más se asemeja al escritor entre los médicos. "El psiquiatra y el literato —dice— tienen muchos puntos de contacto: describen reacciones psicológicas y comportamientos humanos, investigando sus movimientos, aunque persiguen fines distintos: el patólogo, la verdad científica y el literato, la belleza".

También el doctor Pedro Laín Entralgo, médico, literato y filósofo español, de nuestros días, nos dá la razón a quienes sostenemos que los aspectos científicos y literarios pueden celebrar un risueño esponsalicio, cuando nos habla en su profundo ensayo "Poesía, Ciencia, Realidad", sobre las tres actividades —positivista, romántica y superadora— ante el tema de la relación entre el conocimiento científico y el conocimiento poético de la realidad. Para muchos de los hombres de ciencia educados en el positivismo y más aun para los rudos positivistas —dice Laín Entralgo— la expresión poética es objeto de enemistad cordial, cuando nó de cínico o velado menosprecio. Desde el punto de vista de la relación del poema con la realidad lo más que cabe, dentro de la visión positivista del mundo, es discriminar las **verdades positivas** que puede aquél contener bajo la fronda ociosa de sus **poéticas falsedades**. La poesía se convierte así en humilde sierva del saber científico y así lo entendió Zola, cuya **novela experimental** no es otra cosa que una versión literaria del método experimental, del fisiólogo Claudio Bernard. Por otro lado, la mentalidad romántica, tan exaltadora de la intuición genial y de la espontaneidad del espíritu, propendió a confundir ciencia y poesía, en orden a su visible valor para el conocimiento humano de

la realidad. "Los doctos en ciencia natural y los poetas han hablado siempre un mismo lenguaje y han mostrado ser una misma familia", escribía Novalis. No conocía el pensador romántico la diferencia entre un tratado de mecánica celeste y una colección de poemas líricos sobre el firmamento. Recordaremos, al respecto, que esa proteica personalidad que fué, entre nosotros, Octavio Cordero Palacios, romántico y científico, introdujo el verso en las matemáticas y vistió de aladas estrofas las fórmulas más abstractas; cuando Cordero Palacios desarrolló el tema "La Poesía y la Ciencia", en su discurso como Mantenedor de la Fiesta de la Lira, se expresó con estos bellos pensamientos: "¿Qué belleza ni qué material poético ha de darme en las setenta veces siete reiteraciones de los cálculos matemáticos por Keplero, merced a los cuales, sin soltar el lápiz de los números durante cinco maceradores años, dio con las leyes que regían el sistema de los Orbes? Acaso, ninguna por cierto; más ellas sugirieron a Laplace nuestra magnífica Cosmogonía, lo más grandioso de la poesía humana... Supongamos que Homero surgiese ahora: adiós Aquiles e Ilión! Adiós Itaca y Ulises! Aquella formidable cosa que llamamos Caos sería entonces la "troyana" arena para la más colosal de las Iliadas y el espíritu de Dios llevando sobre las aguas al nauta de la odisea gigante por el espacio infinito, en engradecimiento del mundo". Y refiriéndose a la poesía y a la realidad de la Tierra, se expresaba así: "Qué de poético, así mismo, en la sórdida ciencia del minero, de ese topo que se anda disputando con los gnomos los tesoros de la Tierra? Y esa sórdida ciencia, sin embargo, se está grangeando la gloria de haber revelado al genio humano el asunto de otra enorme poesía, la poesía de la Gea..."

Ya Goethe había enseñado "que la ciencia tuvo su origen en la poesía" y que, después de un periodo de transición, ambas podrían encontrarse en un plano más elevado para su mutuo provecho. Y, efectivamente, como dice Laín, después de un ocasional divorcio entre la poesía y el conocimiento científico, esa venerable unidad en el saber del hombre está volviendo a ser, por modo más alto y esclarecido, indefectible patrimonio de la mente humana. Y frente a los positivistas y a los románticos cabe una tercera posición que, Laín Entralgo la llama **superadora** o **integrativa**, lo que expresa con el concepto de que la realidad es la misma ante el poeta y ante el hombre de ciencia y señala que nada menos que Heidegger se ha lanzado a la empresa de enriquecer nuestro conocimiento ontológico de la exis-

tencia humana interpretando metafísicamente la poesía de Holderlin y Rilke. "La palabra científica y la palabra poética, cada una a su modo, patentizan y definen los seres y el sér del mundo creado" (Lain Entralgo).

Y refiriéndonos al tema inicial, el de la medicina y la literatura, hay que reconocer que la cultura literaria de los médicos del pasado fué una de las bases más sólidas en las que se asentaba su personalidad. Con la lectura y el cultivo de los clásicos, adquirieron esa impalpable afición a las artes y ese amor a la belleza, porque comprendían que en una personalidad diferenciada y cabal es imprescindible el esmero de tal afición y de tal amor. No pocos de ellos fueron escritores admirables por la corrección de su estilo y su perfectísima exposición literaria. Y era lógico, porque la imagen arquetípica de su cultura general y profesional venía de Hipócrates, que encarnó el modelo inigualable en todos los aspectos: fundador de la medicina científica, verdadero investigador y antípoda de magos y enemigo de charlatanes, filósofo de la *physis*, doctrina de la finalidad constructiva y restauradora de la naturaleza —de la cual es una variante la concepción aristotélica de la entelequia—, escritor de bello estilo, cuya obra, particularmente las aforísticas, constituyen parte importante del tesoro literario de la Antigüedad, de la Edad Media y aun del presente, porque todavía ejercita y recrea el espíritu de médicos y eruditos; artista alabado como uno de los mayores de su tiempo por Platón y Aristóteles, autor de los mandamientos de la ética de nuestro ministerio y expuestos en el Juramento, que lleva su nombre; porque para Hipócrates, la medicina es la expresión más alta de la vida, ya que conduce el espíritu hasta los lindes extremos del conocimiento y del misterio.

El Profesor Vallejo Nágera, sosteniendo su punto de vista, afirma que la vena poética y el cultivo de la literatura perjudica al culto de la ciencia pura y, por ello, eminentes hombres de ciencia se desacreditaron cuando en lugar de hacer medicina, hicieron literatura. Cita el caso de Charles Richet, genial fisiólogo francés, premio Nobel de Fisiología que, por hacer literatura y desarrollar su imaginación inventó la pseudociencia que él llamó *metapsíquica*; también el caso de Lombroso, profesor de Psiquiatría de Turín, que arrastrado por su poderosa imaginación sentó teorías impregnadas de ficción poética, que resisten escasamente a la crítica científica. Pero, permí-

tasenos observar que si el gran fisiólogo Richet no hubiera sido el estilista impecable que brillaba con luz propia en el campo de las letras, no habría tenido el reconocimiento universal que tuvo tanto de los hombres de ciencia como de los hombres de letras. Igualmente Lombroso, que era un sabio auténtico, escribió su doctrina en el restringido círculo de la ciencia y la genial concepción lombrosiana —podada de sus exageraciones y limitada de sus hipertrofias— se ha inscrito en el cuadro de la ciencia, imperecederamente y junto a ella el autor de "El Hombre Delincuente", el fundador de la Antropología criminal, el gran César Lombroso. Nada vale —como recordaba alguna vez el Profesor Nerio Rojas— que se hayan rectificado éstas o aquellas fórmulas sobre la delincuencia; nada importa que se hayan demostrado algunos de sus errores sobre éstos o aquéllos caracteres del delincuente nato; nada significa que ciertos datos estadísticos no respondieran a la realidad: todo esto es anecdótico; lo que vale, lo que importa y lo que significa es que Lombroso, dueño de un talento superior y de una preparación humanística que otros médicos de su época no la tenían, fundó un nuevo conocimiento científico, creó una rama inédita de la ciencia y llegó a alumbrarla con la luz inextinguible de su espíritu. En cambio, no se ha extendido por el mundo científico el nombre del médico que recibió a Nietzsche en el Instituto Psicopatológico de Jena, lo examinó y lo diagnóstico el mal, sin haberlo conocido intelectualmente al autor de "Así hablaba Zaratustra", ni menos haber leído sus obras. Ese médico era el caso del divorcio de las ciencias con las letras, la simple expresión humana de una medicina organisista que, desgraciadamente, todavía absorbe —quitándole ética y estética— a los médicos *prácticos*, "los héroes anónimos de la receta diaria", que no saben penetrar con la lupa del médico integral y humanista para descubrir al hombre en sus trágicas profundidades. Todavía, por desgracia en nuestros medios científicos, el buen médico como el buen zapatero, para ser experto en su oficio, no debe ser demasiado inteligente; el calificativo de *buen clínico* o de *buen cirujano* requiere una determinada y concreta limitación intelectual y una absoluta ignorancia en el dominio de las Letras.

SIEMPRE CERVANTES

El tema del primer capítulo: "Cervantes y la Psiquiatría" es el mejor, a nuestro juicio, del libro del Profesor Vallejo Nágera y no

sabríamos aquí qué admirar más: si la ciencia psiquiátrica del profesor español o la penetración psicológica y crítica del recio escritor. A quienes nos ha subyugado el tema de Cervantes y la Psicopatología y hemos abordado su estudio ("La Obra Cervantina en la Psicopatología". Abismos Humanos. 1952) vemos con supremo interés todo aquello que agota el tema y acrecienta la bibliografía cervantina a este respecto, es decir, la influencia y la enorme contribución que el inmortal ingenio español aportó a la psiquiatría universal. En Europa, dos grandes científicos alemanes, Lechmann y Weiygand estudiaron a cabalidad el aspecto psiquiátrico de la obra de Cervantes —desgraciadamente ninguno de los estudios han sido traducidos a la lengua española—; en América, dos psiquiatras, los profesores de la Universidad de San Marcos de Lima, Carlos Gutiérrez Noriega y Honorio Delgado, han hecho resaltar algunos aspectos psicopatológicos de la obra del autor de "El Quijote". Y, desde muy antiguo, inició este estudio el folleto intitulado: "Bellezas de Medicina práctica descubiertas por Don Antonio Hernández Morejón en el Ingenioso Caballero Don Quijote en el concepto médico-psicológico" (Madrid 1836); este trabajo sugiere a Pi y Molitz, alienista catalán, la idea de estudiar la novela cervantina desde el punto de vista psiquiátrico, como lo hace con arreglo a los conocimientos de la escuela francesa de su época en el libro que titula "Primores de Don Quijote en el concepto médico-psicológico" (Madrid 1866). Anteriormente a los autores españoles se había ya percatado Boissier de Sauvages, psiquiatra francés que floreció en las postrimerías de la décimo-octava centuria, de la importancia clínica-psiquiátrica de la mejor de las novelas españolas y pone a Don Quijote como modelo de paranoicos cuando estudia la enfermedad mental denominada paranoia. Y hoy, el insigne psiquiatra español Vallejo Nágera es quien, en el primer capítulo de su libro "Literatura y Psiquiatría", aborda con penetración y lujo de detalles sobre el mismo. "A nuestro juicio —dice el autor— Cervantes nos ofrece en las páginas de sus novelas hermosos ejemplos de trastornos psíquicos, hasta tal punto demostrativos, que nos han servido para una lección sobre el diagnóstico diferencial entre la paranoia, la esquizofrenia paranoica y la reacción paranoica". Y así, señala muchas de las magníficas intuiciones psiquiátricas cervantinas, como proemio del detenido estudio que hace de cada uno de los personajes novelescos ideados por el genio español.

Es placentero para nosotros que, después de los comentarios psiquiátricos que hace el Profesor Vallejo Nágera al historial clínico de Don Quijote, con la autoridad de su profunda versación científica, concluya diagnosticando el caso como "el de un enfermo mental que padece la enfermedad denominada paranoia", en coincidencia perfecta con lo que habíamos expresado en nuestro ensayo "La Obra Cervantina en la Psicopatología", cuando decíamos: "La locura de Don Quijote era una locura cuya designación, rigurosamente científica, no aparece hasta tres siglos después de haberla padecido Alonso Quijano, lo cual constituye un motivo de admiración para el libro inmortal. Esta locura, bien definida, es una paranoia crónica o delirio sistematizado, de tipo expansivo y megalomaniaco; especie morbosa de indiscutible realidad, cuyas descripciones actuales parecen calcadas en la descripción inmortal y cuya concepción filosófica brotó naturalmente en el cerebro de Cervantes con más claridad y mejor sentido que en todos los alienistas anteriores al siglo actual".

Efectivamente, Cervantes a pesar de que vivió en plena época mágica medioeval de la psiquiatría, tuvo un concepto naturalista de la locura. Se apartó del concepto primitivo y corriente y en todos los casos en que habla de locos no sólo presenta la alteración mental como una verdadera enfermedad, sino que trata de referir las causas a un proceso natural, con tal perspicacia y sentidos clínicos, que en verdad parece haber estado dotado de una gran capacidad intuitiva respecto a los factores psicogenéticos. Ejemplo de ello lo tenemos en "Los Trabajos de Persiles y Segismundo", en la "locura de Cardenio", en la locura del joven **Crisóstomo**, la locura del Licenciado Vidriera, etc. Y así, muchas veces, Cervantes señala casos de alteración mental en relación de causa a efecto con las frustraciones de la vida, es decir, el genio se anticipó en el concepto que hoy tenemos de las psicosis llamadas por Bonhoeffer de **situación** y de **reacción**, en las que hay la posibilidad de que el gasto energético de una vida difícil lleve a reactivar predisposiciones morbosas latentes y desarrolle, entonces, reacciones anormales.

El autor de "Literatura y Psiquiatría", ha hecho también un estudio psiquiátrico de las mujeres que desfilan a lo largo de las inmortales páginas de la novela cervantina, pues representan la sociedad femenina de su tiempo, desde la princesa Dulcinea que, en su descripción cervantina, si bien no se infiere su biotipo, nos da los

rasgos de su temperamento distímico; la pastora Marcela a la que Vallejo Nágera la califica de psicópata y de virago; la princesa Fregona, cuyo buen humor, complacencia y blandura de corazón, dan motivo para el diagnóstico de tipo cicloide, afín del biotipo pánico que dibuja Cervantes en pocos rasgos; la pispireta y casquivana Altisidora, simpática, traviesa, locuela, regocijada, dotada de burlón y agudo ingenio, que se burla despiadadamente del amor platónico y de las desenfadadas proposiciones que le hace Don Quijote, por lo que el Caballero la aconseja que calme su voluptuoso ardor entreteniéndose en la hechura de randas y otras labores, con la terapéutica de ocupación —laborterapia— tan encomiada hoy por los alienistas.

Además, nadie sino Cervantes, en esa época, estableció esa permanente oposición entre la naturaleza y el mundo del espíritu. Sancho es casi una fuerza vegetativa y Don Quijote una fuerza espiritual; en Sancho, las fluctuaciones del ánimo, lo sensual y la capacidad receptiva, en Don Quijote la razón —con su delirio sistematizado—, los ideales y la fé.

EL CIENTIFISMO DE EMILIO ZOLA

El segundo capítulo de su libro, Vallejo Nágera lo ha titulado, un poco peyorativamente, "La llamada novela experimental", en él se refiere al representante de ese movimiento literario, a Emilio Zola, el gran novelista del siglo pasado que libró las más grandes batallas literarias y entabló la recia lucha civil por la verdad y la justicia, el discutido y combatido autor de "Naná", de "Teresa Raquin", de "Los Rougon Macquart", que es el primer caso de novelista que hizo una incursión de una técnica experimental y de un propósito científico en la trama misma de su esfuerzo creador, porque fué el novelista que, lejos de sentirse siervo de las fórmulas del arte por el arte, manejaba documentos y traducía conceptos con un talento original, veraz y valiente, de esa originalidad, veracidad y valentía que no se compaginan con el error ni con la mentira.

Vallejo Nágera, que hace una crítica acerba de la obra de Zola, estudiándola bajo el punto de vista científico, no juzga ni al hombre ni a la obra como debe juzgársela ahora a un combatiente indobegable, para quien la función del arte era, como decíamos, una

función de veracidad, de seguridad de sí mismo, del escritor que, fuerte en su vocación heroica, adoptó la actitud de jefe genuino del **naturalismo**, ese audaz movimiento renovador que había de sacudir a Francia y al mundo tan intensa y tan profundamente. El hombre y su obra, cuando son auténticos, ante la prueba del tiempo —que es lima pesada pero segura— se purifican y ni la pasión política, ni las ideologías adversas pueden soplar sus vientos de odio o de desprecio contra el escritor que debe ser revisado, junto con su obra, con la serenidad y la perspectiva que sólo pueden darnos el tiempo y la distancia.

Por otra parte, no es Emilio Zola el creador ni el iniciador de la novela experimental o naturalista. El mismo autor de "Naná" le tenía a Balzac como el creador de la novela moderna, de quien procedían, en línea recta, todos los demás renovadores; ocupaba la cima y todos los que habían llegado después de él tenían en sus venas algo de la sangre del autor de "Eugenia Grandet", a quien debían el instrumento del análisis, es decir, ese instrumento psicológico que aliaba la imaginación con el espíritu científico. Balzac fué el biógrafo de la humanidad y supo hacer novela con documentos vivos del drama de todas las clases sociales, mediante una observación directa de la realidad, del hecho concreto, tangible y visible. Los personajes creados por la imaginación y el genio de Balzac están viviendo todavía en el recuerdo y en la vida de quienes supieron leerlo con fervor admirativo. Personajes míticos y reales a la vez, con sus relieves irregulares, labrados en salientes emocionales, en turbias oquedades del espíritu, en las que la paranoia, el misoneísmo, la megalomanía, la psicastenia, fermentan y rebullen incesantemente.

Zola, escritor y hombre de su siglo, se revistió de la armadura científica del siglo XIX, adoptando una posición bien definida. Era un positivista, y con Comte, adoptaba el método filosófico de la época, implícito en los caracteres generales del positivismo, que eran: realidad, utilidad, certidumbre, precisión, análisis fisiológico, determinismo, para llegar, en la novela, al naturalismo literario. La evolución positivista del siglo proporcionaba al escritor el andamiaje de un ambiente científico del que debía extraer la armadura de su obra. El héroe de la novela naturalista quedaba reducido a las proporciones de un simple ser humano, medido por el factor hereditario, esclavo de su temperamento y complementado por el medio. "Zola

proclama —escribía Martino— que la novela llegará a ser una ciencia en el día en que se halle fundada en la fisiología. Así, ella pasará del estado de ciencia de observación al estado de ciencia experimental". Por ello, Zola estudiaba afanosamente en la Biblioteca Imperial a Darwin, a Morel, a Claudio Bernard y a Augusto Comte, para lección, y nó deleite, de sus obras.

Lector y discípulo de Balzac, escribió así, con el método experimental, con la observación, el análisis y el determinismo, no ya otra "Comedia Humana", sino la historia de los descendientes de Adelaide Fouquet, de Pedro Gougon y de Macquart. Las veinte novelas de este ciclo tendrán la armadura científica de la época y el afán dominante de establecer "el maridaje de la ciencia y el arte", como decía Lugones, de este intento de novela experimental, cuyas fuentes —explicaba el propio Zola— no eran los poemas de Victor Hugo, ni los cuentos prodigiosos de Alejandro Dumas, ni los sueños de imaginación de Jorge Sand, sino las que se encuentran en Balzac y en Sthendal, liberados del acceso del romanticismo y que han enriquecido a Flaubert y a Goncourt.

¿Hasta qué punto era sólida la armadura científica de la obra de Emilio Zola, en especial de la novela del ciclo "Los Rougon Macquart"? Se ha hablado de su endeblez, se han ridiculizado las ideas que acerca de la herencia contienen esas novelas; y desde Brunetier hasta Pérez de Ayala, pasando por Gagué, llegamos al profesor Vallejo Nágera, que las enjuicia en forma demoledora, hasta pretender el derrumbamiento de ese enorme edificio literario construido en casi un cuarto de siglo de ruda labor.

Antes de entrar en lo que llama el *seudocientifismo literario*, analizando psiquiátricamente los personajes de la novela Zolesca, el profesor Vallejo Nágera trata de minimizar la personalidad del novelista francés considerándolo como "un hombre de escasisima cultura", en quien la pujante vocación literaria, pareja a la afición que muestra a la vida bohemia, le impiden la aprobación del bachillerato y le privan de estudios universitarios. Pero este accidente, la reprobación del joven escritor que más tarde sería —al decir de un adversario de las batallas del naturalismo— "un momento de la conciencia humana", que, según H. de Mann, "estaba destinado a abarcar la mayor porción de realidad social", ha explicado Paul Alexis

como una tragicomedia, en la que pinta a ese Tribunal examinador en esta forma: Primero la parte científica, admirable. Física y Química o Historia Natural, muy bien! Espera el joven Zola al último de los profesores: el profesor de literatura y lenguas vivas que interroga a quién ha de competir, dentro de pocos años, con Victor Hugo la posición propia de uno de los más grandes talentos literarios del siglo XIX. El futuro autor de los "Cuentos de Ninón", sufre la inquisición del grave profesor. ¿es posible que no sepa explicar de un modo más o menos aceptable una fábula de Lafontaine, o la explica muy a la manera revolucionaria que ha de imperar en su estilo, más tarde?. Es lástima —concluye Paul Alexis— que yo no tenga tiempo de ir a hojear en el fondo de los archivos universitarios, para poder entregar al público el nombre del héroe que suspendió en el bachillerato al autor de "Los Rougon Macquart" por haberlo encontrado nulo en literatura...."

¿No recuerda, al respecto, el profesor Vallejo Nágera que a su ilustre compatriota, al sabio Ramón y Cajal le hicieron fracasar en un examen de oposición a la Cátedra de Anatomía General y Descriptiva, por carecer —según dijo el sabio— del pedantismo y solemnidad expositiva y no poder exortar la ciencia con filigranas y coloridos, reñidos con la austeridad y el decoro de la cátedra?. Por ello, otro gran español, Gregorio Marañón, generalizó el concepto de la inutilidad de estas pruebas —como lo hizo el mismo Ramón y Cajal en sus "Reglas y Consejos"— expresando que, ayer como hoy se valora en los Tribunales no por méritos reales, sino por meras circunstancias objetivas que "son como verdaderos flotadores de un peso muerto que se hunde...."

"Después del fracaso, a la Provençal a olvidar los sinsabores escolares con los grandes amigos Cézanne y Baille. A conspirar con ellos, bajo los árboles, llevados de las manos por Musset y Victor Hugo, maestros más benévolos que los graves profesores de París", dice Carlos Rovetta, el biógrafo argentino de Emilio Zola. Y, efectivamente, este torpe fracaso en sus estudios significaba una confirmación de su vocación literaria; no sería abogado, pero se presentía a sí mismo como el hombre de las letras y pactaba con los amigos una alianza para la conquista de la gran Ciudad Luz, cuyo ambiente —al decir del psiquiatra español— "era propicio a todas las audacias y señuelo de las más infinitas ambiciones", por estar en la plenitud del libera-

lismo, del positivismo y del materialismo, ideas que le venían a la medida a una burguesía enriquecida rápidamente, inmortal y que imitaba a la aristocracia en sus refinamientos culturales y artísticos". Pero Francia entera supo, más tarde, reconocer el nombre y la obra de este talento que venía a ocupar una posición destacadísima en la literatura de su siglo; comprendía, sobre todo, que había allí un ejemplo humano no desfigurado por las miserias de la claudicación, una fuerza incontrastable al rededor de la cual habían de girar todas las tendencias literarias y artísticas del país en el inevitable dilema de la época: con el naturalismo o contra el naturalismo.

A la obra de Emilio Zola se le ha de juzgar, es natural, con arreglo a las ideas científicas de su tiempo. Zola era un hijo de su siglo, el XIX, que para Daudet era estúpido, pero el primero en que la medicina de Hipócrates comienza a superarse científica y racionalmente. Siglo de pasiones —enfermedades del alma, diría Epicuro— ora políticas, ora estéticas, ora científicas. Todo quería hacerse conforme a la razón y a la experiencia. Con relación a la ciencia psiquiátrica se puede asegurar que no existió tal disciplina en los finales del siglo XVIII en ninguna de las naciones ostentosamente poseídas por la noble ambición de la cultura. El siglo XIX es un siglo convulso, donde caerán minados los zapadores del precedente, los torreones más conspicuos de la tradición y surgirán creaciones potentes y fructíferas en los que parecían caminos baldíos. Una de esas creaciones fué la Psiquiatría como ciencia; y esto con tal rigor cronológico que la obra de Felipe Pinel: "Traité médico —philosophique sur l'alienation mentale" —catecismo de la nueva era— aparece en 1801. En tres direcciones principales se fueron orientando hacia la explicación de las enfermedades mentales: algunos psiquiatras adoptaron un criterio preponderantemente genetista y atribuyeron la enfermedad mental a la herencia, entendiéndola como una **degeneración**, como lo sostenía Morel y Magnan, o una **predisposición hereditaria** polivalente, como lo quería Krafft-Ebing, o era interpretada desde el punto de vista mendeliano —mucho más tarde— con Rüdín y sus discípulos.

En la época en que Zola escribía sus novelas, dos tendencias explicaban los fenómenos de la herencia patológica: la teoría de la degeneración, defendida por Morel y la teoría de la regeneración, mantenida por Darwin. Zola, como es natural, se decidió por la teo-

ría del psiquiatra antes que por la del naturalista. El alienista Morel, discípulo de Esquirol, efectuaba investigaciones estadísticas acerca de la frecuencia de las enfermedades mentales y comprobaba que ciertas taras psíquicas que aparecen en las familias en el curso de las generaciones se agravan progresivamente y originan la degeneración y la decadencia de la familia. En consecuencia, proclama el dogma de la **degeneración hereditaria** y de la fatalidad de la herencia y de la locura; teoría que condensa en el aforismo: "El hijo del nervioso será neurótico, el nieto loco y el bisnieto imbécil" (Postulado cuya falsedad demuestra poco después Magnan en la propia Francia). Subrayaba así Morel los aspectos más sombríos de la herencia, llegando a la conclusión de que la enfermedad mental persigue a la familia como un hado trágico. Emilio Zola, ilustrado con estas teorías de Morel y valiéndose de la noción del árbol genealógico de Haeckel, en la transmisión de las taras hereditarias, persigue al través de varias generaciones a los miembros de la familia **Rougon**, todos ellos descendientes de Adelaida Touque, hija de un loco.

El profesor Vallejo Nágera dice que Zola, al proponerse la demostración del postulado de Morel sobre la degeneración familiar consecutiva a la transmisión de una tara psicopática, parte de un principio erróneo, como demuestran las investigaciones efectuadas ulteriormente, a partir de los conocimientos de las leyes de la herencia formuladas por el Abate Mendel. Es claro que, a la luz de nuestros modernos conocimientos sobre la herencia, tales postulados eran erróneos, ya que las leyes mendelianas eran desconocidas en el mundo científico en la época en la que Zola escribía sus novelas-tesis. Como es sabido, fué apenas en 1900 —dieciséis años después de la muerte de Gregorio Mendel— cuando sus descubrimientos se dieron a conocer e invadieron rápidamente el mundo científico, ocupando un prominente lugar en la atención de los hombres de ciencia, absorbidos antes por una febril especulación sobre el origen de las especies y en plena discusión de las doctrinas de Darwin, que se acababan de dar a conocer.

Zola, asiduo lector de la Biblioteca Imperial, estudioso de Claudio Bernard, concurrente a las lecciones de Charcot en la Salpêtrière, creía, con Debierre, que el hombre piensa y obra no espontáneamente, sino por la sangre que corre por sus venas; por sus abuelos

más que por el mismo, y que son los muertos que desde el fondo del sepulcro, en donde no son más que polvo y ceniza, mandan a los vivos. Fatalidad hereditaria que sirvió, en esa época, de tema constante a filósofos y literatos para infiltrar, con tan sugestivos temas, ideas de irresponsabilidad, de duda y de pesimismo; doctrina que desindividualiza el sufrimiento y lo desdobra hasta convertirlo en la ley universal y propia de la vida.

Hoy, si podemos decir que Zola anduvo equivocado en su concepto fatalista de la herencia, como anduvieron, igualmente, los alienistas Morel y Magnan; la herencia no es hoy, para nosotros, la reproducción fatal: otros elementos, como el medio ambiente, en todas sus formas y los factores sociales obran sobre la naturaleza humana, unos para hacerla retroceder y otros para mejorarla. De acuerdo con las leyes mendelianas hay la transmisión de los caracteres llamados **dominantes** y de los **recesivos** y al lado de los factores hereditarios —genotípicos— existen los factores ambientales —fenotípicos y paratípicos—. Además, hoy también sabemos —como resultado de las leyes mendelianas y de los trabajos genéticos que las inspiraron— que lo que se hereda no son, en realidad, los caracteres en sí, sino ciertos factores materiales que son los responsables del desarrollo de dichos caracteres; factores que la ciencia moderna denomina **genes**, que pasan de una generación a otra, a través de las células sexuales. Es evidente, pues, que el medio ambiente tiene una importancia fundamental para comprender los fenómenos fisiológicos y patológicos de la herencia. No se puede concebir un ser viviente fuera de su medio y el medio externo, en cada momento, se convierte en organismo y, a su vez, el organismo también se transforma parcialmente en medio externo, de acuerdo con las nuevas concepciones genéticas de Michurin-Lisenko, hoy en controversia con las mismas de Mendel y de Morgan.

Acaso nos hemos extendido más de lo conveniente en estos aspectos de la herencia; pero era necesario para defender las concepciones que desarrolló Emilio Zola al través de su magistral obra, que, a pesar de la crítica que puede hacérsela hoy, armados como estamos de un moderno equipo de conocimientos científicos, se mantiene firme y sólida, como un gran fresco cuyo enorme lienzo coloreaba el artista y perfilaba el escritor veraz, "cuyo naturalismo —al decir de uno de sus biógrafos— llegó a ser sinónimo de método científico aplicado a la vida intelectual y a la vida social".

DOSTOIEVSKI EL GENIAL PSICOLOGO

Dostoievski, el novelista de la realidad, pero de una realidad que tenía la clarividencia mágica de la iluminación, es el motivo del tercer capítulo de la obra del profesor Vallejo Nágera, que lo ha titulado "La Realidad Clínica de Dostoievski".

Si Zola, con su naturalismo científico, todo lo veía con el ojo atento del observador objetivo para mezclar y destilar los elementos que la vida le ofrecía en una especie de química analítica y sintética, Dostoievski, en cambio, no hace fisiologismo ni química experimental, sino alquimia del alma, realismo descubridor del subconsciente, que rompe la limitación calculadora y fotográfica del naturalismo. Se ha dicho que el novelista ruso ha sido el psicólogo de los psicólogos: los abismos del alma lo atraen con fuerza mágica y su verdadero mundo está en el inconsciente y en el subconsciente insondables. "Como las bestias nocturnas —ha dicho Stefan Zweig— en las tinieblas, la mirada de este poeta lee más claro en las sombras que la de otros bajo el sol". Muy cerca de las almas enfermas —porque él mismo es un enfermo— conoce sus misterios profundos y mira de cerca a la locura y penetra en los abismos del inconsciente más profundamente que todos los médicos, los alienistas, los criminalistas y los psicopatólogos, anticipándose, muchas veces, a todas esas verdades que la ciencia había de descubrir y catalogar después, a fuerza de ir las disecando con el escalpelo del análisis. Todos esos estados patológicos y enfermizos de hipnosis, de éxtasis, de epilepsia psíquica, de histeria, de perversiones instintivas, de alucinosis, fueron admirablemente expuestos en sus relatos que son, todos ellos, una visión apocalíptica de un mundo tormentoso y envuelto en las más densas tinieblas, en las que la locura y el crimen adquieren una plasticidad y una vida auténticas en cada uno de sus personajes. Por eso pudo decir Zweig que, con Dostoievski, se dobla la última hoja en el libro de una ciencia caduca y se abre, en el libro del arte, la era de una psicología nueva....

Hemos de concretarnos —para seguir el pensamiento del profesor Vallejo Nágera— a los aspectos psicológicos y psicopatológicos de la obra dostoevskiana, marginando, por el momento, su grandiosidad artística y humana. ¿Qué cultor de la psicología no hallará placer para su espíritu al saborear las páginas en las que se mues-

tran, con rasgos netos y precisos, la íntima trama de nuestra naturaleza, al través del maravilloso lente de aumento que es la pasión? El estudioso de la psicología y de la actualmente llamada antropología filosófica se sorprenderá al descubrir en la obra de Dostoievski el misterio del alma y las auténticas potencias del espíritu con su fondo dramático y pasional, porque el alma es un drama, tanto más rico y variado cuanto mejor dotado de pasión esté el individuo y la humanidad. El psicólogo ha de acudir siempre, para su cultivo, a las producciones artísticas en las que, bajo el incomparable ropaje de la intuición poética, el genio crea esos entes de ficción —como llama la preceptiva literaria— a pesar de que nada es tan real y más viviente que estas creaturas que tienen la esencia metafísica de la vida y del mundo. Con Dostoievski recorre al psicólogo desde la profunda sima de las más abyectas pasiones hasta la luminosa y exelsa cumbre donde brilla la pasión suprema de la vida, el amor, convertido en símbolo espectral de la vida misma; sus personajes, desgarrados, frenéticos, desesperados, sin guía y sin estrella que les anuncie el camino, nos conducen a los antros espantosos del vicio y a las turbias oquedades donde pululan todas las morbosidades del cuerpo y del espíritu, desde donde, sin embargo, bajo la alquimia del dolor, llenos de pasión abrazadora esperan la luz que les ilumine y les salve de este reino de las sombras, "porque también les mata el deseo de vivir, les fulmina el anhelo de persistir a través del tiempo y del espacio, les obsesiona la sublime majestad de un universo con todos sus arcanos", como ha dicho un notable crítico nacional. Por eso, los personajes creados por el novelista ruso, se lanzan al través de la vida, del arrepentimiento, del deseo, del crimen, de la confesión, del éxtasis, hasta llegar, en furiosa carrera, hasta las cumbres inabordables de la expiación y del martirio. Bella es, diríase, la alquimia del arte: con los más bajos detritus vuelve la naturaleza a crear cosas admirables; con lamentables y abyectas existencias, Dostoievski creó una obra que irradia hasta hoy un resplandor insólito en el mundo de las letras en todos los países del orbe....

Dostoievski fué un epiléptico, como se sabe. El mal comicial hincó sus tentáculos deformes en su cuerpo y en su espíritu durante los treinta años de su vida artística. Pero la pasión inquisitiva del artista dominó los padecimientos del hombre y se hizo dueño de su propio dolor y su vida, torturada y convulsa, se trasmutó en uno de los misterios supremos de su arte. "Ningún hombre sano —dijo

una vez— puede sospechar siquiera el sentimiento de felicidad que invade al epiléptico un segundo antes del ataque". Uno de sus biógrafos dice que al salir de un ataque, que le sorprende poniendo en limpio "Los Endemoniados", advierte con terror que ha perdido la conciencia de todos los sucesos, hijos de su propia fantasía y ni el nombre del protagonista acierta a recordar; fatigosamente va haciendo revivir en sí la trama, su voluntad acusante atiza de nuevo el fuego de las visiones desvanecidas, hasta que recobra su antiguo vigor.... luego un nuevo ataque paraxístico le precipita al fondo de la sima. Y así con el terror de la caída en la médula y en los labios el regusto amargo de la muerte, acusada por la miseria y la privación, nacen sus últimas y formidables novelas: "Crimen y Castigo", "El Príncipe Idiota", "Humillados y Ofendidos", "Los Hermanos Karamasoff".

Con la belleza mágica de su palabra, Dostoievski ha fijado una visión de su vida, de una de aquellas noches gélidas, mortales, hambreadas e insomnes en que, hora tras hora, le parecía, alucinado y vencido, ver llegar por momentos el término inevitable de su gran mal. Vive la muerte en medio de la vida y en ese segundo que precede al ataque gusta las esencias más fuertes y embriagadoras para su ser: la emoción, patologicamente exaltada, de volver a renacer. Como ha reconocido Marenchkovski, el genio de Dostoievski debe mucho a esa estrella fatal, satánica de su enfermedad, porque ella exaltó en él las sensaciones concentradas, inasequibles a una sensibilidad normal; ella le dotó de una mirada mágica para penetrar en el mundo recándito de las almas. Ya Stefan Zweig en su estudio sobre el novelista ruso —y que tuvo la virtud de despertar una nueva inquietud sobre el tema dostoievskiano— dijo, por eso, "que jamás padecimiento de artista fué más fecundo para su creación que en Dostoievski".

El profesor Vallejo Nágera, al exponer las fuentes del conocimiento que poseía el escritor eslavo para pintar a sus personajes morbosos, cree que el concepto demoníaco de la locura persistía en Rusia todavía en el siglo pasado y que la Iglesia ortodoxa veneraba a los locos, pues consideraba a la locura como enfermedad sagrada, y que tales ideas acerca de la misma influyeron en el propio novelista y en sus admiradores. Dice, además, que Dostoievski apellida a la epilepsia **enfermedad sagrada**, porque parece que en ella radica su poder creador.

Nosotros nos permitiremos recordar, al respecto, que la evolución de la psiquiatría ha pasado por las mismas etapas que la historia de la medicina. Primitivamente, el hombre relacionaba las enfermedades con influencias sobrenaturales y que estas explicaciones ilegítimas, lo mismo que las demás creencias supersticiosas, persistieron en las clases ignorantes por mucho tiempo y persisten, todavía, en el vulgo, el que no ha podido emanciparse de los errores que aceptaba, y acepta todavía, respecto a la vida misma. Las viejas quimeras de lo misterioso y de lo sobrenatural persisten en las múltiples formas de la intuición vulgar. El mismo renacimiento místico, que acompañó a la extensión del cristianismo, detuvo por muchos siglos el progreso de la sabiduría griega que fué, a la vez, ciencia y filosofía. A medida que el primitivo cristianismo se organizó en Iglesia dogmática, fué apagándose el espíritu libre de investigación, hasta que la teología se constituyó en único sistema de creencia permitido en el mundo católico, con variantes que no afectaron lo esencial de los dogmas. Fué lógico, pues, que las enfermedades mentales se interpretasen con un sentido sobrenatural; la locura, como en la mitología homérica, volvió a ser la obra de los entes sobrenaturales —dioses o demonios— que se introducen en el cuerpo del hombre para perturbar el alma racional. En la sociedad feudal, los alienados pasaron por víctimas del diablo, poseídos, hechizados, endemoniados, embrujados. Cuanto mayor era la superstición, más tentadora tornábase la herejía para los desequilibrados, histéricos y locos.

La patología mental no tuvo reconocimiento hasta la Revolución Francesa; a través de Locke y Condillac se llegó a la psicología naturalista de los **Ideólogos**, de cuya escuela formaron parte Pinel y Esquirol, revolucionadores de la patología mental; pero, hasta entonces, la Europa entera obsesionada por el temor religioso, vivió en una atmósfera de hechicería y de demonofobia. En España mismo, durante los siglos de la Conquista y del coloniaje americano, reinaban oficialmente las ideas medioevales sobre la locura y su represión. Y no basta conocer las creencias reinantes en España acerca de la locura para formarnos un juicio de la situación en que estuvieron los alienados en las colonias americanas, en donde es forzoso considerar otros elementos étnicos cuya importancia es digna de severo estudio. Y, efectivamente, en la historia de las grandes ciudades coloniales —México y Lima— existe un verdadero anecdo-

tario psiquiátrico y en las más viejas crónicas y en las recientes tradiciones aparece, con frecuencia, algún loco de pró, conquistador o fraile, dama, virrey u obispo. Todas las historias de la Inquisición en América contienen procesos de hechicería, posesión diabólica, daños, encantamientos, maleficios, iniciados los más en el tormento y resueltos con la hoguera. Escritores como Ricardo Palma, como Emilio Valdizán, como Anastasio Alfaro, como Nina Rodríguez, como Israel Castellanos, como Nerio Rojas, como Chávez Franco, como Cristóbal Gangotena y Jijón, nos han dado —a lo largo de toda la América— en bellas páginas literarias y científicas una abundante bibliografía al respecto. De manera, que no solamente en la Rusia de los Zares, sino en el mundo entero, ese juicio sobre las enfermedades mentales persistía y persiste en las masas, como una herencia de creaciones ancestrales, pese a la existencia de minorías ilustradas y científicas que han luchado y luchan todavía contra la ignorancia y la superstición. No olvidemos tampoco que si Francia tuvo un Pinel y un Esquirol, Rusia dió un Pavlov, el creador de los reflejos condicionados y que es un puente espiritual y técnico tendido entre Cannon y Freud, en la explicación de los trastornos funcionales de naturaleza mórbida.

Y la epilepsia, conocida desde los más remotos tiempos y cuyas primeras descripciones fueron hechas por Hipócrates, Galeno y Celso, fué también considerada dentro del concepto demoníaco de la locura y su origen era atribuido a fuerzas sobrenaturales, de ahí el nombre **morbus sacer, divinus o demoniacus**, es decir, **enfermedad sagrada**, con que se la conocía. Hipócrates levantó su voz contra ese supuesto origen divino, sosteniendo que obedecía a causas naturales, como probaron, después, Magnan, Fournier, Feré, Jakson y Janet, quienes contribuyeron a aclarar capítulos aún oscuros, demostrando la existencia de fenómenos de automatismo, de delirios, de impulsos, de fugas y ausencias, como equivalentes de la epilepsia convulsiva.

Antes de estudiar cada uno de los personajes dostoiévskianos, bajo un aspecto psiquiátrico, el profesor Vallejo Nágera —como una anticipación de sus desfavorables comentarios psiquiátricos sobre el novelista eslavo— se expresa con los siguientes conceptos: "Hoy ha decrecido bastante el entusiasmo suscitado en una época por el creador de la novela social y pocos lectores se atreven con las fa-

rragosas páginas del escritor eslavo, cuyo estilo si que revela la epilepsia que padecía. Al descubrir a Dostoievski los intelectuales occidentales le pusieron de moda en los círculos literarios, especulando, desatinadamente, sobre su ideario filosófico, sin ahorrarse elogios a la parte literaria. Empero, si examinamos atentamente el estilo literario de Dostoievski en la traducción de R. Casninos Assens, directa del ruso, según testifica el traductor, tropezamos inmediatamente con las características del pensamiento epiléptico: innecesaria proligidad, adherencia y viscosidad, perseveración y quiebra en el desarrollo del pensamiento fundamental. En términos generales, la exposición es confusa y se necesita verdadero esfuerzo mental para seguir, a través de interminables páginas, las visciditudes de los personajes. Como buen folletinista, acusado por los deudores, preocupa solamente a Dostoievski llenar cuartillas y cuartillas, que aumentan en conformidad con sus necesidades. Publicadas la mayor parte de sus novelas por entregas, cobradas a tanto el folio, se explica que escribiese tantas inaguantables páginas, al lado de otras ciertamente primorosas y formidables creaciones artísticas...."

Admiramos la capacidad científica del profesor Vallejo Nágera y siempre lo hemos considerado como un verdadero maestro de la psiquiatría, como un autor que ha sabido aleccionarnos superlativamente en los intrincados problemas de esta bella disciplina científica, pero no podemos estar conformes con sus apreciaciones antes enunciadas. Y nosotros decimos que, también en literatura, se vuelve a los viejos amores. El lector de hoy, de visita por las librerías, encuentra al lado de las novelas de Hesse, de Joyce, de Wasserman, de Thomas Mann, las de Balzac, de Emilio Zola y, sobre todo, las de Dostoievski, rejuvenecida, diríamos, hasta por una escrupulosa presentación gráfica. Esta longevidad de las obras literarias, que llevan la marca de la superioridad de sus grandes autores, demuestra que la novela —la buena novela— lejos de hallarse en decadencia cuenta todavía con el favor de los lectores que, a su vez, son buenos literatos. Es verdad que la novela ha evolucionado hacia una nueva concepción y hacia una nueva técnica, a tal punto que no será posible, en este sentido, una comparación entre Joyce y Hardy o entre Hermann Hesse y Dostoievski, por ejemplo, porque la novela moderna se ha enriquecido con la contribución de la psicología social, de la sociología, de la política, ya que las mutaciones de naturaleza social y económica, tan profundas en este siglo, tratan de

establecer un foso de demarcación entre la literatura de antes y la de hoy; pero no es menos cierto que el reciente movimiento crítico se pronuncia por la integración o, mejor dicho, sincretización de viejos y nuevos conceptos. Los mejores críticos, los de sensibilidad agudizada y más atenta a las crisis espirituales del día, han trabajado en este afán de integración; tales son los estudios de André Gide, de Merezhkovski y de Stefan Zweig sobre la obra y la personalidad de Dostoievski, porque el dostoievskismo vuelve a inquietar al mundo de hoy, como inquietó, acaso en otro sentido, al mundo de ayer. Si bien los dos primeros escritores mencionados han enfocado tan sólo un sector de la ingente humanidad del autor de "Los Hermanos Karamasoff", Zweig lo afronta en toda su imponente inmensidad y toca al mismo centro, al eje vital de la obra y del hombre. "Sin la presencia de Dostoievski —dice— sin la existencia de sus obras, su época histórica y el magno problema de los destinos misteriosos de Rusia, la de ayer y la de hoy, carecerían del relieve y de la perspectiva que hoy poseen ante nuestros ojos". Dostoievski, como Balzac, fué un realista, un producto de la naturaleza y del ambiente de su época; como Balzac partió siempre de la intuición de la realidad, del hecho concreto, tangible y visible, pero que, al pasar por su imaginación, es inmediatamente transformada en otra realidad, más intensa, más imperiosa, más fuerte, más significativa y, sobre todo, más honda y profunda. Es por eso, que el escritor eslavo reclama un examen de profundidad, un sondeo abismal que sirva para comprenderlo mejor, ya que la obra y el hombre deben ser estudiadas y comprendidas a la luz de los modernos criterios interpretativos, criterios de exploración profunda, arbitrando un instrumental complicado y sutil, como lo ha hecho el biógrafo austriaco, para quien una obra de espíritu no es un mero producto artístico, ponderable en la balanza de la forma, sino como ha dicho Edmond Jaloux, el insigne crítico francés, "un testimonio de la vida profunda de los seres, de su concepción del mundo y de sus modos de sentir, la envoltura de una visión personal, de un mito que el crítico ha de sacar a la luz".

Enrique Gómez Carrillo, **el cronista errante**, decía ya una vez que gracias a la curiosidad inteligente de Doña Emilia Pardo Bazán y de algún otro escritor castellano, la literatura rusa había dejado de ser, para el público español, un misterio exótico y lejano; porque antes de abundar las traducciones de Dostoievski, de Tolstoy, de Tur-

geneff, de Gogol, no entraron los autores rusos en el mundo literario español sin trabajo: los académicos les hicieron la guerra en nombre de la tradición castiza, y los profesores de literatura hablaron a sus discípulos de la herencia greco-latina, asegurándoles que sólo lo ligero y elegante podía florecer bajo el sol de Mediodía, que los rusos eran hombres cuyas ideas nebulosas y cuyas frases groseras tienen que chocar a los que están acostumbrados a leer "El Quijote"; que los eslavos son cosacos y los cosacos son hijos de la nieve y de la bruma; todo los que se nos envía —decían— del extremo septentrión es odioso y bárbaro. Y esta resistencia a la que se refería Gómez Carrillo ha perdurado en el ambiente literario español e hispanoamericano; nuestro abolengo latino y cultura meridional nos ha hecho descender con dificultad y sobresalto a los bajos fondos de las almas. Algo muy en el fondo de Dostoievski es, a pesar de los vivos y siniestros resplandores, impenetrable y ambiguo; su pensamiento está demasiado envuelto en las tinieblas del infinito, es demasiado enigmático. "Dostoievski no es nada para quien no le viva desde su interior", proclamó Zweig.

El profesor Vallejo Nágera, latino hasta la médula, meridional de raza, por temperamento, por educación literaria, por sus afecciones, tiene que perder la calma ante ese desfile heterogéneo, abigarrado y fantástico de los personajes dostoievskianos, que se hallan en terrible contradicción con su espíritu y su temperamento, incompatibles con el sentido idealista de su raza y de su tradición. Por ello, el psiquiatra español —que sabe buscar el pensamiento ajeno y asimilarlo con sujeción a sus propias ideas— no se deja persuadir por la obra del novelista ruso; no es tolerante, ni ecléctico, ni indulgente siquiera con él; se diría que el médico introduce fríamente el escalpelo en las visceras palpitantes de esos personajes que son símbolos, en esos seres por cuyas venas corren las morbosidades de todas las pasiones en vez de sangre y, después de revueltos, apartar de sí todas esas creaciones monstruosas de otro monstruo del espíritu, como lo fué Dostoievski.

Por otra parte, si bien el doctor Vallejo Nágera no ha querido —como dice— hacer crítica literaria, sino solamente psiquiatría, cuando se expresa de la manera como se ha expresado del estilo literario del novelista ruso, creemos que, pese a su expresa declaración, está haciendo crítica literaria. Si el profesor español hubiese

conocido el "Diario de un Escritor" de Dostoievski, estamos seguros que habría rectificado sus acres conceptos sobre el estilo del novelista. Efectivamente, más que sus novelas, más que la exégesis de las mismas, ofrece al lector la imagen viva del escritor eslavo el voluminoso documento antes nombrado. En esa obra extraordinaria recogió Dostoievski sus puntos de vista respecto a los problemas inmediatos de su tiempo, de Europa y de su país. Su discurso sobre Puchkin es una de las páginas más admirables y de sentido más permanente que la crítica universal haya producido. Esa característica de conciliar la máxima exaltación dentro de un orden definido de ideas, se manifiesta en la crítica y en la polémica del escritor y hasta ayuda a comprender mucho mejor a los personajes y situaciones de su novelística. Es preciso conocer las páginas admirables sobre Jorge Sand, sobre Nekasov, sobre Puchkin, para ver a un nuevo Dostoievski, distinto del que estamos acostumbrados a enfrentarlo en sus novelas, como si diríamos, como lo vieron sus contemporáneos, como un polemista apasionado, como un escritor profundo, humano y, como tal, vulnerable, pero expresando siempre la tónica del alma rusa y su coeficiente de exaltación política y literaria, convirtiendo la profundidad de sus pasiones en la medida última de toda la humanidad....

Los personajes dostoievskianos son estudiados psiquiátricamente por el profesor Vallejo Nágera bajo el punto de vista psicopatológico. Yakov Pétrovich Goliadkin, el mediocre burócrata dominado por un complejo de inferioridad, pero, sin embargo, orgulloso, enfatuado, con una verdadera hipertrofia de su personalidad, atormentado por las persecuciones de que se cree víctima. Es un caso de paranoia reactiva de situación. Dice el psiquiatra español que esta novela, "El Doble", constituye uno de los aciertos del novelista ruso, que se anticipó, en años, al análisis dinámico del delirio, vislumbrando ciertos atisbos psicoanalíticos.

"El Idiota", novela cuyo título mismo es un reto voluntario al orgullo intelectual, aborda el más arduo de los problemas: el de pintar al justo, al hombre bueno por excelencia, al príncipe Muichkin, a quien presta el autor una de sus más dolorosas experiencias, es decir, su propia enfermedad, a epilepsia, junto con lo mejor, lo más claro de sí mismo, esa parte superior del alma de que habla Plotino. Es posible que Dostoievski quiera retratarse en este héroe que es,

como su creador, excepcionalmente lúcido, sagaz, abnegado, caritativo, amante del prójimo, honesto y bueno; pero estas características —anota el psiquiatra español— contradicen la psicología del epiléptico, caracterizada por la violencia, la impulsividad, la cólera, los automatismos de la conducta, los estados de disgregación psíquica, la inmoralidad o la amoralidad de sus acciones intersociales. Características éstas expresadas en la frase de Sammt: "Llevan, los epilépticos, el devocionario en el bolsillo, en la boca el Todopoderoso y en el cuerpo la más abyecta canallería...". Strakhoff, amigo y colaborador de Dostoievski por más de veinte años, aunque tibio en los momentos de crisis del gran novelista, escribió a León Tolstoy una carta —publicada en 1913— en la que se leen los siguientes párrafos: "Quiero confesarme con Ud. No puedo considerar a Dostoievski ni como un hombre de bien, ni como un hombre feliz. Fué malo, envidioso, depravado y pasó su vida entre tribulaciones tales que le hubiesen hecho lastimoso y ridículo si no hubiese sido, al mismo tiempo, tan malo y tan inteligente. Se hallaba abstraído por la obsesión y alardeaba de ello. Con semejante naturaleza, se mostraba muy inclinado al sentimentalismo dulzón, a los sueños elevados y humanitarios. Era un hombre verdaderamente malo y desgraciado, que se imaginaba ser un héroe y se amaba así mismo tiernamente..." Si el profesor español hubiese conocido estos párrafos contra el malaventurado novelista ruso lo habría suscrito como prueba de sus aserciones anteriores.

"El Adolescente" es una obra frustrada de Dostoievski; una obra ficticia que no responde a ninguna necesidad interior de su personalidad. Es una narración demasiado prolija, un mosaico que desborda el marco de una intriga enrevesada. Son veinte novelas en una sola, pero todas fragmentarias y en las cuales, sin embargo, hay una mina inagotable para el psicólogo, cuando éste estudia cada uno de los personajes que entran decididamente en la clínica psiquiátrica: el príncipe Nicolai Ivánovich Sokolskii, su sobrino Pétrovich, Liza, amante de éste y hermana del adolescente Arkadii Dolgorukii. El protagonista es un tipo francamente esquizoide, cuyo diario que escribe —de lectura fatigosa— exhibe las características del pensamiento autista, propio del esquizofrénico. El príncipe Nicolai es un caso de incontinencia emotiva; el joven príncipe Serguey, una personalidad psicopática, un terreno propicio al desarrollo de la psicosis psicogenética que termina por padecer el personaje cuan-

do lo encarcelan, es decir, una psicosis carcelaria. Niza, un caso de estupor catatónico, que puede ser esquizofrénico o psicógeno; Versilov, padre del protagonista, es un psicópata amoral, en cuya descripción —dice el profesor Vallejo Nágera— no acierta el novelista, porque el episodio psicótico no responde, ni remotamente, a la realidad clínica.

Dicen los biógrafos de Dostoievski que, desde 1870, se prepara, dentro de un solemne y profundo recogimiento, para decir su última palabra, para hacer públicas sus confesiones más íntimas. Y los "Hermanos Karamazoff" serían esta última palabra, esta grandiosa **psicomaquia** —como la llama André Livinston— a semejanza del **Libro de Job** o del **Fausto** de Goethe; obra que es el apogeo, el epílogo dramático de toda una vida. Como lo ha hecho siempre el novelista ruso, la significación trascendental de su propósito se transparenta al través de las realidades crueles y bajas de la novela criminalista, historia y análisis de un error judicial. Todos los críticos dostoievskianos se han preguntado: ¿en dónde hay que buscar el origen de estos hechos? Unos dicen que entre los compañeros de Dostoievski en el presidio se hallaba un gentil hombre llamado Iliinski, condenado como parricida; otros, rastreando la psicología profunda, se preguntan si ello no es la manifestación subconsciente del complejo de Edipo que Freud y Neufelt creyeron haber descubierto, escrutando el subconsciente del escritor. Para el psiquiatra español, "Los Hermanos Karamassoff" es la novela del escritor eslavo que está fuertemente influida por las ideas de Zola sobre la degeneración y seguramente —dice— la imita al trazar los tétricos y dramáticos episodios que vive la familia del terrateniente Fiodor. Hace notar que Dostoievski estudia un padre y sus hijos pertenecientes al que denominan los alienistas "círculo epiléptico", o sea, que los individuos de determinada estirpe adolecen de anormalidades caracterológicas y de síntomas psíquicos patológicos, diversamente distribuidos en ascendientes y descendientes del enfermo. Para Vallejo Nágera, "la novela es extensa, difusa, interminable, sembrada de escenas y de episodios secundarios y de muy difícil análisis desde el punto de vista psiquiátrico" y por ello, ha recurrido al sistema de fichas para esrudir la curva de cada vida con sus reacciones y trastornos psíquicos en cada uno de los personajes de esta monumental y caudalosa novela, en la que el mismo Dostoievski, bajo la figura de Ivan Karamassoff no hace más que revelar el fondo de su propio sér, in-

suflando al personaje central esa dualidad, ese desdoblamiento de su mágica y proteica personalidad, mística y humana, sensual y angélica, en oposición permanente y eterna.

Efectivamente, es difícil estudiar con las normas y los datos de la ciencia y de la investigación psiquiátrica a los personajes de esta obra de Dostoievski, a los hermanos Karamazoff. La psicología de Dostoievski no está hecha para analizarse a la luz clara del laboratorio; ella escapa, fugitiva, a todo intento de interpretación y se torna hostil a todo intento de comprensión en el dominio de la ciencia y hasta en las formas normales del arte. Por esto, sin duda, por el desconcierto que sugiere su obra, es porque nos asusta el juzgarla congruentemente, porque al lado de lo descomunamente grande de sus concepciones, está lo infinitamente pequeño del detalle, cabe lo exelso y lo noble del ser humano, lo vulgar y lo ruin, junto a lo puramente místico y ascético, las álgidas reflexiones de la negación y de la duda. No es posible buscar, por ello, sobre todo en "Los Hermanos Karamazoff" una ordenación sistemática y menos aun una descripción fría y solemne de un caso psiquiátrico conocido por el alienista. Las pasiones y los disturbios anímicos de cada uno de los personajes complejos surgen impetuosas y bravías como las aguas de un torrente, como el torrente desbocado y bravo de su propio yo, ese monstruo que se desparra en múltiples planos, válido de su prepotencia creadora.

El ilustre psiquiatra español, Vallejo Nágera, ha buscado, con labor paciente, en la enmarañada selva de las páginas de "Los Hermanos Karamazoff" el hilo espiritual que anuda la ciencia con el arte, pero se ha perdido en los dedálicos laberintos y en los alrededores de sus vastos arenales. El mundo de Dostoievski, ese caótico mundo mental y afectivo de Fiodor Karamazoff, de Dimitri, de Ivan, de Aleksieye, de Pavel, del *starets* Zózimo, de Sofía Ivanovna y de Lissaveta, no es para ser comprendido y estudiado a la luz de la realidad de la ciencia; ese mundo es la alucinación o la anormal percepción de una realidad inaprehensible, una pesadilla del alma, un super realismo mágico, que nos deja la angustiosa sensación del vértigo.

"Crimen y Castigo", la novela escrita por Dostoievski en los años de 1865—1866, no ha sido interpretada por el profesor Vallejo Ná-

gera. Dicen los biógrafos del escritor eslavo que la idea del personaje principal, Raskolnikoff, había saltado su imaginación una tarde, al volver repentinamente en sí, luego de yacer desvanecido en un banco del parque Baden-Baden. Después de largas horas de angustia y de frenética esperanza, cuando todo había perdido en el juego y su situación le parecía sin salida, leyó en un diario la terrible aventura del estudiante pobre que mata a la vieja usurera, a fin de satisfacer su indomable pasión. Así nació esta obra tremenda, cuya lectura era tan aplastante, en su tiempo, que las gentes normales caían enfermas y las personas nerviosas no podían ir hasta el final. Literatura patológica que avanzaba hasta la esfera de las cosas del espíritu, con personajes que eran actores de su propio drama interior, bajo la máscara gesticulante de la demencia o arrebatados por las convulsiones de la epilepsia.

El ilustre psiquiatra y medicolegista argentino, el profesor Nerio Rojas, en uno de sus últimos libros, "El Hambre" —en el que destaca la importancia de ese "grito de alarma del instinto de conservación", dilatándolo en sus vastas perspectivas, desde el aspecto histórico y literario hasta el sociológico y judicial— destaca, en uno de sus capítulos; la novela "Crimen y Castigo" de Dostoievski. Como es notorio, el interés literario y psicológico de esta famosa novela consiste en el drama de conciencia de su protagonista Raskolkinoff, desarrollado entre el crimen brutal, descrito en las pocas páginas del comienzo y la confesión ante la autoridad, casi al final de la narración. Los móviles del asesinato y el robo vinculan el caso a los hechos provocados por la miseria y el hambre. Obsesión de robar y de matar, primero; obsesión de confesar, después: tal es el proceso psicológico del joven estudiante. Miseria, deudas, idea accidental de robar para tener dinero, de matar a la vieja usurera con este fin, tensión ansiosa, realización de ambos delitos, he aquí todas las etapas que interesan al psicólogo y al psiquiatra, que ha de destacar sólo un aspecto vinculado al motivo del doble homicidio y robo de Raskolkinoff: la miseria, y al proceso generador del crimen: la obsesión. El primer punto se relaciona con la perenne situación económica del autor y el segundo no ha escapado al penetrante psicólogo. Comentando el conflicto interior de su personaje, dice Dostoievski: "Raskolkinoff comparaba este eclipse de juicio y este desfallecimiento de la voluntad a una afección morbosa que se desarrolla por grados, que llega al máximo de intensidad poco antes de la perpetra-

ción del crimen, que subsistía en la misma forma durante la comisión de él y aún algunos momentos después, para cesar luego como cesan todas las enfermedades. Un punto no esclarecido era el de saber si la enfermedad determina el crimen o si el crimen, por su naturaleza propia, va acompañado siempre de algún fenómeno morboso; pero el joven no se sentía capaz de resolver esta cuestión...."

Con estas palabras, puestas en boca del personaje de su creación, Dostoievski está anticipándose al concepto de la psicogénesis de las reacciones antisociales, que hoy estudia la moderna psicopatología criminal, en la que la interpretación del delito puede hacerse ya sea partiendo de las diversas formas de alienación y determinando para cada una el tipo de reacción delictuosa, o ya sea partiendo de la forma del delito para llegar a orientarse hacia el diagnóstico de la enfermedad mental, analizando la génesis patológica del acto. Y hoy sabemos —y en esto se anticipó el inmenso psicólogo y novelista eslavo— que con un criterio psicogenético podemos clasificar las reacciones delictuosas en varios tipos, entre los cuales hay que anotar: el delito con preparación del acto, por reacción brusca post-alucinatoria, por impulso psicomotor y por automatismo inconsciente. En este caso, ¿se trataría de una obsesión impulsiva homicida, que habría dominado la voluntad de Raskolkinoff? Parece que no es esta la justa interpretación. Cuando se trata de una verdadera obsesión patológica criminal, "la enfermedad determina el crimen", como diría Dostoievski; la obsesión no tiene causa conocida consciente: es el deseo absurdo, morboso, de cometer el delito. En otros casos hay la apariencia de la obsesión patológica, es el deseo, la tentación del acto por una razón conocida, aunque la conciencia la rechaza, como quien mata por venganza, el que roba por pobreza, etc.; casos en los cuales el autor del delito suele pasar por un período de vacilación y de resistencia al deseo, análogo a la obsesión, pero sin carácter mórbido originario. En el caso de Raskolkinoff no hubo obsesión impulsiva patológica. Su crimen —doble homicidio y robo— se incubó en un desequilibrado o perverso instintivo, deprimido por la miseria e impulsado por ésta para obtener dinero y satisfacer un odio disimulado por razones y doctrinas sociales.

Dicen los psicoanalistas que sobre el criminal gravita, a causa de su impulso delictivo inconsciente, junto al impulso agresivo o sádico, un constante **sentimiento de culpabilidad**. Se ha dicho que

la tendencia agresiva es talvez la energía que mueve al delito, como impulsa otras acciones que no son delictuosas sino heroicas o deportivas, por ejemplo, el soldado en el frente de batalla o el boxeador en el ring; en cambio, el sentimiento de culpabilidad parece ser el mecanismo que más generalmente desvía esa energía por el camino del crimen. El poseedor de ese sentimiento de culpabilidad, de autopenalización, que comete un acto criminal, exige para él una pena con el designio de aplacar la conciencia de culpabilidad reprimida. Freud, primero, y Reik, después, han insistido que el sentimiento de culpabilidad no es una consecuencia del delito sino más bien su causa; el aumento de ese sentimiento de ser culpable es lo que hace llegar a un hombre a ser delincuente. El insigne penalista español, Luis Jiménez de Asúa, ha dicho "que el psicoanálisis criminal para ser bien interpretado precisa premeditar en el tremendo tema del sentimiento de culpabilidad, completando la doctrina freudiana con observaciones y ejemplos de los naturalistas y de los escritores". Efectivamente, tienen enorme importancia estas agudas observaciones de los escritores que crearon obras de imaginación, no sólo porque los grandes genios de la literatura vieron mejor que los técnicos los hondos problemas psicológicos, sino principalmente, porque si los apercibieron los artistas es porque el sentimiento de culpabilidad, la necesidad de confesión, etc., son fenómenos existentes que los ojos penetrantes del creador supieron captar; de aquí que lo interesante no es lo que hacen ahora los novelistas y dramaturgos, explotando a Freud, sino lo que vieron los grandes escritores antes de que se hablara de psicoanálisis.

Es frecuente, por todo esto, que los técnicos del psicoanálisis invoquen, al tratar estas formas de sentimientos y coacciones, el nombre de Dostoievski, en cuyas páginas se halla la más característica muestra de esa **necesidad de confesión**, como sucede en el caso de Raskolkinoff, que de vuelta a su casa, después de cometido el crimen, le presentan la citación para acudir a la comisaría —citación que es para el pago del alquiler— dice, aterrado: "Señor! que esto acabe lo más pronto posible"; y agrega: "Si me pierdo, tanto peor que me pierda, me es igual". Y cuando al bajar la escalera para acudir a la policía, lleno de desesperación murmura: "Que esto se acabe cuanto antes"; y al pasar cerca de la casa, volviendo la vista al otro lado, piensa: "Si me interrogan, talvez confiese; y al subir la escalera de la oficina de la policía se le ocurre: "Entraré, me pon-

dré de rodillas y lo contaré todo". Después de haber pasado en la comisaría enormes sobresaltos, cuando ya tranquilizado ve que sólo le llaman con motivo de sus deudas, Raskolkinoff en vez de marcharse, queda en la silla con la cabeza entre las manos y le asalta una extraña idea: levantarse inmediatamente, aproximarse a Nico-medes Emich y contarle lo que pasó la víspera, con los menores detalles y, en seguida, ir con él a su casa y enseñarle los objetos ocultos en el agujero, en el ángulo de la tapicería....

Sin seguir, paso a paso, los avatares de la existencia de Raskolkinoff, se puede decir que, desde los primeros instantes, se halla transido del impulso de confesar, que después se perfila y aparece en la novela en párrafos inolvidables. Hay que recordar cómo el estudiante homicida siente el imperioso impulso de pasar por los sitios donde vió a sus víctimas y de visitar la casa en donde se perpetró el doble crimen. Así como también cómo intriga al policía Zomotiov, cómo bordea la revelación y cómo, al fin, confiesa todo a Zonia, cuando debía creerse salvo después de la tremenda escena con el Juez Porfirio, desenlazada inesperadamente por la autoacusación fantástica del joven Nicolás. Siempre, a pesar de las vacilaciones del criminal, predomina en él la necesidad de confesar; pero no sólo se perfila ese sentimiento, sino también el de culpabilidad, transparentado en la nebulosa que rodea a las motivaciones del crimen, incluso en el propio pensamiento de Raskolkinoff, como si diríamos una causalidad **alderiana**: el complejo de inferioridad, con una superación desordenadamente dinámica. Recordemos que el juez Porfirio, los testigos y los peritos, todos cooperaron a prepararle una evasiva legal, cual era la enajenación transitoria; pero el autor, en el momento del juicio, declaró con brutal franqueza que se había decidido a matar por codicia, "por bajeza de carácter, irritado por las privaciones y los reveses".

El profesor Jiménez de Asúa y el profesor chileno J. Andueza, en sus respectivos ensayos sobre el psicoanálisis en criminología, citan esa frase del Juez Porfirio —interesantísima creación de Dostoievski— cuando explica a Raskolkinoff por qué no cree en la autoacusación de Nicolás, la misma que describe maravillosamente ese sentimiento de culpabilidad: "¿Sabe Ud., Rodion Romanych, lo que significa para algunas de esas gentes la aceptación del sufrimiento? No se trata de sufrir por alguien, sino de sufrir pura y simplemente,

porque es necesario aceptar un sufrimiento impuesto de preferencia sobre las autoridades...."

Pero, dejemos ya a Dostoievski, al gran artista y psicólogo que ha dado al mundo literario su esencial sustancia en ternura, en tensión, en espanto y en altivez. Dejemos también su obra, insuficientemente analizada, que constituye un monumento artístico y psicológico, siempre perenne en todas las épocas de la historia literaria.

LA TANATOFILIA DE POE.

Los restantes capítulos del libro "Literatura y Psiquiatría" del profesor Vallejo Nágera, son de valiosas sugerencias derivadas del peculiar ángulo psiquiátrico desde donde mira el autor; pero ya no son las obras literarias que constituyen la cumbre de la celebridad de los personajes famosos en la historia de la literatura mundial, que hicieron obra proteiforme, inmensa, profundamente anticipada a la psicología y a la ciencia de la época y que hoy revisamos con admiración siempre creciente, sino algunos relatos de autores contemporáneos, evidentemente poco conocidos algunos de ellos, interpretados, acaso, con excesiva minuciosidad y tolerancia, contrastando con la brevedad del análisis de la obra de un genio de la literatura universal como fué Edgar Allan Poe, cuya obra presenta diferentes momentos psicológicos, que no es posible juzgarlos enfocándolos sólo desde el punto de vista de una o dos de sus obras.

Para encontrar los aspectos psiquiátricos en la obra literaria de Poe sería preciso partir del estudio de su personalidad, francamente patológica, que no son otra cosa que la representación de sus alucinaciones zooscópicas. Pero hay una peculiaridad sobresaliente en la poesía y en el relato de Poe que opaca todas las demás que pudieran atribuírsele y que entra dentro del campo de la psicología patológica: la idea fija, o más bien dicho, la obsesión de la muerte, la **tanatofilia**, que ha sido ya habilmente señalada por la escritora mexicana Raquel Tello de la Peña. Efectivamente, el poeta asocia siempre el concepto de la muerte con el concepto del amor y de la belleza, modeladas en las formas indefinidas de la mujer con vida extra-terrestre, tales como Helen, Leonora o Anabel Lee, idilios incomparables e inmortales, en donde se manifiesta el tema de la

muerte como idea fija y parásita que domina su pensamiento, su sentimiento, su inspiración y su vida misma. Los relatos de Poe señalan la ruta hacia los linderos del misterioso reinado del subconsciente, ese pálido dominio en el que la razón sucumbe y desde el cual emergen los complejos sumergidos, confusos y fantásticos, que se entrelazan con los más absurdos cuadros de terror.

Por otra parte, también hemos de encontrar, en la obra de Poe, ese tremendo sentimiento de culpabilidad y ese deseo de confesión que ya antes habíamos advertido en "Crimen y Castigo" de Dostoievski. En "El Demonio de la perversidad", Edgar Poe concentró en pocas líneas ese mismo sentimiento cuando describe el caso de un hombre que asesinó a otro y heredó su fortuna, empleando para darle muerte una bujía envenenada. Los restos de la vela fueron destruidos por él mismo y durante muchos años experimentó "un magnífico sentimiento de satisfacción", que se elevaba en su seno al reflexionar sobre su "absoluta seguridad". Pero, a la larga, llegó una época a partir de la cual su sentimiento de placer se transformó, en graduación casi imperceptible, en un pensamiento que lo torturaba: Estoy salvado, estoy salvado, sí, con tal que no sea lo bastante tonto para confesar yo mismo mi caso". Pero apenas pronunció estas palabras, un frío de muerte le penetró hasta el corazón. Y días más tarde, exclama: "Cuentan que hablé, que me denuncié muy claramente, con una marcada energía y una ardiente precipitación, como si temiera ser interrumpido, antes de haber acabado las frases breves pero gráficas de importancia que me entregaban al verdugo y al infierno...."

También en "El Corazón Revelador" —en que intervienen pulsiones evidentemente psicóticas— transparente Poe esa necesidad de confesión. Un criado mata a un anciano porque le obsesiona y le escalofría su "ojo de buitre"; después despedaza el cadáver —idea parásita necrófila, presente siempre en toda la obra de Poe— y lo oculta bajo las maderas del pavimento. Momentos antes del crimen el autor había oído latir el angustiado corazón de la víctima propiciatoria. La policía llega a la casa; al principio, el asesino está tranquilo y seguro de su impunidad; se hallan todos sentados sobre las tablas que ocultan el cadáver; de pronto, el criminal comienza a oír el mismo latido que antes oyó del corazón de la víctima, leve, primero y clamoroso después. El ruido suena cada vez más fuerte y

al fin el asesino dice a los agentes de policía: "Miserables! No disimuléis más tiempo! Lo confieso! Arrancad esas tablas! Ahí es! Es el latido de su espantoso corazón...."

El profesor Vallejo Nágera ha tomado como ejemplo de literatura psiquiátrica de la obra de Poe tres breves relatos: "Eleonora", "La Caída de la Casa Usher" y "Berenice", en las que el autor ha creado una serie de personajes, vigorosamente trazados, en los que se retratan casos de catalepsia, de histerismo y de esquizofrenia. En "Eleonora", el personaje del cuento habla de dos estados de su existencia mental: el uno de permanencia de la razón lúcida en lo que atañe al recuerdo de los acontecimientos de la primera época de su vida, y otro, que es un estado de omnubilación, de oscuridad en lo que se refiere al presente. El psiquiatra español sostiene que el caso carece, en lo absoluto, de realidad clínica y que los conceptos que vierte Poe sobre la locura son verdaderos disparates científicos. Nosotros opinaríamos, en cambio, que se trata de una simple perturbación de la memoria, de una amnesia de fijación, con persistencia de la memoria de evocación, o sea, la memoria retrógrada. Parece que la amnesia —que es una de las perturbaciones más importantes en el plano de la semiología psiquiátrica— ha sido descuidada por las modernas escuelas neurológicas; pero es curioso observar que los trabajos tan notables de Pitres, a este respecto, no se han modificado con la opinión actual. Reducida a sus elementos más esenciales, la memoria comprende dos fases: la de fijación de las impresiones recibidas y su reconocimiento y según las cualidades primitivas del sujeto o las condiciones patológicas en las cuales se encuentra, esos componentes, junto con los de evocación y reminiscencia, pueden estar en hiperfuncionamiento y constituir la hipermnesia, o en hipofuncionamiento y dar entonces nacimiento a las hipomnesias o, más comunmente, a las amnesias. Entre éstas, se encuentra la amnesia de fijación, que es propia de las personas de edad avanzada, con carácter progresivo, borrándose primero los recuerdos más recientes, por ser las huellas amnésicas menos marcadas, y posteriormente las más antiguas, que son las más estables. Y Poe nos pinta en su personaje, muy claramente, una forma de amnesia con participación de un estado de incoherencia psíquica; pues, todos los elementos de la memoria parecen estar alterados: la fijación de las imágenes y de las ideas, es nula; su evocación es fugitiva e incierta y la revivencia, que por momentos está exalta-

da, permanece en la semioscuridad de una conciencia perturbada, en la que no son raras las falsas percepciones, en forma alucinógena.

En el relato "La Caída de la Usher", Poe nos pinta dos casos de esquizofrenia, el de Rodrigo Usher y el de Lady Madelina, anticipándose a Bleuler, quien describió, después, el embotamiento afectivo y la ausencia de espontaneidad como características de la antiguamente llamada demencia precoz. Efectivamente, desde que Bleuler introdujo en el estudio de la demencia precoz la noción de la esquizofrenia, muchos autores se han preocupado del problema y, entre ellos, Minkowski que hizo, como se sabe, de la pérdida del contacto vital con la realidad, el punto céntrico de la esquizofrenia. Esta **avitalización** de la realidad, en el concepto del profesor Mouchet, es muy interesante, por cuanto liga, por las diferentes gradaciones que puede presentar, formas graves de psicopatología, como los descritos por Edgar Poe en sus dos personajes que han perdido la realidad de la vida, como dos muertos que mirasen el mundo exterior sin poder experimentar ninguna sensación de las naturales impresiones percibidas; no otra cosa significa esa quieta apatía, ese sentimiento gradual de despersonalización y los frecuentes, aunque transitorios, ataques parcialmente catalépticos.

En "Berenice", la joven protagonista del cuento, padecía de ataques epilépticos, que frecuentemente terminaban por crisis catalépticas que, por su aspecto, en nada se diferenciaban de la muerte. Un primo de Berenice, en cambio, padecía de una morbosa irritabilidad de las facultades del espíritu que le obligaba a meditar sobre los objetos más interesantes del mundo exterior, sumiéndolo en una dolorosa y perenne sensación. En cierta ocasión, la vista de los dientes de su prima Berenice se torna en una idea obsesiva, sin que en el futuro pueda desecharlos de su imaginación. Un ataque cataléptico de ella lo toman sus familiares como su muerte; la entierran, pero su primo Egeo, durante un ataque crepuscular, se dirige hacia el cementerio para arrancarle los dientes, dolor intenso que le despierta de su crisis. Tal argumento del relato en el que, como habíamos anotado, se revela ante todo ese sentimiento de necrofilia que acompañó siempre a la deformada personalidad del gran poeta norteamericano.

Dice Vallejo Nágera que tan melodramático episodio de "Berenice" está integrado por personajes sin realidad clínica alguna. Pero

insinuaríamos nosotros que el caso de Egeo es el de una franca idea obsesiva y, como tal, era consciente e irresistible, con ansiedad y lucha entre la idea morbosa, obsesiva y la idea contrastante y normal; pero advirtiendo Egeo cada vez menos lo absurdo, lo ilógico y lo contradictorio de la compulsión, hasta liberarse los impulsos —desenterrar el supuesto cadáver—, los apetitos, los afectos, del reducto de las constelaciones afectivas. Berenice sería un simple caso de psicosis histérica, la que, como sabemos, puede simular y revestirse de todas las formas sindrómicas de una alienación mental; y las crisis catalépticas a las que alude Poe, no serían sino las manifestaciones letárgicas en un caso de histeria, entendiéndola a esta psicopatía dentro de la atmósfera de las confusiones psiquiátricas que la envolvían en esa época, porque la histeria —como ha dicho el profesor Nerio Rojas— ha tenido su grandeza y su decadencia, su apogeo y su desprestigio; sus casos espectaculares abundaron en ciertas épocas y se la rodeó de un ambiente malsano, creyendo en su etiología u origen sexual, libidinoso, mediante fluidos uterinos, de donde le viene el nombre; y la literatura, la romántica en especial, encontraba en las clásicas descripciones pseudocientíficas de la histeria un motivo obligado para la difícil explicación de la enrevesada psicología femenina de sus personajes, con una monótona similitud de sus modulaciones y características. Científicamente y con la variedad de conceptos expuestos por Charcot, Babinski, Berheim, Kretschmar, Freud, Bleuler, Marinesco, etc., los errores en el diagnóstico de la histeria obedecían a dos causas: una de ellas consistía en un error de interpretación del enfermo; la otra, en un error de interpretación de la enfermedad. En el caso de Poe, parece que él quiere insinuar el concepto —muy difundido en la época— de la histero-epilepsia, que hoy está abandonado, porque en ese caso, o se trata de una histeria pura con ataques epilépticos o de una epilepsia cuyos ataques son series de crisis pitiáticas independientes de aquellos. Pero, en ambos casos, el término híbrido de histero-epilepsia es inadecuado, sin contar los casos exclusivamente epilépticos tomados por error como mixtos o como un rótulo conciliador cuando no se llega a una afirmación categórica en los casos dudosos.

CONSIDERACIONES FINALES

El doctor Trino Peraza de Ayala, autor de "La Psiquiatría Española en el siglo XIX", decía que al querer disertar sobre el siglo XIX

y la psiquiatría española, se le ofrecía dos caminos: la exaltación ponderativa de la nación de que él forma parte o el análisis impersonal, en lo posible, de los hechos e ideas y que él elegía el segundo camino, para dejar la otra vía, más grata, como invitación y tentación de algún posible continuador. Esta declaración de Peraza de Ayala, en el pórtico de su libro, nos ha inducido a pensar, por similitud, que el profesor Vallejo Nágera, ilustre catedrático de Psiquiatría de la Universidad de Madrid, cuando interpreta las obras de los literatos españoles en relación con la psicopatología sigue no el segundo, sino el primer camino. Pues, selectivamente, sólo los autores españoles, con Don Miguel de Cervantes, en primer lugar —y con mucha justicia y razón— han logrado, para el profesor español, una profunda penetración psicopatológica en sus novelas de este género; para ellos no hay ese exagerado nivel de crítica destructiva, como tampoco existen las deformaciones de la verdad científica, motivadas por las débiles fuentes del conocimiento, las fuerzas contradictorias de las diversas escuelas literarias y la libre imaginación de los escritores.

Cuando el profesor Vallejo Nágera hace sus admirables consideraciones sobre la **paranoia en la novela española** y encuentra en los literatos castellanos los mejores estudios artísticos de enfermos paranoicos, parece mantener, inquebrantable, sus preferencias nacionales, seguramente por aquel concepto expresado por Don Pío Baroja: "El hombre no sólo es un hijo de su raza; es la misma raza que piensa y siente..." Esto es evidente cuando el psiquiatra español se refiere —después de Cervantes que pintó el más auténtico caso clínico de paranoia, científicamente descrito— a Don Pedro de Alarcón, con su novela "El Escándalo" y a Palacio Valdés en "Tristán o el Pesimismo"; lo mismo que cuando interpreta y elogia los aciertos científicos de Joaquín Belda en "La Diosa Razón", de la cual dice que duda que el más exagerado y exigente psiquiatra halle una falsedad científica, o cuando en el capítulo final de su libro, titulado "Los Novelistas españoles contemporáneos", cita como modelo en el género que viene estudiando "La Familia de Pascual Duarte" de Camilo José Cela, "La Fuente Enterrada" de Carmen Icaza y "Nosotros los Muertos" de Sánchez Camargo.

De los relatistas sudamericanos, sólo se refiere Vallejo Nágera a Alfonso Henández Catá, el célebre narrador cubano y uno de los

más grandes prosistas hispanoamericanos, que recidió la mayor parte de su vida en España, en donde publicó casi toda su obra novelística, la misma que, después, fué traducida a varios idiomas. Sus libros de imaginación revelan a un psicólogo refinado y hondo, que sabe pintar vigorosamente casos psiquiátricos dentro de la realidad clínica, como en "Cuentos Pasionales", en "Placer de Sufrir", en "Los Siete Pecados Capitales", en "El Angel de Sodoma", en "El Manicomio", etc. Este último libro del autor cubano es el interpretado por el profesor español, con los relatos "El Mal Baquero", "Cámara Oscura", "Los Muebles", "Los Ojos", etc. Y dice que el autor ha rebuscado unos cuantos casos reales y sobre ellos especula, filosófica y literariamente, provisto de escaso bagaje científico psiquiátrico, que revela que ha leído algunos libros de psiquiatría, especialmente freudianos, pero que su cultura psiquiátrica es superficialísima y, por ello, no consigue que concuerden literatura y ciencia.

La novelística hispano-americana, especialmente de las últimas décadas del siglo pasado, puede ser un valioso documental para una interpretación de este género, grato al profesor Vallejo Nágera; pues, los novelistas americanos estaban decididamente influidos por los escritores europeos, como Zola, Daudet, D'Annunzio, Huysmans, Bourget, Goncourt; solían trasponer sus propias experiencias psicológicas y darnos tipos neuróticos arrancados de su medio, con todos sus vicios y defectos, sus deformaciones caracterológicas, sus experiencias eróticas parafilicas propias de la vida social parisiense; también una concepción de la vida heroica, egofilica y megalomaniaca, en la que se nota la influencia de Nietzsche, como si dijera, super-hombres que actúan dentro del marco grisáceo de la sociedad hispano-americana. Tal es el caso de Carlos Reyles que en su primera novela "Beba" (1894) nos presenta un ambiente semejante al de las obras de Zola, y en la última: "A Batallas de Amor, Campo de Pluma" (1939) nos pinta hombres neurópatas y mujeres erotómanas, de dudosa realidad social y clínica. La novela y el relato de los modernos escritores hispanoamericanos, poco material ilustrativo puede ofrecernos en cuanto a la creación de personajes francamente patológicos. Si exceptuamos la novela "El Pozo de Balde" de la novelista argentina Rosa Bazán de Cámara, que ha merecido un estudio del psiquiatra Fernando Gorriti ("El Baldeísmo", su situación nosográfica y su tratamiento) presentado a la Sociedad de Psicología de Buenos Aires, todas las demás tienen otra significación conceptual propia de la

época en que la América Latina va avanzando hacia la izquierda en el campo de la política social. Los relatistas de nuestros días han observado esta evolución sociológica y han tratado de expresar siempre en sus obras: el ambiente es la fábrica, la cárcel, las calles de la ciudad; la violencia sustituyó a la belleza y al conflicto psicológico. Como ha dicho Arturo Torres Rioseco, el **roto**, el **pelao**, el **huelguista**, el **líder**, el **laborista**, el **marxista**, el **indio** y el **negro**, han adquirido la categoría de figuras literarias y la psicología de sus personajes es, con frecuencia, una invención caprichosa del autor.

Alguna ocasión habíamos dicho que en la América se ha hecho y se hace literatura nacional con la angustia momentánea y persistente del hombre fragmentado en infinitud de caídas y de vuelos, de llamas y de sombras; pero ha sido y es una literatura desarraigada, de vacío, desprovista hasta de ese elemental aporte subjetivo que es la **fé** y la **sinceridad** que tienen de sí mismos el poeta y el escritor. Otras veces, ha sido literatura de creación afectiva, de vida trunca, de frustración, de mutilación, con mucho de venganza contra una realidad que prescinde del artista y que engendra resentimiento, falsa captación de esa misma realidad y de su contenido vital. Por eso, hemos vivido muchas escuelas literarias, sin que encontremos nuestro molde auténtico; el romanticismo, primero, que nos hizo vivir en un idilio arcaico y en una placidez paradisiaca en medio de una naturaleza bárbara; luego el simbolismo y el decadentismo, que nos aisló del mundo en el que vivíamos y nos trajo la conciencia del vacío en gradual desconexión con la vida, que termina por negar, al fin, toda verdad por falta de **fé** en las íntimas capacidades de una conciencia individual y colectiva. Acaso nos falta esa síntesis interior, que sólo nos puede ser dada por la conciencia de una noción histórica y social formada realmente desde adentro. Y esto sucede en el plano del indigenismo y del relato de montuvio de la costa ecuatoriana, en donde persiste la supresión, el desplazamiento de la verdadera realidad y la afirmación, en cambio, de prejuicios de clase media ciudadana atribuidos incesantemente al indio y al montuvio ecuatorianos.

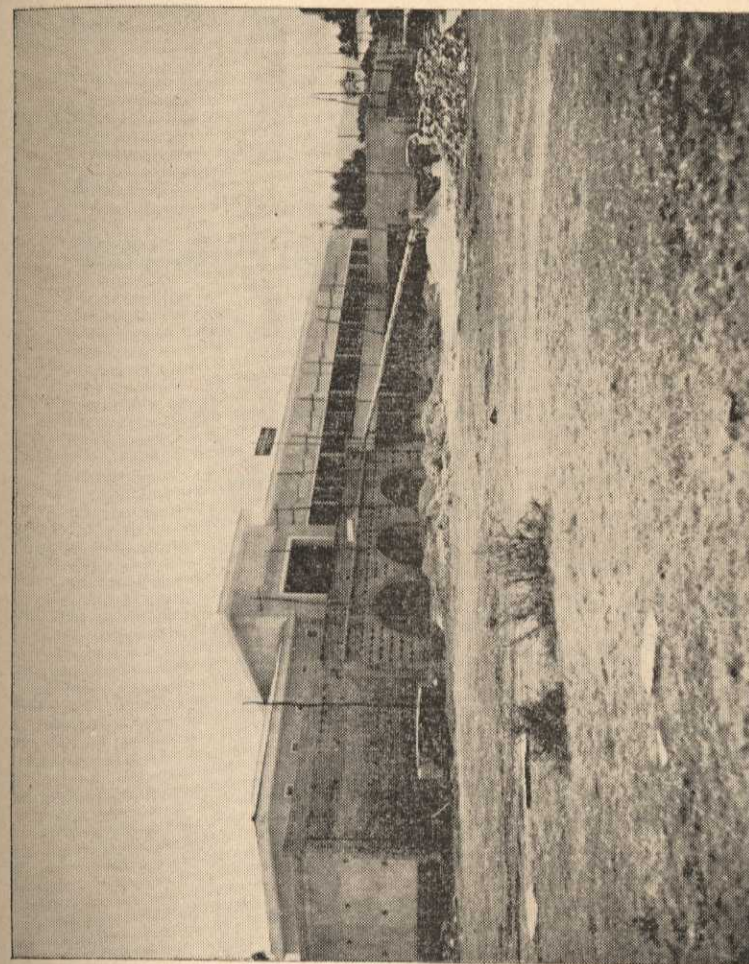
El dón de trascender la corteza apariencial de las cosas para entrañarse en su adorable esencia, sólo poseen los grandes maestros de la literatura que, sin haber conocido a un Pinel, a un Esquirol, a un Krepelin, a un Kahlbum, a un Bleuler, a un Freud, han

sabido desentrañar el fondo mismo de las almas conturbadas de los hombres y pintarnos, para estudio y deleite de los alienistas de ahora, sus íntimos repliegues, sus tenues matices, sus sordos latidos, sus ocultas vibraciones. ¿Qué fuerzas y pasiones ingobernables llevan y traen nuestro yo por caminos tortuosos, más allá de los límites de nuestra conciencia? Sólo Rousseau, Balzac, Dostoievski, Poe, Baudelaire, Gourmont, Skakespeare, Zola, Tomás Mann, Nietzsche, Herman Hesse, Kafka, Joyce, han podido pintarnos las aberraciones de la emotividad exaltada, las desviaciones morales y sensitivas, la depresión espiritual, generadora de los estados de abulia, la angustiosa ansiedad y el temor, las fobias, las obsesiones, la incapacidad de adaptación y de toda resolución afirmativa de pensamiento, de voluntad y de acción. Fuentes copiosas —las obras de esas personalidades literarias— del eterno dolor universal, de la eterna filosofía de la angustia, de ese morboso desdoblamiento de la personalidad, que lo sintieron los espíritus penetrantes de Shakespeare, de Goethe, de Dostoievski, de Tolstoy y lo supieron captar en **Hamlet**, en **Werther**, en **Los Hermanos Karamazoff**, en **Ana Karenina**, para no citar sino las obras geniales de la literatura universal. Por eso, ya habíamos dicho en nuestro ensayo, ante citado, **Psicoanálisis y Literatura**, que acaso no haya ningún conocimiento científico que el literato —poeta, novelista, dramaturgo— no hubiese **adivinado** con anterioridad, ya que la ciencia sólo se limita a formular con mayor exactitud y llevar a un nuevo nivel la demostración objetiva de lo que ya se conocía intuitivamente....

En terminos generales, —y para concluir estos apuntes— creemos que habría que darles menos importancia a los autores que **explícitamente** dicen o hacen referencia al hecho de la enfermedad mental, que a los que hacen surgir, **implícitos**, en sus personajes de ficción; ficción no en el sentido de invenciones arbitrarias, sino a modo de un ensayo de expresión para representar procesos animicos hondamente vividos con el ropaje de sucesos visibles. Porque el sugestionante anhelo de algunos novelistas de empaparse en las riquísimas fuentes de la patología mental para hacer de sus personajes verdaderos o, por lo menos, aproximados casos clínicos, sin estar provistos de esa lupa psicológica de gran aumento para ver los más insignificantes parpadeos o vibraciones del alma y de la carne —como lo tuvieron un Proust, un Joyce, un Kafka, un Zweig—, da la impresión desoladora de que, no pudiendo restaurar las fallas de su

incipiente preparación psicológica o de su debil imaginación creadora, sólo piden de prestado —y de segunda mano, que es lo peor— las descripciones seudocientíficas de síndromes mentales, para hacer con ellas una pobre creación literaria, sin desmenuzamiento psicológico y sin análisis, explicable sólo en realistas que no han podido trajar, con sistema y con constancia, por los complicados laberintos de la difícil, pero bella disciplina científica de la Psicopatología.

Por otra parte, no creemos que estas breves consideraciones personales puestas al margen del libro "Psiquiatría y Literatura" del profesor Vallejo Nágera lastimen, en lo más mínimo, la cautivante y respetabilísima personalidad del eminente científico español que posee una profundidad filosófica que supera el nivel común de los escritores científicos.



Sector correspondiente a los departamentos administrativos y a la Facultad de Odontología en la Ciudad Universitaria, cuya construcción está al llegar a su término. La administración funcionará en estos departamentos en forma provisional, mientras se edifique el Pabellón propio para ella.

Introducción a una Metafísica de la Contingencia

El objeto de la filosofía no está dado de una vez para siempre. Más que en un saber concreto consiste en una actitud. Jamás podremos definirla diciendo, por ejemplo, que estriba en el conocimiento de **algo**. Si se nos exigiera una definición, más bien tenderíamos a decir que consiste en una **manera de llevar a cabo** el conocimiento de algo, de cualquier cosa. Desde siempre la filosofía ha pretendido ser un saber absoluto. Eso impide que pueda ser definida. Definir es poner límites y la filosofía no puede nunca renunciar al conocimiento de lo que limita o está más allá de los límites de la cosa definida. Las ciencias pueden definirse porque enfocan muy concretamente el rayo de su atención en una o varias cosas determinadas. La filosofía, no. No hay nada a lo que la filosofía sea ajena. Pero tampoco nada existe que constituya el objeto específico de la filosofía. La filosofía, que pone en cuestión tantas cosas, comienza por plantearse el problema de su propia existencia.

Si no resulta fácil separar netamente la filosofía de las ciencias por el objeto, no queda sino buscar el criterio diferencial por otro lado. Por eso hablaba más arriba de una **actitud**, de un cierto **modo de conocer**. Pero, ¿no serviría a estos fines que nos preocupan la clásica distinción entre lo **dado** y lo **no dado**? Los editores de las obras de Aristóteles denominaron **metafísica**, es decir, **más allá de los objetos físicos**, el núcleo central de la filosofía aristotélica. Allende lo que podemos conocer por medio de los sentidos se esconden algunos objetos que constituirían el objeto propio de la filosofía.

Aproximadamente este criterio es el de los positivistas. Mas como éstos opinan que fuera de lo dado, es decir, de lo percibido por los sentidos, el conocimiento no es posible, relegan al campo de las figuraciones poéticas todo lo que pretende ser filosofía. Pero dado y no dado a los sentidos no puede servir de límite entre las ciencias positivas y la filosofía. Números, ecuaciones y figuras geométricas no son cosas que conozcamos por medio de los sentidos y, sin embargo, constituyen el objeto de las matemáticas, no de la filosofía. Al contrario: echando un vistazo a los problemas arduamente discutidos por los grandes filósofos de todos los tiempos encontramos muchos que versan sobre objetos percibidos por los órganos sensoriales.

La distinción de dado y no dado es muy importante, pero tomada en un sentido más radical y profundo que el usual entre los positivistas. Estos pensaban que el universo, en su totalidad, se dividía en dos partes: la de lo dado y la de lo no dado, y, por lo tanto, incognoscible. La verdad es muy distinta. Toda cosa (y también, si queréis, lo que llamamos mundo) se **compone** de dado y no dado, de conocido y desconocido, de ser y nada, de plenitud y de vacío. No me estoy refiriendo al descubrimiento de los empiristas de que ciertos componentes de las cosas —la substancia, por ejemplo— están siempre tan **por debajo** de las cualidades sensorialmente perceptibles, que es como si no existieran. No. Lo que sostengo es el hecho obvio y, por obvio, sólo muy recientemente visto por la fenomenología de que sólo vemos una moneda por una de sus caras. Cuando la damos la vuelta para ver la otra nos desaparece la primera. Cuando los niños dibujan a una persona de perfil, a veces, —más positivistas que los positivistas— ponen los dos ojos. Y digo más positivistas que los positivistas porque, aunque sólo vean uno, la verdad es que **cuentan** con los dos: con los dos ojos y con todo el costado de allá, que no ven. La presencia real ante nosotros de un objeto —objectum—, lo que llamamos percepción, se integra con los datos efectivamente presentes, sentidos, y con los **compresentes**, no sentidos, pero también sentidos. Pues, aunque toda percepción esté **compuesta** de elementos compresentes —lo que hace un momento llamaba vacío o nada— no por eso nos parece incompleta o parcial. El objeto que nos presenta es pleno, íntegro y no manco.

Lo compresente en nuestra percepción de la cosa puede ser de varias clases:

a) Lo compresente a que ya nos hemos referido: la espalda de la persona con quien conversamos cara a cara o la parte no vista del tronco de árbol. Es un compresente que sirve para constituir a la cosa como tal en el acto de la percepción.

b) Las cosas están relacionadas unas con otras, se remiten unas a otras. El cuadro al marco, el marco a la pared, ésta a la habitación... y así sucesivamente. Que las cosas no las vemos aisladas lo demuestra el hecho de que hablemos de bosque, de rebaño, de mundo. Pero no todas esas cosas a que nos remiten, como de rebote, las que percibimos, nos son presentes. La mayor parte son compresentes. Lo que llamamos horizonte es la línea que circunvala el conjunto de cosas de nuestra percepción actual separándolas del más allá invisible, pero compresente. Como la nuca se halla compresente al ovalado rostro que miramos, así también es un elemento constitutivo de nuestro mundo el más allá del horizonte que forman la tierra y el cielo al besarse.

c) La tercera clase de compresentes son aquellos que, por emplear una expresión aristotélica a propósito de los **sensibles**, podríamos llamar por añadidura, Pongamos un caso extremo: introducid a un primitivo actual en vuestra habitación y hacedle contemplar las filas de libros de vuestra biblioteca. Desde un punto de vista positiva, de datos sensibles ofrecidos a su percepción y a la nuestra, los estímulos sensoriales son los mismos y las mismas, por consiguiente, las sensaciones. Sin embargo, ver, lo que se llama ver, no es lo mismo en un caso y en otro. El primitivo ve unos extraños y peregrinos objetos. Vosotros véis libros y, si queréis, una biblioteca. Pero erróneo sería creer que la diferencia surge sólo cuando sabemos o no sabemos para qué sirve una cosa. Haced otro nuevo experimento, en este caso imaginario, irreal: entrad en la misma habitación con un hombre del siglo XVII o del siglo XVIII. Vosotros y él sabéis que aquellas cosas que contempláis adosadas a la pared son libros. Pero también aquí, ¡qué distinto lo que **por añadidura** sabéis unos y otros sobre los libros! Tan distinto es que no me parece exagerado decir que, como en el hipotético caso del buen salvaje actual, en realidad estáis **viendo** cosas diferentes. Por escasa perspicacia sociológica que vosotros tengáis, ¡cuán distinto vuestro **saber** acerca del libro y el del hombre del XVII o del XVIII! Tan distinto, que **libro** para un hombre de hoy y **libro** para un hombre de otro

siglo son cosas —atrevámonos a decirlo— distintas. Lo que hemos llamado el ver **por añadidura** depende del **concepto** que poseemos sobre la cosa. Nuestro mundo en torno sería siempre el mismo si nuestro concepto de las cosas se desprendiera —invariable, al través del tiempo— de la contemplación de las mismas. No es así en la inmensa mayoría de los casos. La única duda es si es posible un **crecimiento** del concepto de las esencias exactas o matemáticas, del triángulo, por ejemplo. En una palabra, si Euclides y nosotros veíamos idealmente por añadidura lo mismo o no ante la intuición eidética del triángulo rectángulo. Aun cuando también aquí sea posible quizás un cambio, la verdad es que la **exactitud** de las matemáticas, su relativa invariabilidad en el tiempo, se debe justamente a esto. Pero tratándose de las cosas físicas todo es completamente distinto. El arco de caza es **el** instrumento por antonomasia de ataque y defensa del primitivo; para nosotros es **un** instrumento relativamente tosco, usado por ciertos pueblos en la aurora de la civilización. Que no se diga que nosotros y el senegalés vemos lo mismo al contemplar el trozo de madera, rústicamente labrado, que es su **fetiché**. Y, de igual modo, no **ve** lo mismo que un extraño ante su icono el devoto de cualquier religión. Tan es así que el diálogo con la imagen o el milagro, es decir, el movimiento expresivo de un ser **naturaliter** inanimado, la imagen de piedra o de madera, sólo es posible **para** los que simpatizan con ese culto o esa religión.

Toda cosa es un conjunto de elementos presentes y compresentes. Si convenimos en llamar forma a dichos elementos compresentes y materia a lo presente, a lo que me es dado en la sensación, no tendríamos dificultad alguna en admitir como cierto el análisis aristotélico de la substancia como un combinado de materia y forma. El mérito impercedero de la teoría aristotélica es haber visto que el ser de las cosas no se agota en su materia, en lo que me es ahora dado como presente. Podríamos llamar materialismo a toda doctrina que quisiera reducir las cosas a su mero ser presente. Entonces, sí, podríamos pensar que las cosas y el mundo son los mismos al través de los tiempos. Pero si de verdad pensamos que lo compresente en las cosas es tan necesario como lo presente para constituir su ser, entonces resulta, inevitablemente, que el mundo cambia. Precisemos un poco la naturaleza de ese cambio.

Dividimos los compresentes hace un momento en tres grupos.

Los dos primeros están condicionados por el espacio. El tercer grupo por el tiempo. En los compresentes condicionados por el espacio hay que hacer notar la siguiente diferencia: los primeros dependen de la posición de los espectadores respecto de las cosas, o de éstas respecto de aquéllos. Los segundos tienden a ser compresentes para cualquier espectador. El mundo en su totalidad, la primera causa, el último elemento componente, etc., son cosas que jamás nos son dadas. La imposibilidad de la metafísica para Kant obedecía a esta incapacidad de percibir estos compresentes últimos de las cosas. Los compresentes condicionados por el tiempo son históricos, culturales. Así como un punto en el espacio se determina por tres coordenadas, así toda cosa es el fruto de su materia y de sus compresentes espaciales e históricos.

Yo diría que las ciencias han tendido al conocimiento de las cosas olvidándose de los compresentes. De los compresentes históricos con toda evidencia; pues ni siquiera la filosofía los ha tenido en cuenta hasta nuestros días. La ciencia conoce separando, abstraendo. Prototipo de ciencia positiva, la ciencia física, no sólo dejó a un lado los compresentes, sino que en el propio campo de lo dado, de lo presente, prescindió de las cualidades sensibles —colores, olores, etc.— para quedarse sólo con lo cuantitativo: la extensión y el movimiento. La exactitud de la física se logró a costa de este empobrecimiento del mundo. Se metamorfosea lo físico en geométrico y luego nos quedamos muy maravillados —como Galileo— de que el mundo esté escrito en caracteres matemáticos. Pero si las cosas, **en su realidad**, están **compuestas** de elementos presentes y compresentes, quiere decirse que las ciencias, en tanto en que limitan y abstraen, no pueden conocer la realidad. La filosofía sería entonces la ciencia de la totalidad, del conocimiento pleno, radical, absoluto. Esto es lo que la filosofía ha pretendido ser en todas las épocas. Esto era la Meta-física de Aristóteles o la Lógica de Hegel. Sólo que para el primero físico y metafísico designaban realidades distintas, con lo que las ciencias y la filosofía diferenciaríanse por sus objetos. Y, para el segundo, la totalidad, objeto propio de la filosofía, no consistiría en otra cosa que en el conocimiento de la razón divina en su desenvolvimiento dialéctico del principio al fin. Para nosotros, en cambio, la filosofía consiste en una actitud de integración, de totalidad. Ningún **objeto** especial la distingue de las ciencias. Si así fuera, si la filosofía tuviera un objeto específico, sería una ciencia más

entre las ciencias. La filosofía es lo **contrario** de las ciencias: integración y no división, afán de totalidad y no abstracción. Ahora se entiende por qué razón al principio decíamos que la filosofía, más que en el conocimiento **de algo** "consiste en una manera de llevar a cabo el conocimiento de algo". Todo lo cual quiere decir que la filosofía más que por el objeto hay que definirla por el sujeto.

El positivismo hablaba de dado y de no dado. Nosotros hemos preferido usar los términos presente y compresente. Desde luego que, como hemos visto, no coinciden nuestros términos con los positivistas. Pero el caso es que dado y no dado, presente y compresente, lo son solamente por el sujeto para quien lo dado es dado y lo presente es presente. Las cosas no celan su anverso ni el horizonte oculta algo tras él, sino para un sujeto situado en un especialísimo y único lugar del espacio. Si el hombre tuviera el don de la ubicuidad, todo sería presente y las cosas nos revelarían, de una vez por todas, su ser. De igual modo, sólo, para seres humanos separados históricamente, por el tiempo, vale el tercer grupo de compresentes que hemos señalado. Separados por el tiempo o de distinto saber y experiencia, que por eso pusimos el ejemplo del **primitivo** actual. Primitivo y actual parecen dos términos contradictorios. Si en la expresión no lo son, es porque la contemporaneidad puede coincidir con formas de vida de distinto nivel o tiempo histórico.

Por su ser espacio temporal —el del hombre, se entiende—, no hay un **mundo**, sino **mundos**. Estos mundos —permítaseme insistir— no son **maneras distintas** de aparecer un mundo único a distintos sujetos en diferentes tiempos y en diferentes espacios. Si esto fuera así, lo que hemos venido diciendo podría resumirse en el dicho de Protágoras de que el hombre es la medida de todas las cosas. O dicho de otro modo: cada cual contempla el mundo a su manera recostado en la baranda de su mirador particular. Las ideas que estoy exponiendo no se han dicho nunca, y el lector debe hacer un esfuerzo para no dejarse sorprender por los conceptos y teorías tradicionales. Cuando digo, pues, que **hay mundos** tómese la afirmación literalmente, con toda seriedad. El mundo que percibimos los hombres no es mera representación— condicionada por nuestras facultades o por nuestras limitaciones —de un **en sí**. Con conciencia de que las expresiones son impropias, yo diría que **nacen** mundos, que los mundos **se suceden** o **cambian**, que hay una metamorfosis

continua de eso que llamamos mundo. O, si en lugar de mundo preferimos la palabra universo, podríamos decir que éste se despliega en infinitos mundos.

Ahora bien: triste sería que sorteada la primera dificultad —la primera errónea interpretación— de bruces fuéramos a caer en esta otra: hay muchos mundos porque lo que tradicionalmente llamamos ser, en lugar de ser un ente parmenidiano, estático, es, como intuyó Heráclito en la antigüedad, **algo** que deviene. El mundo sería algo vivo que, como el insecto se transforma de gusano en ninfa y de ninfa en mariposa, se metamorfosea de continuo. Repito: esta interpretación sería más errónea que la anterior. **Todavía** no podemos saber si el mundo **en sí** es estático o dinámico. Y digo no podemos saberlo, porque la pretensión de una información al respecto supondría que afirmábamos el **ser**, la **existencia** o la **realidad** de eso que llamamos mundo; el ser, la existencia o la realidad **en sí**, se sobreentiende. Y todo ello supondría una confesión de **realismo**. Para que algo esté quieto o devenga debe comenzar por **ser**, por **ser algo**, por **existir**. Y, justamente, eso es lo que no podríamos en modo alguno admitir. La aporía quietud-movimiento tiene sentido dentro del plano o supuesto realista del que jamás supo salir la filosofía griega.

Si pretendemos ser exactos henos aquí metidos en un absurdo o en un contrasentido. En efecto: tendríamos que decir: cambia el mundo que, sin embargo, **no es un mundo que cambia**. O de otra manera: debemos admitir un cambio sin un algo substancial que cambia. Un movimiento sin móvil. Pero aun estas expresiones no ponen claramente de relieve lo que yo quisiera indicar. Desde luego pretender hacer filosofía hoy —creo que en todas las épocas— es sentir una insatisfacción tremenda por el lenguaje. ¿Un movimiento sin móvil? ¿No es algo así lo que la física energética, desde Ostwald, ha querido decirnos cuando frente a la concepción material o substancialista ha sostenido que los átomos se reducen a energía? Si el electrón no es una diminuta bolita que traza órbitas en derredor del núcleo, sino una **carga** o **haz** de electricidad, ¿qué se quiere sugerir con esto sino la presencia de algo así como un movimiento sin subtentáculo?

Pero estos otros mundos que según nosotros cambian como los colores en un espectroscopio no son ni pura actividad, ni substan-

cial quietud y sosiego. Lo que Uds. y yo llamamos mundo, cosas, es y no es. Ya Aristóteles decía que el ser se dice de muchas maneras. Quiero decir: el mundo **es**, pero **no es** la realidad radical, o, como se acostumbra a decir desde Kant, no es **en sí**. Ahora bien: si no es la realidad fundamental —la ansiada meta de todas las filosofías desde Tales— ¿será apariencia? No. Tampoco el fenómeno de Kant era el modo de aparecérsenos algo subsistente. Lo aparente remite a algo, la representación a lo representado, el disfraz al sujeto que ha querido vestirse de máscara. Pero esos cambiantes mundos a que yo me he estado refiriendo, **compuestos** todos ellos de **momentos** presentes y compresentes, no remiten a otros mundos más reales y auténticos. No son apariencias de nada; son reales, pero no constituyen aquello que verdaderamente es. Aquí es válido el argumento de Kant y de los positivistas: ¿qué sentido tendría **su-poner** algo, un mundo, que jamás nos sería dado, que nunca podría ser **objectum** para nosotros?

Entonces, dirá para sí el lector avisado, la cosa es clara: esos mundos que no son la realidad radical, que tampoco son pura actividad, que cambian, pero no como las fases de la metamorfosis de los insectos o el desarrollo de una película, que son y no son, no pueden ser otra cosa sino las ideas o las imágenes cambiantes de un yo, empírico o puro. Al cabo de tantos rodeos habríamos venido a parar al idealismo.

Pero el idealismo es falso. Bien que filosofar sea no vivir, como quería Fichte. Pero lo que no puede ser nunca es un no vivir absoluto, o un vivir diametralmente opuesto al vivir que llamamos normal. Y si hay algo que merezca llamarse vivir es estar abierto a la transcendencia. No hay doctrina que más resistencia encuentre entre los principiantes de filosofía que el idealismo. Se defiende la no realidad del mundo exterior mediante el ejemplo de los sueños, de las alucinaciones, etc. Pero alucinaciones y sueños presuponen la contemplación de las cosas en una percepción previa. Podrán todos los filósofos modernos, desde Descartes, con la cautela que les caracteriza, decirnos que no nos son dadas las cosas, sino nuestras vivencias de las cosas. Conforme. Pero de lo que no pueden prescindir jamás es de las cosas cuyas vivencias tenemos. Quitemos las cosas y no hay vivencias de ninguna clase, aunque, por otra parte, sea claro que las cosas nos son dadas siempre en alguna vivencia. Y

esas cosas que aprehendemos en una serie de vivencias **están ahí**, frente a nosotros, oponiéndose con toda su maciza realidad, bien sean físicas, bien sean ideales. Si el realismo olvidaba que ser cosa es ser siempre cosa **para** un sujeto, el idealismo pecaba justamente por lo contrario: dejar en la penumbra que el yo, con su cortejo de vivencias, no es nada sin las cosas. A este respecto casi más defendible es la tesis realista. Cuando Kant quiere en la Estética transcendental demostrar la aprioridad del tiempo y del espacio emplea el siguiente argumento: puedo intuir tiempo y espacio sin cosas, pero no puedo imaginarme la percepción de una cosa en una experiencia concreta sin presuponer la existencia del tiempo y del espacio. **Ergo**, tiempo y espacio son antes lógicamente que las cosas, es decir, son **a priori**. Pues bien: aplicando un argumento similar al problema que nos ocupa podríamos decir: no puedo imaginar un yo vivo, es decir, que tenga vivencias, que piense, que contemple, que quiera, que odie, etc., sin cosas. Sin unas cosas hacia las que tienden esas vivencias de amor, de odio, de apetito, etc. Pero, si, en cambio, podemos pensar un mundo repleto de cosas sin que existan el ojo o la mente para quienes esas cosas son cosas. Luego ese **a priori** de las cosas respecto de los yos vendría a ser un argumento en favor del realismo. ¿No nos dormimos y los objetos de la habitación continúan ahí, aunque no los contemplemos? Morimos, y ¿qué? ¿Deja el mundo de ser porque se haya apagado la luz de nuestra conciencia? El argumento sólo tiene una apariencia de rigor. Las cosas están ahí, en nuestra habitación, porque al despertar volvemos a mirarlas. Y el mundo continúa existiendo, si morimos, porque otras personas innumerables que no han muerto lo contemplan. Yo puedo imaginar una epidemia general que dé al traste con todo el género humano y demás especies vivientes. El mundo, sin embargo, pienso, seguiría existiendo. Continuarían cantarinas las aguas en los arroyos, los planetas volteando en sus órbitas, los volcanes erupcionando materiales incandescentes, aunque ninguna conciencia hubiese para tomar nota de esas maravillas. Pero es que una conciencia, la mía, vigilante y atenta en este momento, se imagina ese mundo desierto, sin calor de vida. Me represento, vivo, lo que ocurrirá después de muerto. Imaginamos que vemos el mundo desde ultratumba, al través de una mirilla o de una cerradura, y que lo vemos falto de toda conciencia. Mas todo esto es sólo un subterfugio. Sin conciencia no hay mundo, no podemos hablar de que existan objetos. ¿Idealismo? No. Porque no afirmamos que la conciencia sea primero, ni que ésta

se saque el mundo de sí misma como la liebre el prestidigitador del sombrero. No hay **a priori** de la conciencia, ni **a priori** de las cosas. Ni idealismo, ni realismo. Ni metafísica **hacia arriba**, de las cosas al yo, ni metafísica **hacia abajo**, del yo a las cosas. Tanto una como otra manera de pensar tradicionales suponen una **metábasis eis állos génos**, un salto inexplicable. Nunca entenderemos —realismo, materialismo— cómo es posible **construir** la conciencia a partir de las cosas. Mas pareja dificultad hallamos para entender el salto de la conciencia aislada, íntima, a la trascendencia, al ver las cosas ahí, frente a mí, oponiéndoseme, haciéndome resistencia.

A la luz del sol, cuando caminamos, nuestro cuerpo proyecta una sombra. El error del realismo es creer que esa sombra **pudiera ser** con independencia de mi cuerpo. Es más: que la sombra, que vemos extendida unos cuantos metros delante de mí, hubiera sido lo primero, y que, en el correr de las edades, hubiera ido, poco a poco, condensándose hasta formar esta cosa maciza, compacta, que es mi cuerpo. El del idealismo, creer que la sombra —verdadera plenitud objetiva— la sacamos de nosotros mismos, como el gusano o la araña hilan la seda. La equivocación, pues, común es esta: querer partir, para explicar una realidad compleja, de algunos de los **momentos** aislados que constituyen o integran esa realidad. En la metafísica tradicional —realismo, por ejemplo— **primero** eran las cosas y ahora son las cosas y el yo que las contempla. En el idealismo, teníamos primero la conciencia pura, el yo absoluto, y, ahora, al cabo de un despliegue complicado, seguimos teniendo la conciencia, y, **además**, hemos ganado un mundo. En ambos casos, al cabo de un proceso, real y temporal o meramente lógico, al final **hay** más de lo que había al principio. Y es, justamente, ese **plus** lo que, dejando aparte la habilidad deductiva o dialéctica de los metafísicos, nos resulta incomprensible. El metafísico no tiene más recurso que el de la razón. Y al través de las edades continúa valiendo hoy la afirmación del viejo Parménides cuando decía: "no pretendas decirnos jamás que el ser no sea, o que el no ser pueda llegar a la existencia".

¿Esta crítica de las dos posiciones extremas, realismo e idealismo, no viene a dar razón al modo natural y corriente de pensar sobre estos asuntos? En efecto: si **al principio** no son sólo las cosas, ni sólo las conciencias, digamos que son ambas a un tiempo, con-

ciencias y cosas. Es una satisfacción que la filosofía, al cabo de mil vueltas y devaneos, termine por coincidir con el punto de vista de la opinión vulgar. Pero si así fuera sin más ni más, resultaría también que eso que denominamos historia de la filosofía no había sido otra cosa que un enorme camino de errores, de los cuales el hombre común estaba a salvo desde el principio. Esto tampoco lo podemos admitir. Bien que la ciencia o la filosofía **no hagan demasiada violencia** al punto de vista de la razón natural, pero malo también que no hagan otra cosa que coincidir con él.

Realismo e idealismo tenían razón en su parte negativa, crítica, es decir, en aquello en que se refutaban mutuamente. Pusieron en claro las **fallas** de los sistemas antagónicos: la imposibilidad de aquel **salto**, de aquellas metafísicas **hacia arriba** o **hacia abajo**. Y en tanto que esto hacían, nos hacían caer en la cuenta de lo ingenuo —y, por tanto, falso— que había en la concepción del hombre natural. Porque la razón debe —y tiene— que escoger, en cualquier alternativa, la explicación más simple, **aquella en donde haya un principio y no dos**. Era lo valioso del idealismo y del realismo: o la conciencia o las cosas, pero no conciencia y cosas a un tiempo. Mas por otra parte hemos visto que cualquiera de esos dos principios es insuficiente para explicar la realidad y que, en este sentido, la posición ingenua es superior.

De toda evidencia parece, pues, que nos hemos metido en un callejón sin salida. Una vez más, y perdónesenos la machaconería, ni sólo la conciencia o las cosas por insuficientes, si tampoco la conciencia y las cosas, por demasiado. ¿Cuál es, por consiguiente, la realidad radical? No queda sino esta **cuarta** posición, ni ingenua, ni unilateral: la realidad radical es la "conciencia-cosa". El guioncito substituyendo a la conjunción copulativa y quiere decir que no se trata de admitir la existencia de **dos** principios, de dos realidades independientes, y el entrecomillado, de manera positiva, pretende sugerir que se trata de **una** sola realidad. El inconveniente de la fórmula —compuesta de dos palabras lastradas por el tiempo con significaciones substantialistas— podría obviarse con esta otra palabra —que de ahora en adelante nos ha de servir para designar la realidad—: **la vida**. En la vida —no en su sentido biológico, claro es— se incluyen los dos momentos del yo y de las cosas. Esta por primera vez visión clara de la vida como realidad radical se debe al filósofo español José

Ortega y Gasset. A la altura de esta nueva intuición metafísica, las posturas de idealistas y realistas resultaban parciales, trucas y, por consiguiente, erróneas.

Como la vida es, naturalmente, estar interesado por las cosas, abiertos y atentos a la transcendencia decíamos, ciencia y filosofía se han ocupado de preferencia de ese **momento** esencial de la vida que es el mundo, que son las cosas. Por lo menos hasta el renacimiento la filosofía consistió en una metafísica realista. A partir del siglo XVII, con Descartes, la mirada del filósofo se clavó de preferencia en el otro **momento** de la vida, el yo. Realizando mejor o peor el **olvido** del mundo, la **epojé** fenomenológica, la filosofía dedicóse a explorar los mundos **íntimos** de la conciencia y a buscar la manera de explicar el **mecanismo** en virtud del cual brotaba de la conciencia el mundo. Sólo hay **un** problema filosófico, decía Fichte: dar razón de las representaciones que van acompañadas del sentimiento de necesidad, es decir, por qué no puedo por menos que **ver** un mundo, siendo así que dicho mundo no está ahí, con independencia de mi mente, o de mi acto de percibirlo. Pero el hombre, atento a las cosas o atento al yo, se olvidó de sí mismo, a menos que por sí mismo entendiéramos una de estas dos cosas: el cuerpo, una más entre las cosas, o el alma, la conciencia, fuente de donde manaba lo que denominamos mundo material. La nueva realidad que proclamamos requiere una manera distinta de contemplar. Como en cierto modo la realidad básica consta de dos **momentos**, a pesar de ser una, su conocimiento obligará a dirigir un como doble rayo de atención: hacia el yo y hacia las cosas. Y **a priori** podremos pronosticar desde ahora una especie de **paralelismo** del tipo de Spinoza: "El orden y la conexión de las ideas es igual al orden y a la conexión de las cosas". Sólo que no sostenemos la base metafísica que al dulce filósofo hispanoholandés sirvió para sostener dicho paralelismo. **No existe** una realidad substancial de la cual ideas y cuerpos sean atributos. Más bien mantenemos una interrelación o causalidad mutua entre el yo y las cosas —o el yo y las circunstancias, como diría Ortega—, en virtud de la cual las cosas **conforman** al yo y éste determina la estructura o la forma del mundo. ¿No habíamos dicho que las variaciones en los mundos dependen de los compresentes especiales y temporales? Ahora bien: los compresentes, aunque de las cosas, tienen su origen en la falta de ubicuidad espaciotemporal de los individuos. Es decir, **hay** muchos mundos **porque** hay muchos

yos. A la inversa, los varios mundos imprevisibles —ya veremos por qué razón son imprevisibles— determinan las **maneras** o **formas de ser** de esos yos. En efecto: la cultura objetiva —que no es como quiere Hegel espíritu objetivo, sino más bien **naturaleza** que se **añade** a las cosas como un compresente condicionado por el tiempo— **influye** en el yo **condicionándole**, haciéndole **otro** de lo que sería sin esa cultura. En resumen: **hay muchos mundos, porque hay muchos individuos, pero hay muchos individuos porque también hay muchos mundos diferentes.**

Me temo, sin embargo, que el lector —desde luego por inmadurez y falta de precisión en los términos que estoy empleando— no capte, en su dimensión de profundidad, lo que quiero decir. Hablé de individuos. Repito: me doy cuenta que la expresión es impropia. que existan muchos mundos porque los individuos son múltiples es algo que apenas se puede entender. Pero substituyan Uds. la palabra individuo por la **razón**. La fórmula entonces quedaría así: los mundos diversos tienen su origen en los cambios de la razón de los individuos. ¿Cómo es esto posible? Negamos al principio que lo que llamamos mundo fuera algo siempre lo mismo e inmutable. Y ahora añadimos que tampoco la razón humana es única.

Constituyó una especie de dogma a lo largo de la historia de la filosofía la universalidad de la razón. Nada hay, decía Descartes en el Discurso del Método, repartido con mayor equidad que la razón. Podrán variar las dotes psíquicas de unos individuos a otros, pero la razón es siempre la misma. ¿Qué es razón? Razón es la facultad de pensar de acuerdo con los más elevados principios lógicos: el de contradicción, el de identidad, etc. La manera como se fundamentan unos a otros los pensamientos en virtud de esos principios constituye, justamente, la razón. Las leyes, siempre las mismas, que constituyen la **forma** de esos pensamientos y de esas fundamentaciones, es lo que se ha conocido tradicionalmente con el nombre de **lógica**. Hay una razón y la lógica es una. Pero todo esto es lo que implícitamente negamos con nuestra afirmación de la **variedad de razones**. La razón deviene, cambia, se crea, paralelamente a como cambian, devienen y se crean los mundos. Por lo tanto, no hay una, sino muchas razones, y no una, sino muchas lógicas.

Ni rozar siquiera podemos el problema de cuántas y cómo han

sido esas lógicas. Por otro lado, tratar seriamente este tema sería labor de muchos especialistas. En él tendrían que colaborar el filósofo y el historiador. Por cuanto que jamás podría determinarse *a priori* el número de esas lógicas. Ni en el pasado, ni menos, claro es, en el futuro. Las razones son un *producto* histórico. Nadie ha pretendido jamás escribir *a priori* la historia. Pero vamos a referirnos, como de pasada, a un asunto concreto: al problema de las categorías.

Como se sabe, las categorías son los géneros o formas más elevadas del ser. Y como las esencias —géneros y especies— constituyen los predicados del juicio, también pueden definirse como los predicados más generales que se pueden enunciar de los seres. Ahora bien: la filosofía tradicional, lo hemos visto, distinguió dos especies de seres: el ser de las cosas y el ser de la conciencia. Hasta el renacimiento, dijimos, la filosofía fue realista. Quiere esto decir que para ella el ser eran las cosas o estaba pensado a partir del ser de las cosas. Las categorías fueron, por consiguiente, categorías del ser real. Así las pensó Aristóteles, y así continuaron siendo hasta bien entrada la época moderna. Podemos designarlas categorías *ónticas*. Además, como el ser, las cosas, el mundo, eran únicos, las categorías eran también inmutables y fijas, trazadas de una vez para siempre. Lo de menos era que fueran tales o cuales y en tal número. Lo que importa es ese carácter de categorías permanentes.

Con Kant las cosas cambian. La tendencia idealista que se inicia con el "cogito" cartesiano llega a su plena madurez con Kant. Desaparecidas las cosas, o al menos rebajadas a la condición de fenómenos, no quedaba más ser íntegro y pleno que el ser de la conciencia. Las viejas categorías aristotélicas tenían, pues, que cambiar de signo. De categorías del ser físico transmutáronse en categorías del ser de la conciencia, en categorías del entendimiento puro. Como el ser físico y la conciencia, aunque seres, son tan distintos, las categorías no pudieron continuar siendo las mismas. Y como la conciencia pura es una y la misma, invariable y fija como antes lo era el ser físico, material, las doce categorías kantianas, estos conceptos puros del entendimiento, eran deducidas, al través del hilo conductor de las formas de juicio, de una vez para siempre. Claro es que dentro de la posición idealista kantiana las categorías debían de cumplir una función doble. Si el ser del mundo es una construcción de la conciencia pura, las categorías de ésta debían contribuir a la ela-

boración de aquél. Y, en efecto, para Kant las categorías no sólo son las formas **que hacen posible el conocimiento** de los objetos, sino las formas o condiciones **que hacen posible la constitución del mundo** como tal mundo físico. Es decir, valen tanto subjetiva como objetivamente. De igual modo, de haber el mundo antiguo puesto mayor interés en el conocimiento de la conciencia, hubiera **aplicado** las categorías físicas u ónticas aristotélicas a la interpretación o explicación de aquélla. Si las categorías del ser eran *ónticas*, las kantianas —categorías del entendimiento o de la razón— son *ontológicas*. Lo importante es que tanto unas como otras fueron pensadas inmutables, en número preciso y fijo.

Nosotros, que sostenemos la imposibilidad de la metafísica **hacia abajo** o **hacia arriba**, esto es, lo inadecuado de deducir la conciencia a partir de lo que está ahí, de los objetos, o éstos a partir de la conciencia, que afirmamos, por consiguiente, la **igualdad de derechos** en cuanto a la existencia del sujeto y del objeto, de la conciencia y de las cosas, consideramos perfectamente fundada en la **propia naturaleza** de las cosas la distinción entre categorías ónticas y ontológicas. Que primero se descubrieran aquéllas que éstas es lo natural. De igual manera, también antes fue la metafísica del objeto que la del sujeto, antes el realismo que el idealismo. Todo ello fundado en la naturaleza extraveritativa del hombre, en su natural tendencia a vivir en-ajenado, ocupado y preocupado en las cosas ajenas, en lo-enfrente-de-mí, en el ob-jectum, y no, por el contrario, en-sí-mismo.

Ahora bien: que existan categorías ónticas y ontológicas, no quiere decir que aceptemos como buenas las categorías ónticas de Aristóteles o las ontológicas de Kant. Ni cualquier otra tabla de categorías de las muchas propuestas por los pensadores. Mas todo ello por absoluta necesidad, no por afán de presentar otra tabla en alarde de originalidad. Cualquier tabla de categorías es errónea, si es que las categorías del ser tienen que cambiar si el ser cambia. Y ya sabemos que los mundos —y con ellos las categorías ónticas— cambian, y que, de igual modo, la razón —y con la razón las categorías ontológicas— cambian también.

Si nuestra afirmación metafísica fundamental, a saber, la existencia de la "conciencia-cosa", es exacta, y exacta también la otra

afirmación de que esa extraña realidad **varía**, y al variar ella también los dos **momentos** de que consta, entonces sería posible enunciar esta tercera proposición: cualquier variación en el mundo **implica** una variación en la conciencia y viceversa. Digo **implica** y no **determina** porque no se trata de causalidad, y no se trata de causalidad porque conciencia y cosas no son cosas distintas e independientes, en cuyo caso ya no podríamos usar la expresión "conciencia-cosa", así, entre comillas. Si prefiero esta expresión y no la de **vida**, es para que se tengan siempre presente los dos **momentos** del **ser cosa** y del **ser conciencia**. Resultaría entonces que todo cambio en el mundo y en su categorías lleva aparejado un cambio en la razón y en las categorías ontológicas. No podremos nunca saber qué categorías ónticas nos deparará el futuro, porque cuáles y cómo han de ser los mundos venideros es algo imposible de determinar. Y por la misma razón somos incapaces de pre-ver las categorías ontológicas del futuro. Lo real "conciencia-cosa" **es** libertad y temporalidad. Y donde hay libertad el futuro, al no estar predeterminado por el presente, no es visible desde el ahora, es decir, es imprevisible. El pasado, en cambio, lo conocemos por la historia. Podemos, en principio, saber de los mundos y conciencias que fueron. También, por consiguiente, saber algo de las categorías de ambas clases del pasado.

Mientras que las categorías de la razón en cada momento son unas y las mismas, aunque varíen en el devenir temporal, las categorías ónticas del "ser-enfrente-mí", del **objectum**, son **a un tiempo** distintas. La razón hay que buscarla en la multiplicidad de **estratos** o maneras de ser del "ser-enfrente-de-mí". Hay seres materiales, seres psíquicos, seres ideales, valores, pensamientos, mundo orgánico, mundo inorgánico.... En cada una de estas esferas, clases y subclases del ser regirán categorías ónticas distintas: la causalidad, por ejemplo, para el mundo objetivo de la materia; la libertad para ese otro mundo distinto del espíritu. Estas serían las categorías regionales, el conjunto de las cuales constituye la totalidad de las categorías ónticas.

Pero, en un sentido profundo, ni las categorías ónticas ni las categorías ontológicas son las **verdaderas** categorías del ser. En efecto, dijimos que la realidad radical es la "conciencia-cosa". Hablar de categorías **de la** conciencia, ¿no supone substantivarla? Y lo mis-

mo decimos para las categorías ónticas **del** mundo, **de las** cosas. ¿Es la conciencia lo real? ¿Lo es el mundo como objeto? Hemos visto que no. Que lo primero constituye la falsa pretensión del idealismo y lo segundo de la filosofía realista. **Además** de las categorías ónticas y ontológicas, en que el ser es contemplado parcialmente, en uno sólo de sus **momentos**, existen, deben existir, las categorías **reales** de la "conciencia-cosa", de la vida, del ser verdadero. Y estas categorías, ¿qué?, ¿varían también? La vida, es decir, lo real, indudablemente **varía** y **cambia**. ¿Cambiarán también sus categorías? Tomamos aquí un problema tremendamente grave y difícil.

Meditemos un momento en la libertad. Es una de las categorías **reales** de la vida humana. En virtud de su libertad la vida puede cambiar en forma imprevisible para nosotros. Bien, ¿Significará ese cambio que el ser de la vida se ha transformado tanto que **absolutamente** nada podemos **ahora** entrever de ese futuro ser? Si así fuera, ello querría decir que esa cosa **nueva** que el futuro deparará nada tiene que ver con el ser actual y que, por consiguiente, no es la vida que ha evolucionado, sino una cosa distinta, sin conexión alguna con la primera, que ha surgido. Es decir, que por el pecado de querer hacer el cambio demasiado radical, terminamos por deshacer el propio concepto de cambio. Sólo ha cambiado cuando el ahora está englobado en el futuro, cuando el ser que es ahora **perdura** en el ser en que se transformará mañana. Si **nada**, absolutamente nada, hubiera del ser del presente en el ser que devendrá después del cambio, no habría cambio, sino que el primero, misteriosa e incomprensiblemente, se habría aniquilado, nihilizado, convertido en nada, y no menos incomprensible y misteriosamente habría aparecido ahora **otro** ser, realizándose el tránsito absurdo de la nada al ser. Por esa duración al través del tiempo de la cosa, por ese **perdurar**, puede ocurrir —y, de hecho, ocurre— que a pesar del cambio —y al mismo tiempo precisamente por el cambio— existan categorías permanentes.

El devenir de la "conciencia-cosa" y, por tanto, de sus **momentos** constituyentes, la razón y el mundo, no es obstáculo, pues, para la existencia de estructuras permanentes. En caso contrario, ni la vida, ni la razón, ni el mundo tendrían sentido, serían inteligibles, y podría, con justicia, hablarse de absurdo, en un sentido más radical del que se habla cuando se predica el absurdo de la vida. Todo sería como un **film** proyectado en una pantalla en que cada escena es-

tuviese sacada de un **film** distinto. La absoluta desconexión de una escena con la anterior y con la siguiente produciría sobre la pantalla un caos, un aparecer y desaparecer de cosas distintas, sin hilación. Cuando se habla con ligereza del **absurdo** de la vida y del mundo, se juzgan y se valoran ambos, el mundo y la vida, y esos juicios y esas valoraciones suponen ya una previa inteligibilidad. Hay, por consiguiente, estructuras y categorías permanentes de la vida. Por mucho que la temporalidad y el devenir modifiquen la vida, ésta continuará siendo temporalidad y devenir. Mientras exista vida habrá libertad, duración y cambio. Repito: si éstas cosas cambiaran tanto a la vida que la vida dejara de ser lo que es —temporalidad y, por lo tanto, devenir— lo que habrían hecho no sería **cambiar y modificar** la vida, sino matarla, aniquilarla. Ahora bien: puesta la vida —y que está puesta es el hecho primario, bruto, de que partimos, pues si no lo estuviera no estaríamos viviendo y reflexionando sobre la vida— debemos admitir su subsistencia, pues no comprendemos cómo lo que es pudiera dejar de ser en absoluto. Y al admitir su subsistencia, **en tanto que vida**, debemos —y tenemos— que admitir su temporalidad, su fluir, su libertad. Es más: **la condición de la variabilidad y cambio de las categorías ónticas y ontológicas del mundo y de la razón respectivamente, es la no variabilidad de las categorías reales y fundamentales de la "conciencia-cosa", es decir, de la vida.** La vida, en su estructura fundamental de "conciencia-cosa", es permanente, aunque puedan variar los **momentos** con que se integra. La vida es una oposición del ser como conciencia y del ser como cosa. Si esa oposición y tensión desaparecieran no habría vida. Es posible —es más, es real —que **diversas** razones se opongan a mundos **diversos**, pero la estructura fundamental "conciencia-cosa" permanece. Permanece, pero, al mismo tiempo, cambia. Y lo que cambia es justamente la manera como la "conciencia-cosa" es cosa —objeto— y es conciencia —sujeto—. De donde el fundamento de esa ley principal en la relación de unas categorías con otras, las reales y las especiales, a saber, que la condición del cambio de las categorías ónticas y ontológicas se hallan en la permanencia de las categorías de la vida.

Ahora bien: mientras la conciencia es una, el mundo en cada caso se divide en regiones. Quiero decir: la conciencia o la razón puede variar, pero en cada momento es **una**, carece de zonas. El mundo, como sabemos, cambia, pero en cada momento no es uno,

sino múltiple. Efectivamente, en el mundo —en lo que hemos llamado el "ser-enfrente-de-mí"— existen seres ideales, seres físicos orgánicos, físicos inorgánicos, valores, etc. En cada caso, las categorías de una región del ser-ahí, no deben confundirse con las de las otras regiones. Entre los seres existen relaciones de fundamentación. Por ejemplo, el ser psíquico exige la presencia del ser orgánico, éste la del ser físico y material. Parecidas relaciones de fundamentación deben existir entre las categorías regionales. Tenemos, por lo tanto, las categorías siguientes: Primero, del ser real, las categorías **reales** de la "conciencia-cosa" o de la vida; segundo, las categorías **especiales** de la razón, y, por último, las categorías **especiales regionales** correspondientes a las diversas zonas del mundo.

La "conciencia-cosa" es libre. Frente a lo que opinaba al respecto Fichte, también aquellas cosas surgidas **por libertad** tienen explicación. La libertad nos impide, desde ahora, pre-ver o conocer el futuro. Cuando los hechos están relacionados causalmente el futuro es, por el contrario, pre-visible. Previsible quiere decir falta de incertidumbre, es decir, que más que futuro viene a ser un presente conocido, pero que **todavía no es**. Lo contrario ocurre cuando interviene la libertad. Pero que desde el ahora el porvenir se nos presente incierto, no quiere decir, a la inversa, que cuando el suceso libre se ha producido, seamos incapaces de entenderlo en función del pasado. La libertad rompe los vínculos del presente con el futuro, pero no del futuro ya **sido**, convertido en presente, con el pasado. Por consiguiente, cualquier cosa o acontecimiento producido por libertad es susceptible de ser entendido y explicado. Esto quiere decir que del presente al futuro no hay necesidad, pero sí la hay del futuro convertido en presente, es decir, advenido a la existencia, hacia el pasado. O de otra manera: que cualquier acontecimiento de la vida —que es devenir y cambio— es gratuito —imprevisible— **antes** de ser realizado, y necesario cuando finalmente se ha producido. No sabré lo que voy a ser, mas cuando lo soy, lo soy necesariamente. Libertad no es otra cosa sino esa imposibilidad de conocer, en la esfera real de la "conciencia-cosa", lo que mañana haré. Esa "imposibilidad de conocer" no se debe a limitación de mis facultades intelectuales, o a insuficiencia de mi saber respecto del objeto "conciencia-cosa" —como opinaba, por ejemplo, Spinoza, y con él tantos y tantos deterministas—, sino sencillamente a que mis actos **son libres**. Puedo predecir el curso del satélite, no de la vida, de la "con-

ciencia-cosa", que es libre. Pero, repito: que desde el presente, como libre que soy, no sea capaz de tender un puente hasta el futuro, no implica que desde este futuro que fue y que ahora es presente no sea capaz de tenderlo hacia el pasado. Y tender un puente entre dos hechos es explicarlos.

La "conciencia-cosa" es vida, vida concreta, esto es, vida humana. Por eso es cambio, por eso se trata de una existencia temporal. Y no es que **porque** sea vida humana es temporalidad, sino más bien al revés: **porque es** temporalidad es vida humana. Hay muchas cosas que **pertenece**n a la vida humana, pero que podrían no existir sin que ésta dejara de ser lo que es, a saber, vida humana. No así la temporalidad. Esta, más que característica o nota de la vida humana es una de sus categorías constitutivas. He aquí también uno de los puntos en que nuestra filosofía se separa del idealismo. Para éste, el yo, la razón, son puros, esto es, intemporales. El tiempo es forma **a priori** de la sensibilidad. El devenir, la productividad del mundo por parte de la razón se convierten en una ficción. El devenir dialéctico, la creación del no-yo, la constitución del fenómeno a partir de la función legisladora de la razón, todo eso es intemporal, formal, no real, sino lógico. El progreso es una ficción y, por tanto, mal que le parezca a Fichte, no hay oportunidades para el **ejercicio** de la libertad. El tiempo, en Kant, valía como forma **general** de la sensibilidad, externa e interna. Por lo tanto, de todos los fenómenos, psíquicos y físicos. Para todo valía el tiempo, excepto para la razón pura o lo **en sí**, es decir, lo real precisamente. Para nosotros el tiempo constituye a la "conciencia-cosa" como tal, a saber, como vida, como vida humana. El tiempo es lo más real que sentimos fluir **en** nosotros. La relación del tiempo con nosotros es distinta —y aun opuesta— a la que mantiene con las cosas del mundo. Somos **por** el tiempo. Pero, en el mundo físico, el tiempo es por las cosas. Quiero decir que es falsa la demostración kantiana de la aprioridad del tiempo cuando afirma que el tiempo sin cosas es imaginable, pero no la existencia de cosas sin tiempo. Una o dos cosas, sin conciencia, en el espacio vacío más absoluto, perfectamente inmóviles, podrían existir sin que el tiempo existiera. Cuando nos parece que no podrían existir sin tiempo es que subrepticamente estamos introduciendo la conciencia —nosotros que las vemos inmóviles, en ese espacio vacío— y, por tanto, la duración. Hay tiempo en el mundo físico, porque éste es siempre "el-enfrente-de-una-

conciencia". Y, además, porque el mundo de los **ob-jecti** es un mundo de cambio y movimiento. En cambio, sí, los objetos físicos son impensables sin el espacio. Este constituye a los objetos físicos como el tiempo nos constituye a nosotros. El tiempo es el **a priori** real de la "conciencia-cosa", mientras que el espacio lo es del "ser-enfrente-de -mi". El tiempo, pues, **de** las cosas, el que se ha llamado tiempo físico, es un tiempo secundario, no **real**, **reflejado** del tiempo real de la "conciencia-cosa" o de la vida humana. De esa vida ante la que el mundo es mundo siempre. Es un tiempo **ahí**, enfrente de mí, como el mundo de los objetos. Un tiempo objetivo. Por eso **fluye para** las cosas a un ritmo siempre igual y puede ser medido por medio de relojes. Es un tiempo que es **por** la vida y **por** las cosas, mientras que el tiempo real, ese **gran contingente**, es **por** el que somos nosotros.

Porque somos tiempo, nos vemos inexorablemente condenados al cambio. El cambio, en tratándose de la vida humana, se denomina hacer. No hacer nada es un hacer como otro cualquiera. Pero necesitamos saber por qué razón siendo también la vida animal un hacer y un tener frente a sí un mundo como objeto —nadie hay que pueda sostener en serio hoy la teoría de la **bestia máquina** de Descartes— el hombre tiene historia y el animal no. Las ciencias positivas y algunas filosóficas particulares —la psicología, por ejemplo— tienen la obligación de decirnos cuántos y cuáles son los criterios diferenciales entre el hombre y el animal. A la metafísica corresponde buscar esos criterios a partir de las categorías **reales** de la "conciencia-cosa". Aquí vamos a referirnos sólo a la temporalidad, al **modo** cómo para el hombre y para el animal existe el tiempo.

La coexistencia de las partes del espacio trae consigo que, aunque por mi corporeidad sea el centro del mundo en torno, y la posición de mi cuerpo en aquél sea un lugar privilegiado, a saber, el mirador desde el cual el mundo se configura como lo que está ahí, enfrente de mí, el lugar que ocupo sea privilegiado, sí, pero no absoluto ni único. Estoy aquí y desde aquí veo el mundo escorzándose en torno mío. Pero **podiera estar** es otro sitio, teniendo enfrente de mí otra vista distinta del mundo. La razón de esto, repito, se encuentra en ese coexistir unas con otras las partes del espacio. Yo estoy siempre al centro. Pero a mi derecha y a mi izquierda, al frente y a la espalda, se encuentran los cuatro puntos cardinales, exis-

tiendo al mismo tiempo y con el mismo derecho que la parte del espacio que ocupo. En tratándose del tiempo, no. Allí siempre hay una **parte** de absoluto privilegio: el presente. En él somos y con él cabalgamos. Es como un ir en la cresta espumosa de una ola que avanza. Pero cualquier comparación con cosas materiales sólo tiene el valor de una metáfora. El futuro y el pasado no coexisten con el presente. Pero un tiempo compuesto de puntiformes presentes, sin añadir absolutamente nada de pasado y futuro, tampoco sería tiempo. He ahí por qué el tiempo objetivo no es real **en y para** las cosas. Aunque admitiéramos que el presente era real, la ausencia de pasado y futuro bastaría para anularle como tiempo. Tiempo es duración y durar es "ir a través de", *per-durar*. En el tiempo encontramos la siguiente paradoja: sólo en cierto modo es real el presente, pero de ser real sólo el presente el tiempo no existiría. Faltaría, justamente, el **pasar**, que es lo que **constituye** al tiempo, el **ir dejando de ser** y el **ir adviniendo a la existencia**. Pero si pasado y futuro **no son**, ¿cómo es que son, sin embargo, **momentos** constitutivos del tiempo? El tiempo nunca sería sin la "conciencia-cosa", pero ésta tampoco podría existir sin el tiempo. El tiempo constituye a la vida como tal vida humana y ésta es la que permite la constitución del tiempo como tiempo. Hablando así parecería que tiempo y vida son dos realidades distintas. Estamos acostumbrados a substantivar la significación de cualquier término. Como hablamos de **tiempo** y **vida** tendemos a pensar realidades distintas. Esa misma era la dificultad de entender que "conciencia-cosa" no fuera una dualidad, sino una realidad radical. Al decir que la vida humana **constituye** el tiempo como tiempo no debe interpretarse esto en el sentido idealista. Que tampoco era idealismo nuestra afirmación de que el **mundo**, el "ser-enfrente-de-mí", no existe sin la conciencia. Esto no era idealismo; porque inmediatamente, a continuación, añadíamos la contrapartida de que tampoco la conciencia existe sin mundo. Conciencia y mundo constituyen la realidad "conciencia-cosa". Y así, de igual manera, tiempo y vida son la realidad fundamental que designamos indistintamente "conciencia-cosa" o vida humana. Pues bien: cuando decimos que la "conciencia-cosa" constituye el tiempo como tal queremos decir esto: que la vida hace posible el milagro de que el pasado y el futuro, que no son en cierto modo, sean. La memoria constituye el pasado, actualizándolo, y la anticipación imaginativa constituye el futuro actualizándolo también desde el presente. Por su tener que ver con los tres **momentos sucesivos** del tiempo, la anticipación ima-

ginativa, la percepción y la memoria constituyen las tres funciones principales del alma. En lugar de la antigua división en tres facultades proponemos esta división como más importante y substancial.

No sabríamos determinar cuál de estas tres funciones es más importante. Pero si podemos afirmar que la memoria y la anticipación imaginativa son las que hacen de la vida humana una vida **humana**. Nuestra humanidad es una creación de la memoria y de la imaginación.

La razón nos dice que el tiempo carece de límites hacia adelante y hacia atrás. Claro que cuando piensa el tiempo como tiempo físico. Cuando, al contrario, piensa —o mejor, siente— el tiempo vital, más bien se da cuenta de lo estrecho de sus límites. A este respecto, apenas hay diferencia entre el **saber** del nacimiento y el de la muerte. Sabemos que hemos nacido, aunque no lo recordemos y aunque nadie nos lo haya dicho, y sabemos, con igual certidumbre, que nuestro tiempo vital concluirá con la muerte. Ahora bien: no todas las vidas humanas poseen igual **sentido** del tiempo. Así como el espacio, el horizonte en torno, se ensancha cuando ascendemos en un globo, así también el tiempo se abre en sus dos direcciones de pasado y de futuro en determinadas circunstancias de la vida humana. No será posible, **de hecho**, establecer una clara línea divisoria entre el civilizado y el primitivo. Pero, teóricamente, la cosa es factible. La vida animal y humana primitiva es **cambio con repetición**. La vida humana civilizada, **cambio con variación**. El cambio con variación de la vida humana es lo que llamamos **historia**. ¿Cómo es que siendo las categorías **reales** del hombre permanentes éste puede aproximarse a las formas de la animalidad? ¿Por qué el hombre es a veces civilizado y a veces primitivo? Parafraseando a Rousseau, pero cambiando totalmente el sentido, preguntamos: ¿por qué el hombre siendo libre ha vivido encadenado a las formas semi-animales del primitivismo y la barbarie, del **estado natural**? El hombre es libre siempre; **pero precisamente porque es libre, puede liberrimamente, en uso de su libertad, decidirse a no ejercitarla**. Entonces resultará que al hacer —el hombre **hace** siempre porque es temporalidad y, por consiguiente, cambio —hace lo mismo que los demás en su contorno en análogas circunstancias. Se rige por los demás en lugar de por sí mismo. Por los demás, es decir, por los **usos**. El hacer **impersonal**, en función de los usos, es el hecho típi-

camente **social**, como con claridad ha visto Ortega. Por consiguiente, decimos en contra de Rousseau que lo **puro social** es cosa del primitivismo. La sociedad no surge con la civilización, como quería el filósofo ginebrino, sino al revés, comienza a resquebrajarse y a perder su pureza en el tránsito del primitivismo a la civilización. Toynbee ha visto bien al afirmar que una sociedad en marcha ascendente hacia la civilización presupone la ruptura de lo que él llama "la corteza del uso". Repetición o variedad, libertad para el mimetismo o libertad para la originalidad, en eso estriba la diferencia entre el primitivo y el civilizado. Lo que se ventila en el cambio es nada menos que la aparición de la historia. Una pura libertad para el uso sería un primitivismo perfecto, cercano a la animalidad. No porque el hombre estuviese falto de aquellos **instrumentos** psíquicos necesarios para la civilización. Sino, sencillamente, por haber decidido libérrimamente no ejercitarlos. Y una pura **civilidad**, la libertad ejerciéndose siempre **desde** el yo, no desde los otros —los haceres de los demás, es decir, los usos— sería la desaparición de toda sociedad. En el primer caso, la consecuencia sería que los cambios de la "conciencia-cosa" eran cambios de repetición, y, por lo tanto, que los dos **momentos** de la razón y del mundo, de la conciencia y del "ser-enfrente-de-mí", no cambiaban. Que la razón continuaba siendo la misma y que en lugar del mundo teníamos ahí, enfrente de nosotros, **un solo mundo**. Una sola lógica y un solo mundo en torno. No habría, en efecto, acumulación de saber, de cultura, y, por consiguiente, los mismos serían siempre los compresentes temporales. En el ejemplo que citamos, el salvaje y yo —que también sería por hipótesis un salvaje— nos encontraríamos ante **la misma** cosa cuando contemplábamos la biblioteca. Porque esta es la ocasión de decir que los cambios y transformaciones en el "ser-enfrente-de-mí" se deben principalmente a los compresentes temporales, a la cultura, que por **formar parte** de las cosas —justamente como compresentes temporales— más que espíritu objetivo, como quería Hegel, es verdadera **naturaleza** objetiva.

Ahora bien: lo que nos interesa es saber el por qué de ese tránsito —no brusco, históricamente, sino casi imperceptible, lento y continuo— del primitivismo a la civilización. Mi respuesta es la siguiente: aun concediendo que nada hay en el civilizado que no se encuentre en el primitivo por lo que respecta al equipo de funciones mentales, lo cierto es que el **sentimiento** del tiempo es distinto

en unos y en otros. La memoria y la anticipación imaginativa no alcanzan hasta los mismos límites en ambos. Hundirse en el pasado más remoto y pre-ocuparse muy anticipadamente por el futuro es tarea del hombre civilizado. Sería pueril creer que las distintas especies animales perciben el tiempo de igual modo. Unas ahondan más, otras menos, en las dos dimensiones temporales del pretérito y del porvenir. Es muy probable —existe toda una serie de experiencias biológicas al respecto— que dicha propiedad de abarcar más o menos **cantidad** de pasado y de futuro se halle en relación con el metabolismo de la digestión de las distintas especies animales. Creo probable que, normalmente, el animal alcance a pre-ocuparse del futuro hasta allí donde comenzará a sentir la sensación interna y dolorosa del hambre. De esta manera, el hueco del futuro se prolonga o contrae según el ritmo de la periódica alimentación. Ahora bien: cuando sólo nuestra pre-ocupación alcanza hasta unas cuantas horas a partir del presente, nuestra vida ofrece muy pocas probabilidades de cambio substancial. Lo habitual y lógico entonces es la repetición. Repetir una y otra vez los vitales quehaceres de rastrear la presa, encaminarse para beber hacia el arroyo, corretear un poco por el bosque o por la sabana, dormitar aletargado, etc. ¡Cuán diferente de todo esto la vida del hombre civilizado! Este trabaja hoy para la consecución de un fin remoto que, de cumplirse alguna vez, quizás sea al cabo de muchos años. A veces, trabaja y se esfuerza para fines que sólo madurarán al cabo de siglos. Nada de esto encontramos en el primitivo. Apenas hay en él pre-ocupación por el mañana. No prefigura una forma de vida para un remoto porvenir. Aguijoneado por los inmediatos intereses vitales, caza, pesca, fabrica algunos instrumentos y armas, y vive como desde niño ha visto que viven los mayores en su derredor. Apenas hiende con su imaginación el vacío o hueco sin fin del porvenir, del futuro, para ocuparse desde ahora con los posibles sucesos por advenir. Y vive en una pequeña **isla** del tiempo en donde las playas del futuro y del pasado están a la mano. Por su paradisiaca des-pre-ocupación y tranquilo sestear en el presente paga el precio de vivir una vida sin historia.

Ejercemos la libertad frente a un mundo de cosas, que, por eso, hemos denominado el "ser-enfrente-de-mí". "Ser-enfrente-de-mí" son los números y seres ideales en general, las cosas físicas, las ideas, los valores, las creencias, los usos, el derecho, las costumbres, la religión, la cultura, la moral vigente, etc. Muchas de estas cosas —lo

que denominamos cultura — en forma de valores forman parte de las cosas como sus compresentes temporales. Cuando percibimos un cáliz o cualquier otro objeto sagrado, forman parte de él, justamente como compresentes temporales, nuestras ideas y sentimientos religiosos. El acto de un hombre lo vemos —y lo juzgamos— de acuerdo con nuestras ideas morales. Y así sucesivamente. Como los compresentes temporales —verdadera **naturaleza**— dependen de la cultura, los mundos son muchos. No es que insuflamos en el mundo nuestras ideas, sentimientos, gustos, maneras de ver las cosas, sino que los objetos, ellos, no son los mismos en un caso que en otro. Lo contrario sería admitir la **realidad independiente** de las cosas respecto del sujeto. Es decir, recaer en el realismo más extremo. El problema de la objetividad o subjetividad de los valores queda superado en nuestra concepción. Los valores **no son** ni objetivos —lo que sería admitir una forma de realismo para el ser ideal— ni subjetivos— lo que supondría incurrir en un idealismo axiológico. Los valores forman parte del “ser-enfrente-de-mí” como compresentes temporales de las cosas —cuando encarnan en ellas— o como seres ideales— que sirven de norte y guía para nuestra conducta, la vida humana, la vida de cada cual. Pero **no son absolutos**, como no es absoluto el “ser-enfrente-de-mí”, ni es absoluta la razón para la cual el mundo es mundo.

En el viejo antagonismo del sujeto y del objeto, ambos como substancia e independientes, el dilema en que estaba planteado el problema de los valores era: o son en sí o son en mí. En el primer caso, **valen**, valen objetivamente. En el segundo, no valen o valen por convención, es decir, son relativos. Según nuestra manera de pensar la no objetividad **en sí** de los valores no implica su no validez. Son objetivos, en el sentido de que no son creados y luego proyectados por el sujeto en las cosas. Pero no son **en sí**, de la misma manera que no es sí el mundo, el “ser-enfrente-de-mí”. Son siempre valores que alguien aprecia, contempla, siente, estima. Valen y son obligatorios para el sujeto, aunque no sean **en sí**, aunque tampoco sean **absolutos**. Los valores, como el “ser-enfrente-de-mí”, cambian. Ahora bien: no cambian los valores sino en cuanto cambia la conciencia para la que los valores son valores. Ya dijimos que más que paralelismo, lo que en verdad existe entre la **conciencia** y las cosas de la “conciencia-cosa” es interacción. No hay posibilidad de cambio en el mundo sin modificación de la conciencia. Ahora: las modifica-

ciones del mundo contribuyen a modificar la conciencia, y las transformaciones de ésta implican transformaciones en el mundo. El **implicar**, el **determinar** —palabras que tenemos casi forzosamente que emplear— no significan en estos casos **causalidad**. De ser así, no habría lugar para la libertad. No hay un **orden** del mundo y un **orden** de las ideas, sino que ambas cosas se **compenetran** continuamente, la razón y el mundo, el mundo y la razón, dando lugar a vidas reales, a vidas humanas concretas y particulares.

El “ser-enfrente-de-mí” que es término intencional de mi conciencia es un mundo concreto y determinado. En él soy y en él vivo. Mejor aún: frente a él soy. Yo estoy siempre compenetrado o en **simpatía** con él. Quiero decir que a un mundo concreto ha de corresponder una conciencia también concreta. Ese presente que está ahí es para el salvaje un trozo plegado de piel de animal. Para mí se trata de un libro encuadernado. Dos mundos, dos objetos y, correlativamente, dos conciencias distintas, que el salvaje es salvaje y yo soy yo. Ahora bien: el mundo no lo escogemos nosotros. Nos viene dado. El mundo, es decir, las cosas con todos sus compresentes especiales y temporales, el espacio en que somos y el tiempo en que vivimos. Como mundo y conciencia son correlativos quiere decirse que a **tal** mundo corresponde **tal** conciencia. A esta realidad innegable la podemos llamar estar siempre **en situación**. Verdad es que lo mismo podríamos decir que a tal conciencia corresponde tal mundo. Para muchos esto tendría un vago eco idealista, como la formulación contraria lo tiene realista. Pero el lector sabe ya que con ello no queremos indicar ni la una ni la otra cosa. La primera fórmula —la de vago eco realista— de interpretarse en tal sentido implicaría la negación de la libertad: soy lo que soy **en función** del mundo, las cosas **me determinan** a ser lo que soy. En nuestra interpretación del ser como “conciencia-cosa”, la fórmula no implica tan graves consecuencias. Es más, aquí es donde podemos ver el papel que la libertad desempeña en la vida. Ser libre tiene como consecuencia nada menos que **variar** el mundo en torno, el “ser-enfrente-de-mí”. Soy lo que soy **con** —no **por**— el mundo. Pero puedo —y debo— hacer que el mundo sea diferente. Lo que —de tener éxito— determinará un mundo diferente, sí, pero también una **conciencia** diferente para los que **vengan** detrás de mí. Vuelta otra vez: esto parece implicar un vago idealismo, o una preeminencia de la conciencia respecto del mundo. Tendríamos entonces la serie: concien-

cia —mundo— conciencia. La conciencia modificando al mundo, éste modificando la conciencia que ha de venir después, la cual, a su vez, modificará en parte el mundo, y así sucesivamente. Pero, dada la perfecta correlación entre conciencia y cosa, podríamos comenzar la serie por el mundo, y simbolizar así nuestro pensamiento: mundo —conciencia— mundo. Es decir, el mundo puede modificar la conciencia, ésta el mundo y, finalmente, éste **al variar por sí**, puede implicar una nueva modificación de la conciencia. Es decir: que si la conciencia **es libre** en cuanto parece implicar una modificación del mundo, también el mundo **es libre** por la misma razón. La verdad es que ni **la** conciencia es libre ni **el** mundo tampoco, sino **yo, tú, aquél**. es decir, tal o cual vida humana concreta, que comprende, aglutina o engloba esos dos **momentos** —no realidades— que denominamos conciencia y cosa.

Si nada del "ser-enfrente-de-mí" es absoluto —los mundos son muchos, el mundo cambia— los valores, que pertenecen al mundo, al "ser-enfrente-de-mí", cambian también. Pero como objetivos, como realidades, **valen** y me obligan, perteneciendo, pues, los juicios de valor —esto es bueno, aquello feo— a la clase de juicios que Kant denominaba en la "Crítica del Juicio" determinantes y no reflexionantes. Valores absolutos significaría que el "ser-enfrente-de-mí" era siempre el mismo y que la conciencia era **una**.

Abordemos todavía una vez más el problema de la vida como temporalidad. El tiempo tiene tres dimensiones. Lo real, decíamos, es sólo el presente. Pero si fuera sólo real el presente el tiempo no sería. El presente mira, como la diosa de la antigüedad, hacia uno y otro **lado**. Estos lados son el futuro y el pretérito. Estos **son** como aquello **hacia donde** el presente tiende y vuela. La vida, que **es** temporalidad, **consta** también de esos tres momentos. Anunciábamos que sosteníamos una clasificación tripartita de la conciencia por lo que atañe a sus funciones. La conciencia es presentación o representación del "ser-enfrente-de-mí". Pero también es memoria y anticipación imaginativa, anticipación del porvenir. En realidad, como el tiempo, es sólo presente. Pero, por otra parte, no puede ser **eso** solamente. En realidad, lo que ocurre es que el presente es **uno** y **trino**. Recordemos nuestro análisis de la percepción de la cosa. Ante un libro tropiezo con una serie de sensaciones —táctiles, de color, etc.,— que son **datos**, que me son presentes. Pero no percibiría el

libro si a esos datos presentes no se añadieran otros **no datos** —pero en cierto modo dados— en forma de compresentes temporales. Estos compresentes temporales no existirían sin la memoria. Por consiguiente, sin la memoria —el pasado no fosilizado, sino actuando— no existiría la percepción actual del libro, y quien dice libro dice mundo. No existiría el libro y mi percepción sería **otra** y el mundo, por lo tanto, **otro**. Pero, al mismo tiempo, la percepción de libro **implica** la de "algo que puede ser leído o usado de tal o cual manera". No digo tanto que la percepción sea una incitación o estímulo a la acción cuando que **en** la cosa libro está gravitando de la misma manera que el pasado el porvenir. Anulad el futuro con la imaginación —si es que sois capaces de ello— y el libro ya no sería libro. Al dejar de ser "lo susceptible de ser leído" en cualquier momento, el libro perdería su cualidad de tal, es decir, dejaría de ser libro. Si futuro y pasado no intervinieran en mi percepción de ahora, si la memoria y la anticipación imaginativa no estuvieran presentes en la aprehensión actual de la **cosa**, ésta no existiría o sería otra cosa. Mejor: no existiría en absoluto. Porque cualquier otra cosa que pudiera ser tendría que ser necesariamente una "cosa para". El verbo —es decir, la acción— es también lo primero en la historia evolutiva del lenguaje. El sustantivo es un derivado verbal. Un modo cómodo de evitar una perifrasis. "El lenguaje es una explosión de la acción", dice Max Müller. Y el mismo autor añade: "**Calx**, el talón, significa el que golpea con el pie; **calx**, la piedra, tenía el mismo sentido; no había otro medio de nombrarla; el talón golpea a la piedra y la piedra al talón; ambos eran **calx**. **Vi** en los Vedas es el ave, "lo que vuela", y es también la flecha. **Yudh** el combatiente, el arma y el combate". Para decir que algo existe decimos que es. Pues bien: **es** viene de la raíz sánscrita **as**, que, primitivamente, significaba **respirar**. "Respira aún", decimos para significar que continúa en la existencia, que sigue siendo. Las cosas son, primariamente, aquello con que podríamos realizar tal o cual acción. Es decir, son instrumentos. Toda cosa es "ser para", como ha observado profundamente Heidegger. Pero "ser para" significa que la cosa es cosa **por** el futuro, pues el **para** es una invitación a usarla en una acción posterior al presente. Sin memoria y sin anticipación imaginativa no existiría la percepción. De este modo es como lo **real** del presente es **uno** y **trino**. Si pasado y futuro fueran **la nada**, el presente perdería su carácter de tal y dejaría de ser un momento del tiempo. Y si la memoria y la anticipación imaginativa no existieran, faltarían

los compresentes temporales, la percepción sería imposible, y nuestro existir **ahora** todo menos una realidad. Faltando la representación no existiría el "ser-enfrente-de-mí" y, en resumen, no comprendemos cómo podríamos continuar hablando de la "conciencia-cosa".

El ser es lo que es. El ser es pleno. El problema de la nada es el problema de los **límites** del ser. Tuvimos que hablar de los compresentes espaciales y temporales del ser, de la cosa que está ahí. Para los fines de ahora me da lo mismo hablar del **ser** que del **ente**. En nuestro análisis del mundo y de las cosas, hablamos de sus límites, del horizonte. Decíamos que las cosas se ocultan unas tras otras. Que lo no dado, oculto, forma también parte de las cosas como sus compresentes espaciales. Compresentes son la cara opuesta de la moneda y lo que está más allá del horizonte. Mediante la imaginación podemos ampliar a voluntad el radio de ese horizonte, y entonces nos encontramos con la noción de mundo, de universo, de totalidad de lo existente. La **epidermis** del universo constituiría su límite, el horizonte último más allá del cual no es posible continuar alargando el radio, puesto que más allá no habría nada. Sería el único horizonte cuya misión no sería invitar a adivinar lo que se oculta más allá, puesto que, repito, por hipótesis, **más allá** del universo ya no se encuentra el ser, sino la nada.

Aproximadamente lo mismo encontramos cuando en lugar del espacio pensamos lo real referido al tiempo. Retrocediendo o avanzando desearíamos encontrar los límites en el tiempo del universo, unos límites tras los cuales volveríamos a encontrar en lugar del ser la nada. Los **últimos** compresentes espaciales y temporales del universo como totalidad serían la **nada**. Ahora bien: el problema de la nada es un falso problema filosófico. En el mejor de los casos es un problema marginal o exterior al ser, objeto de la filosofía. Lo más propio sobre la nada que podríamos decir es que **rodea** al ser. Jamás podríamos decir que la **nada** está dentro del "ser-para-sí", como afirma Sartre. De estar en algún lado está afuera, pero no dentro. Por ser la nada el más allá del ser, el problema de la nada es más bien el del origen del ser. En términos de espacio: ¿dónde comienza el ser? ¿Cuál es el primer horizonte del ser? ¿Dónde se encuentra la epidermis del universo? En términos de tiempo: ¿cuándo comienza el ser? Pero antes de tratar este pro-

blema dos palabras más sobre la nada. Decíamos que es un falso problema filosófico. Cuando combatíamos el realismo invitamos al lector a que imaginase un mundo muerto, vacío de conciencia. Pero fracasábamos. Pues inmediatamente decíamos que esta especie de paisaje lunar lo contemplábamos como al través de una cerradura, ocultos para no poner de manifiesto nuestra presencia, y, con ella, la conciencia. Es decir, que no podemos prescindir de ésta. Que no podemos imaginar que el mundo sea y que la conciencia sea **nada**. Pero tampoco pudimos realizar la operación inversa. Mantener la conciencia y operar la **nihilización** del universo. Pues ese vacío absoluto que ahora estaría **frente** a la conciencia despierta y vigilante, sería todo lo oscuro, brumoso y enrarecido que queráis, pero sería un **algo**, un extraño "ser-enfrente-de-mí" que imaginamos, pero nunca la vacía e inimaginable **nada**. Tratar de **eliminar conciencia** y **mundo** a la vez es todavía empresa más irrealizable. Eliminamos nosotros, nuestra conciencia, en un esfuerzo todo lo violento que queramos suponer, pero cuanto más se esfuerza en nihilizar la conciencia más está afirmando su propia realidad y, con su realidad, la del "ser-enfrente-de-mí", correlato de toda conciencia posible. Por consiguiente, en lugar de tratar vanamente de aniquilar el ser, aniquilemos la nada y troquemos el problema de la nada por el del **origen** del ser. El problema no tiene solución si el origen lo entendemos en el sentido de determinación del **dónde** y del **cuándo**. Lo único que cabe decir es lo siguiente: desde el presente —desde el presente de un ser cualquiera— el futuro es lo imprevisible. Pero, afortunadamente, **hacia** el futuro no está el problema del origen. Para abordar el problema del origen no hay que mirar hacia adelante sino hacia atrás. Dijimos que desde el **ahora** podemos tender un puente hacia el pasado. Entonces entendemos lo **ya sido** y podemos encontrar su justificación en las cosas que fueron con anterioridad. Por la libertad, antes de ser las cosas nos aparecen como **posibles**, pero cuando **están hechas** nos aparecen como **reales** y, además, **necesarias**, pues siempre podemos unir las por un puente con algunas anteriores que las explican. El tiempo, con su puño implacable, va poniendo en las cosas el sello de la necesidad. El tiempo metamorfosea las meras posibilidades en realidades. Ahora bien: si lo posible, en cuanto posible, **todavía** no es real, esto quiere decir que el tiempo es el gran creador. Pero el tiempo vacío, el tiempo físico, es un pseudotiempo, una ficción. El tiempo real tiene otro nombre: "conciencia-cosa" o vida. Por lo tan-

to, la fórmula aquella vale por esta otra: la vida es la gran creadora. Lo posible, lo que todavía no es realidad, es pura contingencia. Quizás el tiempo lo haga realidad. Pero quizás también pase indiferente por su lado, dejándolo —¡sabe Dios por cuanto tiempo!— en su carácter de mera posibilidad. Ahora bien: si el tiempo lo atropella y lo arroja a la existencia, pierde de inmediato su carácter de posibilidad y adopta el modo de ser de la **realidad**. Si esa realidad estuviera fuera de la corriente del tiempo, desligada del **antes** y el **después**, estaría ahí, frente a nosotros, como una realidad inexplicable. Es decir, sería real, pero contingente. Mas esta suposición no es real. Toda cosa que el tiempo **llama** a la existencia, viene a su **turno**, en la hora precisa. Y a su turno quiere decir que adviene a la realidad **detrás** de otras con las cuales se encuentra conexas. Esto quiere decir que la contemplamos como si nunca hubiera sido posible, como si desde el origen de los tiempos hubiera estado ahí, esperando a que le llegare el turno de volverse realidad. Claro es que esto sólo ocurre cuando **es**, cuando es realidad. Por tanto, toda realidad, toda vida, todo suceso de nuestra vida, en cuanto reales son necesarios. Y es necesario porque podemos conectarlo con todo lo anterior. Esta "conciencia-cosa" que soy yo, los mundos que han sido, todo eso es necesario. La más humilde cosa es absolutamente necesaria, aunque hasta ahora nos hayan acostumbrado a pensarla como contingente. Si llamamos **historia** en su sentido lato a todo lo que encontramos mirando hacia atrás, podemos decir que la historia es **necesaria** o, mejor aún, necesidad. Razón tenía Hegel cuando afirmaba que el único supuesto que el filósofo introduce en su consideración filosófica de la historia era la razón. La razón preside la historia. Razón significa posibilidad de **explicar** cualquier hecho; de contemplarlo como necesario, como término y culminación lógica de todo lo anterior. Historiador es el que mira hacia atrás desde el presente. El que hacia adelante mira es el profeta, esa especie del historiador **del revés**, como lo llamaba Hegel. El profeta es el adivino, el que predica la **posible realidad** de lo posible.

Las cosas finitas ahí, hechas —y para nosotros todas las cosas son siempre finitas— son necesarias. Sólo fueron contingentes cuando eran posibles, es decir, antes de ser precisamente cosas reales. Lo que es, por serlo, es necesario. Pero remontando el curso del tiempo nos vamos acercando hacia el límite, hacia el origen, hacia la nada envolvente del ser, hacia el **ser primero de todos**. La filosofía

lo ha denominado tradicionalmente Dios. Como **antes** de Dios no había un presente desde el cual pudiera ser contemplado como **posible**, Dios es pura y sencilla **realidad**. Pero desde el origen, desde El, desde Dios mirando hacia atrás encontramos la nada, la ausencia de ser. No podemos, por tanto, **tender un puente** entre Dios y las cosas que fueron **antes** que Dios, porque antes de Dios, antes del origen no hay nada. Por consiguiente, es imposible explicar a Dios, conectarle con nada. Mas si no podemos explicar a Dios, verle como la culminación y el desenlace final de unas cosas que fueron antes de El, esto quiere decir que Dios **no es necesario**. Dios es **real**. Está ahí, como límite último de las cosas, justamente un momento o un lugar antes de llegar a la nada. Jamás un día Dios fue posible como nosotros. Dios es real. Dios es el límite entre el ser y la nada. El muro que impide que la nada **entre** en el ser. Nosotros fuimos posibles, somos ahora reales, y, además, mirando hacia atrás, mirando hacia el origen, mirando hacia Dios, somos necesarios. Dios en cambio nunca fue mera posibilidad, siempre fue real, pero nunca fue necesario. Dios, entre todas las cosas reales, es el único contingente. El mundo es necesidad y razón, pero el origen del mundo —allá donde el mundo limita con la nada— es contingente, irracional, absurdo. En el **arjé** no está el **logos**, sino la más completa contingencia. No la razón, sino el absurdo. Nuestro mundo carece de explicación, porque lo que está **más allá** del mundo, la nada, nada explica. Pero carece el mundo de explicación **en su límite último**. A partir de él, es absolutamente racional y claro. Por lo menos **hasta** aquí, hasta el presente. Hacia el futuro es sólo un confuso montón de posibilidades, no reales todavía.

El hombre hace, actúa, cambia. Es temporalidad fundamentalmente y, por lo tanto, no puede por menos que obrar. Pero su obrar no es un **dejarse ir**. La teja que cae, si tuviera conciencia, se daría cuenta de su hacer —de su ser— pero no tendría que hacer esfuerzo alguno para seguir cayendo. Le bastaría dejar —sin esfuerzo de ninguna clase— que cierta misteriosa fuerza —la gravedad— la arrastrase hacia el suelo. También la vida humana es arrastrada, por su temporalidad, a un hacer continuo. Pero su hacer exige esfuerzo; es un **quehacer**. Nadie **se deja** cambiar con el tiempo a la buena de Dios, sin echar mano del timón que oriente ese cambio. Y eso requiere, repito, un esfuerzo, un trabajo, por parte del ser humano. Es muy probable que la vida humana —como vida biológica— subsistiese dejándose arrastrar por la corriente del tiempo. En buena

parte en eso consiste el hacer del animal. Este se deja gobernar por el instinto. El hombre —piloto con la mano en el timón— pretende gobernar —piloto se dice en griego *kybernetes* y, de ahí, gobernante— su vida, no que sea gobernada por nada ni por nadie. Aunque el hombre *tiene* que hacer, *su* hacer es *suyo*. Y es *suyo*, porque el hombre, aunque *tiene* que hacer, al hacer obra libremente. El futuro del hombre —por la libertad— es un horizonte de *posibilidades*. A la piedra que cae no le queda otro recurso que estrellarse contra el suelo. Por eso, el futuro *de* las cosas es un pseudofuturo. Un futuro muy distinto del futuro del hombre. Lo que la cosa sea es previsible. E im-pre-visible es siempre el futuro del hombre. El futuro de la cosa es *casi* un presente, un presente *que no ha llegado todavía*.

Interesaría, pues, saber el mecanismo en virtud del cual el hombre gobierna su vida. Con decir *libertad* no basta. El hacer del hombre no es ciego. Obrar libremente no quiere decir que el hombre marche a oscuras y que, ante el vacío, elija sin motivos, sin razones. Por seguir la metáfora del nauta, su hacer es como el del marinero que orienta el rumbo de la nave por las lucecillas intermitentes que desde la costa lanza el faro. El abrupto acantilado que frente a sí encuentra el hombre es el mundo, el "ser-enfrente-de-mí". Allá es donde deben encontrarse las luces de referencia para el ejercicio de su libertad. Mentamos el nombre de esas lucecillas: son los valores. Si el valer de los valores estuviera debidamente equilibrado —igual valiese esto que aquello— no elegiríamos y nos pasaría lo del cuento del asno de Buridán. Los valores, dijimos, están en las cosas, son *parte* de las cosas como sus compresentes temporales. Que los valores son seres ideales —o que no son seres y que su forma de ser es el valer, etc.—, que los valores *encarnan* en cosas, son interpretaciones teóricas sobre los valores. Lo primario, lo real, es que las cosas *contienen* valores, que percibimos al percibir las cosas. O mejor, pues el lenguaje pudiera conducir a falsas interpretaciones: que el *momento* valioso de la cosa hace que tal cosa que percibimos sea esa precisamente y no otra. No es que la cosa *con* valor sea la misma que sin él. El valor no es un *añadido* a la cosa, como la coleta a la nuca del mandarín. Si hay valor —compresente temporal— hay *una* cosa. Y si el valor no fuera, no estuviera allí, en lugar de esa cosa tendríamos frente a nosotros otra distinta. Lo dijimos ya: el libro es libro para mí; mas para el primitivo es una cosa comple-

tamente distinta. Aprender las cosas es aprender los valores; no que *en* ellas *están* —que esto parecería indicar una separación entre la cosa y el valor— sino que hacen de la cosa tal cosa.

Aprende el hombre el valor concreto de la cosa valiosa, y después, en un acto de *abstracción* ideatoria, intuye el valor correspondiente como ente ideal. Son esos valores abstraídos de las cosas valiosas los que orientan la vida del hombre y permiten el ejercicio de su libertad. Sin ellos, si el hombre no estimase más o menos los valores, si no prefiriese unos a otros, *dejaríase ir* y su vida apenas diferenciaríase de la de los animales. Estaría en movimiento, actuaría, pero su hacer no requeriría de esfuerzo alguno por su parte. Ahora bien: no son los valores, en su pura idealidad, los que, en efecto, mueven al hombre. Erraríamos al pensar que los valores están *al fondo* del futuro invitándonos a marchar hacia ellos. No vivimos *para* la justicia, sino para la realización de tal o cual sociedad justa que pre-vemos. De igual modo, no perseguimos la belleza, sino un mundo en donde existan tales o cuales cosas bellas. Así en todos los casos. El hombre es hombre por la anticipación imaginativa. La actividad y el esfuerzo del hombre en la vida están en razón directa de su fuerza de imaginación. Es en este sentido que tenía razón plena Ortega y Gasset cuando decía que la vida es faena poética. Queremos ser tal cosa; pero, además, queremos ser tal cosa en un mundo concreto y determinado. Es decir: que la tarea del hombre —de su imaginación— es doble: imaginar el héroe que desea ser, y el mundo concreto en donde desarrollará su papel de tal. Y es esa vida y ese mundo futuros los que de verdad *tiran* del hombre condicionando su esfuerzo de cada minuto. Ese mundo *pre-visto* es, sin embargo, *im-pre-visible*. Es previsto por nuestra anticipación imaginativa; pero imprevisible por nuestra libertad. Si fuera absolutamente previsible, la vida humana, el futuro humano, sería —tal es el caso del curso de un astro— un presente *que no ha llegado aún*. Si, por el contrario, el porvenir fuera completamente imprevisible, marcharíamos a oscuras, y cualquier acto humano sería gratuito. Nos sentiríamos juguetes del destino y ejercer la libertad, elegir, sería una ingrata y pesada tarea. Que el futuro de la vida de un hombre sea pre-visible en cierto modo y, a la vez, im-pre-visible, quiere decir que está lleno de posibilidades. Posible es lo que puede ser y puede no ser. En cuanto puede ser es previsible. Algo absolutamente no visible desde ahora tampoco puede ser una posibilidad. Y en cuanto puede ocurrir perfectamente que lo po-

sible **no sea**, el futuro humano es, por esencia, im-pre-visible. Ese margen de inseguridad que forma parte de la esencia del futuro humano, trae consigo que cualquier plan o proyecto vital del hombre sea por naturaleza posibilidad y nada más que posibilidad. La única posibilidad real —posibilidad porque **todavía no es**, pero real porque **será**— es la muerte, que, por eso, más que posibilidad es un **presente que no ha llegado aún**. Porque vivir es vivir para el futuro y porque el futuro es por esencia **posibilidad** y no **existencia** o **realidad**, la ocupación anticipada con el futuro —que realizamos mediante la anticipación imaginativa— es de toda necesidad **preocupación**. Preocupación porque ese héroe que pretendemos ser y ese medio en que nos gustaría estar, **no sean**, sean meramente posibles. Pero más terrible sería aún que en lugar de posible fuera ya desde ahora necesario. La vida del hombre sería similar al desarrollarse paulatino, por etapas, del árbol. No tendríamos que esperar que el tiempo fluyese para decir: he vivido. La vida **estaría vivida** desde ahora. El tiempo sería terriblemente largo, Nos faltaría la libertad. Y estaríamos viviendo a cada minuto las escenas postreras de la vida. Una vida con un futuro previsible —donde los sucesos en lugar de **posibilidades** fueran realidades— sería una larguísima agonía de años. Moriríamos todos los días, todos los minutos. Igual que el desesperanzado condenado a muerte que pasa sus últimas horas en capilla pre-viendo una y otra vez el terrible desenlace fatal en la horca o en la silla eléctrica. Preferible a eso sería vivir ciegamente, sin conciencia. Si la angustia brota en el hombre por esa única necesidad —no posibilidad— que es la muerte, en el ámbito de la vida futura, imaginémonos cuál sería la angustia potenciada que sufriríamos de prever todos y cada uno de los sucesos de nuestra vida por delante. Si la libertad es la responsable de la im-pre-visibilidad de nuestro futuro, debemos dar las gracias a nuestra libertad por permitirnos llevar hacendera la vida. El hombre es una especie animal imaginativa. La libertad es el antídoto a los peligros potenciales que encierra esa tremenda facultad imaginativa del hombre. Libertad sin imaginación sería ciega; pero imaginación sin libertad sería un atentado y, a la postre, un suicidio de la especie humana. En resumen: la vida sin libertad sería imposible. Imposible porque sería o la maldición de una lenta agonía insoportable o un inútil bracear ante la sima oscura de lo desconocido. Pero la vida existe, existe esplendorosa. Ella es la prueba, por consiguiente, más brillante de nuestra irrenunciable libertad.

A propósito de Electroencefalograma

"¿Quiéñ se hubiera atrevido a pensar que la puerta hacia el Llasha cerebral resultaría la glándula salivar del perro?", dice el escritor Alejandro Yugow, en uno de sus capítulos de la Biografía del gran fisiólogo Ruso Ivan Petrovich Pavlov, refiriéndose al hecho de que así como el Llasha, capital del Lamaismo, residencia del Dalai, fué un secreto vivo a donde no pudo entrar la mirada escrutadora de la curiosidad europea, durante siglos de siglos; así también, gracias a la paradógica, sencilla y complicada —aparente paradoja que la ciencia se ha encargado de aclararla— experiencia de Pavlov, el cerebro entreabrió sus puertas, dejando que penetre un rayo de luz en esa tiniebla insondable del hombre que se llama corteza cerebral.

Sinembargo diría yo, que si el estudio de la secreción salival entreabrió las puertas de ese misterio, una de las eficientes guías en el reconocimiento de ese antro, resultó, después, sin lugar a dudas, la técnica del ELECTROENCEFALOGAMA: verdadera linterna eléctrica que, si ahora deja pasar algunos rayos de luz, haciendo algunos claros en esa enmarañada e intrincada selva del sistema encefálico, quizá después de algunos lustros de investigación y mejor técnica, nos señale senderos fisiológicos precisos hacia el conocimiento de todo lo que sucede en el origen de nuestro intelecto.

Pero para llegar a eso, cuánta lucha, cuánto sacrificio, y sobre todo, cuánta tardanza. Cuando se lee en la Historia de la Fisiología, y se observa las relativamente pocas investigaciones que se han realizado antes, sobre el sistema nervioso, en cambio de los grandes adelantos en otras técnicas, se sorprende uno de dos cosas: Primero; que el hombre haya gastado tantos siglos y siglos, descubriendo e

inventando maravillas que son el orgullo de la raza: pero casi nada sobre su cerebro, sobre lo que es asiento de lo mejor que tiene el hombre: su pensamiento; recién, en la primera mitad del siglo XIX se hace alguna luz en esa sima profunda. Y segundo, aún ahora, mientras la inteligencia, orientando ciencia y arte, se empeña con frenesi en la conquista de los espacios siderales: qué poco, cuán míserima la atención que la sabiduría actual concede, relativamente, a estudiar algo que es base de su base científica, suelo firme desde donde pueden volar todos los SPUTNIKS a la ventura espacial, que es nuestra corteza cerebral; pues que desde "tanquam tabula rasa" que decían los escolásticos, se convierten a la vuelta de pocos años, en roca abrupta o milenaria selva, en donde moran, agazapados tras los viejos troncos, nuestros pensamientos hoscos; o volando alegres sobre las verdes ramas, nuestras ideas sanas.

Mirad, si no, cómo fué de lenta, la linterna de la ciencia en busca de esos senderos.

Desde Hipócrates y desde Galeno, avanza la Medicina, aunque con paso de tortuga: pero respecto a la actividad de la corteza cerebral, nada o casi nada, porque también, casi no se piensa en ella, fisiológicamente.

En 1691 Robert Boyle describe el caso de una "parálisis muerta" como se decía entonces, del brazo y de la pierna derechos, a consecuencia de una fractura del cráneo con depresión. Y, a pesar de esa observación que podía ser el gran hito que señale rumbos hacia aquel país desconocido que quedaba dentro de la cáscara ósea craneal, fué necesario que pasaran casi dos siglos, para que dos investigadores alemanes: Fritsh y Hirtzig, en 1870, anunciaran que la estimulación de la corteza cerebral, en la circunvolución prerrolándica, daba lugar a movimientos musculares definidos.

A principios del siglo pasado, Francisco José Gall, enuncia la teoría de que todos nuestros estados animicos: la virtud, la codicia, la intemperancia, tienen su asiento en zonas determinadas de la corteza cerebral, y los frenólogos más avanzados, creían determinar el temperamento de una persona, de acuerdo a los salientes y depresiones de la bóveda craneana, correlativas, decían ellos, a las de la superficie cortical.

De la Frenología se pasa al extremo opuesto, al aseverar que el cerebro por sus múltiples asociaciones, responde como un todo a la excitación parcial de la corteza; hasta que a mediados del siglo pasado, se comienza a apreciar el justo valor de cada zona cortical, creando así una verdadera Cartografía encefálica: en la que el manto cerebral aparece como un verdadero mapa, cuyas demarcaciones geográficas significan localización de actividades propias de nuestra corteza.

Es entonces, que desde los descubrimientos de Fritsh e Hirtzig, se inician las grandes aventuras y viajes al rededor de ese mundo siempre desconocido; viajes y aventuras en los que la humanidad aún está engolfada, pues en el descubrimiento de este nuevo mundo, no ha habido todavía el Sebastián Elcano de la Neurofisiología, que a los pocos años de descubierto, diera la vuelta completa al rededor de esa esfera biológica que son nuestros hemisferios cerebrales: en cuyos repliegues quedan aún continentes en miniatura, cuyo suelo no ha hollado "ningún viandante todavía".

Y hay más todavía en el extenso campo de la especulación científica: el cerebro, más precisamente, su corteza, es una formación relativamente nueva en el mundo de la Filogenia; nuestro sistema de núcleos y fibras, son la floración reciente, en mamíferos, de elementos anátomo-fisiológicos, que no se encuentran sino exageradamente rudimentarios en especies anteriores. Qué de sorpresas nos depararán en el mañana de los siglos estas microscópicas formaciones nerviosas, cuando la especie haya madurado mejor? No podemos creer que esta corteza, que recién aparece, en el decir biogenético, aparentemente bien conformada, en el orden más representativo de mamíferos: los Primates, y de preferencia en un especie selecta: el hombre, sea la culminación de lo perfecto. Es de suponer, filogenéticamente hablando, que la evolución de la corteza encefálica, no se detendrá en nosotros; y que por tanto esta enmarañada red de núcleos, de estaciones, de vías, de conexiones, etc. que significa nuestro sistema nervioso y del que recién, hace menos de cien años, comienza a entender el hombre, siga hacia su mayor perfectibilidad, cuya orientación concreta, no podemos esbozar.

Porque, de otro modo, habría para creer, siguiendo la dialéctica cruda, que somos la cúspide más alta y definitiva en la evolución

biológica y que desde nosotros comienza el descenso hacia la otra cima, la con s, la de la regresión involutiva; quién sabe si por aquello de que "abisus abisus vocat": la una cima que llama a la otra. Acaso hemos llegado ya a la Era de ese llamado? Quién sabe si ese puente de una cima a la otra, no sea talvez este primer puente aéreo a la luna, que con desesperación, el hombre construye ahora, sobre su propio abismo?

En qué consiste y qué utilidad tiene el Electroencefalograma.

Voy a referirme a algo concreto en la contestación a estas dos preguntas, a algo de las proyecciones que puede tener el método, sin enfrascarme en definiciones y descripciones clásicas, que se pueden encontrar con lujo de exposición en los textos clásicos; quiero hacer de ésta una disertación de asuntos para médicos, que no una exposición científica de asuntos de técnica especialista, a lo que, por otra parte, no estoy autorizado.

En 1929, hace veintinueve años o más, o sea como cosa de nuestra generación, el psiquiatra alemán Hans Berger anunció por primera vez, que si se aplicaba electrodos a la cabeza de un hombre y se los conectaba a un oscilógrafo de Rayos catódicos, con la respectiva amplificación, se podía registrar potenciales que conservaban cierta ritmicidad. Es decir, que nosotros podemos enfocar en una pantalla los registros que las variaciones de potencial eléctrico producen, si logramos captar esas variaciones de potencial, por medio de los contactos electródicos en la corteza cerebral o en la superficie craneal; lo que significa que la actividad cerebral, concretamente, la de su corteza, puede ser retratada en una pantalla por medio de ese registro eléctrico. Algo, pues, formidable, a lo que no había llegado ni el más delicado bisturí, ni la más paciente investigación directa sobre el cerebro "in situ".

Pero, todo tiene su pequeña historia. No fué un descubrimiento íslico el del Profesor Berger. Como en todo, hubo una larga concatenación de hechos y experiencias anteriores que datan de más de un siglo atrás.

Todos vosotros recordaréis la célebre experiencia de Galvani en el Siglo XVIII. Colgó una rana por sus patas en la reja de hierro de

su balcón, por medio de un alambre de cobre. Cada vez que una corriente de viento provocaba el vaivén de la rana, haciendo que sus patas tocaran el hierro del balcón, se producía una contracción muscular. Por ahí he leído, que fué su sobrina, la que puso en el hito a Galvani, para hacerle presente la observación y demostrarle que esta experiencia se producía aún en días serenos, cuando la atmósfera no estaba cargada de electricidad. Sea de ello lo que fuere, ambos se dieron cuenta que lo que sucedía era, que se cerraba el circuito hierro—cobre—tejidos hierro, y que en definitiva, la electricidad de los tejidos se transmitía por los metales.

Recordaréis también que Volta, negó esta interpretación; y sostuvo que no había tal electricidad de los tejidos, sino que se trataba de electricidad engendrada en las superficies superpuestas de diferentes metales, como lo demostraba su clásica "Pila de Volta".

La gran discusión, dió provechosos resultados. Al fin, se llegó a saber, por una sencillísima experiencia, que si colocamos un nervio disecado de una rana, sobre el músculo desnudo de otra, cada vez que se hace el doble contacto entre superficie sana y superficie lesionada, se produce una contracción; con lo cual se llegó a saber, digo, que los tejidos, y de preferencia el nervio, tienen una actividad eléctrica propia. Estaba dado ya el primer paso; se abría ya la primera puerta del gran misterio.

Después Mateucci, en 1842, observó que, al revés, la contracción de un músculo provocaba la actividad de un nervio puesto en su contacto.

Luego, Du Bois Reymond nos hizo saber que lo que pasa es que la región excitada de un tejido se hace electronegativa con respecto a otras en reposo.

Por fin, hace poco tiempo se llegó a conocer, hermanando la Fisiología con la Química Biológica, que había una diferente distribución de iones a uno y otro lado de la membrana tisular; y que en definitiva, las células eran grandes bombas de Sodio en miniatura. Este es otro capítulo, a cuyo propósito desearía extenderme algo, que ahora paso sólo citándolo.

Bien. En 1874, Caton, de Inglaterra, admite la existencia de una actividad eléctrica cerebral en los animales; y en 1913, Neminski confirma esta tesis, con el uso de un galvanómetro.

El Profesor Berger es el verdadero creador del método, (con razón las ondas del E. E. G. se llaman ONDAS BERGER), pues sus estudios datan desde 1902, persistiendo durante 22 años en sus pacientes investigaciones, hasta que logra demostrarlo en la corteza cerebral del perro en 1924; y por fin, cinco años más tarde, en 1929, en el hombre.

Diré, entre comillas, de los estudios realizados por Berger, se desprende que el cerebro del hombre tiene una pulsación eléctrica que proviene de las neuronas, la cual se va modificando en el niño, hasta estabilizarse en la edad adulta, y que cambia por la estimulación sensitiva y por ciertas enfermedades", que es la definición textual de las experiencias de Berger.

Por refrescar la memoria, solamente, citemos que los registros clásicos son: de ONDAS ALFA, BETA, DELTA y GAMA.

ONDAS ALFA.—Frecuencia de 10 ciclos por segundo, entre valores extremos de 8,5 a 12; con un potencial que varía entre 25 a 75 microvolts.

Estas ondas caracterizan el reposo mental del individuo despierto, o con los ojos cerrados, o del que duerme con sueño normal o con narcóticos; pues si el individuo, estando en silencio abre los ojos, o estando aún con los ojos cerrados, realiza un cálculo mental, o cambia de alguna manera su actividad intelectual, en seguida cambia el ritmo del registro, como pude observar en la hoja de un E. E. G. tomado en el Instituto de Fisiología de la Universidad de Concepción, con el Profesor de la Cátedra, en un individuo normal, de unos 16 años más o menos:

Por lo común, el cambio de ritmo, en las condiciones anotadas, pasa desde Alfa, al ritmo Beta.

ONDAS BETA.— Frecuencia entre 15 y 60 ciclos por segundo en grupos irregulares; y de unos 10 microvolts. de potencial.

Se confunden a veces, con los potenciales musculares. Este ritmo representa, en líneas generales, estimulación sensitiva de la corteza. Existe un "tono cortical", siempre presente, cuya traducción se discute todavía, para saber si es producto de la permanente llegada de estímulos por el tronco central, o se trata de circuitos reverberantes del Eje Corteza-Tálamo-Corteza.

ONDAS GAMA.— Frecuencia superior a 35 ciclos; y potencial más o menos de 10 microvolts. No tienen mayor interés, por razones que no son del momento necesarias de explicación.

ONDAS DELTA.— Tienen frecuencia de 4 ciclos por segundo; y voltaje de 100 a 300 o más microvolts.

De valor diagnóstico en ciertas enfermedades: preferentemente en el Gran mal, en sus fases tónica y clónica.

APLICACIONES Y COMENTARIOS.— Como todos los métodos en Medicina, éste es sólo una pauta para orientar al médico sobre si el registro del E. E. G., se acerca o no a lo normal, tomando éste como el que ofrece una persona sana, adulta y en reposo; pues es de considerar la serie de variaciones que aún dentro de lo normal ofrece el registro electroencefalográfico.

En primer lugar, hay tantas diferencias individuales, de modo que cada persona tiene su E. E. G. propio. Como prueba, se sabe, por ejemplo, que las gráficas de dos gemelos son tan idénticas, como si hubiesen sido tomadas de una misma persona, en diferente tiempo solamente.

Pueden observarse también variaciones con respecto a la edad. En los años de la infancia el ritmo del registro es lento y de voltaje alto; este ritmo va cambiando en el curso de los años, tornándose paulatinamente más rápido y de voltaje más o menos bajo. Es interesante saber que a la edad de trece años o menos, el E. E. G., registra ya un ritmo que no variará y que puede considerarse igual a la de una persona adulta.

Se observan igualmente variaciones de registro, en el momento de la atención o de la estimulación sensorial en general, según pue-

dese comprobar en el E. E. G., en donde pueden verse fácilmente las variaciones del ritmo, cuando el individuo abre los ojos, o cuando con los ojos cerrados se produce una estimulación sensorial, como el hecho de producir un chasquido con las manos, o como cuando en el mismo estado, se le pide realizar un cálculo mental, por ejemplo. Hay que observar el hecho, también, de que inmediatamente que ha pasado la estimulación de prueba, vuelve el ritmo a su estado anterior.

Hay otras variaciones de origen, así mismo fisiológico, que ahora solamente las mencionamos, por no ser del caso, en esta vez, su descripción; por ejemplo, la hiperventilación, por su correspondiente alcalosis; la hipoglumecia; las diferentes etapas o períodos del sueño; los factores metabólicos, etc.

LO ANORMAL.— El E. E. G. ha podido ser aplicado a la medicina, precisamente, porque en ciertas lesiones del cerebro, produce ritmos típicamente anormales, con lo que se puede completar, ratificar o modificar un diagnóstico clínico, que siempre es, desde luego, el más valedero.

Tenemos el caso de la Epilepsia, clásica afección de la corteza cerebral. En esta lesión, pueden observarse característicos registros disrítmicos. Durante las crisis convulsivas, se tienen muestras naturalmente anormales y propias de todo periodo convulsivo, de modo que es lo decisivo para el diagnóstico; pero como los Electroencéfalogramas no pueden ser tomados en el momento de las crisis, de ahí la necesidad de realizar registros aparentemente normales, en los probables epilépticos, en los periodos de intercrisis, que dan un registro bastante conocido; aunque, a veces, en un 15%, exactamente igual a lo normal; de modo que no todo resulta "a pedir de boca".

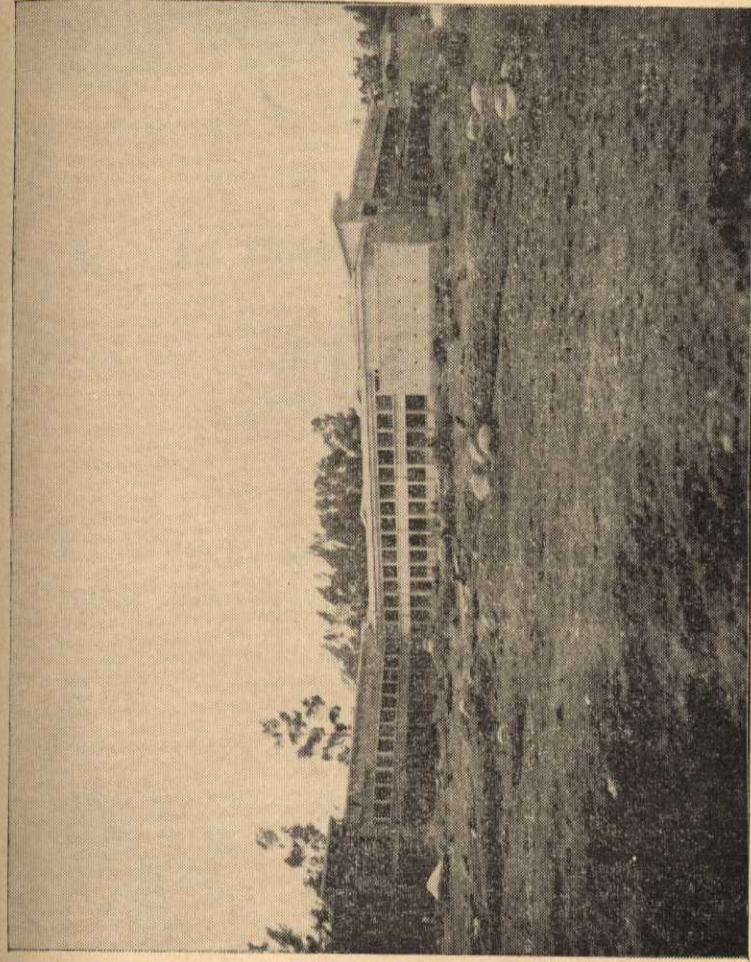
Los tumores cerebrales pueden también ser diagnosticados conociendo que en ellos el registro es preferentemente de ONDAS DELTA; pero sirve el método especialmente para la localización de ellos.

Neoplasias, abscesos cerebrales, lesiones cerebrovasculares, hematomas extra y sub-durales, pueden beneficiarse también con el método, cuando se está familiarizado con su correcta interpretación.

Sin embargo de lo que a primera vista puede creerse, la Psiquiatría, se ha beneficiado poco del E. E. G.; pues las anomalías del ritmo en los enfermos mentales son tan bajas, que no dan para que sirvan de pauta en la orientación clínica. Prácticamente, el E. E. G. en los enfermos mentales es casi siempre normal; y para lo que sirve es solamente para el diagnóstico diferencial, con las entidades nosológicas que antes hemos enunciado.

NUEVAS ORIENTACIONES.— Se está sacando actualmente interesante partido, en investigación en animales con la obtención de E. E. G., de regiones determinadas del encéfalo, no sólo de la corteza, llevando los electrodos hacia zonas profundas, guiados de croquis topográficos bien precisos, a fin de registrar la actividad de núcleos bien precisos, relacionando todo esto, con los procesos del condicionamiento que es decir con múltiples aspectos del aprendizaje.

La Neurofisiología esta sacando mucho fruto de esta aplicación, y creemos que después de pocos años, habremos descubierto un derrotero más, un haz de luz más claro, para irrumpir en esta inagotable mina, en esta abrupta y oscura selva que significa nuestro cerebro, hasta dar con la fuente primigenia e inagotable del pensamiento humano.



Vista de los edificios destinados a la Facultad de Ciencias Matemáticas y Físicas en la Ciudad Universitaria. La construcción avanza aceleradamente.

El Poema de Schubert

Madre: te entrego este Poema con la misma infinita ternura con la que, desde antes, te entregara mi alma....

Poema, bello y cristalino poema la vida de Schubert....

Poema, suave y transparente poema, la obra de Schubert....

Porque el poema no es sino la exacta traducción de la belleza sencilla de la vida, en toda su pureza, en toda su diafanidad, en su máxima expresión que es el idioma musical de los seres y el musical idioma del silencio sagrado de las cosas....

El poema de Franz Schubert se produce con total sencillez y naturalidad, con absoluto sentido de lo espontáneo, porque conoce y expresa los pequeños grandes secretos que hacen de la vida ley armoniosa aún en sus aparentes contradicciones y dolores.... Como el cristal latente de la cascada, puramente vestido de luz y puramente desnudo en ternura, el canto le brota como mandato directo del alma, como lección de naturaleza encantadora, con frescura admirable que obliga a tomar el agua en el cuenco de la mano para beberla recién besada de alas y cielo....

Su voz es tal que esas flores pequeñas de los campos, ingenuas, simplemente ataviadas del rosa tenue de la primera luz de la ama-

neceida o del violeta de un cielo pensativo que se va yendo silenciosamente triste hacia la noche.... Ninguna arquitectura humana, por más sabia y profunda que sea, logrará igualar la leve arquitectura de estas flores pequeñas que se salen de su misma tierna realidad de muchachas descalzas en la oración inefable del perfume, que vuelan en alas de aroma hacia la altura, que conquistan con intangible pie angelical el derecho a besar la luz de la mañana o el sencillo palpitar de las estrellas....

El bello y puro milagro de cada día, el bello y puro milagro de cada noche, se cumplen en Franz Schubert con pureza original incomparable.... Frescura de creación, juventud de armonía, niñez de corazón, porque la perfectísima perfección exige un corazón bueno, manso, que ha descubierto la esencia sensitiva del mundo, que estudió con enamorada pupila los acontecimientos pequeños creadores de la gran armonía....

Sencilla, dulcemente, Schubert presiente y encuentra las puras simples verdades. El ser de la luz que viaja lo mismo en alas de la pequeña mosca plateada que en la melena desordenada del viento. La lluvia que llora en los cristales las ausencias, ese llanto desconsoladamente infantil y tierno, resbalando sobre mejillas de cielo entristecido, siendo melodía en el mundo de los recuerdos y las esperanzas que destruyó el destino, de las caricias que son apenas sombras encantadas deshaciéndose en la escala pequeña del beso solo o de la lágrima, perdiéndose en la escala pequeña del sufrimiento. El fuego sencillo prendido en medio bosque, con sacrificio de hojas secas que martirizó el otoño, elevándose en lenguas acariciantes, saltando en chispas que quieren ser estrellas en un cielo mínimo, cantando la canción de la vida antes de hundirse en la ceniza.... La aurora con todas sus delicias ingenuas: desde el momento en que la niña vestida de tules intangibles calza sandalias de seda suavísima y tierna hasta el instante en que extiende sus brazos blanquísimos y sacude la melena dorada en amor de luz plena.... La noche, la bendita noche de las meditaciones y los perfumes, desde que asciende por detrás de la montaña la primera tímida estrella hasta que el cielo es jazminero bellamente desordenado de lágrimas distantes....

Schubert es un milagro de ternura y sensibilidad, pero no el desconcertante milagro que desquicia las leyes de la naturaleza, sino

el diario milagro simple que ya ni causa asombro por su misma naturalidad.... No hay un ingenuo milagro en el ser del agua que canta un lied al amor de las hierbas perfumadas?... No es milagro el gusanillo de luz remando en el aire de la noche la palabra que un niño pronunció apenas en la suavidad del sueño?... No constituye milagro la transmigración del perfume de las flores a la blanca inmaculada por obra de laboriosas mínimas obreras que cumplen mandato armonioso bajo la hora de sol?... No es un milagro de ternura el instante en que el viento acaricia la melena de los trigales maduros y hay música en sol menor?... No representa milagro esencial el color de las campánulas que obliga necesariamente a la sonrisa y al acariciar como de mejillas femeninas?...

En Schubert es la naturaleza pura, sencilla, diáfana.... Todo lo mira y comprende su ternura infinita, todo lo ama su alma enamorada de la sencillez.... Sin duda existirán creadores más intensos, más profundos, más grandes en el descubrimiento de las cósmicas armonías, pero nunca más sencillamente conmovedores que este Schubert hermano de las flores y las estrellas.... Su poema es perfecto porque está hecho con las mínimas cosas perfectas: un suspiro, una gota de rocío, el roce de un ala o de un ensueño, una lágrima.... Su mensaje es de tal claridad que, aún en medio del llanto, siempre queda la sonrisa, esa sonrisa maravillosamente comprensiva que todo lo perdona, porque todo lo ama de amor poético y manso....

Cumpliendo con el hondo sentir de Oriente, Schubert se entrega en amor, en inefable amor, en amor muchas veces encendido en sus propias íntimas tristezas, en sus pequeños dolores, en sus esperanzas destruidas por el ábrego.... Pero siempre, siempre en dación de amor perfecto y absoluto, en melodía completa y cristalina, en clarificación definitiva aún de la bruma o la noche que la vida puso en su destino de mansedumbre incomparable.... Schubert es un ángel que, por alguna equivocación de los horóscopos que no es dable saber al pensamiento humano, se quedó aquí, sobre la tierra, hermano nuestro en el alma.... Cuando viajaba, sin duda, a otras regiones donde todo es florecer de lirios y ternura de nubes blancas he aquí que la tierra le retuvo, lo quiso para sí, porque poseída como se halla de tanta angustia, soledad y tristeza, necesitaba un ángel que le diera bendiciones en puro amor musical....

Ángel con voz y corazón de niño, ángel de infantilidad hermosa, los pocos años que ha de vivir sonriendo y llorando en pura armonía no transcurren para él en los calendarios del amargo residuo espiritual que deja la tremenda y simple verdad de vivir la vida.... Siempre es un niño genial, siempre juega humanamente dulce con sus diarios motivos, siempre embarca en los ríos de agua transparente de su música los barcos mínimos del ensueño donde hay marinería de pétalos y velas desplegadas de enamorado corazón.... Es un enamorado de la belleza, un idealista puro, un evangelista sencillo del aroma, un escolar sabiamente ingenuo de los jardines y las constelaciones....

Dación de amor y sacrificio es la vida de Schubert.... Entrega infinitamente amorosa de dulzura y belleza su Obra.... Sí, porque sólo el amor vuelve humana la humanidad, porque sólo el amor le enseña los caminos que de este lado de la tierra puede conocer de la divinidad.... Existe, ciertamente, milagro de santa comunión pura en la entrega y ofrecimiento de las alegrías íntimas, pues la sonrisa se regala con la misma ternura que una flor.... Pero hay más amor en la entrega de las íntimas tristezas, porque sabido es que la poesía toda y el arte todo son tan sólo la purificación de la tristeza.... Se ha de amar al mundo en la entrega sencilla de las alegrías y las tristezas, de los instantes de luz y aquellos otros en que la sombra define presencias suspirantes.... Mas si alegrías y tristezas deben entregarse a los hermanos, será en purificación perfecta, hallando lo claro en lo claro pero más lo claro en lo aparentemente obscuro, aunque, bien visto, nada es del todo obscuro para el humano corazón: en plena noche, cuando el espíritu se inquietaba por el silencio de la altura, he aquí que sencillamente, tal como el agitarse de la mano de un niño, nace una estrella.... Cuando el agua atormentada de honduras del pozo profundo meditaba sobre su realidad sin caricias, una muchacha se sienta en el brocal y canta, canta para aprender a besar, y el canto besa el agua oscura y la llena de ternura infinita, y del fondo del pozo angustiado vuelve el eco húmedo de la canción a besar los labios de la ingenua cantora con el beso del novio que no conoce todavía.... Cuando el árbol viejo, sobre el que ya no se detienen los mensajes de la primavera, cuando el pobre árbol condecorado apenas de cicatrices incurables contemplaba con especie de suavizada envidia la distancia fragante de luz, el ave pequeña, el gorrioncillo que vuela en poder de miel, se

queda un instante eterno en el tronco dolido y dice una versión en cristal fluido del vestido que usa la primavera.... Cuando deshojada fue la flor por el soplo de viento, cuando el frío de la tarde le preparaba lecho de tierra pura, la colegiala que descendió a soñar sus sueños mínimos recoge los pétalos dispersos, los estrecha contra el pecho anhelante, llora sobre ellos unas lágrimas intensas de ternura, y la flor deshojada halla tumba de seno virgen....

Así Franz Schubert.... Amando pura y sencillamente es pura y sencillamente amado por la naturaleza.... Porque con bella ingenuidad se entrega a la vida, ésta también se le dá con la más bella ingenuidad.... Por eso oye y traduce, sutilizándolas exquisitamente, esas íntimas voces de los seres y las cosas.... Su música es la versión sencillamente perfecta del nacer de la flor, cuando aún es tímida niña que prepara mejillas de seda para los besos de la luz... Su música es vispera de vertiente que luego irá cantando melodías que bendicen los campos.... Su música es la cajita de acuarelas que usa el día para pintar sus cielos y vestirlos de gasas en las variantes de los tenues matices.... Su música es la hora que nace preludiada de rocío y la hora nostálgica que se marcha entre migratorias golondrinas y ángeles violeta de la luz....

Schubert ha dado todo amor, que es dar toda comprensión.... Amor de tal naturaleza que estudia el temblor de la estrella como leve astronomía de la distancia y el temblor de la lágrima como leve astronomía del alma.... Ningún acontecer humano, por pequeño que sea, es ajeno a su cantar de dulcedumbre.... Intimista, sí, pero nunca aislado de la ley única que señala el camino universal: amando de verdadero amor las ingenuas alegrías y las íntimas tristezas, fácilmente se conocen los secretos que unen en intimidad sagrada el alma individual y el alma universal: entonces se sabe que es lo mismo el temblor de la hoja pequeña que el palpitante del corazón, que es igual el paso de la nube impoluta al pensamiento bueno que perfuma la vida....

No se crea que su afán de decir lo que lleva en su alma misma, en traducciones de armonías frescas y maravillosas, es modo de rescatarse del dolor circundante, del hermano dolor de seres y cosas.... Schubert pasa fácilmente, con esa facilidad de los espíritus perfectos y angelicales, de su propia alegría a la alegría de la vida gene-

ral, de su íntima tristeza a la tristeza que palpita en la distancia.... Su música es precisamente el puente de rosas y de lágrimas que une lo individual con lo humano total, el lazo tendido entre palpitaciones propias y palpitaciones fraternas que también son propias por mandato de amor.... Amar, en suma, no es encerrarse dentro del corazón para estrechar una imagen, una caricia, un recuerdo.... Amar es saber purificar esa imagen, esa caricia, ese recuerdo en tal grado de perfección que a los demás vaya con la misma frescura de su nacimiento, más embellecidos hasta el punto de despertar ya no sólo la idea del espejo, simple copiadore, sino del agua que asimila el color de la altura y la leve gracia de los pétalos.... Amar es poder decir en un idioma sin palabras a todo el mundo la alegría que nos regaló una pequeña mañana de primavera o la tristeza nostálgica que nos trajo el guiño menudo de una estrella.... Amar no es ni siquiera comulgar con el ser amado esas cosas que no hallarán traducción cabal jamás: amar es besar al ser querido, pero besar en su boca rosa el rosa de la esperanza del mundo... Amar es guardarse unas manos pequeñas y fragantes, pero estrechando en ellas las manos intangibles de la brisa, las manos que tienden la aurora en su primera palabra de cada día, las manos que cantan de los ríos y también las manos que agitan la angustia atormentada del mar.... Amar es acariciar la cabellera bruna bajo hora de estrellas, mas también acariciar la más honda cabellera de la noche, la cabellera que se desata en la angustia viajera del viento, la cabellera del saucedal que llora sus muertos en las húmedas tinieblas, la cabellera infinita de la altura que tiene caminos de estrellas.... Amar no es solamente hundirse en unos ojos apasionados, donde juegan la ingenuidad y el misterio motivos deliciosos: amar es hundirse más allá de esas pupilas, en los conocimientos de estelares esencias que sólo entiende el alma, descubriendo armonías que luego han de decirse para bendición de los humanos, hallando inéditos poemas que luego serán consuelo de los humanos, poblando de música, sí, las amadas pupilas, pero más bebiendo toda su música para la entrega amorosa de la armonía al mundo....

Así el viaje, por los seres y las cosas sencillas, hacia el alma del mundo, hacia la única ley de la armonía universal, de la que las demás leyes son fragmentos por los que se intuye la belleza total... Y nadie como Franz Schubert para saber de estas relaciones íntimas, de estas deliciosas relaciones que emparentan un beso y un

pétalo, un suspiro y una estrella, una lágrima y las más claras raíces de la humanidad....

Schubert, el ingenuo soñador, el idealista perfecto, se solidariza íntimamente con el sentir de los seres pequeños y de las sencillas cosas.... Su corazón palpita de alegría sincera cuando la luz mide distancias en los árboles, cuando el agua canta su canción maravillosamente poética, cuando hay en el ambiente ese especial estado de alma recién visitada de alas.... Y sufre de simple dolor íntimo cuando el viento despetala la flor, cuando el rayo hiere la plantita que apenas decía niñez encantadora, cuando la sombra total esconde las estrellas.... Todo lo sabe de propia sensibilidad: es un niño que nunca aprendió los pensamientos sombríos o las palabras duras, un niño que cree en el ensueño con esa fe prodigiosa de la infancia que dialoga pura y simplemente con las nubes, con las flores y las estrellas....

Y es, sobre todo, resignación, santa resignación, que es otra manera de amar la propia tristeza.... Resignarse es poematizar el dolor, hacer música de la angustia, dejar que por la herida fluya melodía.... Resignarse es santificar la tristeza, volverla de eminente blancura, acariciar las mismas manos que hirieron hasta tornarlas ilusión de manos, evanescentes manos, manos que se elevan en oración como el humo de las casas campesinas que diariamente sube en parábola angelical a besar calladamente el cielo.... Resignarse es acallar la voz del abismo, silenciar la llamada de lo obscuro, poblar de luces titilantes, traducción de las lágrimas, la propia noche, hacer belleza de lo que fue tristeza, crear armonía con lo que fue gemido, transformar los instantes de atracción de la muerte en mansa melodía....

La resignación es en Schubert esencialmente musical.... Su temperamento infantil y tierno, su misma entrega sencilla y total le es camino de tristeza.... Nunca entendió el darse a medias, el ofrecerse con la reserva de los caminos interiores.... El sabe bien que un beso es la fusión de las almas, que un abrazo es juramento para toda la vida, que una caricia es el angelical compromiso del sentimiento.... Y la vida le va regalando tristezas, humildes y diarias tristezas que poco a poco ponen en sus pupilas ese lied triste siguiente al llanto visitador de la Música en busca de consolación....

Pocas veces el destino entrega tan injustamente tanta tristeza a vida tan blanca: sus amores, sueños soñados como el aroma y destruidos también como el aroma, por la primera ráfaga fría.... Su obra maravillosa de auténtica esencia humana, incomprendida en gran parte, desconocida, calificando apenas al bohemio de los hermanos días, pero no al genio que trajo al mundo el lenguaje de los ángeles.... Sus ilusiones eliminadas una a una por un mundo al que parece imposible confundir las transparencias con su dolor antiguo.... Ni una sola esperanza, por pequeña que sea, satisfecha, cada nuevo ensueño trayendo nueva tristeza, cada esperanza vencida por el viento que quiere destruir el amor....

Schubert es resignación: dulzura de alma frente a la incompreensión, al desamor, a los fracasos de cada día, al destino contrariando siempre las más simples y pequeñas ilusiones.... Vida totalmente armoniosa, destino esencialmente cristalino, admira la facultad del soñador para sobrellevar la tristeza con tanta blancura de alma.... Nunca en sus labios la rebeidia, jamás en sus manos el deseo de crispatura atormentada: siempre sonriente, siempre traduciendo en melodías admirables los dolores suyos y de los demás.... Se le ve, se le siente rodeado del halo claro que los santos llevan como señal de pureza exquisita.... Es un santo niño, un alma ingenua que se embelleció de armonía, un destino de breves puentes truncados pero reconstruidos de rosas.... Este el mayor milagro de esta vida prodigiosa en pura belleza eterna: tender puentes florecidos sobre los abismos del alma, navegar con barquitos claros los mares de la angustia, enviar a plena noche recados a los ángeles en las alas de las más sencillas melodías....

Os digo que muchas, muchas veces, mi alma es atormentada en esos tormentos que no se hicieron para las palabras, en esas horas que crean noche en medio día.... Os digo que, a veces, esta armonía que mantiene mis días por sobre la amargura de haber comprendido demasiado sutilmente el mundo, esta dulzura que quiere borrar las tinieblas de cada nueva herida, pretende fuga definitiva por los caminos que no se nombran.... Entonces, cuando al borde del oscuro abismo hay llamamiento atractivo de silencio, cuando se siente como un peso la pobre diaria obligación de vivir, voy a Schubert, voy a su espíritu delicado y tierno, a su infantil corazón... Siempre me recibe con una sonrisa, siempre me depara el abrazo

fraternal, siempre me enseña a volver por el camino ya anochecido pero en el cual todavía es posible ir bautizando estrellas.... Esta es la verdad sencilla: a los otros Maestros me acerco siempre con temblor, con sagrado y cósmico temblor, como que sé, de hondo conocimiento, que voy a intentar exégesis de lo eterno, penetración al prohibido dominio de los misterios.... Schubert es mi hermano, mi hermano mayor, como yo, dolido de humano dolor diario, contrariado en las pobres ingenuas esperanzas del corazón que hube de embellecer para tornarlas más grandes y que, precisamente por esto, se volvieron delicadas en extremo, como una flor o un niño.... Schubert es mi hermano mayor, así lo siento, así lo quiero, así lo llevo en compañía por los caminos sin remedio: desde sus ojos de bondad infinita me está enseñando esa tremenda cosa de aceptar para soñadores del ideal, la resignación; desde sus labios que nunca protestaron contra lo imposible me está contando que los años pasan llenos de llanto, pero que cada gota de lloro asciende hasta purificarse en lucero.... Os digo que busco en Franz Schubert ambiente de música pura y transparente, lago tranquilo lleno de pétalos sacrificados, ala herida que va dejando nubes de sangre blanca...

Y no solamente es mi hermano: lo es también de todos los hombres, de todos los que sienten el dolor diario de ser hombres, de los espíritus sufridos que estilizaron su alma en armonía.... Con igual fe que la mía puede invocarle el labriego a quien la helada robó la cosecha, mas no precisamente la de trigo, sino la de amapolas, sino la de campánulas, sino la de lirios del campo.... Puede invocarle con igual dulce empeño el niño cuya madre se fue por el camino sin regreso, el niño que despierta en la noche y halla que su antigua amiga la luna siguió los pasos de la sonreída ausente... Puede llegarse a él con igual ternura el poeta que compuso su mejor poema para la amada ideal y halló apenas la convencional sonrisa y el olvido.... Todos pueden ir a Schubert, todos los que sufren y callan, todos los que sufren y lloran, todos los que sufren y cantan.... Porque Schubert es quien más cerca se encuentra del alma temblorosa del hombre....

Schubert es un poema de bellísima humanidad angelical.... Es ángel porque es niño, es niño porque es ángel, y, sobre todo, es esto: un corazón que canta y llora con las alegrías y las tristezas de los corazones sensibles del mundo....

MINUTO BLANCO

"Estas impresiones que ni el tiempo, ni las circunstancias exteriores pueden borrar, permanecen en nuestra alma, ejerciendo una influencia bienhechora sobre nuestro destino. Ellas nos muestran, en los días sombríos de la vida, un porvenir claro, luminoso y bello, al cual tiende, confiada, nuestra esperanza".

SCHUBERT

En la casa se hace Música.... Y cómo no hacerla cuando el más asiduo visitante es el viejo Holzer, dueño de los íntimos secretos del órgano de la parroquia....

En grupo familiar, cuando la noche dicta esas horas de meditación que sólo pueden ser llenadas de armonía, va la Música poblando el ambiente de las eternas voces: Bach, el Patriarca, Mozart, el perfecto, y un Maestro que en estos mismos días dice palabras llenas de fuego y pasión, Luis Van Beethoven....

Nadie se percata siquiera del pequeño que, acurrucadito en un rincón del cuarto, como escondiéndose entre la sombra, escucha y construye extraños palacios aéreos que están hechos en pura y bella melodía.... Franz Schubert procura detener hasta la respiración, porque no quiere ser interrumpido en estos coloquios angelicales, porque no desea siquiera el descanso que hunde en el sueño frente a esta realidad sonora que es el mejor y más hermoso ensueño a pupilas abiertas....

La previsor madre ha entrado al dormitorio de los niños y al no encontrar a Franz en su camita supone un sueño improvisado en cualquiera de los muebles de la sala.... Franz siente, de pronto, la luz del candil que le aclara las pupilas, la luz buena y sencilla en manos de quien es todo cariño.... La orden es dada sin dilaciones: a dormir el niño, la luna riela ya música silenciosa en las alturas y el gato juguetón de largos bigotes es un ovillo oscuro junto al fogón apagado.... De nada valen las resistencias tímidas del chico: los brazos de la madre, llenos de ternura, lo llevan dejando atrás la estela musical....

No, no es posible romper así el instante precioso.... Franz eleva una postrera súplica: que se deje abierta la puerta que directamente comunica con el salón de la armonía, que se le permita seguir oyendo la buena Música hasta que el sueño le caiga en las pupilas con suavidad de alas.... Franz finge fatiga, se cubre hasta la nariz con las frazadas y parece prepararse al reposo.... Sonríe la madre y deja entreabierta la puerta, pensando ingenuamente en un capricho infantil que pronto será tronchado por el sueño....

Cuando la madre vuelve a sus costuras en el salón, Franz se incorpora en el lecho, arroja lejos las frazadas y es todo oídos a la melodía que buenamente sigue regalándole su adelanto de cielo....

El instante es de inefable blancura, de tenue blancura de luna mansa.... En los ojos del chico arde una llamita de íntima claridad y en sus labios que apenas dicen a medias el idioma humano se pronuncia la oración sin palabras, tal como aquella que en el salón dirige el viejo Holzer, dueño de los secretos del órgano de la parroquia.... Franz entiende el mensaje con una transparencia perfecta, lo halla más claro que las voces de sus padres, que las mismas voces de sus hermanos en los juegos infantiles.... En sus manos, apenas iniciadas en las gotas claras de agua o en las caricias sobre el lomo del gato travieso, halla que la luna y las notas se mezclan completamente, hasta ser un solo motivo que se levanta a lo alto, que se va por sus palacios de cristal clarísimo, que se confunde con las alas de los ángeles y, sin embargo, se queda también en lo más hondo del alma....

Mansa blancura de luna.... Tierna blancura perfumada de lirios en el alma....

MINUTO AZUL

"La música es ciertamente el manantial del espíritu".

SCHUBERT

—Este es, Maestro Salieri, el chico de quien la hablé hace pocos días. Usted mismo admiró su examen de ingreso al Convict. No sé si lo recuerde: se llama Schubert, Franz Schubert.

Así acaba de hablar Ruziczka, Profesor del Convict al que Franz llegara luego de ganarse una beca. Salieri se ha quedado un poco dudoso y mide al muchacho de pies a cabeza.... Vaya, es tan difícil recordar todas las personas que han pasado por sus manos en los temidos exámenes.... Sobre todo —piensa— este chico pequeño, de pelo revuelto y gruesos lentes....

El italiano, por toda respuesta, tomando un pedazo de papel pautado, traza breve tema musical y lo pasa a Schubert con esta sola frase: Vea usted si algo puede hacer de este tema....

El tema es vulgar, escrito acaso adrede al descuido, como para probar la paciencia del aspirante.... Schubert lo comprende así desde el comienzo, aunque la duda tiene mínima duración, apenas el tiempo necesario para que el sol dé un toque de gracia en la ventana....

De pronto.... He aquí que unas rosas frescas y palpitantes se deshojan sobre el piano, sacudiendo con infinito amor las gotas de rocío que les regalara la mañana.... Luego es el canto del ave enamorada del color que se dice desde las ramas altas.... Los árboles cantan en sus simples conservatorios de nidos, mientras la brisa besa dulcemente las hojas encendiéndolas de ternura.... Hay una pequeña corriente de agua que va jugando con los reflejos de la luz, en lengua de cristal maravillado que copia buenamente alas y nubes.... Las flores vecinas de las rosas han sentido envidia, y en pauta de perfume dicen canciones preciosas: el metro menudo de las margaritas, el metro exquisito de las lilas, el metro infantil de esas florecillas que apenas parecen ojos de duendes ascendiendo por los troncos acariciantes de musgo.... El cielo es una fiesta de nubes ingenuas: blancura que contagia el ambiente, blando lecho de ensueño sobre el que la luz camina con pie desnudo de niño que acaba de leer el último cuento de hadas.... Pero si es toda la primavera de Viena la que ha llegado desde los bosques cercanos.... A lo lejos, el pastorcillo de ilusiones deja escuchar su flauta simple, elevando en el aire la oración que hace del alma cajita de música.... Sobre una gota de rocío de bellísima frescura, el verde gusanillo dueño de las hojas ensaya baño delicioso: al comienzo, sus ojitos recelan de las proporciones del miniatúresco lago, luego, en instante de audaz resolución, salta sobre el agua y quiebra en gracia admira-

ble el espejo tímido, dejando un recuerdo de luz descompuesta en sus colores de acuarela infantil.... Una mosca de alas plateadas se detiene sobre la flor del mismo color que el sol: pensativa observa la gracia de la amiga y hunde la cabeza, ebria de perfume, en la corola, para tornarla luego a sacar llena de polen que volará lejos a la vida sin término.... Las hojas han comenzado a charlar amablemente sobre estos acontecimientos de la primavera: el murmullo es pronto canción de belleza clara.... Toda la primavera de Viena ha entrado por la abierta ventana para ser presencia en el piano que Franz Schubert acaba de tocar....

El silencio de Salieri y el Profesor del Convict eleva preguntas muy claras: dónde, pero dónde ha quedado el pobre tema simple?... Acaso el muchacho es uno de esos soñadores supremos que el mundo recibe en bendición una sola vez cada dos siglos?....

Salieri, el formulista Salieri, el elegante y mesurado Salieri, salta de su silla maravillado y estrecha entre sus brazos al pequeño creador de la primavera.... —Picaro, más que picaro— le dice con voz casi de caricia— Con que quieres recibir lecciones de Música conmigo?... Ahora mismo empezarán las lecciones....

MINUTO ROSA

"Amé a una con todo mi corazón, y ella me correspondió. Era algo más joven que yo y cantó los solos de soprano magníficamente y con profundo sentimiento en una misa que yo había compuesto".

SCHUBERT

Ha volado una alondra....

El ave pequeña, emocionada de luz, ha cruzado el cielo: en sus leves alas lleva el mensaje tierno de las hierbas menudas, recado sutil para el cielo.... En delicia de giros ha trazado rasgos juguetantes en la tibia atmósfera y luego, como ebria de vuelo, se ha detenido en rama columpiante y ha entonado su más encantadora y hermosa canción.... El sol parece diluirse en la música ingenua y dulcificar la melodía....

Teresa ha quedado mirando la alondra y una gracia infinita le llena las pupilas.... Está feliz, sencilla y claramente feliz, con esa felicidad sin complicaciones que ríe buenamente por un gotear de agua o un efecto de luz.... Su risa se pronuncia fresca y encantadora.... Y Franz Schubert nota, de pronto, que la risa es exacta al canto de la alondra, que ha guardado su mismo simple tema campesino, que sobre él va creando variaciones inefables.... Apasionado del instante, toma las manos de Teresa entre las suyas y se hunde hacia sus pupilas de niña que ríe: también allí está aleteando la alondra, también en los ojos queridos está vibrando un vuelo con alas pequeñas y dimensión de tierna inmensidad....

—Teresa, Teresa... Ha comenzado a decir Franz... Pero la frase pensada, la iniciada declaración, se quiebra en el momento de ternura perfecta.... Unos brazos inquietos y unos brazos dulcemente acariciantes se anudan en el abrazo y un beso largo, muy largo, es bendecido en pura luz.... Arriba, la alondra que contempla el instante de amor vuelve a su canto cristalino, pero ahora más claro y hermoso, hecho de cielo, de aire tibio y de beso de enamorados que no quieren deshacer el abrazo intenso....

Teresa, en momento de infantil travesura, suelta al enamorado Franz y dice la oferta: si la alcanza en su carrera por el campo florecido le dará en premio dos besos tan dulces y hondos como éste que acaba de rubricar la alondra desde su altura de luz y canción....

Dos besos.... Qué tentación tan maravillosa.... La carrera empieza con risas puras y simples.... Teresa es ágil y burla los encuentros de Franz: cuando éste parece ya tenerla al alcance de sus brazos, un salto breve y la nueva risa encantadora... Cansados, al fin, se sientan sobre la hierba perfumada y aunque Franz no ganó la apuesta, Teresa premia el esfuerzo: rodea con sus brazos acariciantes el cuello del Maestro y le besa no dos, sino muchas, muchas veces....

—Franz, Franz mío... Su entrecortado aliento apenas puede decir un hombre....

Franz repite la palabra única, esa palabra que, no obstante ser repetida por todos los siglos, siempre está fresca de aurora, de alas y de cielo....

Bajo la hora bellísima, las confidencias se dicen al compás de las caricias.... Se trazan planes de futuro.... Franz sueña ingenua y confiadamente en el triunfo, en crearse una vida nueva y más amplia, para que la risa cristalina no sea sólo tema musical de una tarde de campo, sino presencia de todos los días en el hogar sencillo y bendito.... Teresa apoya las esperanzas del soñador, porque sabe también que el amor perfecto se dice una sola vez....

Qué fácil, pero qué fácil es soñar... Sabe Schubert lo que ofrece?... Sabe Teresa que estos besos ingenuos quedarán así, como simple tema de tarde campesina, que nunca se prolongarán en el hogar bendito?...

Qué fácil, qué fácil es soñar....

Ha volado una alondra....

MINUTO VIOLETA

"Un hombre soporta el infortunio sin lamentaciones, y por eso es más duro el sobrellevarlo, ¿Por qué entonces Dios nos dotó para sentir dolor?"

SCHUBERT

En el pobre cuarto del pintor Schwind, la tarde va apagando sus últimos motivos de suave violeta.... Todo es tranquilidad y silencio. Franz ha entrado y halla al amigo dibujando una gran tarjeta de novios que habrá de darles lo necesario para una alegre tarde campesina....

—Mira— dice Schwind—, debo terminar esta tarjeta con urgencia. Tienes a tu disposición, mientras trabajo, al buen viejo Shakespeare....

Schubert ha tomado el viejo tomo que tantas veces acariciaron sus manos. De pronto, he aquí que encuentra un tema poético delicioso y sencillo, un tema dulcemente conductor del recuerdo.... Sí, "La Alondra".... Pero no es ésta la misma alondra que cantaba un día cuando besó a Teresa Grob?... Acaso él mismo no pudo

escribir el poema con el mismo sentimiento del hondo inglés?... Tararea un tema, lo repite más claramente y el aire de la tarde agonizante trae en sus manos exquisitas el pasado hundido en ingenuas lágrimas.... Teresa, cansada de esperar el triunfo de Schubert, se casó, cumpliendo buena y resignadamente un mandato que no estaba precisamente en su corazón....

Schubert abre la ventana para recibir todo el tesoro nostálgico que le trae la tarde en íntimo desmayarse de violeta.... La música nace de su alma santificada en la tristeza, sí, pero también íntegra en su frescura original: los besos bajo la enramada, las carreras de los niños juguetones y, sobre todo, el canto de la alondra, ese canto de cristal maravilloso que Teresa repitiera en su risa con nuevas variaciones musicales....

Pero cómo escribir la canción?... El pobre Franz no tiene una hoja de papel pautado.... Rápidamente busca en los cajones y un gesto de desaliento se le anuncia en las pupilas.... Schwind, que asiste al instante creador con apasionado idealismo, soluciona fácilmente el problema: sin la menor duda interrumpe su labor y traza en el revés de la tarjeta a medio terminar la pauta que encerrará la melodía para todos los tiempos del corazón humano....

—Aquí tienes— dice a Franz— el papel pautado necesario.... No, no protestes, no te permito protesta de ninguna especie.... Es muy cierto que mañana no tendremos paseo ni humilde comida campesina.... Pero la vida espera y tu arte es eternidad....

Franz Schubert toma la cartulina sin poder impedir que dos lágrimas le ruedan suavemente de los ojos soñadores.... Con apasionado amor escribe la canción y luego la repite con voz acariciante....

Por la ventana abierta, el tema violeta se va borrando y es reemplazado por un bello azul con nubes deliciosamente infantiles y puras.... Hay palpar de aguas cercanas, charla de hojas que aconsejan el beso en la hora de pura luz... En un instante de hermosura incomparable, la alondra levanta su vuelo y traza a flor de aire temática de toda dulcedumbre, sabiendo que sus alas son leves caminos de la luz y su canto traducción del momento de primavera.... La alondra gira y gira encantadoramente, vigilante de amor, presen-

cia rubricante de juramentos sencillos, alma de la tarde vestida de perfumes....

Schubert ha callado.... El tema violeta es más intenso en la ventana, ya en vísperas del gris que prepara la anochecida....

Es que también está comenzando a anochecer en el alma....

MINUTO GRIS

"Todo lo creado por mí ha nacido de mi comprensión de la música y de mi propio dolor; aquello que ha sido engendrado solamente por el dolor parece ser lo que menos agrada al mundo".

SCHUBERT

Aquel que dijera la voz más grande de todos los tiempos de la Música, Padre Beethoven, acaba de ser dejado en el grande y acogedor silencio de la tierra.... Un dolor infinito, uno de esos cósmicos dolores que no se reflejan exactamente en las lágrimas, ha conmovido la ciudad y ha dejado en las almas la noche de las grandes desapariciones.... Todo es sumergida tristeza, angustia inexpressable, momento en que no se explica la gran audacia de la amada pálida al llevarse un Todo....

Franz Schubert y sus amigos han llevado en hombros al amado Maestro.... Ahora, congregados ante la mesa cordial, apenas pueden entablar ese diálogo de silencios que tanto dice al alma.... Franz recuerda perfectamente una figura trágicamente heroica que en sus últimos días le dijera: "Usted conmoverá al mundo con estas canciones. ¡Quizá más que mi propia música...!", Claro que la frase, admirable de belleza y perfección, es sólo la voz del Genio pronunciándose sincera y honda frente al milagro de naturaleza de Schubert, pero cómo, cómo superar la creación de quien descubriera todos los secretos del mundo y de más allá del mundo?....

Beethoven ha muerto.... Quedan palpitando en el aire las notas profundamente conmovidas de la Marcha de la Heroica, queda sonando como estremecimiento infinito la Misa en Re y como Himno de Liberación absoluta el mandato eterno de la Novena Sinfonía....

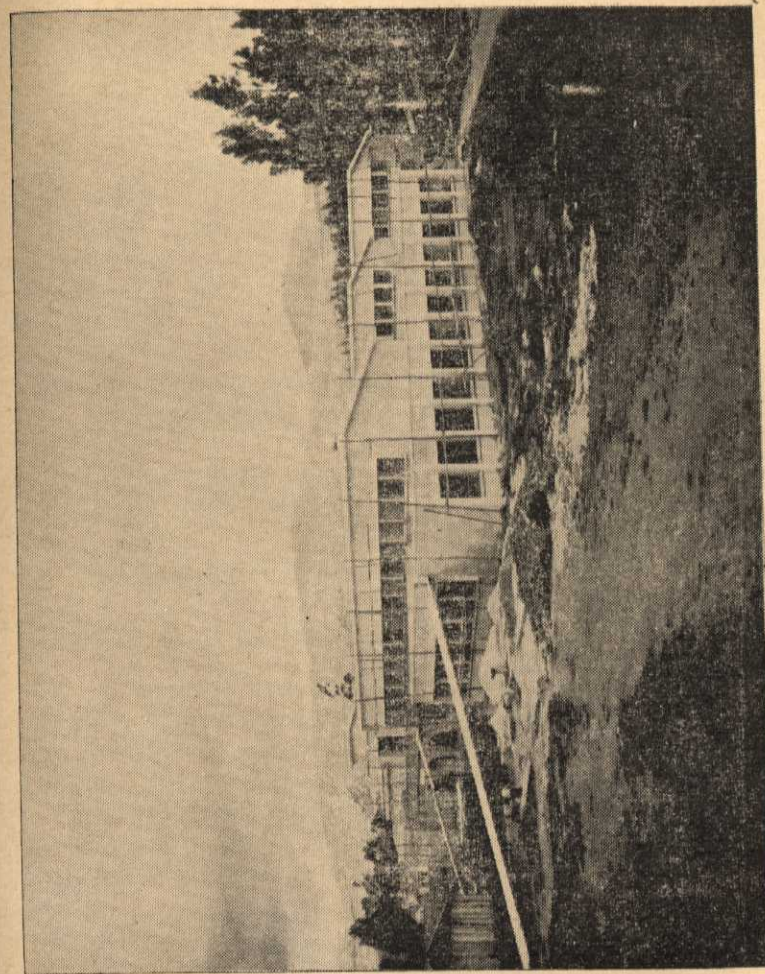
Franz recuerda, con claridad total, la última visita al Maestro, cuando luchaba con la tempestad final, esa misma tempestad que luego, libre ya del dominio espiritual del Genio, habría de desatarse sobre Viena con descontrolada furia magnífica.... Franz está triste, sinceramente triste: siente que no sólo es Beethoven el que ha partido a predicar eternidad desde el otro lado de las cosas visibles, sino que él mismo, una parte hermosa de su vida se ha ido para siempre.... Su corazón de niño se conmueve intensamente ante la tragedia vital que el mundo ha presenciado con su incomprensión de siempre: tiene presente la imagen suprema en lucha desigual con el Destino, al que venciera para siempre y al fin, por más imposible que parezca, arrastró hacia su inmensidad más allá de los dominios de la Muerte.... Esta desaparición ha creado un desequilibrio del orden universal, es un hecho que trastorna la entraña incendiada de la tierra.... Y fué él, Beethoven, quien dijo frases tan inmensas sobre su obra de soñador?....

Nadie se atreve a interrumpir el silencio.... El momento es sagrado de dolor y tiniebla....

De pronto, Franz Schubert, tomando una copa, pronuncia brindis extraño:

—Por aquel que acaba de partir, por su eternidad... Y por el que le siga en el camino....

Un estremecimiento desconocido inquieta los espíritus.... Franz, no comprende él mismo lo que acaba de decir?.... Si, si lo comprende, porque al genio está dado penetrar los secretos en su más íntima esencia.... Schubert estaba brindando por sí mismo y anunciando el cercano viaje de quien comprendió el idioma del agua y la flor, de la nube y la alondra, de todo lo bellamente transparente y cristalino que tiene la naturaleza....



Pabellones en los que funcionará la Facultad de Ciencias Químicas en la Ciudad Universitaria. Como todos los demás, su conclusión pronto constituirá una bella realidad.

Crónica Universitaria

1958

OCTUBRE

Día 1º

LA UNIVERSIDAD CONCURRIO A LAS SEGUNDAS JORNADAS MEDICAS ECUATORIANAS

En la Ciudad de Guayaquil, a partir de este día, tuvieron cumplido desarrollo las Segundas Jornadas Médicas del Ecuador, importante reunión científica a la cual en representación de la Facultad de Ciencias Médicas del Plantel concurrieron el Decano doctor Leoncio Cordero Jaramillo y el profesor doctor Víctor Barrera Vélez.

El doctor Cordero Jaramillo presentó a consideración de los asistentes dos importantes estudios intitulados "Consideraciones sobre la Anatomía Patológica de las gastritis" y "Litiasis del coléduco", y el doctor Barrera Vélez un trabajo sobre "El tratamiento de Cheney en las úlceras gastroduodenales", investigaciones científicas que fueron muy bien aceptadas y aplaudidas.

Día 12

INAUGURACION DEL CURSO ESCOLAR 1958—1959 E INAUGURACION DE LA ESCUELA DE ARQUITECTURA Y URBANISMO

En el Aula Magna, con la asistencia del personal docente y del alumnado del Instituto y de selecta concurren-

cia se desarrolló la tradicional ceremonia de inauguración solemne del año académico 1958—1959. El acto estuvo presidido por el Rector, Vicerrector y Decanos de las Facultades Universitarias, el Gobernador de la Provincia y el Alcalde de la Ciudad, que ocuparon el estrado de honor.

En esta ocasión, además, la ceremonia estaba dedicada a declarar oficialmente inaugurada una nueva Escuela universitaria: la de Arquitectura y Urbanismo, recientemente creada, como se anunció en la anterior entrega de esta Revista, para abrir nuevos rumbos a la juventud que se educa en las aulas del Plantel.

El coro y la orquesta del Conservatorio de Música iniciaron el acto con el himno de la Universidad y luego el señor Rector, doctor Carlos Cueva Tamariz, pronunció el discurso de orden poniendo de relieve, con severa y elevada palabra, la necesidad de que los Poderes Públicos presten toda la atención que la Universidad Ecuatoriana merece para que pueda cumplir a cabalidad con sus altas finalidades de cultura. Dijo el señor Rector:

“Sr. Gobernador de la Provincia, Sr. Alcalde de la Ciudad, Sr. Vicerrector, Señores Decanos, Señores Profesores, señores estudiantes:

Nuevas inquietudes juveniles; renovados propósitos de estudio y de conocimiento; nuevas ilusiones vitales; mentes ávidas de nuevas verdades por descubrir; voluntades tensas para nuevos esfuerzos; almas frescas vigorizadas por el temporal reposo; movilización de energías acumuladas en el descanso; torrentes de vida fecunda que se encausa por los derroteros de la ciencia y de la técnica. Tal es la iniciación de un nuevo curso lectivo en esta Universidad, o por lo menos tal es la visión que yo quiero tener de el ciclo de estudios que esta noche inauguramos.

Más que a los estudiantes que llegan a continuar su carrera, este acto sencillo y severo a la vez está dedicado a los nuevos alumnos, que por la primera ocasión tocan las puertas de esta Casa de Estudio y se disponen a dominar un sistema de conocimientos y a completar su formación espiritual.

Para llegar hasta estos claustros universitarios han realizado ya un doble esfuerzo inicial: superar las pruebas generales de ingreso y alcanzar, por sus altas calificaciones, un puesto dentro del limitado número de alumnos fijado para cada una de las Escuelas universitarias. Luego tiene que seguir un esfuerzo constante por el dominio de las diversas disciplinas que constituyen la preparación facultativa, hasta coronar su carrera y salir provistos, más que de un título profesional o académico, de los conocimientos necesarios para incorporarse, como elementos sobresalientes, a la sociedad, para enaltecerla y para servirla con eficacia.

¿Por qué —os habreis preguntado seguramente en estos días de vuestro ingreso a la Universidad— se nos exige nuevas pruebas de los conocimientos adquiridos en el Colegio, si ya éste nos confirió un testimonio de esos conocimientos al otorgarnos el título de Bachiller?

¿Y por qué razón se limita el número de alumnos que cada Escuela puede recibir y no se acepta a todos los aspirantes que llenen los requisitos legales y reglamentarios?

La segunda educación, que se da en los Colegios, es quizá la más difícil y compleja, porque comprende la formación de los adolescentes, en pleno proceso de transformación orgánica y espiritual. Sin embargo de esta complejidad, nuestra República no ha puesto en la organización y en la planificación de esta etapa educativa todo el esmero y el cuidado necesarios. Los Colegios carecen, por regla general y salvando casos excepcionales, de dirigentes y maestros especializados, que si los tiene la educación primaria. Por otra parte, quizá con plausible intención de extender la segunda educación, se han multiplicado los Colegios nacionales, municipales y particulares, muchos de los cuales no disponen ni del personal docente ni de los medios materiales indispensables para proporcionar a sus alumnos la formación adecuada.

Por ello el Bachillerato no es una garantía segura de posesión efectiva de los conocimientos generales indispensables a un joven para seguir estudios superiores. Y la Universidad se ve en la necesidad de someterlo a pruebas de conocimientos y de capacitación. De otra manera, el fracaso de los estudios universitarios causado por

una deficiente preparación anterior ocasionaria al propio alumno males irreparables que gravitarían sobre su vida futura, y se proyectarían sobre la colectividad.

Esta es la respuesta que la Universidad os dá, jóvenes bachilleres, a la primera interrogación.

Y para responder a la segunda, es necesario recordar que la formación general y profesional que la Universidad está obligada a dar a sus alumnos requiere de personal docente proporcional al número de estudiantes, de comodidades materiales y de instalaciones suficientes para garantizar una preparación cabal. Un solo Profesor no puede atender con buen éxito a centenares de alumnos. En los gabinetes, en los laboratorios, en los seminarios, no puede trabajar con provecho sino un número limitado de estudiantes.

Para hacer frente a esta necesidad de recibir todos los años un creciente número de estudiantes, la Universidad tiene que ampliar sus edificios, incrementar sus gabinetes y laboratorios, agrandar sus bibliotecas, multiplicar sus catedráticos, crecer, en una palabra. Mas, para crecer requiere de los medios económicos suficientes proporcionados por el Estado, y éste le asigna en el presupuesto nacional una suma de dinero que no alcanza a cubrir sus más imperiosas necesidades.

La enseñanza superior requiere de medios costosos para cumplir su misión de proporcionar a la sociedad dirigentes y técnicos que promuevan e impulsen el desenvolvimiento del país, y el Estado tiene la obligación de dotar a las Universidades de los recursos financieros necesarios para adquirirlos. Ninguna inversión estatal rinde beneficios mayores que la que se destina a la educación del hombre, en todas sus etapas. Mientras esta verdad no sea comprendida y los dirigentes del país no la apliquen valerosamente, la educación pública no podrá ni expandirse ni intensificarse en la proporción necesaria para formar debidamente a todos los niños, a todos los adolescentes y a todos los jóvenes ecuatorianos. Y la Universidad se verá forzada a limitar el número de sus alumnos, con todos los inconvenientes que esta limitación comporta.

Para los dirigentes de la Universidad es verdaderamente penoso aplicar este sistema de limitaciones y restricciones que le imponen

las realidades actuales en forma inexorable. Deseáramos que las puertas de esta Casa de Estudios estuviesen abiertas para todos los jóvenes que a ella acudan, sin más condiciones que las de poseer los conocimientos previos y la capacidad para seguir estudios superiores. Mas, ya que esto no es posible por ahora, por lo menos estamos obligados a que la selección de nuevos alumnos se opere a base de méritos y de calificaciones de sus pruebas de ingreso.

Y ahora, jóvenes alumnos que habeis llegado a las aulas universitarias por primera vez, esforzaos todas las horas y todos los días de vuestra permanencia en ellas por adquirir los conocimientos de vuestra predilección mediante una severa disciplina de estudio y de trabajo constantes. El vasto y hermoso mundo de la ciencia y del conocimiento se ofrece a vuestras inteligencias ávidas y a vuestras voluntades de triunfo. Corresponde a vuestra condición de **estudiantes**, sujetos activos del verbo **estudiar**. Cultivad vuestro espíritu y afinad vuestras capacidades por el ejercicio tenaz de las mismas. Tened muy presente que habeis recibido un verdadero privilegio de la sociedad al llegar a la Universidad, mientras muchos miles de nuestros compatriotas, a vuestra misma edad, cultivan el campo, trabajan en fábricas y talleres, se agotan en las minas, se esfuerzan para ganar el pan con el sudor de sus frentes. Ese privilegio comporta, de vuestra parte, serias y graves obligaciones, que debeis cumplir, y que se resumen en una: voluntad de superación y de triunfo.

*
* *

La Universidad, venciendo hasta donde es posible sus limitaciones, se afana por ofrecer a sus alumnos un ambiente propicio al estudio y al trabajo; una organización adecuada de sus Facultades y Escuelas para la formación general y especializada de los estudiantes; un cuerpo de catedráticos seleccionados por sus conocimientos y su dedicación para dirigir los estudios con provecho; gabinetes de trabajo, laboratorios para investigación; bibliotecas especializadas; seminarios y consultorios.

Faltan muchas cosas, lo sé. No disponemos del dinero necesario para obtenerlas. Mas, no desmayamos en el empeño de conse-

guirlo del Poder Público y de movilizar todos los recursos a nuestro alcance para llevar al convencimiento de los dirigentes del Estado que nuestra Universidad necesita de mayores ingresos en su presupuesto. En esta acción es indispensable el concurso decidido de los estudiantes universitarios, cuya actividad y dinamismo puestos al servicio de tan noble causa pueden obtener en buena parte el logro de nuestro propósito.

Por otra parte, y ventajosamente, no todo lo que la Universidad necesita se adquiere con el dinero. Hay factores espirituales que tienen una decisiva influencia en la vida de la Universidad. Y esos factores espirituales están en los maestros y en los alumnos, en el diálogo cotidiano de los unos y de los otros, en el ejemplo vital que ofrezcan aquellos con su dedicación a la ciencia y a sus aplicaciones y con su conducta frente a la vida, en la adquisición de hábitos mentales para captar la verdad y utilizarla, en la clarificación de los fines y de los propósitos de la formación superior y de la especialización profesional.

Porque la Universidad forma a sus alumnos para la Vida y todo lo que en ella se enseña debe tener vitalidad, capacidad de aplicación, operancia vital. Las ideas inertes y los conocimientos sin aplicación forman eruditos, pero las ideas vivas, los conocimientos vivos, palpitantes, forman dirigentes capaces, profesionales útiles, investigadores eficaces. Por esto los profesores necesitan estar al día en materia de ideas y de conocimientos, porque todo retraso es fatal para ellos mismos y para sus alumnos. La ciencia no se detiene un instante, avanza siempre. Las ideas se envejecen con el uso, como los zapatos como decía Unamuno y hay que renovarlas.

Y la Universidad actual tiene que resolver en una síntesis la oposición entre la formación humanística y la formación profesional y técnica. Todo el que salga de la Universidad ha de **saber algo bien** y ha de **hacer algo bien**. Saber bien un sistema de ideas y de conocimientos generales que integren su personalidad y hacer bien las cosas de su especialidad: cultura, ciencia y técnica sumadas y armonizadas en el hombre cabal.

A la educación superior le corresponde lo que Whitehead llama la fase de la generalización, o sea partir de las ideas generales y es-

tudiar su aplicación a los casos concretos. "Durante el periodo escolar, dice, el estudiante ha estado mentalmente inclinado sobre su pupitre; en la Universidad debe ponerse de pie y mirar a su alrededor. La instrucción verdaderamente útil proporciona comprensión de unos cuantos principios generales que se apoyan de manera firme en su aplicación a una variedad de detalles concretos. La función de la Universidad es capacitar al alumno para deshacerse de los detalles en beneficio de los principios. El aprendizaje es inútil hasta que se hayan perdido los libros de texto, quemado las notas tomadas y olvidado las minucias que se aprendieron para los exámenes". Es decir cuando todo ello se halle incorporado en nuestra cultura mental, y nos permita reaccionar adecuadamente a los estímulos múltiples de la vida.

En suma, la Universidad tiene un espíritu que alienta sus actividades todas y que penetra en maestros y alumnos e imprime en ellos su huella invisible y profunda. Unos y otros tenemos la obligación de enriquecer ese espíritu con nuevas aportaciones de consagración a nuestras respectivas tareas y con perpetua renovación de votos en el altar de la ciencia y de la cultura.

*
* *

Iniciamos este curso lectivo con una nueva Escuela universitaria: la Escuela de Arquitectura y Urbanismo, anexa a la Facultad de Ciencias Matemáticas. La juventud que en ella se ha inscrito tiene un nuevo campo de empleo de sus capacidades y aptitudes de creación de belleza en la armonía de líneas, volúmenes y colores aplicada a la vivienda del hombre. Que este nuevo esfuerzo de la Universidad sea estimulado por la dedicación de los alumnos a las tareas que demanda esta rama del conocimiento científico, a la vez que de las Bellas Artes.

*
* *

Bienvenidos, maestros y estudiantes, a los claustros de esta querida Universidad para reanudar el diálogo eterno entre la madurez y la juventud, entre la experiencia y la ilusión. Poned en este diálogo

go toda vuestra alma y estad seguros que así realizareis plenamente la noble faena para cuya iniciación nos hemos congregado esta noche".

Luego a nombre de los profesores habló el señor Decano de la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales, doctor César Astudillo, en estos términos:

"Sr. Rector de la Universidad, Sr. Gobernador de la Provincia, Sr. Alcalde de la Ciudad, Sres. Decanos, Sres. Profesores, Señoras, Sres. Estudiantes, Señores:

En el transcurso inevitable del tiempo, el día de hoy constituye, a mi juicio, una fecha de gratisimo recuerdo y de importancia trascendental, porque —después de un breve y necesario descanso y mediante la inauguración solemne del curso escolar 1958—1959— se reanudan nuevamente las múltiples tareas universitarias en nuestra hermosa y querida ciudad.

Con tan justo motivo de complacencia, por honroso mandato del Sr. Rector del Establecimiento y en representación del profesorado del Plantel, permitidme señores que rinda, en primer término, mi mejor y más cálido homenaje a la Muy Ilustre Universidad de Cuenca que comienza otra vez y desde mañana sus magníficas labores docentes; y que os dirija unas cuantas y breves palabras sobre el origen, significado y misión de las instituciones universitarias.

RAZON DE SER DE LA UNIVERSIDAD.

Si algo caracteriza al hombre y lo distingue sustancialmente de las especies inferiores o subhumanas es, sin duda alguna, su "ansia de saber", de adquirir conocimientos y desentrañar la verdad, esa necesidad innata, creciente y jamás satisfecha que le induce siempre a procurar explicarse cuánto le rodea y se traduce pronto en un anhelo cada vez más fervoroso e inalcanzable por inquirir los secretos de la Naturaleza y de la Historia y por descifrar los misterios del Mundo y de la Vida.

Precisamente sobre esta base "inconmovible y eterna de la necesidad" y de una necesidad tan humana por ser tan espiritual,

llega a crearse una Aula Magna, una Universitas, para que sirva de guía y asuma el papel orientador en la ardua y difícil búsqueda del saber y en la no menos penosa e importante misión de la enseñanza.

Al respecto, Jorge Siegrist Clamont, nos dice: "El origen sociológico de la Universidad lo podemos buscar en la necesidad que ha sentido siempre el hombre de saber y de transmitir su saber, en el ansia de conocimiento innato en la especie humana, ahí y en el prestigio de ciertas mentalidades selectas que al atesorar y difundir los conocimientos de la época, van formando en torno pequeños grupos de ávidos oyentes, que desean escuchar y asimilar a su vez el saber de entonces, se puede encontrar el origen remoto de la Universidad".

Bajo el punto de vista histórico, hay notable discrepancia de criterios. Pues, mientras unos creen que los antecedentes de la investigación Universitaria de tipo europeo, fueron posiblemente de origen árabe, refiriéndose en este sentido a la escuela de Salerno, otros afirman que tales antecedentes se deben a Grecia, merced al formidable y decisivo influjo de la filosofía socrática que, desde hace 470 años antes de J. C., ya enuncia magistralmente su método del diálogo o de preguntas y respuestas, a la vez que plantea los principios fundamentales que más tarde habrían de servir como base de la "pedagogía universitaria", y contribuye, además y a diferencia de lo que ocurría antes, a pensar no sólo en el mundo externo, circundante o cósmico, sino en el interno, personal o subjetivo, no sólo en el macrocosmos, sino en el microcosmos y no sólo en el mundo de la naturaleza, sino preferentemente en el mundo del espíritu, a través de su célebre e inmortal recomendación: "Noscete ipsum", conócete a ti mismo.

Para los que piensan de este modo, Platón, el divino, al "buscarse así mismo", en los floridos y apacibles jardines de Academos, de acuerdo con su principio relativo a que "Para la contemplación de las ideas se exige apartarse del mundo exterior y vivir en paz y recogimiento del alma", debería considerarse, virtualmente, como el máximo y primer Rector de todas las Universidades del Mundo. Y, Aristóteles, el sabio maestro, creador de la Lógica, que tanto impulso dió a la Metafísica y que todas las mañanas en el Liceo o gimnasio

dedicado al Dios Apolo, se consagraba a sus profundas meditaciones, no sólo sobre el "Organon", la diversidad de causas, la esclavitud y el zoon logikon, sino además y también, sobre el zoon politikon, la amistad, la justicia, etc., sería —a su vez— el primer y más grande Director de las investigaciones universitarias propiamente científicas, en atención a que su pensamiento era mucho más práctico y menos idealista que el platónico.

De otro lado, en Roma y por el año 70, se atribuye a Vespasiano haber erigido una Basílica que se denominó "Ateneo" y donde se inició la "docta enseñanza" del Derecho en la que Roma fué maestra insuperable, como Grecia lo fué, al tartarse de la filosofía".

Pero, de todos modos, en dónde se organiza por primera vez una institución universitaria costeadada por el Estado y que cuenta ya con locales adecuados para que maestros y alumnos puedan concretarse a la enseñanza y al estudio, es en Alejandria, singular exponente de la vieja y admirable cultura nilota.

En el siglo XI los Conventos crean los "Hospitales", especie de hostelerías destinadas para el alojamiento de viajeros y de maestros y alumnos, dando evidente preferencia a estos últimos, sobre todo si eran pobres.

En el siglo XII, se acepta e implanta la enseñanza de las siete artes liberales: Gramática, Retórica, Lógica, Aritmética, Geometría, Astronomía y Música; pero todas ellas estaban bajo el franco y absoluto predominio de la Teología.

Más tarde, en la Edad Media, tenemos las Universidades de París, Bolonia, Oxford, Cambridge, Salamanca y Palencia, si bien hay quienes aseguran que en esta última ciudad no existía sino un estudio que nunca llegó a ser Universidad propiamente dicha. Todas estas instituciones participaban, naturalmente, de la influencia ambiental propia de su época, debido: a la invasión de los bárbaros y al sitio de Europa por los musulmanes; a la marcada estructura jerárquica de la sociedad medioeval que reconocía tremendas e irritantes desigualdades humanas; al sojuzgamiento definitivo del mundo civilizado o de occidente que, no obstante ser legatario de los tesoros intelectuales de Roma y de Grecia, se vió en el caso de

abandonar los libros y dejar los estudios; a la manifiesta reacción contra el paganismo imperante, lo que determinó que el clero se prepare como nunca y consiga concentrar toda manifestación científica y cultural, en los monasterios y en la Iglesia; al descuido considerable de los estudios clásicos; y a la preferencia inusitada de las cuestiones religiosas, hasta tal punto que la Universidad de la Edad Media, viene a ser como una tentativa de realización de la República Platónica, pero totalmente subsumida en el ambiente cristiano. De ahí que, en el periodo medioeval, los sacerdotes representan a la estirpe áurea, los guerreros a la de plata y los obreros a la de bronce, remozándose así el antiguo criterio clasificatorio referente a los arcontes, fúlakes y labriegos de la concepción platónica.

Esta influencia ambiental de la época de los gremios y corporaciones, fue tan definitiva que hasta ha llegado a decirse que la institución universitaria de aquel tiempo, no era sino un gremio más subordinado, en todo, a la plenitud dominadora de la Iglesia, especialmente en lo que concernía a doctrinas teológicas, científicas y humanas.

En suma, la Universidad de nuestros días, tiene como precedentes históricos, tanto a la estructuración universitaria greco-romana, como a la medioeval, siendo de advertir: que la enseñanza superior fué la primera que se organizó en Europa, dirigiéndose inicial e invariablemente a las minorías selectas. Después, cuando aparece la burguesía, en los albores de los tiempos modernos, surge la enseñanza de segundo orden o enseñanza secundaria que bien pronto llega a influir en la ulterior estructuración de la Universidad; y sólo a partir de la Revolución francesa que concluyó por disolver precariamente a las universidades de Francia, se implanta la enseñanza primaria que, comenzando como simple función beneficiaria no tarda en convertirse en deber y derecho común de todos y cada uno de los hombres. Cabe recordar también que, al influjo de los tiempos modernos y sobre todo del Renacimiento, se operan no pocos cambios, en la institución universitaria medioeval. En efecto, la imprenta vuelve menos importantes a las conferencias, lecturas y apuntes, ya que la falta de libros y de ediciones abundantes, determinó al principio la institución de la cátedra; los descubrimientos geográficos que comprobaron la redondez de la tierra, hacen que el hombre hasta entonces confiado y seguro que vivía optimista y

tranquilo sobre la plataforma terráquea situada en el centro del Universo, de pronto pierda pié, se deslice y hunda en una como profundidad abismal, dudando de su antropocentrismo, y aprendiendo a preocuparse más de lo infinitamente grande y de lo infinitamente pequeño. Entonces de rey del Universo, se torna en simple admirador de la Naturaleza, encausándose en esta forma hacia la verdadera ciencia que procede de la admiración; ciencia que deja de ser tesoro sagrado y se transforma en mero producto de la actividad racional; que ya no hay sólo que mantenerla o conservarla, sino que producirla, constatarla y crearla; y que si se impregna en una época dada de un fuerte positivismo y de un positivismo agnóstico, es para demostrar luego una clara tendencia de retorno, hacia un idealismo de nuevo género.

Pero, de todas maneras, la emancipación no ha sido completa. En las Universidades de ahora persisten aún algunos residuos anacrónicos de las anteriores que no se compadecen con las exigencias e ideas de los tiempos contemporáneos y que generan, por lo mismo, notorias y terribles crisis, lo cual, claro es, no implica negar que hay algo de esencial y perenne que subsiste y garantiza la estabilidad y supervivencia de dichos institutos, ya que, de no ser así, hubieran desaparecido, cuanto antes. Mas, no es el momento de pretender distinguir lo que tienen de esencial y contingente los institutos Universitarios, lo que, por otra parte, me llevaría más allá de mi propósito, fatigando demasiado vuestra atención.

SIGNIFICADO DE LA UNIVERSIDAD.

El símbolo común de las entidades Universitarias, "Veritas Universitas", tiene el sentido de verdad y universalidad. Y digo que es común el símbolo porque comprende a todas, sin que importe que, con arreglo a las grandes transformaciones del mundo, se haya pasado de la Universidad Humanística, a la Técnica, o a la Científica, o que mantengan supervivencias de las Universidades conocidas como *ex consuetudine*, *ex privilegio*, *Universitas magistrorum*, o *Universitas scholarium*.

Por el primer vocablo del símbolo "Veritas", se desprende que la función específica de las instituciones Universitarias es buscar la verdad por la verdad, pero también para dedicarla a la enseñanza,

la misma que debe comprender: "todos los horizontes de la existencia, el presente y el más allá, el campo de la percepción y el infinito no visto ni admirado".

Y el término "Universitas" que se hallaba desprovisto, en la Edad Media, del significado que ahora tiene la palabra Universidad porque con él se designaba entonces y más bien la totalidad de maestros y estudiantes, pero no la generalidad o universalidad del saber que es lo que singulariza y distingue, a la fecha, los estudios universitarios. Pues. "cuando los hombres del medioevo querían referirse al conjunto de materias varias, de disciplinas estudiadas en algún sitio de fama, París, Salamanca, Oxford, empleaban de preferencia la expresión *studium generale*, que también designaba el sitio a donde eran enviados a estudiar los jóvenes de cualquier nacionalidad".

Consiguientemente, la Universidad significa y es una asociación de alumnos y profesores que, en cualquier punto de la tierra, se consagra a obtener, conservar y transmitir el gran tesoro de verdades que corresponden a una época determinada.

MISION DE LA UNIVERSIDAD.

Tres son, en definitiva, las finalidades que, según los universitarios, corresponden a los Centros de altos estudios o de enseñanza superior.

Ante todo la investigación científica, para lo cual debe prepararse convenientemente a los estudiantes, propendiendo a que se despierte en ellos la inquietud y deseo de captar la verdad científica, tal cual es, sin olvidar que muchas veces las apariencias engañan y que no pocas ocasiones hasta lo que parece demasiado claro y evidente, resulta en realidad confuso y problemático, y tratando de infundir en los alumnos el espíritu de crítica, inquisición y pesquisa, así como el de actividad perseverante que requiere la verdadera conciencia científica.

En este sentido, siendo como son las Universidades creación de la cultura occidental y en varias ocasiones de la Iglesia, pero también de la Iglesia de occidente, no tiene por qué faltarles sentido

especulativo, es decir, ese afán de procurar que la realidad del mundo cognoscible se refleje, como en un espejo, en la conciencia del sujeto cognocente, a diferencia de lo que ocurre con la ciencia y las sabidurías, más o menos esotéricas propias de la cultura oriental; sabidurías que se preocupan más de intereses utilitarios, de finalidades morales y del llamado saber de salvación desestimando ampliamente la otra clase de saberes y sobre todo el saber culto.

Sin embargo, no se puede negar que, por ejemplo, las Universidades de Alemania son auténticos centros de investigación y de investigación científica por excelencia, mientras que las Universidades Norte Americanas se concretan más a la preparación técnica, y las Latino Americanas que se han modelado, de seguro, conforme al tipo estructural de las Universidades Españolas, aún cuando no carecen del deseo de investigación científica; pero, creo honradamente que muchas de ellas y en el momento actual no podrían intentar siquiera convertirse en grandes y verdaderos centros de investigación científica, sin que esto importe, desde luego, ningún propósito autodenigratorio, lo cual ni cabe, sino mera apreciación exacta de la realidad. Entendido, por supuesto que, como una de las supremas aspiraciones de nuestras Universidades es la superación ilimitada del conocimiento científico, hay que tener presente siempre que "el fomento de la ciencia es un mandato de la propia conservación si queremos recuperar nuestro sitio en el concierto de los pueblos".

En segundo término, concierne a las Universidades la preparación para las profesiones liberales: Médicos, Abogados, Farmacéuticos, Odontólogos, Ingenieros, Arquitectos, etc. Preparación que mal puede conseguirse sin el conocimiento científico indispensable, porque no hay inconveniente alguno y, al contrario, resultaría ideal que todos los profesionales sean hombres de ciencia. Sólo que el saber, para los profesionales, no es el término de sus actividades, sino un instrumento para el mejor desempeño de las mismas. A esto se agrega que los apremios diarios de la vida no permiten al profesional disponer del tiempo imprescindible para dedicarse a la "minuciosa determinación analítica que la Ciencia presupone". "El hombre de Ciencia no tiene ni puede tener prisa. Espera pacientemente. Sabe que a la corta o a la larga la realidad se le rendirá. Ignora, empero, cuándo y cómo. La actividad profesional no admite espera. No puede aguardar a que la verdad se le revele para proceder

a la realización de sus respectivas actividades. No es abogado quién es capaz de averiguar la esencia de la justicia. Sólo lo es de veras quién trata de conseguir que la justicia prevalezca en las relaciones entre los hombres. Ni es médico quién llega a saber o a descubrir cuánto es dable averiguar sobre los íntimos mecanismos de la anatomía y fisiología humanas, sino quién es capaz de atender con eficacia y curar al hombre valiéndose de los medios que la ciencia le proporciona y acaso de otros muchos ajenos a la ciencia y a las actividades científicas. Lo mismo cabe decir del Ingeniero, del Maestro, del Arquitecto. Su finalidad primordial no es saber mecánica o pedagogía, sino construir o educar". "Esta distinción es indispensable para evitar infinitos malentendidos y equívocos. No se trata de dignidades o de jerarquías, sino de funciones esencialmente distintas cualquiera que sea su jerarquía y su dignidad".

Otro aspecto digno de consideración es la práctica que requiere el ejercicio profesional. Para subsanar este inconveniente, nuestro Máximo Plantel Universitario, cuenta con las instituciones de los internados, práctica hospitalaria, concurrencia a gabinetes, laboratorios, etc., tratándose de las ciencias médicas y sus afines. Y fundó el consultorio jurídico para la práctica diaria y constante de los alumnos de Derecho; consultorio que tan proficuos resultados ha tenido y seguirá teniendo en beneficio positivo de los estudiantes de Jurisprudencia, que realizan también sus actividades de carácter práctico en el Seminario de la Facultad. Con medidas de esta índole resultan hasta cierto punto estériles las discusiones sobre la preferencia de la teoría a la práctica o viceversa. Porque, si bien es cierto que nada se aprende mejor que haciendo y muchas veces haciendo mal; pero, esto no significa que la práctica pueda divorciarse totalmente de la teoría, ya que entonces imperara la rutina más clamorosa, sin la fuerza vivificante que imprime sólo el amplio conocimiento de los postulados y principios doctrinarios pertinentes; rutina que, y por lo mismo, ante situaciones imprevistas quedaría completamente desconcertada, perdida e inerte.

Lo aconsejable es aunar la teoría a la práctica, porque, como muy bien se ha dicho, el conocimiento científico "no es ni la pura teoría ni la simple aplicación, sino una síntesis de la práctica dirigida por la teoría y de la teoría enriquecida incesantemente por la práctica".

En rigor no hay ningún sentido de prelación entre las funciones que, específicamente, corresponden a la Universidad; pero, las hemos expuesto en el orden consignado, porque de algún modo tenía que hacerse. Y, es así como ahora estamos frente a la necesidad que tienen las Universidades de prestar mayor atención a la cultura; pero no en el sentido de que él "estudiante reciba conocimiento ornamental y vagamente educativo de su carácter o de su inteligencia, sino de acuerdo con el enjuiciamiento que realizara Ortega y Gasset, al decirnos: "La vida es un caos, una selva salvaje, una confusión. El hombre se pierde en ella. Pero el hombre reacciona ante esa sensación de naufragio y perdimiento: trabaja por encontrar en la selva "vías", "camino", es decir: ideas claras y firmes sobre el Universo, convicciones positivas sobre lo que son las cosas y el mundo. El conjunto, el sistema de ellas, es la cultura en el sentido verdadero de la palabra; todo lo contrario, pues, que ornamento. Cultura es lo que salva del naufragio vital, lo que permite al hombre vivir sin que la vida sea tragedia sin sentido o radical envilecimiento". "Cultura, dice, es el sistema de ideas desde las cuales el tiempo vive. Porque no hay remedio ni evasión posible: el hombre vive siempre desde unas ideas determinadas que constituyen el suelo donde se apoya su existencia". Luego, sostiene que "el régimen interior de la actividad científica no es vital: el de la cultura sí". Por tanto, la gran responsabilidad histórica del momento, consiste, entre otras cosas, en propender a que se devuelva a la Universidad su misión central de ilustrar al hombre, volviéndole cada vez más culto, hasta que el problema del conocimiento deje de ser no-seológico y se convierta en ontológico, habida cuenta de que el saber se trasmuta en ser.

Por lo demás, prescindo intencionalmente de algunas observaciones que quizá podrían hacerse sobre la autonomía universitaria la que para ser positiva y eficaz, debería llegar hasta el plano económico; y sobre las prometedoras y halagüeñas perspectivas que nos ofrece la EXTENSION UNIVERSITARIA, con las llamadas Universidades Populares, las que cristalizan en sí la esperanza más positiva del futuro, por no abusar demasiado de vuestra benévola atención. Pero si quiero referirme a que nuestra "ALMA MATER" de Cuenca, acaba de probar una vez más que nunca escatimó ni escatimará esfuerzo alguno por conseguir que la misión universitaria sea plena y ampliamente satisfecha. Así lo demuestra, entre

otras cosas, la reciente creación de la Escuela de Arquitectura y Urbanismo, anexa a la Facultad de Ciencias Matemáticas y Físicas; Escuela que se debe a la feliz iniciativa del Sr. Rector de nuestro Establecimiento, quién, de la manera más patriótica, previsiva y acertada, ha plasmado en realidad, la idea que concibiera al respecto. Dicha Escuela, seguramente, contribuirá para que nuestra vida se vuelva, en lo sucesivo, más sana, cómoda, próspera y bella. De ahí que por su éxito completo formulo, desde ahora, mis más cumplidos votos.

Concluiré, manifestando que yo, personalmente, tengo fe inquebrantable en el destino y misión de las Universidades, porque todas ellas se nutren con sabiduría de inmortalidad: las exigencias e incitaciones permanentes e inaplazables del espíritu que se configuran, exteriorizan, tonifican y completan, adquiriendo plena realidad, gracias al impulso vital, pujante y fervoroso de la juventud, y al aporte reflexivo y sereno de los Maestros de verdad.

Por otra parte, sostengo que si se producen algunas transformaciones en los Institutos Universitarios, éstas no pueden ser ni serán, sino accidentales, porque en principio, las Universidades tienen que perdurar y perdurarán para cumplir así sus altos designios. Y hasta creo que, sin mayor hipérbole, bien cabe decir: puede la tierra tornarse inmóvil, el agua perder su clara presencia sucesiva y el sol su luz y su calor; pero, mientras los hombres subsistan en el Mundo, las Universidades persistirán incólumes, en el "eterno fugar de las cosas y de la vida".

Y por fin el Lcdo. Rodrigo Vázquez Andrade, Vicepresidente en ejercicio de la presidencia de la Federación de Estudiantes Universitarios, a nombre del alumnado, dijo:

Señor Rector de la Universidad, Señor Vicerector, Señores Decanos, Compañeros:

Una honrosa designación del señor Rector de la Universidad para que lleve la palabra a nombre de los estudiantes, me ha brindado la grata oportunidad de dar la bienvenida a mis compañeros universitarios al iniciarse un nuevo año de labores en nuestro Plantel.

La Universidad de Cuenca, comienza con este acto un ciclo más de trabajo en bien de la ciencia y la cultura. A través de su desarrollo, como siempre, la unión del esfuerzo y la reconocida capacidad de las Autoridades y Profesores con el entusiasmo y la racional disciplina de los alumnos será el motor que anime la vida de nuestra Institución.

La colaboración entre la actividad de estos dos elementos ha constituido una necesidad en la vida universitaria, que podríamos llamarla cotidiana, porque no hay asunto que, interesando a la Universidad, deje, por este mismo hecho, de interesar igualmente a profesores y alumnos, pues, aunque por distintos medios, unos y otros persiguen un fin único, un objetivo común, cual es el engrandecimiento de nuestro Establecimiento Máximo de Educación. Y los problemas universitarios se han venido multiplicando con el transcurso del tiempo, y, por lo mismo, la necesidad de la presencia del estudiantado se hace cada vez más imperativa y no son ahora raras las ocasiones en que las organizaciones estudiantiles secunden la labor de quienes dirigen los destinos de la Universidad, o, que las iniciativas de aquellas sean recogidas con simpatía y decisión por éstas.

Esta circunstancia hace que los estudiantes universitarios no podamos aceptar el criterio de que nuestra actividad debe concretarse a cumplir única y exclusivamente las tareas escolares. Si verdad es que éstas constituyen para nosotros la obligación primordial, nuestra actividad no puede reducirse a ellas solamente. Es preciso que el estudiante sea un elemento activo dentro de la Universidad; que sienta como propios los problemas del establecimiento al que se debe, y si los Profesores y Autoridades están empeñados en resolverlos, sepa secundar ese empeño, y aún tomar la iniciativa si esto no ha sucedido todavía.

Debo hacer hincapié en esta necesidad imperiosa de la participación activa del estudiante en la vida universitaria y en la estrecha colaboración que debe existir entre la labor de profesores y estudiantes; es preciso desterrar la idea de que los intereses de cada uno de éstos han de ser siempre contrapuestos; si aceptamos que la actividad de unos y otros está encaminada hacia un objetivo común, —conseguir el perfeccionamiento y superación de la Universi-

dad, dentro de la cual se hallan comprendidos—, es preciso aceptar también que sus intereses son semejantes.

Esta comunidad de intereses, y por lo mismo la necesidad de una acción conjunta de profesores y estudiantes para satisfacerlos, se presenta más notoria precisamente en estos días cuando la Universidad comienza sus labores; pues a iniciativa de la Filial de Quito de la Federación de Estudiantes Universitarios del Ecuador, que para esto ha contado con el más amplio respaldo del Consejo Universitario de la Universidad Central, se ha emprendido en una campaña tendiente a conseguir del Congreso Nacional el alza de la asignación presupuestaria correspondiente a la educación. Con este objeto, —y como todos vosotros conocéis—, el señor Rector de la Universidad Central y Senador Funcional por la Educación, ha presentado un proyecto cuya aprobación es fundamental para el incremento de la educación nacional y, por ende, para el mejoramiento de las Universidades del País. Toca entonces a las Autoridades Universitarias y a los estudiantes, en íntima colaboración, mover todos los resortes a su alcance para lograr tal aprobación. Es menester solicitar el apoyo de la prensa, las instituciones culturales, lograr que la opinión pública preste su respaldo y que el Congreso mismo, comprenda, en toda su amplitud, la trascendencia del proyecto presentado por el H. Senador Funcional por la Educación.

Si los hechos han demostrado que el universitario, además de sus tareas escolares ha de sentir como deber suyo la resolución de cuantos problemas afectan a su Establecimiento, es igualmente cierto que alrededor de él se da o puede darse una serie de hechos que, si bien son externos a la Universidad, no podemos considerarlos extraños. Ante el atropello a la dignidad humana, no puede el universitario mantenerse impasible; ante la miseria, el dolor y la ignorancia que aquejan a su Patria, no debe mostrarse indiferente. Incumbe a su honra y responsabilidad de estudiante universitario reconocer como deber suyo el ser guardián y defensor de las conquistas que han elevado la dignidad del Hombre al sitio que merece, alcanzadas a través de siglos de lucha; tócale reconocer la obligación que tiene con su Patria de ayudarla a vencer cuantos problemas arrastra; debe ser el propagador de la cultura, haciendo que ésta trascienda de las aulas universitarias y llegue hasta a los sectores más distantes de nuestro pueblo.

Queridos compañeros: nuestra calidad de estudiantes universitarios nos impone una serie de tareas y la obligación moral de cumplirlas; yo sólo he querido, luego de daros la cordial bienvenida, recordaros algunas de ellas, por considerarlas más importantes y haceros un llamameinto para que participéis activamente en la vida universitaria, pues, como ya lo dije, si bien nuestra primordial tarea es el cumplimiento de las obligaciones escolares, no menos importantes son los deberes que tenemos con la Universidad, la sociedad, la Patria, y aún más —porque las fronteras de un país resultan estrechas para el pensamiento universitario— con la Humanidad toda.

Días 11—21

NUEVAS AUTORIDADES Y DIGNATARIOS DE LA UNIVERSIDAD

Por haber concluído los períodos legales en las Facultades de Jurisprudencia y Ciencias Sociales y Filosofía y Letras, se procedió a la elección de autoridades, consejeros y dignatarios para el bienio 1958—1960, en esta forma:

FACULTAD DE JURISPRUDENCIA

Decano: Sr. Dr. César Astudillo.

Subdecano: Sr. Dr. Rafael Chico Peñaherrera.

Vocales del Consejo Directivo: Sr. Dr. Gerardo Cordero León y Sr. Dr. Roberto Aguilar Arévalo.

Fiscal: Sr. Dr. Víctor Lloré Mosquera.

La Junta de catedráticos otorgó, por unanimidad, un voto de aplauso al Decano cesante doctor Gerardo Cordero León, en reconocimiento del acierto con que dirigió los destinos de la Facultad en el período de 1956—1958.

Posteriormente, el Consejo Directivo designó al doctor Cordero León para que desempeñe las funciones de Director del Seminario de Investigaciones.

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS:

Para el ejercicio de las funciones de Decano fue reelegido el doctor Gabriel Cevallos García.

Subdecano fue nombrado el catedrático doctor Francisco Alvarez González.

Miembros del Consejo Directivo los profesores doctores Hugo Ordóñez Espinoza y José López Rueda.

Y en virtud de renuncia que por motivos de carácter personal presentara el Ing. Daniel Palacios Izquierdo, la misma que fue aceptada dejándose constancia del agradecimiento de la Junta por sus valiosos servicios, se designó en su reemplazo al Ing. Ulises Sotomayor Villegas.

La Junta nombró también, para Directores de las Escuelas de Ingeniería Civil y de Arquitectura y Urbanismo, a los profesores Ing. Luis Enrique Loaiza Jaramillo y Arq. Jorge Roura Cevallos.

Día 29

CONFERENCIA CIENTIFICA DICTO EL DOCTOR JUAN TANCA MARENGO

Con los auspicios de la Universidad de Cuenca y del Comité de Cuenca de SOLCA (Sociedad de lucha contra el cáncer), el científico y eminente facultativo señor doctor Juan Tanca Marengo, en el Paraninfo de la Universidad, sustentó una muy interesante conferencia con el tema "Sobre la campaña contra el cáncer en el Ecuador".

Al presentar al conferencista el señor Rector de la Universidad destacó la alta personalidad universitaria que distingue al doctor Tanca Marengo y puso de relieve la amplia y benéfica labor social por él cumplida como fundador y director de LEA (Liga Ecuatoriana Antituberculosa) y de SOLCA.

En su disertación el doctor Tanca Marengo se refirió concretamente a los objetivos que persigue SOLCA, a la labor que se propone realizar en la República toda y en esta ciudad, a la necesidad de proporcionar mayores facilidades e informaciones al cuerpo médico en orden al diagnóstico de la enfermedad. Hizo una sucinta e interesante reseña de los estudios presentados en el VII Congreso Internacional de Cancerología celebrado en Londres, en el cual honró al Ecuador como su representante, ya sobre cuestiones etiológicas, ya sobre aspectos referentes al tratamiento mismo y terminó solicitando de las Instituciones Públicas y de la ciudadanía su cooperación y apoyo a la campaña que se propone realizar SOLCA en las Provincias Australes.

La numerosísima concurrencia que llenaba el Paraninfo Universitario premió con prolongados aplausos la exposición del sobresaliente maestro.

NOVIEMBRE

Día 2

CONMEMORACION DEL CXXXVIII ANIVERSARIO DE LA INDEPENDENCIA DE LAS PROVINCIAS AZUAYAS

Como es ya antigua costumbre universitaria, en el presente año tanto como en los anteriores, la Universidad se sumó a la conmemoración del CXXXVIII aniversario de la emancipación política de las Provincias Azuayas, celebrando en su salón de honor un acto académico dedicado a enaltecer y recordar la memoria de los Próceres de la Independencia. Durante su desarrollo, también como en años anteriores, se hizo entrega de la Condecoración "Benigno Malo" a los egresados del Plantel en el año escolar 1957—1958 que, por sus merecimientos estudiantiles demostrados durante el ciclo de estudios universitarios, fueron declarados acreedores a tan alta insignia.

La ceremonia, a la que concurrieron catedráticos y

alumnos del Plantel e invitados especiales, fue presidida por el señor Rector de la Universidad, a quien en el estrado de honor acompañaban las autoridades civiles y militares de la Ciudad y las del Plantel.

Ejecutado el Himno Nacional por la Orquesta del Conservatorio de Música, el señor Rector pronunció el discurso de estilo en los términos siguientes:

X "Señor Alcalde, Señor Gobernador, Señor Vicerrector, Señores Decanos, Señores Profesores, señores estudiantes:

La historia no se detiene. Es un proceso continuo en que los sucesos anteriores influyen en los posteriores y los explican, en que los hechos se encadenan de manera tal que los unos se apoyan en los otros y se coordinan a lo largo del tiempo, formando series de fenómenos en cuya explicación no es posible prescindir ni de los detalles al parecer insignificantes. El presente se apoya en el pasado y el futuro en el presente. Los acontecimientos al parecer más contradictorios se ajustan, en la larga perspectiva de la historia, a una lógica inflexible y encuentran su justificación o por lo menos su explicación en antecedentes remotos.

Los cuatro siglos de vida colonial que se iniciaron con la conquista española de América, el sistema de gobierno implantado en las colonias por la monarquía española, la manera de conducir los Virreynatos, las Presidencias, las Capitanías Generales; el régimen económico al que estuvieron sometidas; la permanente contradicción entre las leyes paternalistas y generosas dictadas para las Indias y los hechos brutales de opresión y rapiña de los encargados de cumplirlas; el menosprecio de las milenarias y elevadas culturas indígenas; el germen de autogobierno local cultivado en los cabildos coloniales, trasplantados de las comunas castellanas; el espíritu individualista e independiente de la raza española generosamente sembrada en tierras americanas y otros muchos factores explican suficientemente la Independencia o Emancipación política de los pueblos americanos.

¿Que la Independencia fué prematura?. Que la conseguimos a costa de todos los demás bienes?. Que lo duro y largo de la lucha

con la metrópoli nos debilitó económicamente?. Que pudieron ahorrarse los torrentes de sangre derramada para conseguirla?

Preguntas todas éstas y otras más que se han hecho que no tienen sino una respuesta concluyente y definitiva: La Independencia de las colonias españolas de América es un hecho histórico que se produjo por la confluencia de múltiples factores ineludibles en el momento preciso que debía producirse. Y fue un hecho histórico beneficioso para nuestros pueblos, por mucho que, como todos los sucesos trascendentales, haya demandado grandes sacrificios.

Por esto es que los pueblos americanos lo han inscrito en su calendario histórico como el suceso más importante de su vida colectiva y han elevado a los hombres que lo realizaron a los altares de la gloria cívica y del heroísmo.

Nuestra ciudad de Cuenca conmemora un nuevo aniversario de su emancipación local en 1820, y glorifica una vez más a sus libertadores, precisamente porque su pueblo comprende claramente que la libertad de gobernarse que conquistó a precio de sangre es un gran bien, base y sostén de otros bienes sucesivos que ha ido obteniendo penosamente y que los obtendrá en el futuro, porque la historia no se detiene.

Y porque no se detiene es que, una vez conseguida la independencia política, los pueblos de la antigua Presidencia de Quito, hoy República del Ecuador, han luchado para edificar una patria digna de la libertad conquistada hacen más de ciento treinta años. Y el mismo pueblo del 10 de Agosto, del 9 de Octubre, del 3 de Noviembre y de tantas otras fechas gloriosas de la patria, se levantó el 6 de Marzo contra la opresión del militarismo extranjero y el 5 de Junio contra el uso ilícito y humillante del símbolo nacional y por la conquista de las libertades fundamentales del hombre, sin las cuales estaba trunca la obra de los libertadores.

Y porque la historia no se detiene es que nuestro pueblo ha logrado cimentar, en ardua lucha, instituciones que le sirven para avanzar en el camino de su liberación y de su bienestar y que está decidido a mantenerlas y mejorarlas.

Tras la emancipación política, persiguió la emancipación espiritual, la emancipación de la conciencia, que solamente será completa cuando la educación llegue a todos los ecuatorianos y los eleve a la plenitud de la condición humana, que es la de la conciencia libre e ilustrada. Y luego vendrá necesariamente la libertad económica, la justa distribución de los bienes materiales necesarios para mantener la dignidad de la persona humana. Los eslabones de la historia seguirán agregándose unos a otros, inexorablemente.

Naturalmente que para ello el hombre ecuatoriano debe tener cada día una conciencia más clara del valor de la libertad y una voluntad firme de no desmejorarla ni perderla, porque no faltan las acechanzas contra ella, disfrazadas o francas. Disfrazadas de amistad y de protección, nos tienden la compleja e invisible red de un nuevo colonialismo económico. Francas de sectarismo y de odio a la libertad, nos amenazan con suprimirla en la educación y en la convivencia civilizada que ofrece el Estado laico.

*
* *

Siempre la Universidad celebró esta fecha como suya, porque de ella arranca la razón de su existencia como institución de educación y de cultura que no puede existir sino en un ambiente de libertad espiritual. Fiel al legado de los libertadores, se esfuerza por cumplir su elevada tarea educativa, científica y cultural para formar juventudes dignas de recoger e incrementar ese precioso legado histórico y de transmitirlo puro y entero a la posteridad.

La condecoración BENIGNO MALO, creada en homenaje al primer Rector de este plantel, es un estímulo para esta juventud llamada a cumplir tan noble y alto destino humano. A quienes la han alcanzado en este año y la recibirán en este acto, después de pocos momentos, van mis felicitaciones más francas y mi voz de aplauso por su triunfo, que es, a la vez, un triunfo de la Universidad cuencana".

Luego, para hacer entrega de la presea universitaria a los galardonados con ella, señora Flor María Salazar de

Tenorio, por la Escuela de Química y Farmacia; don José Rodríguez Toledo, por la Escuela de Medicina, y don Marcelo González Moscoso, por la Escuela de Química Industrial, el catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras, doctor Luis Fradejas Sánchez, habló en estos términos:

El Sr. Rector de la Universidad me ha delegado para que, como Profesor de la misma en su Facultad de Filosofía y Letras, lleve la palabra en el acto de entrega de la condecoración "Benigno Malo" con la que el Plantel distingue a los mejores egresados del año escolar anterior. Los agradecimientos anticipados que el Sr. Rector me formulara en su comunicación para que aceptara esta designación he de devolvérselos públicamente y con la consideración más respetuosa por mi parte, por haberse fijado en nuestra Facultad y en uno de sus miembros para tan distinguido propósito.

Porque con estos actos que celebra anualmente la Universidad y los hace coincidir con las fiestas en recuerdo de la Liberación de la ciudad de Cuenca, con ellos, a mi entender, creo que ha llegado la emancipación a tal grado de madurez ideológica que puede permitirse ya, no digamos el lujo, sino la satisfacción de convocarnos aquí a todos, a los vencedores y a los vencidos, porque ambas cosas hemos sido los españoles y los ecuatorianos, y a mucha gloria, porque desgraciados de los pueblos que no han pasado por esta doble alternativa, ya que el sacrificio de la derrota tiene en los ánimos conscientes, al superarla, el gran valor de templar los espíritus y hacerlos capaces para forjar su nacionalidad. Los pueblos forjados sólo en el orgullo de la victoria es natural que prosperen materialmente, a expensas de los vencidos, pero en su ocaso al que la fatalidad les hará llegar, ¿qué notas de espiritualidad podrán presentar en el futuro balance de la historia de la cultura si estos adelantos materiales que ahora nos asombran serán muy pronto superados por el creciente flujo de la técnica? No se trata sólo de vencer, sino de convencer y el convencimiento es lo que queda después que ha pasado el rencor que producen todas las armas conquistadoras si es que el conquistador animó con alguna espiritualidad su empresa. Yo, como español, no siento vergüenza alguna de haber sido conquistado por Roma porque, salvado el respeto a los héroes que instintivamente se opusieron a aquella dominación y ofrecieron

sus vidas a la humana libertad, hoy, a los siglos de distancia, tengo el convencimiento de sentirme conquistado espiritualmente por aquel gran pueblo que supo infundirnos tal calidad de universalidad que ha trascendido como legado también para nuestros herederos.

Pero para mi la perspectiva histórica es más profunda y la vuestra más próxima; es posible que aún no se hayan disipado todos los rencores. Para eso está el acercamiento y a la Universidad le cabe la responsabilidad de afrontar el convencimiento siempre que no se trate de una absorción total que anule la personalidad, lo cual es un absurdo, porque tanto en los individuos como en las colectividades sólo se anulan las personalidades cuando éstas no existen. La verdadera personalidad, individual o social, es absorbente y cada vez que encuentra fuera de sí materia asimilable, la hará propia; siempre será un motivo más para su enriquecimiento.

Todas estas ideas acaso os parezcan dichas fuera de sazón mientras no sepais el objetivo al que se dirigen. A mi entender toda reunión universitaria, cualquiera que sea su objeto, debe ser aprovechada para la exposición de algún tema que, visto desde una faceta original, pueda proporcionarnos nuevas perspectivas para su conocimiento global. No hemos de descuidar tampoco el objeto de nuestra reunión y como en la de hoy se trata de conmemorar una fecha y de distinguir públicamente a un pequeño grupo de alumnos sobresalientes de nuestras Facultades, a ellos me dirijo particularmente por considerarlos paladines del espíritu científico sembrado en las aulas de nuestra Universidad y por lo tanto aptos para pensar sin prejuicios. Que los demás nos acompañen en esta exposición sincera es nuestro deseo.

A grandes rasgos quisiera exponeros la historia y el contenido, utópico unas veces, con algunas posibilidades reales otras, de un término que es una realidad y con el que nos estamos topando a cada paso: HISPANOAMERICANISMO. Y no creais que vengo haciendo propaganda de la casa; ese será, como es natural, vuestro primer recelo. En verdad os digo que a 27 de los 28 millones de españoles les interesa menos este problema que a vosotros; casi os diría que lo desconocen. Con el resto de los interesados en el problema yo hago dos grupos. Unos que corren el artículo, pero con fines bastardos de propaganda; llevan muestras falsas del pro-

ducto, imitaciones, oropel que os quieren hacer pasar por joyas verdaderas; vociferan para vender el artículo porque es falso. No los creais porque en la mayoría de los casos estos propagandistas intentan meteros de contrabando ideas políticas repudiadas ya por el mundo civilizado. Y por último queda otro grupo, el más pequeño porque es el más sano. El de los que creen que el Hispanoamericanismo es un problema intelectual y sólo esto. A este grupo, como es natural, me sumé desde que tuve conocimiento del problema.

Lo primero que nos encontramos como una realidad es el término, la palabra Hispanoamericanismo. Ultimamente ha sido objeto de una corrección ortográfica curiosa. Los sesudos y discretos académicos de la Lengua han acordado que debemos escribir ya, sin ser separados, los dos elementos del compuesto. Sobre tan graves cerebros habrá pesado, sin duda, el convencimiento de que jamás españoles y americanos volveremos a las manos; como los anglo-norteamericanos, también juntitos; pero anglo, americano, franco y en general cualquiera otra nacionalidad debe ser separada por un guión de su compuesto ruso o germano. ¡Qué felices nos sentiríamos si a estas grandes potencias les separaría sólo un guión! Pues bien; ya nos encontramos aglutinados incluso en la palabra y cuando esto han acordado los Académicos es porque se trata de un hecho consumado, ya que sólo así reconocen las innovaciones. Pero se llega a este final después de un proceso que es el que yo trato de explicar. Un Hispanoamericanismo sincero no pudo surgir antes del año 1898 porque hasta entonces mantuvo España un resto de su antiguo imperio colonial en América. Cuba y Puerto Rico seguían alejando a América de España a pesar de que el resto de los territorios, los más vastos, se habían constituido ya en Repúblicas independientes, porque el imperio siempre fue una dificultad para las uniones libres de los pueblos. Cuando la realidad geográfica e histórica hizo entrar en razón a los últimos recalcitrantes imperialistas peninsulares, entonces se abrieron las puertas a uno y otro lado del océano para que pudiera penetrar el Hispanoamericanismo. Los primeros contactos fueron fríos como son las reuniones preliminares de una vieja familia desavenida que quiere volver a la fraternidad que impone la fuerza de la sangre. Surge entonces la palabra al calor de los brindis de final de banquete como un deseo vago sin contenido especificado: unos hablan de economía, otros de educación, aquí se piden contactos más íntimos, allá se desean soluciones

prácticas; todos ansian, pero todavía no se sabe qué. No se consigue nada efectivo, pero si se pronunciaron retóricos discursos y los poetas, Rubén por ejemplo, dejaron alguna que otra composición en este pórtico de entrada al Hispanoamericanismo. Yo creo que todo este parloteo, efusivo y lírico, no podía romperse, a pesar de su falsedad inicial, porque actuaba sobre las partes divorciadas la magia de una realidad: el idioma común. He aquí por qué se pudo pasar adelante. Cuando se empezó a calar un poco hondo en el problema y se empezaron a analizar las distintas ponencias iniciales, en seguida se dieron cuenta de lo utópico de su realización. Por su geografía España y América no pueden tener nunca una economía conjugada. Los intereses políticos, si no son los altruistas y de cooperación universal, no pueden atraer la atención vital de las dos partes. El problema anglo-español sobre Gibraltar, por ejemplo, es tan ajeno a Hispanoamérica como lo es para España el problema limitrofe de Ecuador con Perú. Ajeno, no quiero decir indiferente y prueba de ello es la intervención mediadora de España en este último problema, allá por el año de 1910. Descartados pues los intereses políticos y económicos, es decir, los motivos materiales de posibles fricciones, ¿qué otra posibilidad real le quedaba al Hispanoamericanismo? No cabe duda que sólo una: el Idioma. Y que éste no podía ser nunca motivo de refriega, sino de comunión, lo demuestra la actitud de los propios americanos frente al posible porvenir del idioma español en América. Es curioso que los primeros temores sobre este porvenir del castellano en América surgieran en la mente de los filólogos americanos, inteligencias libres de todo prejuicio nacionalista. Así como nadie duda de la capacidad intelectual de don Andrés Bello, tampoco dudaremos de su integridad patriótica hacia la causa de la libertad americana, pues de todos vosotros es conocida su lealtad a la misma confirmada en difíciles misiones que el Libertador le confió para conseguir adhesiones en el exterior. Pues bien; fueron Bello, Cuervo, Caro y otros estudiosos amantes de nuestro idioma, los que con un temor un poco ingenuo, motivado sin duda por su excesivo amor a la lengua, supusieron para el español en América un proceso de descomposición idéntico al que había motivado siglos antes el nacimiento de las lenguas romances al romperse la unidad política del Imperio romano. Los temores no eran infundados pues las semejanzas de todas las circunstancias hacían preveer idéntico desenlace. Y no estamos libres de este temor porque fatalmente este es el porvenir del español en América: o bien

diferenciarse en varios romances hispánicos, o mantener una unidad muy precaria alterada por profundos provincialismos. Pero no para un futuro tan próximo como ellos suponían. La voz autorizada del maestro de todos los que nos dedicamos a estos estudios, don Ramón Menéndez Pidal, terció ya entonces en el problema, aclarando que si el periodo de formación de los romances fue lento, obra de diez o doce siglos, en el presente son más poderosas las fuerzas conservadoras de tipo lingüístico que las diferenciadoras, ya que los medios modernos, la imprenta, la escuela, la radio, el periodismo, tienden a la conservación en una medida no previsible en la época romana.

¿Pero cuál era el temor de los filólogos americanos? Para mí no cabe duda; ellos fueron los primeros que llenaron de un contenido afectivo el término Hispanoamericanismo. El idioma no es sólo comunicación, facilidad que nos permite no sentirnos extranjeros en toda el área de Hispanoamérica. La lengua es mucho más que todo eso. Es el depósito de toda la esencia espiritual de una raza porque a manera de sangre circulan por este espíritu colectivo todas sus características étnicas; en ella depositamos todos, unos más y otros menos, la personalidad que nos pudo caber en suerte; con ella, como un substratum ideológico, conformamos nuestro pensamiento y aún diría más, nos sentimos violentos en nuestros odios y en nuestros cariños porque nuestra lengua, la que nos legaron ascendientes apasionados, no circula por los cauces lógicos que concluyen en el frío silogismo racionalista, sino que prorrumpe en repentinatas interjecciones que, sin rencores ulteriores, momentáneamente nos devuelve la tranquilidad al espíritu. Y algo más; cuando nos ha cabido en suerte el legado de una lengua que por circunstancias históricas, merecidas o no, no se contuvo en su área limitada inicial, con este legado recibimos también una unidad supernacional que nos coloca a todos en la categoría de pueblos universales. Y con este concepto, acaso el más sobresaliente de todos, haría yo mi definición del Hispanoamericanismo: "Una unidad supernacional en la que todos sus miembros nos reconocemos por el idioma". Y la ruptura de la unidad lingüística de Hispanoamérica, más sensible para su futuro que la descomposición de su antigua unidad política, truncaría esta unidad espiritual que da la lengua. Este es a mi entender el temor que apuntaban los filólogos americanos cuando temían por el porvenir del español en Hispanoamérica.

Y no quiero despedirme de ustedes sin antes haceros conocer una última fase por la que ha pasado también el Hispanoamericanismo. De fase romántica se la ha calificado, no porque surgiera en ese periodo, sino porque los proyectos soñados por sus quiméricos protagonistas nos parecen una pura abstracción intelectual. Cuando en el 98 España perdió los restos de su imperio colonial, los hombres más significativos de aquella generación, los grandes amigos de América, los que no se dejaron engañar por las charangas bullangueras del patriotismo, pensaron encauzar de una manera intelectual todo aquel excedente de energía hispana esparcido por las tierras del Nuevo Mundo. Para ello no había que volver a pensar en las gestas heroicas, porque estos hombres concebían la dominación sólo como una fase inicial que había de conducir finalmente a la formación de un espíritu de solidaridad al sentirnos todos miembros de un mismo origen, divididos ahora en nuevas nacionalidades agrupadas en Estados, pero con una naturaleza y origen común. Y para este sueño pensaron en un antecedente histórico real. Quisieron hacer del "hispanismo" un fenómeno parejo del "helenismo" y así como las colonias griegas sembradas por todo el Mediterráneo, desde Asia Menor hasta España, fueron las sembradoras de las ideas que aún siguen alimentando al mundo moderno, de la misma manera el hispanismo, repartido entre pueblos diferentes, unidos por la lengua y una herencia común de cultura, aunque con instituciones políticas diferentes, puede muy bien, siguiendo aquella huella luminosa, aportar una ofrenda original al servicio de la Humanidad.

Así pienso yo, como pensaron estos mentores modernos del pensamiento hispano, y este es el convencimiento del que os hablaba al principio y al que quisiera conducirlos a todos, porque un Hispanoamericanismo así concebido, libre ya de todos los prejuicios políticos y económicos, es decir limpio de egoismos, puede tener cabida en todas las almas limpiadas de rencor. Y vosotros, los jóvenes a los que hoy distingue la Universidad con el premio "Benigno Malo", pudierais ser muy bien los señeros de esta noble empresa porque es una empresa puramente intelectual.

A nombre de los premiados pronunció breves frases de agradecimiento el señor Marcelo González Moscoso.

Y con el Himno de la Universidad de Cuenca, la ceremonia, que tuvo relieves de solemnidad, dió término.

Día 5

EL CONSEJO UNIVERSITARIO EXPRESA SU CONDOLENCIA AL DECANO DE LA FACULTAD DE JURISPRUDENCIA

Con motivo del fallecimiento de la señora doña Emperatriz Astudillo, madre del Decano de la Facultad de Jurisprudencia, doctor César Astudillo, y del catedrático de la misma, doctor Virgilio Astudillo, el H. Consejo Universitario se asoció a su duelo dictando el siguiente acuerdo de condolencia:

EL CONSEJO UNIVERSITARIO DE CUENCA,

Considerando:

Que hoy ha dejado de existir la distinguida señora doña EMPERATRIZ ASTUDILLO, madre del señor Decano de la Facultad de Jurisprudencia, doctor César Astudillo, y del doctor Virgilio Astudillo, catedrático de la misma Facultad;

Que es deber de la Corporación Universitaria solidarizarse con el dolor que aflige a sus miembros,

Acuerda:

Expresar de manera pública el pesar de la Corporación por el duelo que ha sobrevenido al señor Decano de la Facultad de Jurisprudencia y al profesor doctor Virgilio Astudillo;

Concurrir en corporación al sepelio del cadáver de la señora Astudillo y enviar una ofrenda de flores a su tumba como homenaje a su memoria;

Publicar este acuerdo en la prensa diaria y enviar autógrafo a los doctores César y Virgilio Astudillo.

Dado en Cuenca, a cinco de noviembre de mil novecientos cincuenta y ocho.

EL RECTOR,
CARLOS CUEVA TAMARIZ.

EL VICERRECTOR,
LUIS MONSALVE POZO.

Día 11

EL CONSEJO UNIVERSITARIO EXPIDIO ACUERDO A FAVOR DEL DOCTOR ALFREDO PEREZ GUERRERO, RECTOR DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL Y SENADOR FUNCIONAL POR LA EDUCACION PUBLICA

En acto de público y justiciero reconocimiento, en forma unánime, el H. Consejo Universitario dictó a favor del señor doctor Alfredo Pérez Guerrero un acuerdo de felicitación y gratitud por la valiosa labor desplegada por él en la Legislatura como Senador Funcional por la Educación Pública, el mismo que en forma autógrafa le fue enviado por el señor Rector en cumplimiento de lo resuelto por la Corporación, en estos términos:

EL CONSEJO UNIVERSITARIO DE CUENCA,

Considerando:

Que el Rector de la Universidad Central y Senador Funcional por la Educación Pública, doctor Alfredo Pérez Guerrero, ha realizado en el Congreso Nacional meritoria labor en pro del mejoramiento de las rentas para la educación pública en general y para la superior particularmente;

Que su labor redunda en positivo beneficio para la elevada misión cultural y educativa que tiene a su cargo la Universidad Ecuatoriana; y,

Que el doctor Pérez Guerrero ha realizado también, con plausible decisión, valiosas intervenciones en el seno de la Legislatura en pro de la resolución de concretos problemas de la Universidad de Cuenca,

A c u e r d a :

Tributar al doctor Alfredo Pérez Guerrero un voto de felicitación y agradecimiento por su actuación en el seno del parlamento ecuatoriano en bien de la educación pública y de la enseñanza universitaria;

Recomendar su nombre a la consideración ciudadana y de la juventud universitaria como el de un auténtico luchador por el mejoramiento de la Universidad Ecuatoriana; y,

Enviarle copia autógrafa de este Acuerdo que será también publicado en los ANALES DE LA UNIVERSIDAD.

Dado en Cuenca, a once de noviembre de mil novecientos cincuenta y ocho.

EL RECTOR,
CARLOS CUEVA TAMARIZ.

EL VICERRECTOR,
LUIS MONSALVE POZO.

Los Decanos de las Facultades Universitarias,

César Astudillo, Leoncio Cordero Jaramillo, Gabriel Cevallos García, Ulises Sotomayor Villegas, Alejandro Onitchenko, Ricardo Muñoz Dávila.

El Representante del Ministerio de Educación Pública,
Manuel A. Corral J.

El Representante del Profesorado,
Marco Tulio Erazo Vallejo.

Los Representantes Estudiantiles,

Jorge Galarza Sánchez, Marco Barzallo Barzallo, Raúl Carrasco Zamora, Homero Pozo Vélez, Efrén Sarmiento Alvarado, Eduardo Calle Aguilar.

EL SECRETARIO GENERAL DE LA UNIVERSIDAD,
VICTOR LLORE MOSQUERA.

49

Día 11**CONDOLENCIA POR LA MUERTE DEL DOCTOR ALFONSO MALO RODRIGUEZ**

Fue expresada por el H. Consejo Universitario que, al tener noticia de que había dejado de existir el doctor Malo Rodriguez, expidió el siguiente acuerdo:

EL CONSEJO UNIVERSITARIO DE CUENCA,**C o n s i d e r a n d o :**

Que hoy ha dejado de existir el SEÑOR DOCTOR DON ALFONSO MALO RODRIGUEZ, prestante ciudadano que ejerció la docencia universitaria por varios años en la Facultad de Ciencias Médicas del Plantel,

A c u e r d a :

Dejar constancia que deplora por su fallecimiento;

Asociarse al duelo que aflige a sus familiares; y,

Publicar este Acuerdo en los ANALES DE LA UNIVERSIDAD, enviándolo también, en forma autógrafa, a sus deudos.

Dado en Cuenca, a once de noviembre de mil novecientos cincuenta y ocho.

EL RECTOR,
CARLOS CUEVA TAMARIZ.

EL SECRETARIO GENERAL,
VICTOR LLORE MOSQUERA.

Día 16**LA UNIVERSIDAD CONCURRIO AL CONGRESO INTERNACIONAL DE ODONTOLOGIA REUNIDO EN CHILE**

Con motivo de conmemorar cincuenta años de existencia la Sociedad Odontológica de Chile, que preside el

doctor Juan Colin Montandon, convocó un Congreso Internacional de Odontología, al que fueron especial y cordialmente invitadas la Universidad de Cuenca y su Facultad de Odontología.

El Consejo Universitario acordó delegar la representación del Plantel y de la Facultad, al odontólogo cuenquero, residente en Santiago de Chile, doctor Rómulo Moscoso Ordóñez, el mismo que aceptó la delegación y presentó al Instituto en tan importante evento científico.

Día 21

EN EL TERCER CONGRESO IBEROAMERICANO DE SEGURIDAD SOCIAL

Con el auspicio del Gobierno del Ecuador, a partir de este día, en la Capital de la República, celebró sus reuniones el III Congreso Iberoamericano de Seguridad Social.

El Ing. Julio Espinoza Zaldumbide, Presidente de la Comisión Organizadora, invitó a la Universidad de Cuenca para que acreditara un observador, por haberlo así decidido la Comisión.

El H. Consejo Universitario designó para el efecto al señor doctor Aurelio Ordóñez González, destacado facultativo cuenquero residente en Quito.

Día 29

ELECCIONES DE REPRESENTANTES ESTUDIANTILES ANTE LOS DIVERSOS ORGANISMOS UNIVERSITARIOS

De conformidad con las prescripciones reglamentarias, en todas las Facultades del Plantel se realizaron las elecciones de representantes estudiantiles ante los diversos organismos universitarios. El sufragio tuvo lugar bajo

la presidencia de los señores Decanos y el resultado fue el siguiente:

REPRESENTANTES ANTE EL H. CONSEJO UNIVERSITARIO:

Por la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales:
Lcdo. Rodolfo Vintimilla Flores.

Por la Facultad de Ciencias Médicas: Dn. Juan Francisco Estrella Cisneros.

Por la Facultad de Ciencias Matemáticas y Físicas:
Dn. Ernesto Carvallo Valdivieso.

Por la Facultad de Filosofía y Letras: Dn. Gorky Abad Granda.

Por la Facultad de Ciencias Químicas: Dn. Raúl Galarza Gómez.

Por la Facultad de Odontología: Dn. Raúl Cordero Rodas.

REPRESENTANTES ANTE LAS JUNTAS DE FACULTAD:

De Jurisprudencia y Ciencias Sociales:

Sr. Eduardo Rivas Ayora
Sr. Alberto Vélez Ordóñez
Sr. Galo Valdivieso Montesinos
Sr. Carlos Aguirre Molina
Sr. Enrique Arízaga Chacón.

De Ciencias Médicas:

Sr. Julio César Sempértegui Vega
Sr. Miguel Angel Idrovo Estrella
Sr. Francisco Eugenio Tenorio Márquez
Sr. Abdón Álvarez Mosquera
Sr. Walther Hoover Rodríguez
Sr. Flavio Rómulo Loyola Merchán.

De Ciencias Matemáticas y Físicas:

Sr. Jorge Rengel Espinoza
 Sr. Jaime Pesántez Mora
 Sr. Rafael Velasteguí Sánchez
 Sr. Gerardo Cordero Jaramillo
 Sr. Enrique Malo Abad.

De Filosofía y Letras:

Sr. Claudio Malo González
 Sr. Carlos Ramírez Salcedo.

De Ciencias Químicas:

Sr. Víctor León Bustos
 Sr. Erdulfo Ortiz.

De Odontología:

Sr. Jorge Merchán Merchán

DICIEMBRE

Día 10

**CONMEMORACION DEL PRIMER CENTENARIO
 DE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS
 MORALES Y POLITICAS**

Invitada especialmente la Universidad de Cuenca para que concurra a la celebración del primer centenario de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas de Madrid, Entidad que en tan prolongado lapso ha cultivado las disciplinas políticas en el más amplio sentido de las palabras, el H. Consejo Universitario, por unanimidad de votos, acordó adherirse a la conmemoración y delegar al señor doctor Gregorio Marañón, miembro de la Academia y dilecto amigo de la Universidad de Cuenca, para que la represente en los diversos actos que a partir de este día

deben celebrarse en la ciudad de Madrid, sede de la Academia.

El doctor Marañón, al aceptar la representación del Plantel se ha servido hacerlo con la siguiente nota: "Madrid, 9 de diciembre de 1958.— Doctor Carlos Cueva Tamariz, Cuenca.— Mi querido amigo:— He recibido la honrosísima designación que esa Universidad me ha hecho por intermedio de usted, su ilustre Rector, para representar a esa Universidad en las fiestas del centenario de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas de Madrid. Esta designación es un motivo más para vincular mi gratitud a esa Universidad. Ruego a usted que salude a sus miembros y les exprese estos sentimientos míos.— Con el mayor afecto le saluda su buen amigo, muy reconocido.— f) GREGORIO MARAÑÓN".

Día 15

**CONMEMORACION DEL XXIX ANIVERSARIO DE LA
 FUNDACION DE LA FACULTAD DE CIENCIAS
 ECONOMICAS DE LA UNIVERSIDAD DE
 SAN ANDRES**

Desde el quince al veinte y cuatro de diciembre de este año —1958— la Universidad Mayor de San Andrés, que tiene su sede en la capital de la República de Bolivia, celebrará de manera solemne el XXIX aniversario de la fundación de la Facultad de Ciencia Económicas de esa ilustre Casa de Estudios. Para el efecto y especialmente para que participe en el Seminario sobre "Integración Económica y Social de América Latina y sus Proyecciones", que se realizará como uno de los principales números del programa de actos conmemorativos, la Universidad de Cuenca y su Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales fueron especialmente invitadas. El Consejo Universitario, por razones de estrechés de tiempo, se privó de la satisfacción de enviar delegados que personalmente estrecharan los lazos de amistad y confraternidad que la Universidad de Cuenca mantiene con la Universidad Mayor de San Andrés, suplicando, eso sí, al señor Embajador del Ecuador ante el Gobierno Boliviano, doctor Abel

Romeo y Castillo, se dignara representar al Instituto en acontecimiento de tan singular importancia.

NOTA FINAL

LA CIUDAD UNIVERSITARIA PROGRESA NOTABLEMENTE

A ritmo acelerado, día a día, avanzan los trabajos en los diversos bloques de edificios que se levantan en la Ciudad Universitaria. Están al concluirse los correspondientes a las Facultades de Ciencias Matemáticas y Físicas, Ciencias Químicas y Odontología. Igualmente progresa la parte que se destinará, en forma provisional, al funcionamiento de las dependencias administrativas, mientras la Universidad afronte el problema de edificar el pabellón respectivo, que constituirá el centro medular del Alma Mater. A breve plazo, así mismo, ojalá se pudiera emprender en la construcción del pabellón para la Facultad de Ciencias Médicas y seguir así, sucesivamente, hasta completar el plan del Arq. Guillermo Cubillo Renella, proyectista de la obra.

Es indudable que al iniciarse el año académico 1959—1960, todas las dependencias del Plantel estarán ya funcionando en sus nuevos edificios, dotados de las comodidades necesarias y en ambiente propicio al estudio.

En esta entrega de ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA, en la que editorialmente se ha tratado sobre el avance de la nueva obra, sobre su necesidad en las épocas actuales y sobre lo imperioso que resulta el apoyo del Gobierno Central para que la Universidad pueda culminarla, se publican algunas gráficas que demuestran cómo la Ciudad Universitaria de Cuenca, pequeña en sus proporciones, pero grande en su contenido y en su significado, es ya una realidad.

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA

Publicación Trimestral

INDICE GENERAL DE LOS NUMEROS 1, 2, 3 y 4 DEL TOMO XIV, CORRESPONDIENTE AL AÑO 1958

Págs.

Nº 1.— Enero - Marzo de 1958:

A. C. T.: Nota Editorial: La Fundación de la Universidad de Cuenca	1
Gabriel Cevallos García: América: Teoría de su Descubrimiento	5
Francisco Alvarez González: La Ciencia Moderna y la Universidad Ecuatoriana ...	45
César Hermida Piedra: El Petroglifo de Changachangaza	61
M. A. Raúl Vallejos: Democrático y el Concepto Moderno de la Materia	65
Rigoberto Cordero y León: Carlos Samayoa Chinchilla, el Maravilloso	71
José López Rueda: Soledad y Memoria (Prólogo de Francisco Alvarez González) ..	85
Crónica Universitaria	155

Nos. 2 - 3.— Abril - Septiembre de 1958:

Francisco Alvarez González: El Mundo de Santo Tomás y el nuestro	187
Claudio Cordero Espinosa: América, una Incógnita de la Cultura	199
Rigoberto Cordero y León: Emocionario de la Danza	241
Gabriel Cevallos García: Gonzalo Zaldumbide o la Sencillez Realizada	251
Crónica Universitaria	279
Resoluciones de la Primera Conferencia Latinoamericana de Extensión Universitaria e Intercambio Cultural realizada en Santiago de Chile	303

Nº 4.— Octubre - Diciembre de 1958:

A. C. T. Editorial: La Ciudad Universitaria	321
---	-----

Págs.

Páginas de Honor: Homenaje al Dr. Carlos Cueva Tamariz:

Acuerdos Varios	326
Discurso del Dr. Francisco Alvarado Cobos	344
Discurso del Dr. Luis Monsalve Pozo	348
Discurso del Dr. Carlos Cueva Tamariz	355
Carlos Cueva Tamariz: Panorama de la Educación en el Ecuador	359
Agustín Cueva Tamariz: Psiquiatría y Literatura de Profundidad	375
Francisco Álvarez González: Introducción a una Metafísica de la Contingencia ...	421
César Hermida Piedra: A propósito de Electroencefalograma	457
Rigoberto Cordero y León: El Poema de Schubert	467
Crónica Universitaria	485

INDICE ALFABETICO DE AUTORES

Págs.

A

A.C.T.: Nota Editorial: La Fundación de la Universidad de Cuenca	1
Álvarez González Francisco: La Ciencia Moderna y la Universidad Ecuatoriana ...	45
Álvarez González Francisco: Prólogo a "Soledad y Memoria" de José López Rueda.	85
Álvarez González Francisco: El Mundo de Santo Tomás y el nuestro	187
A.C.T.: Editorial: La Ciudad Universitaria	321
Alvarado Cobos Francisco: Discurso en el homenaje al Dr. Carlos Cueva Tamariz.	344
Álvarez González Francisco: Introducción a una Metafísica de la Contingencia ..	421
Astudillo César: Discurso en la inauguración del curso escolar 1958 — 1959 ..	492

C

Cevallos García Gabriel: América: Teoría de su Descubrimiento	5
Cordero y León Rigoberto: Carlos Samayoa Chinchilla, el maravilloso	71
Carvallo Valdivieso Honorato: Discurso en el homenaje al Dr. David Díaz Cueva.	158
Cueva Tamariz Carlos: Discurso en elogio del Dr. Daniel Córdova Toral	174
Cordero Espinosa Claudio: América, una Incógnita de la Cultura	199
Cordero y León Rigoberto: Emocionario de la Danza	241
Cevallos García Gabriel: Gonzalo Zaldumbide o la Sencillez Realizada	251
Carvallo Valdivieso Honorato: Discurso en el homenaje al doctor Manuel Malo Crespo	285
Carrera Cobos Timoleón: Discurso en el homenaje al doctor Manuel Malo Crespo ..	288
Cueva Tamariz Carlos: Discurso en el homenaje que le tributó el Consejo Provincial del Azuay	355
Cueva Tamariz Carlos: Panorama de la Educación en el Ecuador	359
Cueva Tamariz Agustín: Psiquiatría y Literatura de Profundidad	375
Cordero y León Rigoberto: El Poema de Schubert	467
Cueva Tamariz Carlos: Discurso en la inauguración del curso escolar 1958—1959.	486
Cueva Tamariz Carlos: Discurso en la conmemoración del CXXXVIII aniversario de la emancipación de las Provincias Azuayas	507

D

Díaz Cueva David: Discurso en el homenaje que le tributó la Facultad de Ciencias Médicas	160
--	-----

F

Fradejas Sánchez Luis: Discurso de presentación de la condecoración "Benigno Malo".	510
---	-----

H

Hermida Piedra César: El Petroglifo de Changachangaza	61
Hermida Piedra César: A propósito de Electroencefalograma	457

L

López Rueda José: Soledad y Memoria	97
-------------------------------------	----

M

Monsalve Pozo Luis: Discurso en elogio del Dr. Daniel Córdova Toral	177
Moreno Espinoza Hernando: Discurso en elogio del Dr. Daniel Córdova Toral	180
Monsalve Pozo Luis: Discurso en el homenaje al Dr. Carlos Cueva Tamariz	348

V

Vallejos Raúl M. A.: Demócrito y el Concepto Moderno de la Materia	65
Vázquez Andrade Rodrigo: Discurso en la inauguración del curso escolar 1958—1959.	501

VARIOS:

—Acuerdo de la Facultad de Ciencias Médicas en honor del doctor David Díaz Cueva	156
—Acuerdo de la Facultad de Ciencias Médicas en favor del Dr. Héctor Orrego Puelma	170
—Acuerdo del Consejo Universitario en homenaje al doctor Daniel Córdova Toral	171
—Acuerdo de la Facultad de Jurisprudencia en memoria del doctor Daniel Córdova Toral	173
—Acuerdo del Consejo Universitario en memoria del doctor Paul Rivet	281
—Acuerdo de la Facultad de Ciencias Médicas en homenaje póstumo al doctor Manuel Malo Crespo	284
—Acuerdo del Consejo Universitario en memoria del Padre Alberto D. Semanate, O. P.	297
—Convenio Cultural entre las Universidades de Cuenca y Lima	300
—Acuerdo del Consejo Provincial del Azuay en homenaje al Dr. Carlos Cueva Tamariz	326
—Acuerdo del Consejo Universitario de Cuenca en honor al Dr. Carlos Cueva Tamariz	327

—Acuerdo de la Facultad de Jurisprudencia en homenaje al Dr. Carlos Cueva Tamariz	329
—Acuerdo de la Facultad de Ciencias Médicas en homenaje al Dr. Carlos Cueva Tamariz	331
—Acuerdo de la Facultad de Ciencias Matemáticas y Físicas en homenaje al Dr. Carlos Cueva Tamariz	332
—Acuerdo de la Facultad de Filosofía y Letras en homenaje al Dr. Carlos Cueva Tamariz	333
—Acuerdo de la Facultad de Ciencias Químicas en homenaje al Dr. Carlos Cueva Tamariz	335
—Acuerdo de la Facultad de Odontología en homenaje al Dr. Carlos Cueva Tamariz	336
—Acuerdo del Comité Ejecutivo de la F. E. U. E. en homenaje al Dr. Carlos Cueva Tamariz	337
—Acuerdo de la Corte Superior de Justicia de Cuenca en homenaje al Dr. Carlos Cueva Tamariz	338
—Acuerdo del Núcleo del Azuay de la Casa de la Cultura Ecuatoriana en homenaje al Dr. Carlos Cueva Tamariz	339
—Acuerdo de la Academia de Abogados del Azuay en homenaje al Dr. Carlos Cueva Tamariz	340
—Concejo Municipal de Cuenca: Voto de felicitación al Dr. Carlos Cueva Tamariz	341
—Academia de Abogados de Quito: Adhesión al homenaje tributado al Dr. Carlos Cueva Tamariz	342
—Acuerdo en homenaje a la memoria de Dña. Emperatriz Astudillo ..	516
—Acuerdo en honor del Dr. Alfredo Pérez Guerrero	517
—Acuerdo en homenaje a la memoria del Dr. Alfonso Malo Rodríguez.	519